JOSE FIGUERES FERRER

EL ESPIRITU DEL 48

EDEL

JOSÉ FIGUERES FERRER

EL ESPÍRITU DEL 48

Versión 1.04 de EDEL para http://elespiritudel48.org
Diseño de portada Alexander Vargas B.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica.

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

EL ESPIRITU DEL 48

PRESENTACION
Guillermo Villegas Hoffmeister

PROLOGO
Revdo. Dr. Benjamín Núñez

INTRODUCCION
José Figueres Ferrer

CAPITULO I
EN BUSCA DE UN DESTINO

CAPITULO II
FRIJOLES CON MANTECA

CAPITULO III
EL PAN ES SAGRADO

CAPITULO IV
POLITICO A LA FUERZA

CAPITULO V
VELANDO LAS ARMAS

CAPITULO VI
RUGE LA TEMPESTAD

CAPITULO VII
LA GUERRA ES ESPERAR

CAPITULO VIII
LA GUERRA ES RESISTIR

CAPITULO IX
LA GUERRA ES ATACAR

CAPITULO X
LOS PROTOCOLOS DE PAZ

CAPITULO XI
LOS DEBERES DE MI DESTINO

PRESENTACIÓN

Guillermo Villegas Hoffmeister

A mediados del mes de marzo de 1986, recibí una grata y muy honrosa invitación para que ayudara, conjuntamente con el Rev. Benjamín Núñez Vargas, a don José Figueres Ferrar a escribir un libro suyo —este que está hoy en sus manos estimado lector— en el que se recogiera una buena parte de la vida del Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional y tres veces Presidente de la República.

Grata la invitación porque por largos años he venido trabajando en la investigación de los hechos acaecidos en nuestro país durante los ocho años que sirvieron de marco a los gobiernos del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia y del Lic. Teodoro Picado Michalsky pero faltaba el testimonio de don José Figueres. Iba a ayudar a llenar ese gran vacío. Y lo logramos.

Honroso porque se trataba de aportar algunos de mis conocimientos sobre el tema que ayudaran a refrescar recuerdos y porque trabajar al lado del Jefe de la Revolución del 48 y del Capellán del Ejército de Liberación Nacional y uno de los más claros intelectos del país como es el del Padre Núñez no es una oportunidad que se da todos los días.

Terminado este trabajo con don José Figueres y el Padre Benjamín Núñez he entrado de lleno a la tarea de preparar mi propio libro sobre los duros años de 1940 a 1948. Allí se relatarán muchas cosas que, por la índole de este libro de don Pepe, no podían incluirse. Allí relataré —perdón Clemencau por robarle su frase- las grandezas y miserias de esa época. No todos fueron malvados ni todos fueron santos. Estimo que este trabajo se lo debo a Costa Rica, porque sus hijos de hoy y los de mañana tienen derecho a conocerla verdad que, hasta donde me sea dable, procuraré llevarles a través de las páginas de esa publicación.

Mientras tanto, aquí está el producto del trabajo realizado con don José Figueres y el Rev. Benjamín Núñez.

Falta algo que añadir a lo de grata y honrosa: emocionante. Porque emocionante fue trabajar con don Pepe quien cumplió con su destino. No fue cobarde, no se metió en su casa a esperar a que pasara la muerte para contar, después, el susto. Fue actor principal no en el teatro de las tablas, sino en el teatro de la guerra, donde la vida se juega a cada instante y luego actor en el campo de gobierno, en el que un día estuvo por la fuerza de las

armas y dos por la razón de los votos libremente emitidos. Eso, se comprenderá, es una emoción inenarrable.

Alajuela, febrero de 1987.

PRÓLOGO

Rev. Dr. Benjamín Núñez

El lo. de Marzo de 1948, el Congreso Constitucional de Costa Rica anuló, arbitrariamente, la elección de don Otilio Ulate Blanco, como Presidente de la República. Desde ese momento el pueblo costarricense comprendió que, para recobrar la vigencia del libre sufragio electoral, sólo le quedaba el doloroso camino del sacrificio y del heroísmo.

Quienes detentaban el poder no querían devolvérselo al pueblo. El Gobierno era conocido como el régimen caldero-comunista, por ser el resultado de una alianza entre las fuerzas políticas del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia y los diseños ideológicos del comunismo, presidido por el Lic. Manuel Mora Valverde. Este régimen estaba decidido a perpetuarse en el poder, aún contra la voluntad nacional.

En cumplimiento de mi responsabilidad como dirigente máximo del Movimiento Sindical Rerum Novarum, el 7 de Marzo dirigí al país un mensaje, advirtiéndole que había llegado la hora de grandes sacrificios. A este mensaje la gente lo llamó el Discurso de los Molinos de Dios, porque ofrecía al pueblo, como lema de esperanza, la frase:

Los Molinos de Dios muelen despacio, muy despacio, pero... fino, muy finito.

Aunque las noticias fueron aún confusas, ya el 12 y el 13 de Marzo, el país se había enterado de que en La Sierra, sobre la Carretera Interamericana, y en Santa Elena, por San Cristóbal Sur, las tropas del Gobierno se habían enfrentado, por primera vez, a un pueblo armado, bajo el liderazgo indiscutible de Don Pepe, nombre, con que el pueblo entronizaba, en la historia, a don José Figueres Ferrer.

Los trillos y senderos de la patria, vieron desfilar a muchos costarricenses que, callados y resueltos, buscaban su cita con la historia.

Yo también lo hice. Al atardecer del 13 de Marzo, salí a pie, de Cartago en compañía del Dr. Vesalio Guzmán y veintiocho compañeros más. Desde El Molino, barrio al extremo Oeste de Cartago, caminamos entre veredas difíciles, incluyendo el curso de un río, para evitar el encuentro con las patrullas del Gobierno. Cuando por última vez se vieron, a lo lejos, las luces de Cartago, una

grave aprehensión se apoderó de mi espíritu. Me internaba hacia un destino de mi vida, que no había estado incluido en mis sueños del seminarista de ayer. Me lanzaba a un peligro cierto. Por eso, antes de dejar Cartago, había buscado un confesor que diera mayor fortaleza a mi alma.

Desde El Tejar, seguimos el camino hacia Navarro, Amanecimos en la hacienda de Don Bruce Masís. Su familia se había distinguido por su valiente oposición al régimen dominante. Al atardecer de ese día, 14 de Marzo, llegamos a un lugar situado entre La Sierra y El Empalme, sobre la Carretera Interamericana. Allí, Alberto Lorenzo, convertido, para entonces, en un combatiente por la dignidad nacional, nos recogió en un camión de carga. Nos informó que La Sierra había caído en manos del Gobierno, que en El Empalme, los fígueristas habían consolidado un bastión inexpugnable y que don Pepe había establecido su Cuartel General en Santa María de Dota. Allá nos llevaron.

Al descender del camión en Santa María, me encontré con Don Pepe. Es un hombre muy inclinado a darle a actos, que a los demás parecerían insignificantes, la trascendencia histórica, que él les descubre. Por eso, me tomó la mano, me levantó el brazo en alto y dijo:

Viva el Capellán del Ejército de Liberación Nacional.

De esta manera, quedé notificado de que Costa Rica contaba ya con un Ejército de Liberación Nacional y que, dentro de sus filas, tenía yo que desempeñar, por designación de su máximo líder, el papel de inspirador espiritual y ministro de la fe.

Con este simple rito quedé yo inmerso en un proceso revolucionario, que iba a resultar en una gesta nacional histórica. Pero quedé yo también comprometido con un movimiento social que más tarde, llegaría a constituir un partido político, cuyos aciertos y desaciertos, si los hubiere, me iba a ver obligado a cargarlos a mi cuenta.

Para dar este salto en el vacío, había obtenido yo previamente, la bendición de mi Arzobispo, Monseñor Sanabria.

También ellos, en el otro frente, necesitan que los bendigan y les den los santos óleos, me dijo Monseñor, al darme el permiso de incorporarme a las filas revolucionarias de Don José Figueres.

Desde ese atardecer, en Santa María de Dota, quedó mi vida ligada a la figura de Don Pepe, en una simbiosis espiritual, intelectual e idealista, que nos habría de unir, desde aquellas semanas, durante las cuales vivimos, como protagonistas, el desgarramiento doloroso de la nación.

No estaba yo cambiando a Cristo por Don Pepe. Quería servir a Cristo cooperando con un hombre providencial *naturaliter christianus*, como diría Tertuliano. Percibí que su idealismo y energía podrían acercar, como en realidad lo hicieron, mi patria a la aspiración cristiana de justicia y libertad.

Claro que no ignoraba yo que, al asociarme a él, iba también a exponerme a los riesgos que para mi espíritu, traería la vida de un político visionario que tendría que moverse entre las complicadas y, a veces, sombrías veredas por donde discurren los procesos políticos del hombre, quien, por ser un animal político, frecuentemente por desgracia, exhibe en esos procesos, más su animalidad que su humanidad.

A mi juicio, nadie ha expresado esa agonía, entre la luz y las tinieblas, que ha vivido Don Pepe en su papel de hombre político, como el señor Adolph Berle, consejero de Roosevelt y Kennedy. Dice Berle:

Don Pepe es un hombre, que despierta en mí un inusitado grado de aprecio. Es un filósofo, más bien que un político; es un hombre de una sensibilidad exquisita. El se debate interiormente con la realidad de que la política, no consiste de ninguna manera, en salvar el alma, sino en lograr arreglos viables, aunque como resultado, salga de ellos perjudicada el alma.

Al lado de ese hombre, viví los días dramáticos de la Guerra de Liberación Nacional y las horas de complejos arreglos que produjeron las fórmulas aceptables para su terminación. Al lado de él, durante dieciocho meses, en mi condición de miembro de la Junta Fundadora de la Segunda República, vi plasmarse un proyecto de vida nacional, que nos ha dado la Costa Rica en que vivimos.

Fueron pasando los años. La gesta del 48 fue diluyéndose como un recuerdo de leyenda, que contaban sus participantes, con emoción, en el seno de sus hogares o en los círculos íntimos de amistad, en las pausas de su trabajo, durante las tertulias, en un rincón de un pueblo o en una fiesta social. Muchos jóvenes han escuchado las experiencias dolorosas que sus mayores sufrieron de parte de un régimen que restringía y castigaba las manifestaciones de un pueblo, que lo repudiaba.

Pero, desafortunadamente, ninguno de los participantes de la gesta se ha tomado el trabajo de escribir sus vivencias, que deberían de servir de lección para las nuevas generaciones y asegurarle a esa gesta, el lugar sobresaliente que merece en la historia patria.

Hubo una excepción. Guillermo Villegas Hoffmeister, excombatiente convertido en periodista y serio investigador histórico, se dedicó a entrevistar a numerosos compañeros de todos los rangos y publicó algunas de las numerosas entrevistas en el Periódico Excelsior.

Luego quiso editar como libro, esos recuerdos, en calidad de documento para la historia.

Entre tanto, algunos escritores, que no habían participado en la gesta, se dedicaron a escribir sus crónicas de los hechos del 48. En general,esos escritos han estado dominados por una bien conocida preferencia política o ideológica. Esos autores callaron lo que no convenía a su prejuicio mental o afectivo, relataron algunos hechos reales, fuera de su contexto lógico, dijeron medias verdades y apoyaron sus afirmaciones en las que habían hecho, subjetivamente, otras personas, carcomidas por la derrota o frustradas en sus ambiciones políticas.

Por otra parte, fueron apareciendo ciertos sociólogos y politólogos que, con prurito científico, han intentado elaborar teorías ideológicas para clasificar, dentro de sus caprichosas categorías, los hechos del 48 o, su interpretación de las orientaciones políticas y programáticas de la Junta Fundadora de la Segunda República.

Con mucha razón ha dicho el Lic. Francisco Morales Hernández, esforzado estudioso de la historia patria: En el 48 ganamos la guerra y perdimos transitoriamente la historia.

Desde hace mucho tiempo, a don Pepe se le ha venido haciendo, con respetuosa exigencia, el ruego de que escribiera su propio testimonio sobre los hechos del 48. Esa demanda insistente le viene de parte de sus mismos compañeros de lucha, de los intelectuales interesados en la historia patria y en los procesos políticos, de diferentes círculos del Partido Liberación Nacional, y de las nuevas generaciones que, en los colegios y universidades, reciben informaciones contradictorias sobre la Guerra de Liberación Nacional.

Muchas veces, grupos de amigos hemos departido con él, mientras contemplábamos la danza de las llamas de la chimenea en su casa de La Lucha. Añoranzas y reminiscencias eran en esas horas, nuestro alimento espiritual, mientras oíamos de labios de Don Pepe, comentarios aleccionadores sobre los hechos y los hombres de la gloriosa gesta del 48. Aquellas veladas inolvidables siempre terminaban en el ruego unánime que le hacíamos a Don Pepe, instándolo a escribir su testimonio excepcional, que sirviera de recordatorio para los que vivieron aquella gesta y de advertencia para las nuevas generaciones.

Don Pepe siempre estaba ocupado en realizar sus sueños. Siempre vivía empeñado en promover, hasta en sus últimas consecuencias, los grandes mensajes, que había dado a Costa Rica en las Proclamas de Santa María de Dota y en sus exposiciones como Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República.

Aunque habían pasado los años, a mí nadie me había dado de baja como Capellán del Ejército de Liberación Nacional. Como tal, me quedaba aún una tarea por llenar. Inducir a su líder a librar otra batalla más, una batalla de pensamiento, para fijar su gesta, en su más genuina versión, ante la historia.

Al comienzo de este año, 1986, año en que Don Pepe cumple sus ochenta años de edad, me asocié a Don Guillermo Villegas Hoffmeister, que reunía, como lo dije, las condiciones de ex-combatiente, periodista e investigador de los hechos históricos patrios. Juntos le ofrecimos a Don Pepe, nuestra colaboración, para asumir las tediosas tareas de trinchera, que exigía la batalla de escribir un libro. Don Pepe aceptó, esta vez, el reto con denuedo y responsabilidad histórica. Ahí tenía a su Capellán y a su soldado para secundarlo. La generosa cooperación financiera del empresario, don Osmín Vargas, nos aseguraba el apoyo material.

Comenzamos la tarea el 24 de Marzo, en Galilea, nombre lleno de místicos recuerdos, que el Dr. Hermán Weinstock dio a su pintoresca quinta en Atenas. La continuamos luego en Entebe, nombre épico que don Pepe le dio a su residencia, en las estribaciones de La Carpintera.

Armados de una amplia información documental, acompañamos a don Pepe en su ardua labor, durante muchas horas y durante muchos meses. Con él repasamos, revisamos y evaluamos las informaciones que teníamos a mano, incluyendo los escritos de los adversarios políticos. Examinamos los discursos y escritos de Don Pepe, antes o durante la guerra. Se releyeron los mensajes con que Don Pepe había orientado a la nación, como Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, por los rumbos de su transformación hacia una sociedad forjada bajo la estrella del bienestar general.

Sobre ese amplio cañamazo, Don Pepe fue tejiendo sus recuerdos y vivencias, fue reiterando aquel vigoroso pensamiento de estratega y de político, que inspiró, a su hora, la gran tarea de ganar la guerra y la más difícil de ganar la paz.

El resultado de esta labor, es el libro que la Editorial Costa Rica, entrega al juicio de sus lectores, como un testimonio de Don Pepe sobre los hechos del 48.

Lleva este libro el título de: El Espíritu del 48. Más que una crónica de hechos, el libro intenta revivir, para sus lectores, aquel estado de ánimo colectivo y aquel ambiente espiritual que dio a la Guerra Civil de 1948, el rango de gesta nacional, la convirtió en un hito brillante de la historia patria y la marcó como un punto de arranque para el futuro.

El Espíritu del 48, descansa en una concepción heroica de la vida, que animó a los costarricenses y los impulsó a rescatar, aún a

costa de la vida, los valores que constituyen la esencia de la nación. Ese espíritu generó una mística que movía a las personas de todas las edades, hombres y mujeres, a correr todos los riesgos con tal de restablecer la dignidad nacional.

Era la mística que movía a las personas a hacer algo, no importa qué difícil fuera, con tal de servir a aquello en lo que creían. Era la mística que inspiraba a luchar por la libertad a quienes se enfrentaron a un régimen que, con vesania, persistía en retener el poder. Pero fue también la mística que movió a muchos de los adherentes de ese régimen, a defender la justicia social porque les habían hecho creer que sus conquistas sociales estaban en peligro.. Fue la mística que movió a todos los que presintieron que, en aquella coyuntura histórica, se estaba abriendo las puertas a una nueva era de una patria con progreso, justicia y libertad.

Para entender mejor los dramáticos relatos de este libro, hay que leerlos a la luz de una hipótesis, que considero justa. Es una hipótesis, que corre por sus páginas y que alimentó el Espíritu del 48.

Dejemos sentada esa hipótesis sin ambages.

La Guerra Civil del 48 no la declaró, ni la promovió ni la precipitó la Oposición al régimen caldero-comunista. Esa guerra civil, con todo el dolor que trajo, tampoco la precipitó, ni la provocó, ni la declaró José Figueres. La Guerra Civil de 1948, fue provocada, fue causada, fue declarada por el régimen nefasto de los ocho años al pueblo costarricense. El pueblo, bajo el liderazgo de José Figueres, no hizo otra cosa sino responder, con energía y heroísmo, al reto de una guerra que le había declarado, el régimen caldero-comunista.

La violenta represión, desde el segundo año del gobierno del Dr. Calderón Guardia y acentuada, luego, con la alianza de ese gobierno con el Partido Comunista, fue la que provocó, como respuesta inevitable, la violenta indignación del pueblo costarricense.

Si no se hubiere cometido el vergonzoso fraude electoral del 13 de Febrero de 1944; si no se hubiese reprimido con la violencia combinada del gobierno y de los caldero-comunistas, la libre expresión política del pueblo; si no hubiera habido muertos en Llano Grande, en La Ceiba y Coronado; si no se hubiera anulado las elecciones el lo. de Marzo de 1948; si el régimen repudiado no hubiera mantenido su insensata intención de mantenerse en el poder; si nada de eso hubiera ocurrido, no hubiera habido necesidad del sacrificio que cubrió de dolor el alma nacional, durante los dos meses de la Guerra de Liberación Nacional.

Sólo cuando los historiadores, ligados al régimen caldero-comunista o a la ideología marxista, que escriben sobre los hechos del 48 y sus antecedentes, reconozcan hidalgamente como válida esa hipótesis, podremos nosotros con ellos, deducir de todos esos hechos las lecciones saludables para la sabia conducción política de la República. Esa lección se puede resumir así: no se puede impunemente atropellar a un pueblo, negarle sus derechos y arrebatarle el único medio civilizado que tiene de cambiar a sus gobernantes cuando no le satisfacen. No se puede declararle la guerra al pueblo costarricense sin que ese pueblo responda con heroísmo.

No faltarán quienes objeten el contenido de este libro, alegando, que no deben revivirse odios ni rencores. La intención del autor no ha sido esa. Don Pepe ha dado suficientes muestras de magnanimidad hacia quienes cometieron el error, pero su actitud es inflexible frente al error mismo, principalmente cuando, en el error, va comprometida la salud de la nación y la libertad del pueblo.

Los hechos del 48, con todos sus contornos sombríos, deben ser conocidos por las nuevas generaciones, por los aspirantes a regir los destinos de la patria, por los líderes políticos e intelectuales del país, por los maestros y los estudiantes, por los gobernantes y los gobernados. Esos hechos son lección, que no debe olvidarse, para que nunca jamás, vuelvan a producirse.

Shimon Peres, eximio líder político de Israel, refiriéndose al horrible holocausto del pueblo judío, decía:

La reconciliación entre los pueblos es encomiable. Pero no cabe reconciliarse con el pasado, con el crimen. Es un deber recordar. No hay derecho a olvidar.

El recuerdo, en verdad, es voz de alerta. Mantiene la conciencia despierta. Los hechos del 48, no volverán a repetirse, mientras los costarricenses los recordemos, no para odiarnos entre nosotros, sino para estrechar nuestras manos en un propósito, jurando ante la patria, que de tal manera amaremos la libertad electoral, defenderemos la justicia social, celaremos la honestidad en la gestión pública, promoveremos el bien común, y respetaremos los derechos del hombre que nunca jamás se vuelva a desgarrar el alma de la nación ni se llore una lágrima más por sus hijos.

Que el libro El Espíritu del 48, sirva también de examen de conciencia, de arrepentimiento y resolución de enmienda para quienes, aún enarbolando las banderas bajo las cuales se realizó la gesta gloriosa del 48, han traicionado y siguen traicionando ese espíritu por el que muchos vivieron con dedicación, lucharon con valentía y murieron con heroísmo.

¡Que recuerden que los Molinos de Dios siguen moliendo despacio... muy despacio... pero fino... muy finito!

INTRODUCCIÓN

José Figueres Ferrer

Este libro responde a un llamado, que recibo con frecuencia, de mis compatriotas y de mis amigos del exterior. Algunos desean conocer datos biográficos míos. Otros muchos se interesan en la historia de la Guerra de Liberación Nacional de Costa Rica, en 1948, y en las dos invasiones de Somoza en diciembre de 1948 y en enero de 1955. A todas esas instancias he procurado responder en el presente trabajo. De hecho, toda mi vida está ligada a la historia de Costa Rica durante una seis décadas de este siglo. Sin embargo, esta narración detallada termina, por ahora, en 1949, cuando la Junta Fundadora de la Segunda República que yo presidí, entregó el poder al Presidente anteriormente electo, don Otilio Ulate Blanco. Esa elección había sido burlada por el gobierno, mediante maniobras y violencias inaceptables.

Esta obra nunca se hubiera escrito sin la insistencia generosa del sacerdote católico R. P. Benjamín Núñez. El Padre es Doctor en Sociología y ha sido Ministro de Estado y, varias veces, Embajador. Sobre todo, fue el valiente capellán del Ejército de Liberación Nacional durante la tragedia de 1948. Al fin del conflicto fue el principal negociador de la paz esclarecida que hoy disfrutamos en Costa Rica.

Hubiera sido difícil elaborar este libro, sin el esfuerzo investigativo de varios años, del historiador, periodista y escritor costarricense don Guillermo Villegas Hoffmeister.

Ambos coautores disfrutan igual que yo mismo, de la ventaja de haber vivido la época que el libro describe, y participado en los acontecimientos políticos y bélicos de aquel entonces.

Yo he sentido, hasta ahora, una extraña renuencia a escribir sobre estas cosas. Me parecía irrespetuoso para los muertos hacer campaña electoral usando la gloria que a ellos pertenece. También me parecía poco gallardo enfrentarme a mis adversarios electorales, frecuentemente politiqueros, señalando realizaciones de la guerra y la postguerra que son grandes para el ambiente nuestro. Mientras tanto algunos periódicos y personas me combatían por los métodos usuales llenos de superfluidad o de pasión, que suelen emplearse en las bregas electorales. Para ilustrar este sentimiento recurro a las frases populares que usamos en Costa Rica:

Eso sería como pegarle a un borracho, o como cazar moscas con

ametralladora.

La Providencia ha dispuesto que yo llegue a mi edad actual después de haber dejado de ser candidato a cualquiera posición electoral. Ahora me siento libre para entregar a la historia de mi patria las narraciones que aquí siguen.

Esta historia de la Guerra de Liberación Nacional de Costa Rica se divide, como la Galia de César, tantas veces citada o aludida, en partes tres: la preguerra, que describe las prácticas políticas viciosas que condujeron a la crisis; la guerra misma con sus patéticas e inusuales escenas en el ambiente de un pueblo pacífico por tradición y temperamento; y los comienzos de la postguerra, en los cuales nació la bien llamada Segunda República de Costa Rica.

Dos veces en el siglo veinte se ha atropellado seriamente el derecho electoral en Costa Rica. En 1917 el Ministro de la Guerra, don Federico Tinoco Granados, dio un golpe de estado al ilustre Presidente don Alfredo González Flores, dando comienzo a la Dictadura de los Treinta Meses, de los hermanos Tinoco: don Federico y don Joaquín.

En la década de los años cuarenta, el Doctor Rafael Angel Calderón Guardia y su hermano Francisco, trataron de imponer su dictadura, figurando unas veces como Presidente Rafael Ángel y otras imponiendo sucesores como en el caso del Lic. Teodoro Picado.

En ambas oportunidades un periódico de la oligarquía fue el principal instrumento de poder del gobierno espurio. El primero se llamó La Información, el segundo, La Tribuna. En casi toda América Latina, donde surge un régimen contrario a los intereses populares, aparece un órgano de información que es su instrumento de poder. Anteriormente, durante la Guerra de Independencia de Cuba, el victimario de José Martí en La Habana se llamó El Diario de la Marina. Martí lo llamó El Diablo de la Marina. En Costa Rica las dos veces que se trató de crear el impuesto sobre la renta, que se consideraba como el más justo de los impuestos, aparecieron periódicos que lo adversaban: primero, cuando González Flores, fue La Información y en el segundo intento, surgió La Nación.

La gesta del 48 constituyó, en realidad, un conjunto de episodios de heroísmo dispersos por todo el territorio nacional, tanto en nuestros campos de batalla, como en el frente civil. Muchos fueron los compañeros, hombres y mujeres, que fueron heroicos protagonistas de esos episodios de rebelión contra el régimen caldero-comunista. Se desenvolvieron en acciones clandestinas o en acciones armadas, llenas de riesgo.

Más de uno pensará que don Pepe olvidó sus valientes contribuciones a la victoria final, por no haberlos mencionado en este relato. ¡Lejos de ello! No los incluí porque el relato

detallado de esos hechos hubieran rebasado el objetivo central de este libro. Pero los llevo en el corazón y, al recordarlos ahora, todavía me estremecen de emoción.

A todos los que jefearon esos episodios o fueron sus modestos participantes les ruego que escriban ellos mismos su verdad específica sobre la gran gesta nacional. Por eso he querido que los derechos de autor de este libro sirvan, algún día para cubrir los gastos de esas publicaciones. Para que no olvidemos, aunque de corazón perdonemos.

José Figueres Ferrer.

CAPITULO I

EN BUSCA DE UN DESTINO

Yo nací el 25 de setiembre de 1906, en San Ramón de Alajuela, Costa Rica, un lugar que tenía más de aldea que de ciudad. Era un pueblo casi aislado del resto del país, por los malos caminos o por la falta de ellos. En la época seca eran polvazales y en los meses de lluvia eran barreales. Sin embargo era, sin duda, uno de los pueblos más cultos del país. En los años setentas del siglo XIX, estuvo allí desterrado el notable intelectual don Julián Volio, quien esparció entre los ramonenses la luz de su sabiduría, con todo éxito. Ese pueblo, que es mi cuna, lo ha sido de notables poetas y de tres presidentes de la república de este siglo.

Mis padres eran catalanes, que emigraron hacia Costa Rica, solamente dos meses antes de mi nacimiento. Eran ellos el doctor Mariano Figueres Forges, de Os de Balaguer, joven profesor de medicina de la Universidad de Barcelona y Paquita Ferrer Minguella, maestra titulada de la ciudad de Reus.

Las juventudes europeas pasaban entonces por una de aquellas fiebres de irse a América, que acabaron de poblar a los Estados Unidos y a la América Hispana.

En Barcelona mi padre conoció a un señor de apellido Nieto, que le habló de Costa Rica elogiosamente. No había visitado él mismo este país lejano, pero tenía familiares aquí y se consideraba como una especie de Cónsul de Costa Rica, de hecho. Así eran las cosas aquí, en 1906.

Según costumbre de entonces, que no ha desaparecido del todo, cuando llegaba al país un profesional europeo, era llevado a conocer al Presidente de la República. El muy culto Lic. don Cleto González Víquez le dijo al Dr. Figueres:

> *Sea Ud. bienvenido a Costa Rica. Conozco el dicho de las piedras sacan panes esos burros catalanes. Llega Ud. oportunamente. No he podido encontrar un médico que se vaya a trabajar a un lugar remoto, llamado San Ramón de Alajuela.*

Por supuesto, mi padre contestó:

> *Yo iré a donde Ud. me mande, Señor Presidente. Y muy modestamente:* ***Para un catalán no hay caminos malos****. ¡Eso resultó verdad!*

En San Ramón estaba ya establecida la familia yugoeslava Orlich Ziz, después Orlich Zamora y Orliclh Bolmarcich, y de ahí vino la amistad entre ambos grupos; de inmigrantes europeos, reunidos por el azar, en un rincón de América Central. Mi coetáneo Francisco Orlich B. llegó a ser también, como yo, Presidente de Costa Rica.

Mi propósito en este libro no es autobiográfico. Me propongo más bien recordar dos épocas nefastas para nuestra pequeña democracia de Costa Rica: Brevemente, la era de los hermanos Tinoco en 1917-19, que viví de niño y con mayor extensión la de los hermanos Calderón Guardia en la década de los 40, en la que me correspondió un papel preponderante.

Este relato contendrá además un esfuerzo juvenil mío por forjar, a título de experimento, una sociedad de bienestar para todos en medio de una población campesina en las montañas de Dota, un esfuerzo que fuera más realista que utópico. Trataré de escribir mis recuerdos de la dictadura de los hermanos Tinoco, don Federico y don Joaquín, y del ambiente nacional y extranjero, dentro del cual ocurrieron los sucesos anteriores a la revolución de 1948. Luego discurriré sobre la guerra de Liberación Nacional de Costa Rica y me ocuparé de las operaciones militares que exigió su realización. Finalmente, en la tercera parte, describiré los cambios que se efectuaron después del triunfo de la revolución armada, para dar paso a la Segunda República de Costa Rica.

Hablaremos pues de ideas, de aspiraciones y de logros. Esto no es sencillo. Voy a hablar de mis verdades completas, tal como yo las percibo. Esto es lo que me corresponde hacer, como participante en los acontecimientos de la época.

PRIMERAS LETRAS. Llegó el día en que inicié los estudios primarios. Vivíamos a unos trescientos metros de la escuela ramonense. Mi maestra de primer grado en la Escuela Elemental, fue la Srta. Austelina Salas Gamboa. La Directora de la Escuela Superior, era entonces doña Julia Carvajal de Estrada, quien se hizo muy amiga de mi madre y de la madre de don Chico Orlich Bolmarcich. Esas y algunas otras pocas damas, formaban en San Ramón una especie de élite de mujeres estudiosas.

En la primera enseñanza, tuve dos grandes educadores: don Federico Salas Carvajal y don Nautilio Acosta Pieper. Ambos brillantes, estudiosos y llenos de bondad. En tiempos clásicos se hubieran llamado pedagogos o filósofos.

Dos quimeras diferentes se me ocurrieron muy joven: una fue en física, inventar una máquina de movimiento continuo. La otra fue una irrealizable ambición de llegar a ser un hombre del Renacimiento, dominando todas las ramas del saber humano hasta la fecha.

En mi hogar me parecía que exageraban la dosis de catolicismo. El mundo no podía gravitar en torno de ideas tan rígidas en materia religiosa o filosófica. Esto hizo que me convirtiera en este campo, en un agnóstico. Así me considero como uno una persona que reconoce su ignorancia en la mayoría de los conocimientos humanos y naturales y no me apena reconocerlo. No se me puede llamar ateo, porque, al proclamarse atea a una persona, ya se le está ubicando en una de las categorías del pensamiento universal, mientras que un agnóstico, como lo indica el término, es una persona que en el sentido más amplio reconoce que no sabe nada.

Aquellos tiempos me eran difíciles. No aceptaba los estrechos horizontes que me rodeaban, ni los dogmatismos. Me inclinaba a mostrarme hasta iconoclasta ante las verdades absolutas, con escándalo para muchos de mis mayores. Recuerdo que en San Ramón oía hablar casi en secreto de un escritor francés: Emile Zolá. Quise leer uno de sus libros Nana. Casi con miedo se lo pedí prestado a don Nautilio Acosta y con esa gran comprensión que tenía, en vez de regañarme o anatematizar la obra y a su autor, como era lo corriente, lo que hizo fue preguntarme:

-¿Le pidió usted permiso a su papá para leer ese libro?

-¡No!, le respondí.

Tampoco después le pedí permiso a mi padre ni a nadie. Al no ser desautorizado por mi maestro, me consideré libre para estudiar lo que me placiera. Me retiré a leer el libro entre los potreros. Al terminar la lectura, me consideré más libre de prejuicios.

Desde aquellos años de niñez, fui amigo de alguien, con quien compartiría en adelante los momentos de pena y de alegría, las frustraciones y los triunfos; alguien, que sería un amigo del alma durante todos los años que él vivió: Francisco José Orlich Borlmarcich. Proveníamos de dos distintos pueblos: él eslavo, yo ibero, catalán. Juntos anduvimos de arriba a abajo los caminos de San Ramón. Ambos tejimos ilusiones sobre el futuro. Ambos también dejamos San Ramón para buscar en San José y más allá, un nuevo escenario de la vida y nuevos estímulos para el espíritu.

Poco antes de mi traslado a San José, en 1913, San Ramón y con él todo el país, se estremeció por la fatal noticia de la muerte del exquisito poeta don Lisímaco Chavarría. Hijo de ese pueblo, vecino querido y admirado, falleció en la plenitud de la vida. Aún recuerdo y me repito las estrofas de su verso Espigas y Azucenas.

Me matriculé en el Colegio Evans, en San José, propiedad de un profesor norteamericano. Ese colegio luego fue adquirido por don Nicolás Montero, quien era yerno de un educador suizo, don Juan Rudín, de mucha influencia en la enseñanza nacional. Allí tuve la

buena fortuna de conocer y hacerme discípulo del Maestro de maestros, don Tobías Retana. Estuve más tarde en el Seminario Menor, regido por los Padres Paulinos alemanes. Terminé mis estudios secundarios en el Liceo de Costa Rica. En esa época me hice amigo íntimo y compañero de Juan de Dios Trejos, mi socio de Cartago, en aventuras científicas como la del movimiento continuo.

Por entonces comenzó a despertarse dentro de mí la protesta contra la enseñanza formal. Fue sintomático que yo no sintiera el choque cultural entre San José, la capital de la república y San Ramón, el pequeño pueblo aislado aún. Por el contrario sí experimenté el contraste entre mis inolvidables maestros de la infancia, que de verdad formaban al hombre y profesores rutinarios que recitaban sus lecciones. Tan fuerte llegó a ser mi malestar, que cuando obtuve el bachillerato, no retiré el diploma correspondiente. Por mí que lo botaran...

Creía y aún creo, que para un hombre verdaderamente estudioso, la mejor forma de aprender, de cultivarse, es la propia investigación. Leyendo lo que a uno le guste y satisfaga, lo que sea útil para la vida espiritual y para la vida material. No ser forzado a aprender cosas que no interesan y que había que memorizar, si se querían obtener calificaciones necesarias y pasar al curso siguiente. ¡Oh! ¡la obsesión del título!. Sirven los títulos para buscar un empleo y aumentar un salario, pero no garantizan el dominio de un saber. Sin embargo reconozco que, desde entonces, la enseñanza en general ha mejorado, notablemente.

En esta rebeldía contra lo que yo llamaba la enseñanza enlatada, me fui entregando con cariño a otros aspectos del Haber humano, como la radiofonía, que estaba en pañales. De una revista llamada *Radio News* aprendí rudimentos de electricidad y de la incipiente ciencia de la radiocomunicación. Llegué hasta a establecer en mi casa, una pequeña estación de aficionados. Me dediqué a estudiar ingeniería eléctrica por correo. Tomé el curso de la *International Correspondence School* de Scranton, Pa. Esto me ayudó en el estudio del idioma inglés.

No menospreciaba yo el conocimiento científico especulativo, ni el estudio de la cultura filosófica, espiritual o artística, en sus múltiples manifestaciones. Aquél es la base del saber, ésta sirve para la forja del espíritu. Reclamo el derecho del hombre a que se le abran las bibliotecas del mundo para buscar, por sí mismo, el alimento de su espíritu.

EL ADOLESCENTE ENSANCHA SU MUNDO. Por esos tiempos de mí transición de niño a adolescente, mi mi familia vivía ya en San José.

Poco antes de ese cambio de residencia, en 1914, cuando yo entraba

a los nueve años, una tarde llegó a mi casa en San Ramón un muchacho robusto y jovial: Romano Orlich Zamora. Cargaba sobre sus hombros un saco de harina, que mi madre, que hacía el pan del consumo hogareño, había encargado.

-Doña Paquita, ha estallado la guerra en Europa, dijo Romano. Mi madre que estaba bordando, dejó sus agujas y lo miró con asombro y temor... ¡y lloró!

—Sí, comenzó la guerra en Europa, repitió el joven. Y dejando el saco de harina que habíamos pedido al almacén de su familia, se fue, sumido en quién sabe cuántos pensamientos, casi sin despedirse.

El mundo cambió ante mis ojos. Mi mayor te temor, el temor de un chiquillo, fue que pudiese haber guerra entre España y Costa Rica. Yo le preguntaba a mi padre qué pasaría si Costa Rica iba a la guerra y él me contestaba:

> *Supongo que si hay guerra, por ejemplo, entre Costa Rica y Nicaragua, si Costa Rica gana, todo es Costa Rica, si gana Nicaragua, todo es Nicaragua.*

Además, sentenciaba muy seguro:

Afortunadamente entre Costa Rica y España hay mar de por medio.

Ese fue el conocimiento del Derecho Internacional que como niño, aprendí de oídas en mi hogar...

El desarrollo de la Gran Guerra, como se llamó al principio, la que afectó a Europa, de 1914 a 1918, significó para mí, hijo de un hogar europeo, un hito vital importante.

Las noticias de las grandes batallas en tierras francesas, de las furiosas cargas a bayoneta calada; los relatos sobre los horrores de esa guerra, eran para mí tópicos de continua reflexión. Con los años, se iría acentuando en mí esa pasión que ya imponía a mi juventud, de no dejar pasar los acontecimientos sin enterarme bien de ellos y analizarlos.

Europa, a la que mis padres me habían hecho mirar como continente de origen, o como Madre Patria, ya no era para mí a partir de aquel momento, el objeto de cuento y de cariño de que se me hablaba en mi hogar. ¡No! era ahora algo más tangible. Allí se mataban por millones los hombres y se gestaba un cambio formidable en el mundo. El hoy en nada mi parecía al mañana. Los Imperios Centrales, como se llamaba entonces a Alemania y a Austria-Hungría, se quebraban y nacían Repúblicas. Se creaban naciones como Checoeslovaquia. Las glorias de viejos ayeres quedaban sepultadas por el reclamo de libertad que hacían los pueblos en

rebelión, dentro de la guerra misma. Según entendía por las noticias y los comentarios que se hacían alrededor mío, en Europa se abrían nuevos rumbos para la historia, y se desataban las fuerzas, que, a su hora, cambiarían el mundo.

El estrecho ambiente de la aldea de San Ramón o de San, o aún de Costa Rica, se me encogía más aún. El chiquillo aldeano adquiría, en su visión del mundo, una dimensión internacional, se hacía ciudadano del mundo. Yo me inclinaba a buscar, en horizontes más lejanos, la experiencia humana ya sea para aprender de ella, o bien para solidarizarme con los pueblos atropellados. Esa dimensión iría a jugar un papel preponderante durante mi vida, en mi pensamiento y en mi acción política.

En esa actitud de apertura al mundo, me interesaron las informaciones que circulaban sobre los sucesos en Rusia, que cambiaban definitivamente sus estructuras: la monarquía de los Zares caía al empuje de la rebelión de los pueblos. Kerensky estrenaba un gobierno de signo social demócrata, que caía meses más tarde, golpeado por el puño de Lenin al frente de los Bolcheviques. La Revolución de octubre contenía gérmenes de un cambio profundo en la faz de la tierra.

Asimismo, fueron adquiriendo para mí mayor significación las noticias sobre la Revolución que agitaba a México desde 1910. Ya había ganado mi admiración de muchacho, el visionario y mártir Francisco I. Madero. Entonces ya conocía las luchas de Emiliano Zapata, por darle tierra a los campesinos. Mi imaginación de adolescente se enardecía con el heroísmo del bandolero Pancho Villa, a quien por sus hazañas, su patria convirtió, años más tarde, en héroe nacional. Las noticias me dieron a conocer como Alvaro Obregón, iba empujando, a pesar de ser militar, a su país, hacia la paz y el progreso. Eso me entusiasmó.

SE ABREN VENTANAS AL PENSAMIENTO. Mi mente se abría al futuro. A su hora saludé con aplauso la figura de Franklin Delano Roosevelt, que en los Estados Unidos con su política de *New Deal* y del Buen Vecino, iría a levantar de la postración a su pueblo, abatido por la gran crisis, y a encender la esperanza de las naciones del mundo. Su pensamiento enriqueció mi propia visión política y sigue hoy teniendo influencia en el ánimo mío.

En los comienzos de mi participación política, me interesé primero, a través de mi amigo Rodrigo Facio y luego por contactos personales, por el notable experimento político-social que inspiraba Jorge Batlle Berres, en Uruguay, nación gemela a la nuestra. Este acopio de experiencias en su momento, fue importante en la concepción de organismos capaces de plasmar nuestras ideas sobre el desarrollo económico del país.

No pude quedarme indiferente ante la valiente rebeldía de Augusto Sandino, El General de Hombres Libres. Sandino luchaba por liberar a Nicaragua prostituida por politiqueros deshonestos, vendida por malos hijos y ocupada por la Infantería de Marina de los Estados Unidos. Sandino, a la distancia, vino a constituirse en mi constante compañero.

Años más adelante, al desgarrarse España en su trágica Guerra Civil, a partir del 18 de julio de 1936, yo no pude permanecer al margen de los acontecimientos. Sin dudarlo, tomé partido al lado de la República, a la cual me ofrecí como voluntario. Con emoción recibí respuesta de los republicanos:

¡Muchas gracias! ¡Tenemos más soldados que armas!

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, abracé sin titubeos, la causa de los Aliados.

La libertad ha venido a ser mi hermana. Así lo comencé a sentir en aquellos años de mi juventud. Así lo sentí cuando, más tarde siendo exiliado, abrí de par en par las puertas de mi afecto, de mi esfuerzo y después las de mi patria, a hombres del Caribe, que luchaban por conquistar la libertad en sus pueblos, dominados casi todos por lo que, usando una frase feliz del líder dominicano Juan Bosch, bautizamos con el nombre oprobioso de la Internacional de las Espadas.

Me ha sido difícil explicarme, cómo se puede vivir en el mundo, teniendo las cuatro paredes de un cuarto por horizonte El chiquillo de la aldea ramonense, había llegado a ser ciudadano del mundo.

MENSAJE DE IDEAS RENOVADORAS. En esos años de mi transición de niño a adolescente y a hombre, iba a despertarse en mí y acentuarse como parte esencial de mi espíritu, el interés por lo que se dio en llamar, la cuestión social. Use crecimiento espiritual mío, tuvo dos efectos: Me empapé de las ideas del socialismo utópico europeo, de mediados del siglo XIX y sentí un mayor interés por asuntos económicos y sociales de mi país y de mi mundo. Hoy, en edad madura, le atribuyo importancia primordial, al desequilibrio entre la producción y las aspiraciones de la sociedad contemporánea.

Hijo de médico, tenía a la vista los sufrimientos de los enfermos pobres y reflexionando, buscaba en mi mente, las causas de esa pobreza. Veía cómo mi padre se esforzaba, dentro de su magro presupuesto de médico de pueblo, por ayudar a recuperar su salud a los afligidos, que eran mayoría en aquella Costa Rica de las primeras décadas del siglo. En aquel hogar católico, oía

comentarios de un mensaje del Papa León XIII, en defensa de la clase trabajadora. Más tarde, en mis lecturas, identifiqué ese mensaje, con la Encíclica *Rerum Novarum*. Además, mis maestros me hablaban de las proclamas en las que el Obispo Thiel en Costa Rica, había abogado por el bienestar social. Así ya, en mi infancia, fui enterándome de algo llamado la doctrina social católica.

En San Ramón y luego en San José, escuché relatos, casi leyendas, que guardaban las gentes, sobre un sacerdote, el Dr. Francisco Calvo. Había sido Capellán y Notario en la Campaña Nacional contra los filibusteros. Luego había tratado de organizar a los trabajadores y hasta fundó un pequeño periódico para defenderlos. Iguales comentarios llenos de admiración escuché, sobre don Félix Arcadio Montero Monge, nacido en Santo Domingo de Heredia y afincado en un pueblo vecino al mío: Naranjo. Don Félix levantó el mismo estandarte y fundó un partido político para propagar sus ideales. Otro nombre que se pronunciaba con respeto y cariño era el de Jorge Volio Jiménez, sacerdote ilustre también, y uno de los más vigorosos precursores de la legislación social. Ya cerca de mi adolescencia, oí mencionar con veneración el nombre de Omar Dengo, que había promovido un grupo de estudio llamado Centro Germinal, desde el cual algunos intelectuales querían promover la educación de las clases trabajadoras, a fin de capacitarlos para las luchas por la vida.

Rompiendo la quietud de aquella pequeña ciudad decimonónica, que era San José de Costa Rica, ante mis ojos de niño vi desfilar en 1913, a los trabajadores que celebraban, por primera vez, el primero de mayo como Día Internacional del Trabajo. Se conmemoraba el aniversario de la rendición de William Walker. Ese mismo año, el país fue notificado de que se creaba la Confederación General de Trabajadores. Por ese tiempo también se escuchaban las proclamas de don Julio Padilla, a favor de la justicia social.

¡Ya no se oían sólo las voces legalistas de un Ricardo Jiménez o de un Cleto González Víquez, que hablaban de la libertad y de los derechos ciudadanos. En el ambiente nacional, comenzaban a resonar otras voces, que, sin claudicar de aquellos valores, despertaban el interés por la suerte de la clase asalariada y pedían justicia para ella.

Mi alma de niño y luego de adolescente, a medida que percibía mejor las duras condiciones de vida del pueblo, tomaba conciencia de que existía en Costa Rica, un ansia de mejoramiento social. Por entonces sólo presentaba formas embrionarias de organización, pero en las décadas siguientes se convirtió en movimientos sindicales y políticos poderosos y, en los años 40, obtendría aquella legislación social que yo tuve después que rescatar de la politiquería y darle sustento económico, respaldado por un auténtico desarrollo nacional.

Todos esos sucesos y experiencias tendían a forjar en mi espíritu, un compromiso y tal vez lo preparaban para un desuno que todavía no podía prever.

UN VISIONARIO: ALFREDO GONZÁLEZ FLORES. En medio de esa efervescencia de ideas y aspiraciones sociales, surgió un hombre dispuesto a plasmar en realidad algunas de ellas. Era el Lic. Alfredo González Flores, quien sacudía al país con el anuncio de medidas económicas, que eran para aquellos tiempos, una verdadera revolución. Recuerdo los comentarios de las gentes acomodadas, que se alarmaron por la intención de don Alfredo de establecer el Impuesto sobre la Renta y por su iniciativa de crear un organismo estatal emisor de la moneda y sus planes de fundar el Banco Internacional, luego, convertido, durante la administración de don León Cortés, en Banco Nacional de Costa Rica.

Yo no entendía claramente lo que pasaba, pero me interesaba el tema. Aún siendo un chiquillo fui, no recuerdo con quién o quiénes, a casa de don Alfredo en Heredia. Allí lo oí decir algo que me impresionó:

> *Los negocios no tienen importancia por sí mismos. Lo que verdaderamente tiene importancia es el bienestar de los seres humanos.*

Esa misma frase se la escuché, muchos años más tarde, a un distinguido banquero, don Julio Peña. Ambos eran de la misma cepa de patriotas. Manifestaciones como éstas vigorizan el dinamismo de la historia.

Los rectores de la sociedad de entonces, no podían soportar a don Alfredo y a sus ideas. Esa actitud, en un medio conservador, indispuso a sectores privilegiados con don Alfredo, hasta el punto de que buscaron y encontraron en don Federico Tinoco, el brazo que decapitó a la democracia, y sumió al país en una dictadura tormentosa.

TINOQUISMO. Una mañana, la del 27 de enero de 1917, en mis vacaciones, mientras yo trabajaba en la pulpería de mi abuela, doña Rosita Minguella de Ferrer, en Guadalupe, oí un fuerte tiroteo. Provenía del Cuartel de Artillería, que en línea recta quedaba cerca. Esto permitía oír los disparos con toda claridad. Momentos más tarde, como entonces no había teléfono ni radio, nos informamos por los pasajeros que venían de San José en los tranvías, de que Pelico tomó los cuarteles.

Federico Tinoco Granados, a quien la gente llamaba Pelico, Ministro de Guerra de don Alfredo González Flores, daba un golpe

militar, derrocando al ilustre demócrata herediano. Fue doloroso observar cómo hombres, a quienes se había considerado guardianes de la civilidad y la honestidad, se apresuraron a darle su adhesión al desleal. Unos, sólo inicialmente, pero otros, hombres de negocios, se confundieron con los sargentones de siempre, originando el abominable fenómeno político llamado tinoquismo o régimen de los treinta meses. Más tarde en la década de los cuarenta, volvió a darse este fenómeno en los cuadros del Caldero-comunismo.

Por aquellos días se organizó una gran manifestación de apoyo a los hermano Tinoco —Federico y Joaquín—. Desde la llamada Casa de los Leones, o de Los Pinto, en el Paseo Colón, donde me arrimé a curiosear, vi indignado pasar el desfile de miles de gentes. Era una cantidad enorme para la época. Me parecía una vergüenza que se rindiera alborazado tributo a una traición, al traidor de un hombre bueno, visionario y honrado, como don Alfredo González Flores. Lo atribuía a que el pueblo humilde no sabía distinguir cuáles eran sus verdaderos intereses. Sobre todo porque los turiferarios de la tiranía, manipulaban a los sectores populares para desviarlos del sendero de la libertad y de la dignidad, a través de un periódico nefasto: La Información. Treinta meses más tarde, cuando participé en la quema de los cepos ensangrentados (que los muchachos sacábamos de las cárceles a la caída de los Tinoco, comprendí lo efímero que puede ser el poder ante la acción vigorosa de un pueblo, al que se intenta robar la libertad. Entendí también que es posible que un pueblo bajo la inspiración de líderes honestos, pueda volverse contra el tirano y derrocarlo. Fue una lección que iba a poner en práctica un día que aún estaba muy lejano, pero que llegaría...

Se afirma que los estudiantes son la conciencia cívica de los pueblos y creo que así es, a veces.

Los Tinoco recibían los homenajes de políticos y de intelectuales. Los estudiantes, los chiquillos de los colegios de entonces, por el contrario, comenzábamos a resistir al gobierno con creciente vehemencia, cuando éste atropellaba las leyes, persiguiendo y flagelando a los ciudadanos que le hacían oposición.

COMBATE CONTRA EL TINOQUISMO. En un periódico llamado El Imparcial, dirigido por un catalán preclaro: don Rogelio Fernández Güell, se inició la oposición franca al gobierno de don Federico Tinoco y de su hermano don Joaquín. De hecho, los dos hermanos compartían el poder. La reacción oficial contra Fernández Güell, no se hizo esperar.

Don Rogelio era también diputado de la Asamblea Constituyente. Se desataron primero los ataques verbales y escritos, y luego la persecución física.

Esos fueron los días de la conocida anécdota de mi tía Casilda Ferrer de Penón, hermana menor de mi mamá. ¡Las vueltas del mundo! Casilda, si viviera hoy, 1987, sería abuela de la Primera Dama de la República, Sra. Margarita Penón de Arias. ¡Por todas partes aparecen esos benditos catalanes!

Una noche temprano, tocaron a la puerta de mi casa. Ahí apareció tomada del brazo, una pareja elegante. Ella una linda dama, él, un hombre apuesto de hermosos bigotes. Eran la señorita Casilda Ferrer, más tarde señora de Penón y don Rogelio Fernández Güell, a quien ella servía de acompañante para despistar a la policía. La policía de Tinoco y aquellos a quienes comenzábamos a llamar los esbirros tinoquistas, buscaba a don Rogelio. Su verbo y su pluma les hacía más daño que ninguna otra oposición.

Pasado el primer momento de sorpresa de mi madre, al ver a una dama de la familia del brazo de un extraño, mi padre lo recibió con cariño y le dio albergue a su amigo don Rogelio. Mientras se hospedó con nosotros, don Rogelio visitaba, saltando las tapias, a su primo don Tomás Soley Güell. La casa contigua a la nuestra la ocupaba el Cónsul de Suiza y allí se asiló después don Rogelio. Por las noches, el líder perseguido, pasaba por sobre los techos hasta nuestra casa. Allí en la sala, se formaban tertulias interesantes en las que yo participaba como oyente. Poco tiempo antes don Rogelio había presenciado en México, la gran Revolución de 1910. Fue testigo de los acontecimientos como Secretario Particular del Presidente Madero. Conoció su lucha y le siguió en su caída. Había sido director de la Biblioteca Nacional de México. Contaba los enormes esfuerzos que habían realizado aquellos revolucionarios, desde el más renombrado intelectual, hasta el más humilde indito, por transformar a México, de la sociedad feudal de don Porfirio Díaz, en un país que se batiera por la justicia social y la libertad.

Yo hacía esfuerzos por vencer el sueño que a veces me invadía. Las palabras de don Rogelio eran vigorosas y los temas que explicaba, de gran interés. Ligaba lo que había sucedido en México con lo que pasaba, en ese momento, en Costa Rica, estimulándome a luchar contra las tiranías. Unos días después mi padre y yo llevamos a don Rogelio, en un automóvil Ford, modelo T, a la casa cural de Curridabat, donde se ocultó y permaneció varios días. El párroco Ramón Junoy, era otro catalán de espíritu rebelde e independiente, muy amigo de la familia. De esa casa salió don Rogelio a lo que iba a ser la aventura gloriosa, que culminó con su muerte atroz a manos de Patrocinio Araya, un conocido sicario de los Tinoco.

Fernández Güell, un soñador que creía en el espíritu libertario de los hombres de honor, señaló con su sangre y la de sus compañeros el sendero de la libertad a los costarricenses de 1918. Más tarde, en el año 1948, yo pude constatar dolorosamente que hay momento en

que ese, el de la sangre, M el único sendero que les queda abierto a los hombres para hacer respetar su dignidad. Conocida es la frase de Jefferson:

> *Cuando la libertad se ha perdido, la violencia no es sólo un derecho: es una obligación ciudadana.*

Como una analogía más del gobierno de los Tinoco con el de los Calderón Guardia, un cuarto de siglo más tarde, recordemos que junto a don Rogelio, pereció asesinado don Jeremías Garbanzo. Fue capturado con varios compañeros por las fuerzas tinoquistas y masacrados todos. Este crimen se cometió el 15 de marzo de 1918. Estaban entonces de moda las bolas o rumores políticos. Mi padre llegó a nuestra casa y nos dijo:

> *...Hoy corre un bolón tremendo. Dicen que mataron a Rogelio.*

Desdichadamente era verdad.

Treinta años más tarde, el 21 de marzo de 1948, otro Jeremías Garbanzo, a quien sus amigos llamaban cariñosamente Matatías, sobrino de aquel héroe de 1918, cayó luchando dentro de las filas de nuestro Ejército de Liberación Nacional contra las tropas de la segunda tiranía de este siglo.

Estos recuerdos aún me apasionan y conmueven. Entonces tales sucesos, me permitían entender un poco el tablero político, contemplando cómo sus figuras se alineaban. Unas para hacerle mal a su patria y otras sin fallar, con valentía para asumir su defensa a costa de máximos sacrificios.

La noticia de la muerte de don Rogelio y del doloroso recorrido de su aventura, a partir de los sucesos de Río Grande, cuando los rebeldes de aquella época, habían capturado un tren y sostenido encuentros armados con tropas de Tinoco, me estimularon, como adolescente, a asumir un papel más activo y enfrentar palabra y acción contra las dictaduras. Me enardeció la denuncia hecha desde el extranjero por el maestro Marcelino García Flamenco, quien presenció en Buenos Aires el vil asesinato de Fernández Güell y sus compañeros. Luego, habiéndose sumado a las fuerzas revolucionarias de don Julio Acosta, fue capturado en un combate y masacrado por las tropas tino quistas.

Desde entonces arraigo en mí la idea de la libertad y del compromiso por defenderla, como un atributo insustituible de la existencia humana.

Quiero recordar, como homenaje a aquella hazaña, que otro de los muertos junto a Fernández Güell, fue Ricardo Rivera, quien tenía una finquita en San Cristóbal. El hospedó una noche de su fuga a los revolucionarios que buscaban llegar a la frontera de Panamá,

sin sospechar que caminaban hacia su muerte. Fueron masacrados en Buenos Aires. Ese grupo de héroes se hospedó durante otra noche de su marcha, en la casa de don Enrique Muñoz. Esa vivienda, contigua a la hacienda La Lucha, con el techo herrumbrado, todavía se conserva...

Volvamos a nuestros recuerdos de esos tiempos de pelea en 1919. Los estudiantes hacíamos toda clase de actividades para demostrar al gobierno que éramos sus enemigos. Yo procuraba externar mis sentimientos en la forma más ostensible que me fuera dable. Me sentía obligado porque, precisamente en esos días hubo en San Ramón, un intento de levantamiento contra los Tinoco. En él participaron el querido maestro don Federico Salas y los hermanos Orlich, don Romano, don Nicolás y don Aquileo, junto con los valientes y legendarios don Juan María Quesada, don Tobías Ramírez y don Lorenzo Cambronero. Muchas otras personas amigas de mi casa tomaron parte en estos sucesos. No podía yo aunque muy joven, ser menos que ellos.

La situación económica de las gentes se hacía cada vez más angustiosa. Recuerdo la condición de los empleados públicos. No se les pagaba completo su sueldo. Se les entregaban unos vales por la tercera parte de su valor, que se llamaban tercerillas. Se ha dicho después, sin que yo lo haya comprobado, como suele suceder, que el propio Ministro de Hacienda don Lico Jiménez, compraba a los maestros sus tercerillas por un precio bajo y las vendía al Estado por su valor facial.

Recuerdo otra anécdota que revela la gravedad de la situación del país y que, a pesar de mi corta edad, me planteó interrogantes que más tarde en mi vida, conformarían mi pensamiento político como gobernante.

Una mañana, de un tranvía que entonces era el mejor medio de locomoción, bajó frente a la pulpería de mi abuelita en Guadalupe, un vecino francés, de apellido Márquez, quien casi sin aliento le dijo:

> *Doña Rosita, doña Rosita, no cambie billetes del Banco Comercial... ¡Ha quebrado esta mañana!*

Se lo dijo en catalán, que lo hablaba muy bien, para que los parroquianos no se dieran cuenta. Mi abuelita abrió la gaveta y con horror vio que los numerosos billetes que ya había cambiado esa mañana, eran del Banco Comercial.

Los bancos entonces quebraban a menudo, sin importarles la ruina que acarreaban a los tenedores de billetes y a los depositantes. Tal vez fue entonces que tuve por primera vez una impresión que años más tarde me lanzaría al camino de la nacionalización bancaria, para proteger al público y beneficiar al país, entre

otras razones.

En el mes de julio de 1919, los maestros se negaron a firmar una circular que les propuso el Gobierno, en la cual se condenaba a los revolucionarios que desde Nicaragua, encabezados por el valeroso don Julio Acosta, marchaban hacia Costa Rica a derrocar el gobierno tinoquista. Los maestros, contrario a lo que se les pedía, publicaron un pliego protestando contra la imposición de la circular gobiernista. Se echaron a la calle en protesta y durante una semana, ellos, los educadores y nosotros, sus alumnos, ocupamos las calles protestando a gritos contra el gobierno tinoquista. Frente al Colegio Superior de Señoritas, los jovenzuelos que vivábamos a Acosta y su revolución y los maestros que no habían querido doblegarse ante Pelico, recibimos nuestra primera dosis de violencia. La policía, cincha en mano, nos maltrató inmisericordemente. Igual que lo haría 25 años después contra quienes reclamaban honestidad a la administración Calderón Guardia. También obligaron a los bomberos a usar la bomba de incendio llamada la Knox, para bañarnos con sus chorros de agua. Algunos manifestantes con cortaplumas, cortábamos las mangueras. Si no temíamos a la cincha, ¡menos al agua! El clima estaba creado. Los días de los Tinoco se acortaban.

DERROCAMIENTO DEL TINOQUISMO. El Gobierno prohibió las reuniones y esto exaltó más los ánimos. El 13 de junio de 1919, la gente en la calle, respaldando a los estudiantes, secundados por valerosas mujeres, exigían la caída del gobierno tinoquista. Enardecidos por discursos llenos de patriotismo, nos dirijimos hacia La Información, el periódico al servicio del gobierno, desde donde se vomitaban amenazas y mentiras al pueblo. Palos y piedras cayeron sobre aquel periódico aliado de los gobernantes Tinoco.

Ese viernes 13 de junio de 1919, los estudiantes quemamos aquel vertedero de mentiras y de infamias que era La Información. Me declaro culpable de ser uno de los incendiarios. Aún resuena en mis oídos el chasquido de las llamas purificadoras y siento su calor en mi brazo incendiario. Su luz nos iluminó en la lucha contra el tirano de ayer y nos iba a iluminar en nuestra lucha contra sus herederos treinta años después. Mientras yo enarbolaba la tea, desde un piso alto me lanzaron una máquina de escribir. Yo la pude capear y me retiré cuando ya las llamas hacían arder el edificio. Al pasar frente a la ventana vecina de la familia Turull, catalanes también, la señora casi histérica me gritó:

-Mira, Pepe... Esos locos le están dando fuego el edificio.

Yo le contesté: -¡Qué barbaridad!

En 1964, yo di un curso sobre Relaciones Económicas Interamericanas, en Harvard. Comenzaba con estas palabras:

El primer choque político en mi vida lo tuve yo con una máquina de escribir.

Los estudiantes se rieron, pensando que yo había escrito un artículo violento.

Un mes más tarde, el 10 de agosto de 1919, a las siete de la noche, se oyeron frente a mi casa disparos. Una empleada llamada Monchita, entró en el comedor gritando:

¡Mataron a don Joaquín... Mataron a don Joaquín!

Comenzaron a oírse los llantos de las señoritas Yglesias, que vivían frente a nuestra casa en el barrio Morazán. Tal vez eran amigas o familiares de don Joaquín. El agresor huyó hacia el norte de la ciudad y se internó en la finca de árboles frutales del doctor don Pánfilo Valverde, desde donde desapareció. A propósito de don Pánfilo, recuerdo que una vez lo apresaron por orden de los Tinoco y lo condenaron. Como era usual, lo apalearon. Un caricaturista de apellido Hernández, también catalán, inventó el chiste de que a don Pánfilo le pegaron quince palos. En el lenguaje popular, se dice que un árbol pega, cuando resiste su trasplante.

El 12 de agosto de ese año de 1919, circuló la ansiada nueva: Federico Tinoco Granados, dejaba el poder y salía del país. Lo hizo para siempre, pues falleció en París el 7 de setiembre de 1931. Sus restos fueron repatriados en 1960.

Mi amor por los libros, mi participación en esos hechos violentos contra la tiranía y mi afán de aprender, me hicieron olvidar algunas diversiones de los adolescentes, como bailar o participar en fiestas sociales. Mi madre me decía que yo era un excéntrico. Ella no concebía cómo su hijo a diferencia de los demás jovencitos, prefería leer una revista en inglés, que asistir a un baile, tratar de componer un aparato de radio a bailar un *Fox Trot*. Pero así era yo.

BOSTON Y NUEVA YORK. San José, Costa Rica, ya no tenían aliciente alguna para una persona ávida de conocimientos. Decidí viajar al exterior.

Mi padre me dio cincuenta dólares y con esa fortuna entré a los Estados Unidos. Después devolví los primeros cheques que me envió para sostenerme, diciendo a mis padres que ya tenía trabajo.

He contado antes que en la revista Radio News, comencé a aprender inglés, y que en ella y en mis cursos por correspondencia, adquirí algunos conocimientos de radiotécnica. Pude así presentarme al

laboratorio de la *General Electric* en Lynn, Massachusetts, a solicitar trabajo. ¡Por una mentira no lo logré! En un formulario que me entregaron para llenar, encontré que preguntaban por la religión que profesaba. Para quitarme problemas, indique: cristiano. Otra se refería a la edad. Yo que apenas había cumplido diecisiete, puse que dieciocho pasaditos. Ahí estuvo el mal. Me dijeron:

-¡Qué lástima! Sólo recibimos jóvenes que tengan menos de dieciocho años.

Así me cerré el camino a la *General Electric* y tal vez por un tiempo, al mundo de la investigación científica.

En el *Massachusetts Institute of Technology* intenté tomar algunos cursos de Física Superior. Pero la oficina de inscripción me exigió, como prerrequisito, seguir cursos sobre temas que ya yo conocía. ¡Siempre la educación embotellada! Decidí retirarme del Instituto.

Mi padre quería que yo estudiara medicina, pero en esto de estudios formales, yo le llevé siempre la contra. Además, lo que me llamaba la atención era la ingeniería, inventar cosas. Cuando me fui a los Estados Unidos, por ejemplo, llevaba en mente ciertas ideas. De allí, el empeño por ingresar a los laboratorios de la *General Electric*. Quería desarrollar un sistema de grabación sonora en alambre de acero. Entonces sólo había disco de baquelita y yo tenía la idea de que en alambre de acero, como después se hizo hasta la aparición de la cinta magnetofónica, se podía grabar bien el sonido.

No pude desarrollar otro invento mío: los discos de carbón para las cocinas, en vez de las resistencias de espirales. Ahora en las cocinas se usan discos parecidos a los que yo imaginaba. Todo eso fueron ideas que tuve de muchacho y que otros convirtieron en realidad. Estaba obsesionado, como ya dije, con la idea del movimiento continuo como potencia motriz. Hay muchos otros locos que han tenido esas ideas, como mi recordado compañero cartaginés, Juan de Dios Trejos.

Por la imposibilidad de trabajar en los laboratorios de Lynn no me amilané. Decidí buscar trabajo para el día y estudiar de noche. Procedí de manera sistemática. Tomaba una de las largas avenidas comerciales de Boston y la recorría de un extremo a otro por la mañana por una sola acera, solicitando empleo de puerta en puerta. A mediodía compraba un sandwich y echaba a andar hacia atrás por la acera opuesta.

Estuve en esto algún tiempo. En una agencia automovilistica *Buick* me preguntaron si yo sabía ajustar la compresión del motor. Les dije que sí, pero pronto se dieron cuenta de que no tenía la menor

idea de lo que se trataba. ¡Otra vez a la calle!

Por fin me dieron empleo en la empresa empacadora de té *Salada Tea Company*, chequeando las pequeñas básculas automáticas que uniformaban el tamaño de los paquetitos. Ahí me fue bien, más que nada porque el trabajo me daba la oportunidad de pensar. Ganaba dieciocho dólares semanales y pagaba tres de cuarto en una casa vecina. Me quedaba hasta litas horas de la noche y los domingos encerrado devorando libros. Una vez la casera me llamó la atención porque le gastaba mucha luz eléctrica.

En Boston la vida no era fácil. Me acompañaban Chico Orlich y Emilio Valverde Vega. Los tres habíamos llegado a Boston, supuestamente a estudiar, es decir, a hacer una carrera formal de universidad. Pero no nos gustaba la rutina universitaria. Preferimos cursos de asistencia libre. Antes de salir de Costa Rica yo había adquirido, a la par de los hermanos don Otto y don Bruno Miller, que tenían experiencia en plantas hidroeléctricas, tanto en Alemania como en nuestro país, ciertos conocimientos en esa materia. Por eso busqué los cursos de ingeniería hidroeléctrica, campo en el cual me ufano de tener conocimientos.

En nuestros hogares de Costa Rica, creían que los tres mosqueteros éramos sólo estudiantes. Una vez mi papá me escribió diciéndome que había atendido en nuestra casa en San José, a unos profesores norteamericanos que tendrían mucho gusto en conocerme. Enviaba adjunta su dirección. Fui a visitarlos y en la conversación, me preguntaron cómo iban mis estudios.

¿Estudios?, les contesté con orgullo. No, yo no estudio. Yo trabajo.

Mis compañeros y yo estábamos anímicamente en la era de gran prestigio del *self made man* (autodidacta) cuyo principal héroe se llamaba Henry Ford.

Es verdad que mis estudios no eran regulares, pero sí eran intensos. Los realizaba por las noches durante el duro invierno bostoniano en la Biblioteca Pública, a la que acudía a buscar calefacción gratuita y libros. Allí leí intensamente las Vidas Paralelas de Plutarco. Durante varias semanas me dio el entusiasmo por aprender de memoria los grandes monólogos de la literatura universal: Hamlet en inglés, Fausto en alemán y por supuesto La Atlántida de Berdaguer en catalán. Esos meses en la Biblioteca de Boston han sido de los más fecundos de mi vida. Allí cultivé mi espíritu, alimenté mis ansias nunca satisfechas de saber y me inicié en el socialismo utópico con los clásicos franceses e ingleses. Allí sí supe lo que es la felicidad de leer. He sentido siempre una gran veneración por las bibliotecas. Años más tarde en Nueva York, hice de su Biblioteca Pública otro oasis de mi vida. Muchos años después, ya adulto, conmigo de visita el Padre Núñez,

fui con él nuevamente a la Biblioteca de Nueva York. Sentí entonces la necesidad de decirle:

> *Si no fuera porque aquí hay tanta gente, me arrodillaría.*

Para mi espíritu aventurero, tres años de residencia en Boston eran suficientes. Hice mis maletas y me trasladé a Nueva York buscando un nuevo reto. No bien llegué a esta ciudad, en un desplante pueblerino, le envié una tarjeta a Emilio Valverde, quien se había quedado en Boston, diciéndole sobre Nueva York:

> *Nada impresionado. Esto es pura bulla. No hay otra ciudad como San Ramón.*

Nueva York me dio campo para nuevas aventuras buscando empleo. En alguna parte vi un anuncio de una oficina de traducciones, se llamaba la *Lawyers and Merchants Translation Bureau*, de 11 Broadway, N.Y., solicitando traductores. De inmediato mandé a imprimir tarjetas de presentación que decían José Figueres, *Technical Translations*. Con una de ellas me presenté ante el gerente o director. Mientras conversábamos, noté que los traductores usaban máquinas de escribir *Underwood*. Cuando el gerente me dijo que me contrataban, le advertí que sólo sabía manejar la máquina *L.C. Smith* (que era la menos popular). Le pedí unos días para familiarizme con la *Underwood*. Fui corriendo a matricularme en una pequeña escuela especializada y aprendí mecanografía con todos los dedos de la mano. Regresé y entré de lleno a trabajar. En ese empleo encontré la satisfacción de sentirme millonario: me pagaban treinta dólares por semana. Trabajaban conmigo unas cinco o seis muchachas, judías todas, a las que tenía que dictar el texto en inglés de cartas recibidas por la casa en español, francés y portugués. El idioma italiano me comió porque confundía el tiempo pretérito con el futuro. Vean ustedes mi osadía: traductor como de cinco idiomas. ¡Más de los que se hablaban en San Ramón de Alajuela!

La pasé muy bien en Nueva York. Allí hice amistades intelectuales valiosísimas.

Por ese tiempo el movimiento sindical en los Estados Unidos era débil. No había fuerzas organizadas que lucharan por levantar los salarios. Esa fue una de las principales causas de la falta de consumo, señalada por Keynes, que provocó el crack de la bolsa de Nueva York de 1929. Algunos autores modernos han sugerido otras causas de la Depresión... Mi amigo Kenneth Galbraith señala entre esas causas, la especulación con valores de la Bolsa y con bienes raíces. Sobre este asunto Galbraith da ejemplos patéticos, refiriéndose a terrenos en el Estado de Florida, Estados Unidos.

Aquellos eran días de máximo esplendor ficticio en E.E.U.U. que se llamaron con sus extravagancias, los Dorados Años Veinte. La Ley

Seca y el gansterismo estaban en su apogeo. Los bailes alocados y las grandes bandas musicales, eran el pan de cada día de las ciudades norteamericanas. Me daba escalofrío aquello. Todo indicaba que bailaban al borde de un abismo, o mejor, que ya los norteamericanos estaban bailando sobre el abismo. No me equivoqué, vino la debacle.

REGRESO A COSTA RICA. Un día recibí un cablegrama de mi padre, enviado desde alta mar, donde anunciaba su llegada a Nueva York. Yo supuse a que venía a llevarnos a Chico y a mí de vuelta a Costa Rica. Nos tocó recibirlo y aguantar sus protestas porque en Nueva York no se seguían al pie de la letra las costumbres catalanas. La gente pedía en los restaurantes un plato único, en lugar de los numerosos *entrées* europeos.

Mi papá muy pronto preguntó:

-¿A dónde se va a misa aquí?

Chico y yo nos miramos preocupados. Pero yo recordé haber visto en la vecindad algo parecido a una iglesia y le dije:

-¡No se preocupe!

Lo metimos a un templo impresionante. Al salir, mi padre explotó:

—¿No les he dicho yo que estos gringos son locos? ¿A quién se le ocurre ir a la iglesia con sombrero?

Evidentemente nos habíamos metido en una sinagoga.

Con mi papá volvimos Chico y yo a Costa Rica.

Crucé de nuevo el Caribe. Por segunda vez, contemplé las aguas de aquel mar tan nuestro, con el que me uní en un destino que llegará hasta el fin de mis días. Tan nuestro y tan ajeno en realidad. En ese mar, después de su descubrimiento, todas las potencias del mundo han medido sus fuerzas a lo largo de cinco siglos. Ha constituido un escenario dramático de las luchas por las libertad. Son luchas que aún perduran.

Ese Caribe me llenaba de emoción. Quizás presentía que toda mi vida estaría íntimamente ligada a él, en mis esfuerzos por hacer de los pueblos tiranizados, pueblos libres.

Chico y yo, ya en Costa Rica, tratamos de orientarnos en el ambiente patrio. Antes de regresar yo había explorado en Nueva York, las posibilidades de instalar una fábrica de sacos para café. En esas gestiones sufrí una pequeña confusión semántica: un ejecutivo con quien yo había hablado de esto se dignó a hacerme la

siguiente aclaración:

-Jovencito, usted lo que desea comprar son hiladoras y telares para fabricar sacos. Y nosotros lo que vendemos es solamente máquinas para empacar los granos en los sacos.

Por el momento tuve que relegar lo de los sacos a un segundo plano, pues tenía que ponerme a hacer algo de inmediato y así, mintiendo otra vez, conseguí trabajo. Había Un señor colombiano, de apellido Arango que tenía en San José la agencia de los autos *Ford*. Fui a pedirle empleo como vendedor. Me preguntó que si tenía experiencia en ventas y le dije:

-Uhhh, viera cuánta.

Me dio el trabajo y vendí algunos automóviles.

En esos días un amigo aquí en Costa Rica, de apellidos Pérez Pinto, me propuso que nos metiéramos en agricultura. Con un gran simplismo me explicó de lo que se trataba:

-Se quita el monte, se limpia varias veces al año, se siembra zacate y tenemos una finca ganadera...

Desde luego, en nada paró. Luego quise meterme en una finca de frutales en Río Cuarto, pero también se quedó el intento, en la simple ilusión.

Es, por estos tiempos, cuando comienza de verdad, la gran aventura de mi vida: LA LUCHA SIN FIN...

CAPITULO II

FRIJOLES CON MANTECA

LA LUCHA: ENTRE DEUDAS E ILUSIONES. Mi madre era aficionada a componer anagramas. Un día hacia el final de los años 10, hizo uno con las 23 letras que forman mi nombre: José María Figueres Ferrer. Resultó ser:

Surgiré i reformaré a Jefes.

Entre paréntesis: También compuso ella un anagrama para el ex

presidente don Rafael Iglesias Castro, quien tenía fama de muy estricto. El anagrama era:

Daré las fatales rayas.

En cuanto a surgir, en la tercera acepción que da la Academia de la Lengua al vocablo, ciertamente ha sido, ya desde muy niño, la ambición de mi vida. Surgir a través del esfuerzo y, si era necesario, por el camino áspero: alzarme, manifestarme, brotar y aparecer con tesón y estudio. *Per aspera ad alta!*.

Lo de reformar a jefes, ni lo soñaba. Fue la fuerza de las las circunstancias la que me obligó a participar en la vida pública. Lejos de mi mente estaba cualquier inclinación hacia lo que llaman carrera política y, menos aún, a las alambicadas maniobras de la actividad electoral, la cual, si bien puede ser una actividad noble, frecuentemente degenera en politiquería.

Me seducía la tarea de surgir, de ayudar a otros a superarse, a la lucha sin fin.

Volví a mi idea anterior de producir cosas útiles, en agricultura y en industria: fabricar sacos de cabuya, por ejemplo. Comuniqué un día esta aspiración a mi tío, don Alvaro Terán Seco, dueño del almacén La Granja, entonces El Diluvio. Don Alvaro era hombre increíblemente juicioso y honesto. Le expliqué la economía que obtendría el país si se sustituyera la importación de sacos de yute de la India, por los producidos con fibras cultivadas en Costa Rica. Mi tío ya era distribuidor del mecate de cabuya que producía don Ismael Muñoz. Don Ismael era hijo de un gran empresario, campesino, don Enrique Muñoz, de San Cristóbal Sur, allá en una zona muy quebrada al extremo sur del cantón de Desamparados. Un ingeniero catalán, don Andrés Casañas, había traído de Mérida, Yucatán, la idea de cultivar fibras de cordelería en Costa Rica. Ya entonces don Francisco Orlich Ziz, abuelo yugoeslavo de don Chico Orlich Bolmarcich, producía en San Ramón, la fibra de henequén.

Si quieres, vamos uno de estos días por allá para ver qué es lo que tienen los Muñoz, me dijo mi tío.

En efecto, un buen día, como simples paseantes, emprendimos a caballo, en bestias alquiladas, esa dura jornada hacia Tarrazú, por el alto de El Tablazo.

Había que ver lo que padeció mi tío en la gira. El era europeo sin experiencia en las zonas rurales. No acostumbrado a las inclemencias que en tales viajes había que afrontar en la Costa Rica de entonces. El camino era un reto hasta para las bestias y yuntas de bueyes. Por esta razón parecía que las distancias se multiplicaban.

Don Alvaro sufrió bastante en el viaje. Yo, por el contrario, que de muchacho había viajado mucho a caballo en San Ramón, disfruté de la gira. De seguro percibía intensamente el llamado de la tierra que esperaba al hombre. Adivinaba que, desde ese momento, me iba a ligar indisolublemente a esa tierra.

El Alto de El Tablazo, Corralillo de Cartago, esos y otros caseríos nos vieron pasar cual modernos Quijotes; ¡que allí no había cabida para Sanchos!

La jornada comenzaba entonces en la caballeriza de los Güell, en plaza González Víquez. Luego, se saldría de San Miguel de Desamparados. De verdad que aquella zona sur era un paraje de desamparados. A los vecinos de la región sólo les hacían sobrevivir su tenacidad y la Divina Providencia.

La segunda jornada nos llevó hasta la propia casa de don Ismael Muñoz, en lo que es hoy el Bajo Industrial de La Lucha. La familia Muñoz nos atendió muy bien, con el mejor cariño, como saben hacerlo nuestros bondadosos campesinos.

Estuvimos allí varios días. Vi las máquinas, cuyo valor estimé en base del conocimiento limitado que tenía de las que había observado donde los Orlich, en San Rafael de San Ramón. Vi las pequeñas siembras de cabuya. Al final hablé de comprar aquello.

Hombre, lo hubiera dicho antes..., y entramos a negociar.

Yo tenía un pequeño problema: no disponía de los sesenta mil colones que cobraban, pero ya me había hecho la resolución de adquirir esa incipiente empresa. Al regreso a San José me puse en contacto con Chico Orlich y le planteé el negocio. Su padre y el mío nos prestaron alguna suma con la que pudimos pagar lo que podría llamarse hoy la prima. La empresa comenzó a trabajar al crédito. Tal parecía que iba a ser su sino. Yo compraba bestias y bueyes fiados y mercaderías variadas, también al crédito.

Cuando en una oportunidad estábamos ya casi con el agua al cuello, como muchas veces lo he estado en mis empresas, se estableció en San José el Banco de Crédito Hipotecario, montado por don Tomás Soley Güell, quien traía capitales de España, a fin de aplicarlos como hipotecas a largo plazo a los agricultores. Fue sin duda una buena idea, una excelente idea la de don Tomás, que terminó, por desgracia, en fracaso por dos razones: la primera fue la Depresión Mundial. La segunda, la actitud de don Ricardo Jiménez, presidente de la República, quien tuvo dudas sobre el proyecto del Banco en esas circunstancias prevalecientes. Don Ricardo tenía gran confianza en don Tomás como ministro, como hombre de finanzas, pero, cuando vio que la operación se iba haciendo tan grande, actuó como un hombre prudente: mandó cerrar el banco.

Gracias a ese préstamo yo logré dar una dimensión mayor a la incipiente empresa cordelera, con una hipoteca oportuna por la suma de cuarenta y cinco mil colones.

La propiedad adquirida no tenía nombre propio. Fue más adelante que los campesinos la bautizaron, a raíz de un hecho simple, pero para mí de gran significación. En 1929 se me ocurrió aprovechar los once barrotes del portón de entrada a la finca para poner en ellos las once letras de un lema de mi vida: Lucha sin Fin. Cuando las cosas van mal hay que luchar. Cuando van bien hay que emprender nuevas luchas.

Los campesinos, por la ley del menor esfuerzo, decidieron referirse a esa entrada con el nombre de el portón de La Lucha. Con eso quedó bautizada la finca.

Una de las primeras cosas a que me dediqué, siguiendo mi inclinación natural, fue experimentar para decidir cuál de las varias plantas fibrosas respondía mejor a las condiciones de la zona. Después de largos once años de investigación, determiné que lo que más convenía era la variedad Olancho. Con ella hice grandes almacigales y las plantas se fueron distribuyendo, luego, entre los agricultores de la región, con buen resultado para todos. Esa cabuya se encuentra hoy en día por todas las zonas altas del país y hasta por los lugares bajos donde hay suficiente humedad.

Aparte de esa actividad central, al principio se sembró maíz a mano en gran cantidad, en las rehoyas de terreno quebrado, según costumbre de la zona. Todos los campesinos sembraban su propia milpita, con sus cubaces trepadores. Esa agricultura primitiva me entusiasmó mucho en aquel tiempo.

LA VIDA EN LA LUCHA: ESTUDIO Y TRABAJO. La vida en La Lucha nada tenía de parecido a la de Boston o Nueva York, ni siquiera a la de San Ramón. Vivir allí, donde toda incomodidad tiene su asiento, era de veras, un enfrentamiento constante con toda clase de incomodidades.

Los caminos eran simples trillos para un caballo. Esto exigió el desarrollo de una gran empresa de transporte, la cual llegó a tener sesenta yuntas de bueyes. En carreta transportábamos todo lo que se necesitaba en la finca y todo lo que ella producía. También lo que requerían otros vecinos, desde San Miguel de Desamparados hasta La Lucha.

Era un viaje duro y azaroso. Los bueyes después de cada salida, descansaban dos semanas para reponerse. Los boyeros eran unos héroes de verdad. Había partes en donde las carretas se hundían en barro por sobre la bocina. El boyero tenía que meterle el hombro a

la carreta para ayudar a los animales a desatascarla.

Muchas veces yo trabajé como boyero. Me tocó meterle el hombro a una rueda de la carreta atascada para ayudar a los animales a sacarla. Hoy, recordando aquello, me parece simbólico. ¡Era parte de mi destino!

Hace poco tiempo murió, con ochenta y seis venerables años sobre sus espaldas, Antonio Segura, uno de mis compañeros de trabajo de entonces, quien fue por muchos años el jefe de la boyada. Hombres como él, de temple y dedicación, que no le arrugaron el ceño al barro ni a la lluvia, al sol, ni al polvo, son los que hicieron posible la Costa Rica de hoy.

En aquella época que ahora estoy rememorando, vivía mi madre muy preocupada por mi permanencia en La Lucha.

Ese muchacho loco nada tiene que andar haciendo allí entre caballos y bueyes, entre el barro, siendo hijo de profesionales europeos y hombre de estudio..., decía impaciente.

A ella no le hacía ninguna gracia que yo estuviera viviendo con todas las incomodidades imaginables.

Una vez decidí llevarla a ella hasta La Lucha, para que viera que las cosas no eran tan malas como las imaginaba. ¡Eran peores...!

De San José a San Miguel de Desamparados le hice el viaje en auto. Ya se habían lastrado más de doce kilómetros. De San Miguel a La Lucha seguimos en una carreta, a la que le puse un colchón de paja en el piso y un toldo para resguardarla del sol.

Durante algunos días estuvo mi mamá conmigo allá. Lloraba desconsoladamente viendo lo que yo trabajaba y las penurias que pasaba. Pero ya no insistió en que yo dejara aquello y, ¡yo no quería dejarlo!

El campo, la fábrica y las experiencias agrícolas con las plantas fibrosas, consumían el año entero de mi trabajo. Por la noche, cuando los grillos y las ranas comenzaban su concierto y los cocuyos encendían sus lucecitas, en mi cuarto comenzaba a arder una candela pegada en un cajón que hacía las veces de mesa de noche. A la luz parpadeante de esa vela leí asiduamente durante varios años. Yo he podido dejar cualquier cosa, menos la lectura.

La Guerra y la Paz fue una de mis lecturas a la luz de la candela. Desde entonces desarrollé una gran admiración por el Conde León Tolstoi, que tuvo el valor de expresar en sus obras su gran humanismo. Me subyugaba la austeridad de su vida, la honestidad de su pensamiento y el mensaje de justicia de ese artista, en cuyo espíritu sentí palpitar el alma noble del pueblo ruso. Muchos años

más tarde, tuve la suerte de visitar dos veces Yasnaya Poliana, la finca feudal de la familia Tolstoi. En mi cuarto de estudio de hoy, desde un cuadro que cuelga en sitio preferente, la efigie del Conde Tolstoi, luciendo sus hermosas barbas, parece mirarme invitándome a seguir, siempre, su ejemplo.

Lo que quizás resultó paradójico para mí fue que yo leía a Goethe, que murió pidiendo luz... más luz... también con una humilde candela.

He sido siempre idealista y pragmático a la vez.

Si yo cultivaba la tierra, era para arrancarle, de su seno, un producto cada día mayor. En la misma forma era necesario que yo cultivara intensamente mi intelecto. Tenía que satisfacer mi sed de conocimientos con la misma intensidad con que la tierra seca se traga el cariño de la lluvia.

Muchas de esas noches salí a pesar del frío, a recorrer las veredas de la finca, soñando con alcanzar las estrellas. Cosas de la juventud. Era la ilusión de los que soñamos siempre con el mañana. Así comprendí mejor la sentencia del profeta Isaías, cuando exclamaba en Idumea:

Centinela, ¿qué veis en la noche? Veo brillarla mañana...

Yo esperaba ver algún día brillar para Costa Rica, una radiante mañana, abriendo los senderos de una sociedad de mayor bienestar para todos. ¿Acaso percibía, a lo lejos, la tarea que la Providencia me tenía reservada de jefear un grupo de hombres que, después de restablecer la libertad para su patria, marcaría rumbos de bienestar para sus hijos? Entonces ¿cómo podría saberlo? La titilante luz de las estrellas no me hablaba de ello...

No sólo sembraba maíz y cultivaba mis conocimientos en los libros. También me preocupé por mejorar la maquinaria de la fábrica, lo cual me exigió ampliar las posibilidades V condiciones de nuestro taller mecánico. En ese taller teníamos equipo de soldar y yo le remendaba los trastos de sacar *chirrite* a los contrabandistas. Hasta les construía las alquitarras y los alambiques...

Vean lo que es la vida: jamás me ha gustado el licor, pero los contrabandistas sacaban su guarito, no por afán de defraudar al Fisco, sino para ayudarse a mantener a sus panzoncitos...

PENURIAS E ILUSIONES. Yo veía a los peones trabajar con entusiasmo. Con una lealtad que debemos reconocerles, con una humildad que los honraba. Sentía que mi obligación era no sólo que la finca produjera para pagarse, sino también para que mis empleados vivieran en las mejores condiciones posibles en medio de

los campos.

Les fui haciendo casitas baratas, sencillas, es cierto, pero las fueron teniendo y, con el tiempo las mejoré a lo más que se pudo, al punto de que les puse tanques sépticos, para que tuvieran servicios higiénicos de verdad. Una vez, llegaron a mi finca algunos empresarios guatemaltecos. Cuando vieron las casitas de los trabajadores, me dijeron, mitad asombro y mitad crítica:

¡Pero si los tiene viviendo en quintas!...

La Lucha y dos o tres empresas nacionales más fueron las primeras en preocuparse por lo que hoy se llama: el problema de la vivienda.

La empresa fue creciendo con el trabajo de todos. Como a Chico Orlich, mi socio, le era difícil estar yendo a La Lucha, ofrecí comprarle su mitad de la empresa y tuvimos el siguiente diálogo:

-¿Cuánto vale esa carajada?, me dijo.

Yo tenía la respuesta lista:

-Sesenta mil colones. Ese era el precio inicial de toda la finca.

-¿No me tiras?, replicó don Chico. -No te tiro, respondí. —Es tuya...

Yo no tenía dinero, así que me fui a la oficina de Eberhard Steinvorth y le conté el asunto. Don Eberhard llamó a su rubia secretaria alemana y le dijo:

Tenga la bondad de hacerle un cheque por sesenta mil colones al señor Figueres.

Al recordar ahora mi amistad con la familia Steinvorth, debo mencionar también mi relación amistosa con Federico Reimers, pues con ambos tenía negocios constantemente. Esa amistad estuvo, en su hora, por encima de nuestras posiciones políticas y lealtades nacionales; ellos, como alemanes, defendían a su patria, yo, como admirador de Francia y de la democracia, estuve con los aliados. Los amigos no se paran en esas divergencias. Ya se verá cómo en el futuro, mis adversarios no respetaron mis sentimientos y mis lealtades de amistad, para acusarme de posiciones políticas absurdas que nunca tuve.

Mi orgullo por lo que estaba haciendo en La Lucha, a costa de mil privaciones me movió a invitar a doña Julia Carvajal, directora en esos tiempos de la *Escuela Superior de San Ramón*, para que viera en el terreno el producto de mi trabajo, del trabajo de su ex alumno en la escuela. Otro viaje en carreta, en un colchón duro

sobre piso más duro aún.

Doña Julia, tan pronto como llegó a la finca, se puso a conversar con las mujeres de los trabajadores. Las interrogaba:

— ¿Cómo les va a ustedes aquí?

—Pues a nosotros muy bien. Ya hace varias semanas que estamos aquí y todos los días hemos comido los frijoles con manteca.

Siendo ella campesina, entendió muy bien el significado profundo de la respuesta:

... todos los días hemos comido frijoles con manteca.

Era el mejor cumplido que me podían hacer como patrono, y el mejor reconocimiento a la seriedad y dedicación que a sus empleados mostraba la empresa que yo había fundado.

A doña Julia le encantó lo que hacía y, al igual que cuando era su párvulo allá en San Ramón, me dio su voz de aliento para seguir adelante, sin doblez, sin pereza y ante todo, sin miedo. Voces de aliento que aún resuenan en mis oídos, como si ese mensaje me lo estuviera dando hoy, cuando desde la cúspide de mis años hago un recuerdo de los viejos ayeres.

Mi empeño era ese: que ninguna semana los campesinos comieran sus frijoles sin manteca. Era casi un lujo aquello, y por lo tanto, fuera del alcance de los demás campesinos, que ni i sólo comían sus frijoles sin manteca, sino que a veces no tenían siquiera frijoles.

En esos años, la depresión golpeó inmisericordemente a las puertas de los hogares costarricenses, ensañándose con los de siempre: los pobres. Hubo allí en las inmediaciones de La Lucha un caso que me conmovió hasta el tuétano, y que parecía cosa, más de cuentos de caminos, que de realidad. A un lado de una montañita vivía un campesino y al otro extremo otro, que era su compadre. En la casa del primero hacía días que ni siquiera había moscas. No tenían qué golosear. Una mañana se decidió a visitar a su compadre para pedirle que le prestara, cosa común entonces, siquiera media tapa de dulce. Se echó a andar por una vereda y a la mitad de la montaña se encontró a su amigo a quien le preguntó:

-Idiay, ¿a dónde vas?

-Pues a tu casa a ver si me prestas media tapa de dulce. -Ay, compadrito, qué tirada, yo iba para la tuya a lo mismo.

Algo así abundaba entonces en Costa Rica y en el mundo entero, pues yo vi en el *Central Park* de Nueva York, cuando fui allá,

grandes colas de desocupados paupérrimos pidiendo un plato de caldo caliente. Era la miseria.

Mi pensamiento volaba buscando fórmulas para que mis empleados no vivieran tan mal y a pesar de lo duro de la crisis, lo pasaban mejor que los de casi todas las demás fincas.

Monté en mi propia casa un comisariato en donde les vendía a pagos, entre otras mercaderías, una cafeterita que valía tres colones, a cincuenta céntimos semanales, o una cobija de las coloradas gruesas, calientitas para las noches de frío en La Lucha en doce colones, a colón por semana.

Podría pensarse hoy que era muy cómodo y muy barato el pago. Pero ¡qué va! Hay que ver lo que significaba pagar un cuatro o un colón por semana, para amortizar una deuda. Era desquiciar el presupuesto semanal. A pesar de que mi empresa andaba entre deudas y más deudas, yo buscaba la forma de que los trabajadores no la pasaran tan mal.

Por esos tiempos tan críticos y angustiosos para todos tuve, más que nunca, que recurrir a los créditos. Desde luego, los intereses me consumían, pero fui saliendo adelante. Viví la experiencia de ver mis afanes agobiados por necesidad de crédito, que se hacía cada vez más caro cuando se trataba de empresas productivas. Todo esto me llevó a un convencimiento profundo de que era necesario cambiar el sistema bancario del país y reforzar sus fuentes de crédito.

Posteriormente, estando La Lucha en mejores condiciones, la empresa compró las tierras de café a don Eduardo Bonilla, tío del ilustre médico Manuel Aguilar Bonilla, en Santa Elena. Era una hacienda con un beneficio que me permitió entrar en el negocio del café, de su siembra y procesamiento incluyendo su exportación. De esta manera, iba a adquirir yo una buena experiencia en aquel campo de la producción que constituía el grueso de nuestras exportaciones nacionales y el recurso más efectivo en el comercio internacional. Esta experiencia me serviría más tarde para librar una gran batalla desde 1952, junto a otros empresarios de países productores de América Latina, por conseguir mejores precios para el café y, en general, términos de intercambio más favorables con los países industrializados. Eso significaba más trabajo y mayores retos. Mi juventud seguía siendo para trabajar, no para quemarla en banalidades.

Rindo aquí un recuerdo agradecido a mi hermano Antonio, pues a pesar de tener un negocio comercial en San Ramón, vino a darme su ayuda, para atender las oficinas de la empresa en San José. Ya no era sólo un loco Figueres, sino que éramos dos.

UNA UTOPIA HACIENDOSE REALIDAD. Me he referido antes al socialismo utópico, las cuestiones sociales y sus posibles soluciones, que muchos pensadores, más soñadores que constructores, habían presentado a la cultura universal. El estudio de la economía era también una de mis aficiones. Mucha reflexión había dado a la forma como vivía nuestro campesino, y a su suerte en las empresas agrícolas del país. Nacían como peones y morían como peones. Sus hijos, como maldita herencia, repetían su historia.

Esto me llevó a pensar que podría hacer un gran servicio a Costa Rica si, llevado por mi afán de experimentación ensayaba una forma más humana de organización de una empresa agro-industrial. Dentro de las realidades nacionales esa organización podría inspirarse en el sueño de algunos pensadores como Fourrier, H.G. Wells, Owen, quizás utópicos, que habían concebido la existencia de comunidades humanas productivas para su interés colectivo y que vivieran en la solidaridad eliminando la explotación de unos por otros. Pensaba con optimismo, que tal vez, pudiera estructurar un modelo que fuera imitado por otras empresas agrarias o agroindustriales. Quizás podría servir como modelo de la sociedad global costarricense. La realización de ese sueño constituía la visión del mañana, que acariciaba en las largas noches solitarias de la hacienda La Lucha.

Así fue surgiendo en aquella apartada región de Tarrazú, una empresa productiva en la que quienes aportaban el trabajo se beneficiaban con su producto. Surgieron viviendas que cada día se mejoraban, y servicios sociales y educacionales al alcance de todos. Se crearon centros recreacionales y culturales para darle sentido a las horas de ocio. Hubo electricidad y agua para todas las familias. Sobre todo hubo una comunidad industrial que cada día ensanchaba más sus facilidades técnicas en los talleres mecánicos o en las fábricas de tejido. Se desarrollaron las líneas administrativas que exigieron contabilistas y mecanógrafos. Entonces vi el milagro de una población con zapatos; contemplé a jóvenes hijos de peones adquiriendo destrezas de obreros industriales. Habían dejado la pala para manejar el torno mecánico, o los instrumentos de soldadura. Recuerdo a Natalio Castillo, primer campesino que becado por el taller mecánico, se convirtió en soldador. Las hijas de los peones vestidas de delantales, entraban sonrientes a los talleres de hiladura, o se sentaban a la máquina de escribir o ante el mostrador de la contabilidad. He tenido el gozo de ver a los hijos y nietos de los peones escalar posiciones profesionales. Una nieta de don Lidio Arce, el principal mandador de La Lucha en aquella época, es hoy una distinguida doctora en medicina.

La revolución industrial había llegado a aquellas montañas. Surgió una población con características modernas, que estaba un siglo adelante de las poblaciones circunvecinas. Estas se mantenían estrictamente rurales con sistemas tradicionales. Hoy, cuando

escribo estas cosas, en 1987, me asombro al visitar las oficinas de La Lucha, encontrándolas llenas de máquinas computadoras, que yo no entiendo, manejadas por hijos y nietos de campesinos.

Se comprenderá ahora el dolor que sintió mi espíritu cuando, durante la guerra civil de Costa Rica, las hordas caldero-comunistas, aún llevando uniformes militares, destrozaron e incendiaron máquinas e instalaciones en La Lucha, algunas importadas y otras elaboradas por los que fueron ayer simples peones y llegaron a ser obreros industriales.

PERSONAJES Y BANDERAS. Nunca durante mis años en los Estados Unidos, o mientras construía mis sueños en La Lucha a partir de 1928, me desentendí del curso de la República, de las corrientes políticas o de las figuras políticas prominentes. Me informaba, reflexionaba, formaba mis juicios y tomaba partido sin comprometerme.

A don Julio Acosta, mi coterráneo ramonense, lo vi consagrado como el héroe del Sapoá y luego como Presidente de la República tratando de reparar los daños morales y materiales causados por la tiranía tinoquista. Un día lo vi, luciendo sus elegantes bigotes, arengando a la multitud desde la escalinata de la Casa Amarilla. Era un discurso guerrero. Llama a la guerra contra Panamá, que nos había atacado con motivo del problema de límites y producido los dolorosos sucesos de Coto. Naturalmente, los ánimos estaban exaltados. Vino la breve guerra y, por dicha, no se pasó a más. Costa Rica cumplía, en ese año, el primer centenario de su Independencia.

A propósito de don Julio Acosta, quiero hacer, a modo de paréntesis, un comentario en su alabanza y en mi defensa. Victorioso contra los Tinoco, y ya en el poder, alguien le habló de una recompensa para quienes habían luchado por la libertad. El se opuso, acuñando la frase:

A donde hay paga no hay gloria, en donde hay gloria no hay paga.

Frase hermosa y honesta. Años más tarde, al concluir la Guerra de Liberación Nacional, hubo quienes quisieron esgrimir esa frase contra mi honor, cuando estaba lejos de mi mente aceptar alguna recompensa por mis servicios a la patria y a la libertad. Ya era suficiente recompensa que la Providencia me hubiera permitido guiar a un grupo de valientes en tan noble tarea. Pero sucedió que al concluir la guerra aparecieron destruidas las instalaciones de La Lucha sin que hubiera habido allí combate alguno. Se descubrió que en un acto de bandidaje bochornoso, algunos de los comandantes calderonistas se habían robado de Santa Elena, en grandes cantidades, el café de los pequeños productores, listo para su exportación. Oído el parecer de personas prudentes y honorables,

se acordó dentro de un severo peritazgo, pagar una indemnización a los perjudicados. En ese entonces declaré enfáticamente que no se estaba pagando a José Figueres por ninguna acción, sino a los acreedores, pues las empresas operaban, como casi todas en Costa Rica, al crédito. Las instalaciones destruidas eran de ellos. Los acreedores no tenían por qué pagar el vandalismo. La frase de don Julio seguía siendo hermosa, como aquella de José Martí:

La Patria es ara, no pedestal.

Los nombres del Lic. Ricardo Jiménez y el Lic. Cleto González Víquez, que tanto brillaron durante la segunda década de este siglo, siguieron, en su tercera y cuarta década, gozando de gran prestigio y poder político. A los dos los admiro y respeto.

Otro nombre que conocí en ese entonces y que las gentes repetían con esperanza, fue el de aquel político, mitad general y mitad sacerdote, llamado Jorge Volio Jiménez, conocido como: el Tribuno de la Plebe. Sus mensajes alimentaron mis horas de reflexión. Se le puede designar como uno de los más vigorosos precursores de la legislación social en Costa Rica.

En justicia debo mencionar, entre los hombres de temple y patriotismo de esas décadas, al Dr. Ricardo Moreno Cañas, que fue siempre vocero de denuncias populares en el Congreso. Sus luchas contra los contratos bananeros, contra la Compañía Eléctrica, que era propiedad norteamericana, promoviendo siempre su nacionalización, y su defensa de los trabajadores, son historia que no puede olvidarse.

Yo me enteraba en La Lucha, de todos esos movimientos de rescate de nuestra nacionalidad, de afirmación de justicia y mejoramiento de las clases trabajadoras. Cuando tenía noticias de lo que esos grandes hombres hacían, debía resistir la tentación de abandonarlo todo para ir a dar la batalla hombro a hombro con ellos. Pero tenía otros deberes y obligaciones que no podía dejar botados. La hora de mi destino no había llegado, aunque sintiera impulso de decir, como Lord Byron, al partir en ayuda de los griegos en su lucha contra los turcos:

¡Lira, dejadme en paz!... ¡Venga una espada!...

Pero no podía dejar todavía el arado, ni la cordelería ni los cabuyales. Mi hora no había sonado aún aunque ya me parecía a lo lejos escucharla...

La política, como actividad partidista, me era extraña. Como reflexión sobre la cosa pública, a partir de Platón y Aristóteles, pasando por los grandes pensadores ingleses y franceses, era tema grato para mí. Pero nunca he tenido inclinación para la actividad política partidista. Me causa aversión la intriga, la politiquería

y los chanchullos, componentes tal vez en parte inevitables de los partidos, que no van con mi temperamento.

Pero existía en mi patria, como en cualquier otra sociedad, un juego político del cual, como ciudadano no podía marginarme. Tenía que votar por el ciudadano con aspiraciones de gobernante, que mejor respondiera a las cualidades que yo exigía de un conductor de mi país. Fui a votar por don León Cortés Castro. Lo conocía y me gustaba: era recto, trabajador, adusto, con autoridad para decidir y echar las cosas a andar.

Yo he afirmado, más de una vez, que no conozco otra forma de hacer las cosas más que hacerlas. Don León era así. Quizás por eso yo aprendí, desde temprana edad, a admirar a varias figuras de nuestra historia. A don Braulio Carrillo Colina, quien, con gran autoridad y mayor decisión, impulsó al país con leyes propias y le dio aliento a la siembra de café. He admirado a don Tomás Guardia por su entereza para resolver los asuntos públicos, como lo muestra su firmeza para dotarnos de un ferrocarril al Atlántico. He expresado repetidamente mis simpatías por don Rafael Yglesias, porque nos dio, con su vigorosa actitud, un buen sistema monetario, magnífico para su tiempo, y el Ferrocarril al Pacífico. Como los otros, murió pobre.

Esos hombres, llenos de devoción por la patria, supieron ejercer con firmeza su autoridad dentro de las costumbres de su época. Fueron claves en el desarrollo del país. El poder se da para ejercerlo. Admiro a los gobernantes que lo ejercen, y ' encaran los retos de la oposición, muchas veces miope para empujar la historia. Parafraseando a Pascal, no creo en los gobiernos de fuerza, pero pido gobiernos con fuerza.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. Por esos tiempos se produjo la más grande conflagración civil en mi madre patria: La Guerra Civil Española. Yo simpatizaba con la República, a pesar de que ella había derrocado al rey Alfonso XIII, que era para mí como figura integrante de la familia, pues en mi hogar se hablaba tanto de él y en términos tan cariñosos que, en mi imaginación, pasaba a ser uno de los nuestros. Pero la República, creada en 1931 por un notable grupo de intelectuales, ofrecía la posibilidad de una sólida democracia en una España tan flagelada por las guerras civiles y las dictaduras. A la edad de treinta años, tomé posición al lado de la República y, por eso, al momento en que Madrid estaba siendo asediada por los ejércitos franquistas, me ofrecí a luchar en su defensa.

Gracias, tenemos más hombres que armas.

Había gestos de ambos lados, que excitaban la imaginación quijotesca. Como aquella actitud del general José Moscardó, cuando estuvo sitiado por las tropas leales en el Alcázar de Toledo. Sus

sitiadores le pusieron al teléfono a su hijo Luis para que, prisionero como estaba, le dijera a su padre que, si no rendía la fortaleza, lo iban a fusilar. Moscardó contestó como contestaría uno de los héroes de Plutarco:

El Alcázar no se rinde. Encomiéndate a Dios, hijo mío, y muere como un hombre español.

Gestos como éste siempre han enardecido el espíritu. La Guerra Civil Española, con su millón de muertos, unos física, otros espiritualmente, fue pródiga en actos de heroísmo, en sacrificios inauditos y fue, además, la puerta por la que se coló en la historia la Segunda Guerra Mundial.

La gran mayoría del país se inclinaba a la causa de Franco, a quien consideraban caudillo de una cruzada de los cristianos contra el comunismo. En los Estados Unidos el sentimiento predominante, por el contrario, era favorable a la república española.

Fue grande el dolor que me causó la caída de la República ante la indiferencia de las democracias que, en vez de ayudarla siquiera por propio interés, la sabotearon, permitiendo que Hitler y Mussolini le dieran todo su apoyo a Franco.

Mi espíritu nunca ha estado propenso al desaliento. Derrotado en un frente, siempre encuentra espacio para seguir luchando por la causa que ha abrazado. Establecí inmediatamente contactos con los republicanos que se expatriaron entre las naciones democráticas, y seguí ayudando a la república española en el exilio. Encontré entre los republicanos españoles en Costa Rica, a Víctor Lortz, en México a Indalecio Prieto y, en Nueva York a Joaquín Maurín, magníficos amigos de gran nivel intelectual e inspiración cultural. Cuando yo mismo fui un exiliado, me constituí en México en el discípulo de eminentes pensadores y maestros, que la dictadura de Franco había desplazado hacia esa ciudad.

DON MANUEL MORA. Para participar en Costa Rica en las actividades a favor de la república española, me adherí a un comité de personas que promovían esa causa. Lo constituían intelectuales de corte liberal y anticlerical, personas amantes de la democracia, amenazada entonces por el totalitarismo nazi-fascista, y gente de círculos llamados de izquerda incluyendo, por supuesto, a los comunistas.

Entre muchas otras personas, con quienes me relacioné en ese comité, debo mencionar a don Fernando Valverde Vega y a don Manuel Mora Valverde, líder máximo del comunismo en el país. Don Fernando Valverde, ramonense, llegaría a ser uno de mis compañeros más cercanos, vicepresidente de la Junta de Gobierno, ministro de

gobernación y un valiente soldado en la guerra de liberación Nacional.

Con don Manuel Mora establecería una amistad de mutuo aprecio y respeto. Encontramos algunos puntos de coincidencia en nuestras aspiraciones por el bienestar de los trabajadores y en La convicción de que Costa Rica necesita transformar su organización social, con el fin de dar a su pueblo mejores condiciones de vida. Nos separaban entonces a don Manuel y a mi y nos han separado hasta hoy, diferencias de posiciones ideológicas y políticas. A través de los años me he movido entre algunos puntos de vista compartidos por los marxistas y posiciones de claro y decidido enfrentamiento a ellos. Por ejemplo', coincidimos en la lucha por la república española, pero más tarde nos encontramos en posiciones políticas y hasta bélicas diametralmente contrapuestas.

Bien conocía don Manuel mis convicciones en materia de reforma social y mi actitud favorable a las leyes de apoyo a los trabajadores. Pero también conocía mi repudio a los fraudes electorales y a la manipulación demagógica de la legislación social, por parte de los politiqueros irresponsables del grupo de Calderón Guardia. Recuerdo que, en una oportunidad, don Manuel me dijo candorosamente:

-Mire, Pepe, hay que ensuciarse los pies para pasar por dentro un barreal. Usted tiene que venirse a nuestro lado con el presidente Calderón Guardia. Pase a nuestro lado, al fangal, para salir adelante en una buena causa, con el prestigio de haber estado en ella.,..

Yo le respondí:

—No me convence don Manuel.

Mi amistad con don Manuel no sirvió sin embargo para evitar la guerra civil que nos encontró en 1948 en bandos opuestos. Pero ambos teníamos interés por la causa de las clases trabajadoras y esa amistad me llevó a encontrarme con él en una noche de frío y neblina, en el Alto de Ochomogo.

Empañada a veces por las confrontaciones políticas y por las diferencias ideológicas, ha perdurado siempre inspirada en un amor en común por el pueblo costarricense, aunque sean diferentes las formas como deseamos responder a sus aspiraciones.

LEON CORTES Y CALDERON GUARDIA. Se acercaba a su fin el gobierno del Lic. León Cortés. Comenzaba a agitarse el año de la campaña electoral para elegir sucesor. Yo tenía que orientar mi decisión como ciudadano a la luz de mis conocimientos acerca de los rumbos que, a mi juicio, debiera tomar el país. A mediados de 1939, en

una conversación, en presencia de don Alberto Martén, nos dijeron que deberíamos adherirnos a la candidatura del Dr. Calderón Guardia, porque ya parecía ser arrolladora. Yo intervine ante las miradas inquisitorias que se volvieron hacia mí, y expuse mi actitud con una frase que había estudiado en mis años de latín en el Colegio Seminario:

Etsi omnes, non ego, Aunque todos, yo no.

Esa posición mía vino a ser reforzada por un incidente anterior a aquellos días que reveló una faceta negativa del Dr. Calderón Guardia. Don León Cortés había sometido al conocimiento del Congreso de la República, un proyecto de arreglo de límites con Panamá. Los jóvenes entre los que recuerdo como líder a un distinguido estudiante de derecho, Eugenio Jiménez Sancho, hijo de don Carlos María Jiménez, se enfrentaron al arreglo con vehemencia. Hubo represión policial. Los estudiantes se dirigieron a la casa del Dr. Calderón Guardia, quien era diputado y presidente del Congreso, para que como líder de sectores importantes, se pronunciara sobre el problema. El doctor se esquivó. No dio la cara, sino que, como siempre fue su costumbre puso a su hermano Francisco, a conversar con los estudiantes por una ventana.

Los hombres que no dan la cara no me han gustado nunca. De allí que no podía ser calderonista, si no hubiese otras razones. Así se lo dije a mis amigos que entendieron muy bien mi posición.

Se produjeron las elecciones en las que participaron don Virgilio Salazar Leiva y don Manuel Mora Valverde, como contrincantes del Dr. Calderón Guardia, con una votación casi unánime a favor del Doctor. Calderón obtuvo 90.005 votos y los adversarios, juntos, 17.861.

En esa ocasión se imponía entonces una multa a los que se abstenían de emitir el voto. Fui a la alcaldía de Desamparados a que me juzgaran por el delito de no haber votado. El secretario de la alcaldía me leyó la razón de la multa que la había redactado así:

-Manifiesta que es cierto que, por un involuntario olvido, dejó de emitir su voto.

Le dije:

—No, no, nada de involuntario olvido. No me dio la gana de votar porque no me gustan los candidatos.

Pagué la multa de cinco colones.

Comenzaron a escasear los alimentos de importación entre ellos la

harina y la manteca. Los géneros para la ropa se hacían más difíciles de conseguir. Los implementos mecánicos como repuestos y llantas para los vehículos y otras maquinarias, tendrían que ser racionados.

Durante los primeros meses de la guerra la mano enérgica de don León Cortés, que ejercía con escrupulosa honradez la presidencia de la República, impidió la especulación y el ocultamiento de las mercancías básicas. El pueblo se lo agradeció, acrecentando su confianza en él. Mi respeto y solidaridad con don León aumentaron más aún. Pronto haría contraste con la administración calderonista que le sucedió.

Al atacar Japón a los Estados Unidos en su base naval de *Pearl Harbor* en diciembre de 1941, la guerra se hizo global. Costa Rica le declaró la guerra al imperio japonés primero, y dos días más tarde, a Alemania e Italia. Fue el primer gobierno, antes aún que el de los Estados Unidos, que tomó esa decisión de tantas implicaciones nacionales e internacionales. Nosotros, los jóvenes de la oposición solemnemente declaramos que eso era una charlatanería. Mas pronto nos dimos cuenta que el gobierno de Washington apreciaba su valor simbólico.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. Todavía ejercía el poder don León Cortés cuando en setiembre de 1939, estalló la Segunda Guerra Mundial iniciada, es cierto, en Europa, pero que poco más tarde cubriría todo el mundo. Previ que esa guerra tendría características de un conflicto armado a grandes dimensiones. Ella afectaría a la humanidad entera, incluyendo pueblos entonces alejados de los beneficios y maleficios de la industrialización y de la cultura occidental. Me llené de preocupaciones inmediatas: las consecuencias desastrosas para nuestro pueblo. La pobreza volvería a atenazar a los costarricenses que apenas comenzábamos a salir de los duros efectos de La Depresión.

ABUSO Y DESPOJO DE LOS SÚBDITOS DEL EJE. Comenzando la guerra el gobierno británico confeccionó las llamadas Listas Negras, que incluyeron, primero, a los alemanes que vivían en países fuera del suyo y, cuando Italia entró en el conflicto, también a los súbditos italianos. Al declarar Costa Rica la guerra, esas listas, aumentadas con las preparadas por el gobierno norteamericano, jugaron un papel tenebroso en el país. En las manos deshonestas de la administración Calderón Guardia, fueron patentes de corso para incursionar en los bienes de alemanes, italianos y hasta españoles que vivían en nuestro país. Bienes que enriquecieron a muchas personas adictas al régimen calderonista.

Fue un bochornoso festín con las propiedades de los llamados súbditos del eje. Tal vez habría personas de filiación nazi-fascista, pero también había una inmensa mayoría de antiguos

inmigrantes que había robustecido nuestra economía, fomentando la producción con sistemas empresariales avanzados y con técnicas agrícolas e industriales eficientes. Esas prestigiosas colonias extranjeras, habían establecido lazos de familia y negocios con el resto de los costarricenses. Muchos de sus miembros se enorgullecían de ser ticos, no sólo por naturalización sino por nacimiento.

Se produjo una reprobable cacería de alemanes a los que indiscriminadamente se les calificaba de nazis. A unos se les enviaba al campo de concentración abierto en San José; a otros, a los de los Estados Unidos y Canadá. En Costa Rica, a raíz del despojo de los bienes a súbditos del eje, aparecieron personas, que ni siquiera en sueños sabían lo que era la actividad agrícola, pero que ahora, como protegidos del régimen calderonista, se ufanaban de ser dueños de fincas. Otros, que sí tenían experiencia en esa actividad, vieron ampliadas sus propiedades con valiosas empresas, adquiridas a precios ridículos, por sus enlaces calderonistas. Yo era amigo de algunos de los alemanes. Con ellos había realizado transacciones comerciales. Más de uno me había tendido la mano en momentos difíciles de mi vida empresarial. Con dolor y con indignación veía cómo eran enviados a prisión, hombres de gran tenacidad en el trabajo, ajenos por completo a la política de su país, como los señores Steinvorth, Peters, Miller, Reimers, Halder, Holkenmayer, Effinger, Niehaus, Stauffer y otros más. Su delito era ser alemán.

Comprendo las exigencias a veces inhumanas que impone la seguridad en un conflicto armado y conozco algunas de las reglamentaciones del derecho internacional al respecto, pero me sentía atado por los deberes de amistad. Yo estoy siempre al lado del amigo, pero aún más en sus horas de necesidad o persecución. Si el amigo tiene razón y está en lo correcto, pues tanto mejor; si no la tiene y ha cometido un error, igualmente estoy a su lado aún condenando o comprendiendo el error. En el caso que nos ocupa me puse al lado de la gente honrada. Sólo tenían el delito de que su madre-patria estaba en guerra, bajo un régimen totalitario que yo repudiaba. A algunos de ellos les guardé dinero que me confiaron y a veces se los puse a producir. Pero, en cambio, hubo costarricenses empleados de confianza de firmas alemanas, a cuyo nombre los dueños inscribieron propiedades, y luego se negaron. Estas cosas nunca se pueden probar con exactitud, pero el hecho es que se creó un ambiente de verdadera indignación popular. Yo afortunadamente, tuve la satisfacción de devolver hasta el último centavo de bienes que me parecían sagrados, porque se me habían confiado en momentos de ansiedad. Mi defensa y ayuda a estos perseguidos dio pie a que adversarios políticos aprovechados, me tildaran de pro-nazi a pesar de mi larga historia de amistad con los súbditos de países aliados.

SIGNOS DE CORRUPCION EN EL GOBIERNO. En general lo que había sido casi un consenso nacional favorable al principio del gobierno de Calderón Guardia, fue desmoronándose. La deshonestidad en el manejo de la hacienda pública se percibió muy pronto. La ineficacia administrativa se hizo cada día más patente. El nepotismo se imponía en casi todas las instancias burocráticas. El festín con los bienes intervenidos de los alemanes e italianos era el escándalo de cada día.

Comenzaban a manifestarse las inclinaciones hacia el fraude electoral, que fueron trazando las rutas hacia la tragedia futura. Esas actitudes contra la pureza del sufragio se hicieron evidentes en el proyecto de la famosa reforma que el gobierno intentó introducirle al Código Electoral para favorecer sus ambiciones.

A ese intento se enfrentaron valientemente las fuerzas políticas democráticas, especialmente los estudiantes. El 15 de mayo de 1943, ocuparon el primer puesto de la lucha, unas patrióticas mujeres, que desde entonces fueron conocidas como Mujeres del 15 de mayo. Estaban dirigidas por la Lic. Ana Rosa Chacón, la Prof. Angelita Acuña y la Prof. Estela Quesada, defensoras de las libertades políticas y de los derechos de la mujer. Fueron agredidas de hecho por la policía y, de palabra, por el presidente del Congreso, Lic. Teodoro Picado, quien las calificó de histéricas. Pero el intento del gobierno de imponer su maniobra electoral fue derrotado.

EN VANGUARDIA VIGILANTE POR LA REPÚBLICA. Por diferentes vías me llegaron a La Lucha, informes muy desalentadores de la marcha de la República. Cuando visitaba San José me reunía con personas de cuya prudencia y buen criterio tenía yo muy claro convencimiento.

Escuchaba sus preocupaciones ante la situación, que se desmejoraba continuamente. Se me informaba del abuso con todo el sistema de racionamiento de gasolina, de herramientas, de llantas y de alimentos, que hacía la ganancia de algunos amigos del gobierno, llevándolos hasta la opulencia.

Entre las personas que más respeto me inspiraban y que participaban en mis tertulias de sabor patriótico, estaba el Lic. Alberto Martén Chavarría. Nuestra amistad venía desde los años en que ambos habíamos estudiado en el Colegio Seminario. Era una amistad que se alimentaba de aficiones intelectuales comunes que me llenaban profundamente. Alberto es un hombre de pensamiento brillante y de una vasta erudición. El iba a jugar un papel muy importante a mi lado, para el planeamiento de la guerra de Liberación Nacional y para los rumbos que queríamos imprimir luego a la nación entera.

Compañero de esas tertulias fue también don Francisco J. Orlich,

que en esos tiempos era diputado, electo, vean qué paradoja, por el calderonismo. Conversábamos intercambiando ideas sobre los sucesos mundiales, las corrientes de política que estaban haciéndose presentes en el mundo al quedar deshechos, por el golpe de la guerra, los cuadros mentales tradicionales. Percibíamos el despertar de un nuevo pensamiento renovador en el país, en el seno de grupos intelectuales y estudiosos. Había un deseo general de buscarle remedio a los males de la República y decirle:

¡Basta! al régimen calderonista.

De vuelta a La Lucha yo reflexionaba y auscultaba el signo de los tiempos. Venía a mi memoria el recuerdo de Cincinato, que en un momento dado, sintió la necesidad de dejar el arado y el surco y sanear la república enferma.

¿Habría llegado entonces, la hora que reclamaba mi servicio a la patria y al pueblo?

CAPITULO III

EL PAN ES SAGRADO

VANDALISMO DESENFRENADO. ¡La hora estaba más cerca de lo que yo podría pensar!

La noche del 2 de julio de 1942, estando atracado en el único muelle que existía entonces, explotó en Limón el vapor San Pablo, de la *United Fruit Company*. Murieron 23 trabajadores costarricenses casi todos negritos. El Gobierno de Calderón Guardia, atribuyó el hundimiento del San Pablo a torpedos lanzados por un submarino alemán. Personas serias que parecen conocedoras del asunto, han expresado dudas sobre esa versión. Estas dudas atribuyen algún tipo de responsabilidad al Gobierno de entonces en el trágico incidente. Yo me incliné y me inclino todavía por aceptar como cierta la explicación del Gobierno. Como sea, el sentimiento popular se enardeció. Algunas organizaciones anti-nazifascistas, llamaron a los costarricenses a una manifestación de protesta por el ataque al San Pablo. La manifestación se realizó, previa concentración frente a la Casa Presidencial, el 4 de julio de 1942. Así se aprovechaba la conmemoración de un nuevo aniversario de la Independencia de los Estados Unidos. Hubo discursos ardorosos y casi incendiarios del Presidente Calderón Guardia y de don Manuel Mora. El desfile fue encabezado por don Julio Acosta García y don Fernando Valverde Vega.

Grupos provocadores se infiltraron en el acto. La creencia general es que esos grupos estaban integrados por agentes de lo que en aquel momento se llamó Caldero-Comunismo. Los organizadores del desfile perdieron el control de la multitud y la manifestación terminó en el mayor desorden y vandalismo imaginables.

Yo recuerdo el discurso del Presidente Calderón Guardia que decía, incitando a la gente a más violencias:

Quisiera estar en libertad de marchar con vosotros a exigir justicia contra los culpables de esta acción.

Las turbas desmandadas se dedicaron a asaltar el comercio alemán, italiano y aún español. Sacaron las mercaderías de los establecimientos, quebraron sus ventanales para facilitarse el saqueo de comestibles, perfumería, sombreros, herramientas, licores. Nada se salvó de la salvajada que se llevó a cabo a vista y paciencia de las autoridades. Estas dejaron actuar a la multitud como si estuviera realizando una marcha de patriotas, cuando se estaba en presencia de una gavilla de saqueadores. De ahí vino

posteriormente la famosa frase de algunos desalmados, que aseguraban a los revoltosos:

Es que con Calderón nosotros tenemos esperanza de saqueyo en cualquier momento.

Saqueyo es una expresión popular nicaragüense por saqueo.

Tarde en la noche se fueron dispersando los grupos y sólo entonces el Presidente Calderón Guardia, dio orden a la policía, de parar el vandalismo, cuando el daño ya estaba hecho.

Yo me había trasladado de La Lucha a San José. Esa noche me di cuenta de lo que acontecía en las calles y avenidas centrales. A la mañana siguiente, muy temprano, salí a dar una vuelta. No podía creer el espectáculo que se presentó ante mis ojos: grandes cantidades de vidrios rotos, se amontonaban en las calles, con cascos de las botellas de licor vaciadas; latas de alimentos destripadas y su contenido desperdiciado. La Avenida Central olía a delicados perfumes que bañaban el asfalto de las calles. No quería creer lo que veía. Esa no era la Costa Rica que yo conocía. Esa no era mi amada Patria.

Al llegar a la panadería Musmanni vi que había sido asaltada por las turbas. Sus dueños, de origen italiano, eran ajenos a la política seguida por Mussolini en Italia. Mi enojo fue incontenible al ver a los bomberos lanzando chorros de agua sobre el pavimento y sobre las líneas del tranvía, que corría entonces por la Avenida Central y el Paseo Colón, para limpiarla de la harina que los saqueadores habían regado, tras sacarla de las bodegas de la panadería. El tranvía no podía subir la cuesta.

Teníamos en esos días, problemas con el abastecimiento de la harina, que estaba racionada por tercera vez en esa crisis, los vándalos, azuzados por los provocadores y alcahueteados por el Gobierno, la botaban como si no tuviera valor alguno.

Para mí, hijo de europeos, que además compartía las penalidades del campesino tico y había visto tanta gente sin comida, aquello era lo más ruin. Porque como se dice en la tierra de mis mayores y yo me lo repetía esa mañana: El Pan es Sagrado.

Jamás antes y quizá nunca después, he sentido tanta indignación. Consideré que ya no podía desentenderme de lo que pasaba. Es cierto que yo no era un político, sino un simple agricultor. Un empresario que experimentaba en mi finca con la creación de una sociedad modelo. Yo no había tenido hasta entonces participación alguna en la política nacional. Como ciudadano me limitaba con cumplir con mis obligaciones cívicas. Aunque parezca mentira jamás me había atraído la política. Entré a ella por ese enojo como se verá.

Lleno de indignación, me reuní con dos amigos cercanos: Alberto Martén y Chico Orlich. Les pedí que apartaran un espacio en la Radioemisora América Latina. Anunciaríamos en la prensa, un discurso que yo pronunciaría por la radio, denunciando lo que sucedía en el país.

El anuncio, que yo mismo redacté, decía:

> *Al Supremo Gobierno, a las Colonias de las Naciones Aliadas, a los ciudadanos costarricenses, invitamos a escuchar el mensaje que hoy, a las 7 de la noche, desde la Estación América Latina, dirigirá don José Figueres, desenmascarando la verdadera organización nacional de sabotaje, que mina a la República y desvirtúa su acción internacional.*
>
> *FRANCISCO J. ORLICH ALBERTO MARTEN*

A decir verdad, no era sólo el saqueo lo que me indignaba. Yo tenía el buche lleno con muchas críticas: el nepotismo de los Calderón Guardia, los malos manejos del Fisco; la tolerancia de los que mandaban para que sus amigotes se enriquecieran ilícitamente; los ya frecuentes atentados contra la libertad electoral, que se habían hecho manifiestos en las elecciones de medio período. En ellas con un margen muy estrecho, salieron electos dos jóvenes líderes, los abogados don Fernando Lara Bustamante y don Eladio Trejos Flores, como Diputados de la naciente Oposición Nacional. Para ese entonces, algunas personas que habían apoyado con gran entusiasmo al Dr. Calderón Guardia, como el Lic. Francisco Urbina González, el Ing. Alfredo Volio Mata, don Alvaro Esquivel Bonilla, al darse cuenta del desastre de su gobierno, se separaron de él, sumándose al sentimiento que protestaba por los atropellos y peculado del régimen.

Comencé a preparar el texto del discurso que pronunciaría. Mi interés era que tanto los costarricenses como los miembros de las colonias extranjeras supieran lo que pasaba en el país, por la incapacidad e imprevisión del Gobierno. Esa situación afectaba a Costa Rica más gravemente, que la guerra misma y sus efectos, de por sí pavorosos.

Yo había perdido la confianza de que los costarricenses pudiésemos recuperar la soberanía nacional expresada en el sufragio. Lo que había visto, me hacía pensar que Calderón Guardia pretendía perpetuarse en el poder, como lo hacía su amigo Somoza en Nicaragua. De eso había que hablar y yo, un desconocido agricultor, lo haría.

La noche del anunciado discurso, el 8 de julio de 1942, ante los micrófonos de la estación América Latina, comencé a leer el texto, que había preparado y que no había terminado de escribir.

Consideré que podría improvisarlo en su parte final.

Por su significado histórico, transcribo a continuación, el texto de ese discurso, que me introdujo a mí a la política nacional.

> *Bendigamos el sistema de gobierno que permite a un ciudadano pensar dignamente y expresar su opinión sobre el manejo de las cosas de todos. Esto es en gran parte conquista de los pueblos de habla inglesa y francesa, y es rica herencia del pueblo costarricense.*
>
> *Hoy este pueblo participa en una guerra mundial donde se libran a un tiempo diversas disputas de los hombres; donde van a definirse, empero, una cuestión fundamental: si pueden permanecer sobre la tierra o si van a perecer, la forma de vida y la forma de gobierno que reconocen como lo más sagrado, el respeto a la dignidad humana.*
>
> *Costa Rica milita en el grupo de naciones optimistas en esta gran prueba. Y aquí está un costarricense ocupando libremente la tribuna para decir cosas que pueden disgustar a personas y a grupos capaces físicamente de impedir este acto o de tomar represalias, si no mediaran esas grandes conquistas de los hombres por las cuales hoy se está luchando.*
>
> *Me siento orgulloso de ser hombre y de ser costarricense. Respiro la atmósfera de las Cámaras de Inglaterra, donde ahora mismo, en gravísimos momentos, se pronuncian censuras a Churchill, con independencia y dignidad.*
>
> *Vengo a hablar sobre la situación del momento. Sin embargo, sin ideas originales. Porque cuanto hay que decir, se comenta sin cesar en las conversaciones del pueblo y algunas cosas ya se han publicado. Hay un malestar general reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República. El Señor Presidente, se ha quejado muchas veces por la prensa, de que se murmura por todas partes, se llega tal vez hasta la calumnia y nunca se concretan cargos serenamente. Por otra parte el público lamenta que nadie tenga la suficiente confianza en el gobierno para expresar libremente el sentir personal, sin temor a represalias y a sinsabores. Yo tengo esa confianza. Yo estoy seguro de que no siento temores. Lo que se dice esto: La Administración Pública es deficiente. Los métodos o los hombres del gobierno son incompetentes para dirigir al país, en tiempos de paz, y absolutamente incapaces de conducir la guerra. Veamos lo que el público dice sobre nuestra actuación en la guerra.*
>
> ***DECLARACIÓN DE GUERRA**. La declaramos a su tiempo, en cumplimiento con el sentir nacional que era, en nuestra gran mayoría pro-aliado y que desea continuar sistema de*

instituciones y de derechos. Pero hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hecho el ridículo ante nuestros enemigos como ante nuestros aliados. Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos. Esto es un problema que no es nuevo en el mundo. Los hombres de gobierno debieron haber sabido manejarlo. No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá. Las únicas medidas que se han tomado, han sido a instancias directas de la Legación Americana. Y es bien sabido que bajo la política del buen vecino, las legaciones desean intervenir lo menos posible en acciones internas de otros países, a pesar de que somos sus aliados. Y en Costa Rica han tenido que intervenir, por la incapacidad de las autoridades locales.

Tenemos a nuestros aliados en un estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores dentro. Hemos estado lejos de dar toda nuestra colaboración.

Con nuestras escasas fuerzas podríamos al menos haber recorrido nuestras costas palmo a palmo, para sentirnos seguros de que no hay depósitos de aprovisionamiento de submarinos, protegidos de los aviones por nuestras espesas selvas tropicales. Cada uno debe ayudar con lo que tenga.

El Gobierno no procedió a tiempo. Se podrían al menos haber emplazado algunos pequeños cañones, como dicen que se está haciendo ahora, que ya es tarde. Así pasamos por esta vergüenza de que se metiera un submarino enemigo hasta nuestro mismo puerto de Limón y clavara la puñalada a nuestro huésped, en nuestra propia sala. Nosotros somos los responsables, por imprevisión y desconocimiento de nuestras incumbencias. No podemos esperar que los Estados Unidos organicen, por sí solos, en unos pocos meses, la defensa de todos los puertos y de todas las costas del continente. Si cada pequeña nación no hace lo que puede, tanto les da tenernos como aliados, como enemigos. El peor saboteador es un aliado incapaz.

En protesta contra el hundimiento del San Pablo, que la multitud no podía enfocar ni juzgar cuerdamente, se organizó en San José un desfile, la tarde del 4 de Julio. Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo por los muertos del barco. Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas y la manifestación se dirigió a la Casa Presidencial. Y después, paso por la pena de decirlo, el señor Presidente cometió los errores que ha lamentado tanto en la trampa de un discurso político de un jefe de partido, don Manuel Mora; olvidó las lecciones

elementales de sicología colectiva o de sicología de multitudes; hizo derroche, aunque fuera momentáneamente, de una absoluta falta de prevención práctica de las cosas. Pronunció un discurso de buena fe, que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener. La ciudad fue saqueada y la gente destruyó más riqueza pública, porque pública es en esas circunstancias toda riqueza, especialmente la de las colonias enemigas. Destruyó más riquezas digo, la gente en dos horas, que la mercadería que perdimos en el San Pablo. En cambio en los Estados Unidos. Se trabajó el 4 de julio, produciendo riqueza que todos necesitamos. Y ahora todos se lavan las manos. Ni el Partido Comunista tiene la culpa ni el gobierno tiene la culpa. Yo creo que los dos son culpables, pero más el gobierno, porque es el responsable del orden público que no supo mantener. La peor forma de sabotaje es nuestra propia incompetencia. Y ya nos apartamos del renglón de la guerra, para entrar en asuntos internos.

***RUMORES**. Los rumores que preocupan al señor Presidente, han llegado a su máximo en estos días. Se dice que el Gobierno está entregado al Partido Comunista. Y se dice que el Gobierno se ha visto obligado a echarse en brazos de ese partido, porque las clases dirigentes y los demás grupos, lo han abandonado en su lucha política contra el partido o los partidos que no son de su agrado. Tal vez sea cierto ese abandono político. Pero el Gobierno no tiene por qué estar haciendo política, en vez de limitarse a gobernar, especialmente en los tiempos de guerra. Si el Gobierno está en manos del Partido Comunista, por razones políticas y si el Partido Comunista tiene que satisfacer, por razones políticas, a las chusmas inconscientes, llegamos a la triste conclusión de que esta administración ha entregado al país a esa muchedumbre que saqueó la capital el 4 de Julio.*

***VEAMOS LAS FINANZAS**. Todos sabemos que el Gobierno está atrasando pagos y nos dicen que es por la guerra. Creen que somo ingenuos. La verdad es que en los dos años de esta Administración, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaría. Cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones por año. Oigan estas cifras costarricenses, y sepan que en años relativamente recientes las entradas de la República bajaron hasta diecisiete millones en un año. Y este gobierno le ha entrado cuarenta y tres o cuarenta y cuatro millones. ¿Cómo empezó la Administración? Con siete millones disponibles entre varias cuentas. ¿Y como está hoy? ¡Sobregirado entre de dos o cuatro millones de colones!, ¿y el saldo descubierto en la calle? ¡Seis millones de colones!*

Paremos, para describir el desastre hacendario en que nos hemos metido, hay que hablar de millones como de cincos de

achiote. Paremos las cifras por la siguiente razón: es cierto que si este gobierno termina su período, le habrá costado al país tal vez cien millones de colones, botados fuera de presupuesto. Pero el daño que habrá sido más grave y que no se puede expresar en guarismos, es el daño moral de corromper al pueblo con manejos irresponsables de los fondos públicos. La función del gobierno es educar. Otro ejemplo: la langosta (una especie de chapulín), con dispensa de trámites se hacen pasar por el Congreso los proyectos de mayor trascendencia, inmediata o futura. Viene la plaga de la langosta que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando 50.000.oo colones a combatirla. La langosta está en Jorco: Primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijolares de San Gabriel: Segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: Tercer debate. La langosta en los Bajos de Bustamante: el Gobierno no sabe qué hacer con los 50.000.oo colones. En Corralillo. El Gobierno no tiene los cincuenta mil colones. Sígase con tarros espantándola los dueños de milpas de Colpachí. La langosta se murió de frío en los cerros de El Tablazo. El Gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Lo que ya han desaparecido son los maizales. Y lo que debiera de desaparecer es el Gobierno.

Esto semeja los cuentos de los humoristas franceses, sobre la inconsciencia de los políticos de París. Esto recuerda las risas de azúcar de la Francia de ayer. Esto presagia las lágrimas de acíbar de la Francia de hoy. Yo no estoy especulando sobre la teoría de la relatividad. El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Póngalo a diez céntimos si la cuestión es de decretos y lo tendremos más barato. Lo que ignora el Gobierno es que con decretos no se hacen tortillas. O mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. Señores del Gobierno: Acabemos la comedia, asegúrenles a los costarricenses un buen entierro y déjenlos morir de hambre.

En los comienzos del cine parlante, el aparato consistía en un proyector mudo, corriente, más un fonógrafo de discos. Era muy difícil hacer coincidir el sonido con las imágenes de la pantalla.

A menudo, se quedaba uno atrás del otro. Y a veces el operador se equivocaba y sonaba un disco de versos provenzales, mientras se proyectaba un match de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien la realidad de las cosas ve, y escucha simultáneamente a los personeros del Gobierno, recibe la misma sensación de desconcierto. Siempre están tocando el

disco que no es. Ahora anda la policía con carabinas para evitar el saqueo del sábado pasado...! Pero señores, el momento no es de risas ni yo soy hombre de lágrimas. Yo no vengo aquí a llorar calamidades ni a mortificar por placer sadista a los hombres de Gobierno, ni a censurar actuaciones ineptas que no tenga, a mis ojos, remedio.

A esta altura de mi discurso, irrumpió en los estudios de la emisora la policía, bajo el mando del Coronel Manuel Rodríguez Torra quien, tomándome con violencia por los brazos, me separó del micrófono. Pude aún gritar en tal forma que me oyera el país entero:

Me mandan callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse. Lo resumo en pocas palabras: ¡Lo que el Gobierno debe hacer, es irse...!

Fui hecho preso.

PRISIÓN. La orden de captura la había girado el Secretario de Gobernación, Lic. Carlos María Jiménez. El Coronel Rodríguez, con los números de la policía que llevaba, me hizo subir a un carro y me trasladaron de inmediato a la prisión situada en la Cuesta de Núñez, encerrándome en la celda número ocho.

No había en esa celda, más que las cuatro paredes, el piso y el techo. Pero en una de las paredes se leía, como un reto al Gobierno, pintado con carbón de leña en letras destacadas: ¡VIVA LEON CORTES! Ese viva fue mi compañero durante esos días de detención.

Afuera se escuchaban las risas maliciosas de algunos policías. Estaban felices por mi captura. Algunos pocos por el contrario, seguramente cortesistas, me daban noticias alentadoras:

-En la calle hay muchos comentarios por su detención. La gente está de su lado.

Algunos hasta me ofrecían cigarrillos para que fueran más llevaderas las horas en aquel calabozo. Les agradecí su ofrecimiento, pues jamás he fumado.

En la soledad de mi profunda reflexión, seguía fortaleciendo mi decisión de luchar por devolverle a Costa Rica la dignidad que los ocupantes del poder habían lanzado al arroyo.

Algunas personas me llevaban café y acompañándolo emparedados o bollos de pan con mantequilla. Los papeles en que los envolvían, los fui recogiendo e hice con ellos un montoncito que me serviría de almohada. Con eso disimulaba la dureza de aquel suelo.

Al segundo día de esta preso, llegó a verme don Jorge Hiñe, que era un afamado banquero y ocupaba el puesto de Tercer Designado a la Presidencia de la República, más o menos como un Vice-Presidente actual. Yo no recordaba haberlo conocido antes, pero llegó a preguntarme qué podía hacer por mí.

Al oírlo tan interesado, le contesté que lo que podía hacer era sacarme de ahí y agregué, en son de broma: y ver que me nombren Secretario de Agricultura. Al oírme me miró extrañado pensando quizá que yo me había vuelto loco.

Quise convertir así en broma una sugerencia que semanas antes, me había hecho don Manuel Mora, al visitarme en mi oficina de San José, para proponerme una alianza a través de la cual yo ocuparía esa posición. Desde luego que no le dije al señor de dónde venía la idea, que había rechazado sin dilación.

Años después, siendo Presidente de la República, visité esa detención y vi otra vez ese calabozo. Para entonces estaba igual que cuando fui su huésped obligado... pero sin el Viva León Cortés.

EXILIO. En la madrugada de mi cuarto día de prisión, llegaron algunos oficiales de la policía a sacarme del calabozo.

—¿A dónde me llevan? les pregunté. -Usted va para El Salvador, fue la respuesta.

Un coronel de apellido Valenzuela muy caballerosamente fue el encargado de acompañarme primero a La Sabana, donde se encontraba entonces nuestro Aeropuerto Internacional y luego a El Salvador.

En La Sabana, antes de abordar el avión que me llevaría al exilio, pregunté quién sería el piloto de la aeronave. Me respondieron que era Juan Ignacio Pérez Rey. Yo le conocía bien. Eramos amigos desde que llegó exiliado tras la caída de la República Española, en cuya fuerza aérea militó y se distinguió, a pesar de ser un adolescente. Me trató con gran cariño y aun conservamos una buena amistad. Pérez Rey, caído Madrid en poder de Franco, le hizo un último reto, efectuando vuelos razantes por sobre las calles de esa capital.

El Coronel Valenzuela me entregó, antes de abordar la nave, ciento cincuenta dólares de parte del Gobierno. Era el único dinero que tenía. No bien llegamos a nuestro destino, Valenzuela me trasladó al Hotel Nuevo Mundo donde quedé hospedado.

Un día llegaron a visitarme algunas autoridades salvadoreñas y me leyeron un documento que terminaba así:

Se le conmina a que abandone el país lo más pronto posible.

Firmado: Maximiliano Hernández Martínez, Presidente.

Volvieron varias horas después con el recado del General Hernández Martínez de que podía quedarme. El Presidente había sabido que yo era un prominente político (aunque yo no lo sabía). Agregaron que en vista de que yo prefería ir a Guatemala, me llevarían allí con las consideraciones del caso. Primero fuimos a Santa Ana, donde me hospedaron en el Hotel Florida, sitio donde pernoctaban años antes los viajeros que en coche de caballos pasaban en ruta hacia Guatemala. Luego me condujeron a la ciudad de Guatemala, donde encontré al cuñado de mi hermano Antonio Figueres, doctor Danilo Zamora.

Aunque fuera con todas las consideraciones, lo cierto es que me sacaron de El Salvador y llegué a Guatemala. Fue esa la primera vez que pasé por el llamado Puente de los Esclavos, una bella construcción colonial sobre la que existe la leyenda de que jamás se lo ha llevado la corriente del río, gracias a que la argamasa con que se pegaron los ladrillos, fue preparada con leche de mujer...

El viaje en auto fue de Santa Ana en El Salvador a la propia capital guatemalteca. Quedé bajo la "protección" del "benévolo" general Jorge Ubico. De esa vacación, recuerdo varias anécdotas interesantes: Me asignaron dos colas para que me vigilaran día y noche. Pronto los invité a que tomaran café conmigo en la cafetería de la esquina. Uno de ellos sorprendido, me preguntó:

-¿A qué se debe la vigilancia?

Tuve que explicarle que yo era exiliado político y que su gobierno me estaba dando protección. Después de pasar varios fines de semana en la finca lechera de don Carlos Mateo, suegro del doctor Zamora, uno de los colas me abordó así:

Usted es un hombre bueno. Nosotros llevamos varias semanas sin pasar un domingo con la familia. Por qué no nos hace el favor de llevarse esta libreta y apuntar en ella todo lo que usted hace en ausencia nuestra?

La generosidad de los colas llegó a este extremo: vino a Guatemala una cuñada mía muy joven, hermana del doctor Zamora. Como yo tenía todo el tiempo disponible, me dediqué a acompañarla para que conociera la ciudad.

Un cola me dijo:

-Eso de la muchacha no lo vamos a informar.

Se había convertido en mi cómplice!

Después de caer el gobierno de Ubico y de instalarse el de mi amigo el Dr. Juan José Arévalo, yo volví a Guatemala. Me sorprendió encontrarme en la policía con mis viejos amigos, los dos cómplices colas y se los recordé. Uno de ellos me dijo seriamente:

-¡Es que ahora somos colas democráticas!

Hablando de cosas más serias, me di cuenta, con horror, de que la dictadura había dejado un gravísimo vicio: el de usar la calumnia como medio de desprestigio para los adversarios.

Cuando dejé Guatemala para trasladarme a México, había adquirido la certeza de que la situación costarricense, sólo podía encontrar una salida digna por medio de las armas, porque todos los otros caminos estaban cerrados. Esa iba a ser, durante los próximos años, mi firme posición ante las veleidades de políticos acostumbrados a las maniobras electoreras y ante los notables "prudentes" de mi país. Repito la frase de Jefferson: "Cuando un pueblo pierde sus derechos civiles, está moralmente obligado a recurrir a la violencia". O la frase que le había oído, de joven, a don Rogelio Fernández Güell, en casa de Padre Junoy:

> *Cuando a un pueblo se le arranca el derecho al sufragio, se le coloca en la mano el fusil.*

EN MÉXICO: PATRIA Y CULTURA. De inmediato comencé a ambientarme en México. Allí me radiqué en un cuarto de la casa de la distinguida dama costarricense doña María Teresa Castro Cervantes de Lafosse, situada en Lomas de Chapultepec e instalé mi oficina en el centro de la ciudad, en el No. 11 de la Calle López, que ya estaba ampliada. Al poco tiempo llegó mi esposa Henrietta Boggs Longstreet, con quien había contraído matrimonio un poco antes de mi expulsión. La conocí en Costa Rica en la finca de su tío Long, Gerente del *Royal Bank of Canada*. Al acercarse el nacimiento de mi primer hijo José Martí, tuve una gran lucha amistosa y burocrática con el Consulado norteamericano en México, para que le concedieran a mi esposa el privilegio de usar un boleto de avión a Costa Rica. En aquel momento los vuelos estaban restringidos y tanto ella como yo queríamos que nuestro hijo fuera costarricense por nacimiento.

Me señalé una agenda de actividades para la posible duración de mi exilio. Debía continuar cultivando mi espíritu con los recursos culturales que me ofrecía México. Tenía que seguir preocupado por el desarrollo de "La Lucha", en el mejoramiento del cultivo de la cabuya y de las técnicas de su industrialización. Me proponía además cada vez que se presentara la oportunidad, ayudar a mi país

en sus necesidades de bienes agrícolas de importación. Sobre todo debía seguir atento los acontecimientos políticos de mi patria y aprovechar toda oportunidad que se me presentara para establecer las condiciones indispensables, con el fin de derrocar por las armas el gobierno calderonista. Seguía creciendo en mi espíritu el convencimiento de que estos regímenes, embriones de dictaduras, no se pueden eliminar por la vía de los votos sino por la fuerza de las balas.

En Costa Rica, por efectos de la guerra, la situación era difícil y ella se reflejaba palpablemente en la falta de herramientas con qué trabajar el campo. Me di maña en sacar de México cinco mil palas carrileras que hice llegar, de contrabando, a nuestro país. También envié, a espaldas del gobierno, llantas, limas para metal y algunas otras cosas más que hacían falta en Costa Rica. Todo eso lo saqué mediante las imprescindibles mordidas por el Puerto de Manzanillo. Con eso ayudaba al país y lograba ganancias para atender mis gastos en México.

Con ocasión del primer embarque, alguien me señaló la conveniencia de que yo viajara en el mismo tren que traía las herramientas agrícolas como precaución. Cuando habíamos recorrido los primeros 100 kilómetros, me di cuenta de que los operarios del ferrocarril estaban desenganchando el carro que a mí me interesaba. Me acerqué a uno de ellos diciéndole:

-Por favor, amigo, no me cause semejante trastorno. Necesito que esas palas sigan inmediatamente hacia mi país.

El hombre gritó al conductor del tren:

—Oye... ¿tú crees que la máquina pueda subir la cuesta con este carro adicional? El conductor contestó: —No sube... No sube!

Yo me había provisto de billetes de cien pesos mexicanos, por si acaso. Le di uno al hombre diciéndole: —¡Hágale la fuercita! El le gritó al conductor: -Oye... probemos... tal vez sube! Y recibió la contestación: -Bueno, ¡engánchalo pues!

Lo que nadie más explicaba era que en la bajada desde México hasta el puerto, el tren tuviera dificultades especiales para subir. Pero pronto seguimos la marcha, según yo, cuesta abajo y, según ellos, cuesta arriba. La escena se repitió como si estuviera bien ensayada 4 o 5 veces hasta llegar a Manzanillo.

A mi salida de Costa Rica, todas las actividades de La Lucha fueron atendidas por un mandador campesino llamado don Livio Arce Acuña, hombre extraordinario. Luego por mi hermano Antonio, quien había vendido su comercio en San Ramón, para trasladarse a La Lucha y atender con gran competencia, las empresas agro-industriales de esa finca y Santa Elena, durante muchos años. En

la tarea administrativa de esas empresas colaboró también con eficiencia mi cuñado don Cornelio Orlich, esposo de mi hermana Carmen.

Aproveché el tiempo de exilio en aumentar mis conocimientos sobre la cabuya, el henequén y otras fibras. Quería enterarme de las experiencias en maquinarias y los modelos de industrialización de las llamadas fibras duras. Para eso realicé algunos viajes a Yucatán, adquiriendo información que me fue de utilidad más tarde.

Durante un viaje que hice a Mérida, que me obligó a pasar por Guatemala, en el aeropuerto de esa ciudad me encontré con don Augusto Carballo Corrales, quien me presentó a un sacerdote joven lleno de entusiasmos sociales que dijo llamarse Benjamín Núñez Vargas. Posiblemente don Augusto, al presentarme pensó:

Le voy a presentar al loco Figueres, el loco Núñez, que anda metido en eso de hacer sindicatos.

En el avión el Padre y yo intercambiamos ideas y opiniones y, desde entonces, estrechamos una magnífica amistad que ha atravesado buenos y malos momentos y que se ha fortalecido en la guerra y en la paz. Juntos hemos ayudado a escribir muchas páginas importantes en la historia de Costa Rica. No es exageración ni inmodestia. ¡Es verdad!

Para el cultivo de mi espíritu, tuve la suerte de que por esos tiempos estuviera en México el Lic. don Gonzalo Facio Segreda, participando en un curso sobre Filosofía del Derecho, dictado por un erudito catalán, el filósofo Recassens Sitches. No recuerdo haber antes tratado mucho a Chalo en Costa Rica, pero en México establecimos una buena amistad que aún se mantiene.

Asistí a conferencias de alto valor intelectual, que eran parte de las actividades desarrolladas en México, por los republicanos españoles y participé en las jugosas discusiones desarrolladas en un Centro para Estudios organizado por Gonzalo Facio y por Manuel Aguilar Bonilla, costarricense también, estudiante muy distinguido de medicina. El Centro era un lugar de reunión para intelectuales de diferentes nacionalidades, sobre todo, españoles y caribeanos.

ARMAS Y AMIGOS. Con Gonzalo hablé de la situación en Costa Rica, que cada día era más desesperante. Yo trataba de convencerlo de que sólo la fuerza de las armas devolvería la libertad al país.

La Segunda Guerra Mundial había creado circunstancias favorables para que el Gobierno perpetuara su atropello al pueblo costarricense. Con el pretexto del conflicto internacional, el gobierno de Calderón Guardia recibía armas de los Estados Unidos. Asimismo la guerra daba excusa para mantener suspendidas las

garantías individuales. En esas condiciones se podía atemorizar al pueblo y encarcelar a cualquiera sin derecho a reclamo, sobre todo si de previo se le acusaba de pro-nazi. Ese era el cargo que estaba entonces de moda, para todos los adversarios del régimen.

Don León Cortés se había postulado como candidato para un nuevo período. La represión contra los cortesistas fue brutal.

Por esos días apareció un exiliado nicaragüense, el doctor Rosendo Argüello, hijo, un médico naturista que había estado años antes trabajando en Costa Rica. Yo le había conocido como ferviente antisomocista. Ahora me hablaba con igual entusiasmo y elocuencia de la necesidad de terminar con los tiranos de Centroamérica. Yo compartía sus entusiasmos. Rosendo estaba casado con una costarricense, doña María Figuls Quirós, no menos entusiasta que él y hermana de Fernando Figuls.

Había llegado el mes de junio de 1943. Se cumplía el primer año de mi exilio. Un año de vivir con el pensamiento fijo en qué hacer para liberar a Costa Rica de las garras que la atenazaban. A través de Rosendo fui conociendo a otros exiliados caribeños, la mayor parte de ellos nicaragüenses. Entré en contacto con miembros de un grupo llamado Unión Democrática Centroamericana. Algunos de ellos me dieron la impresión de ser muy líricos y románticos y poco prácticos, pero buenos patriotas. Todos queríamos arreglar la situación da nuestros países. Así llegamos a la conclusión que lo mejor era unirnos en vez de dispersar esfuerzos en luchas individuales.

Un día recibí en México la visita de mi amigo don Francisco Orlich. Traía de Costa Rica un recado de don León Cortés, candidato a la presidencia, en ese momento. Don León estaba siendo perseguido como quizá a ningún otro candidato se había perseguido. Contaba un partido muy grande, pero sus seguidores eran constantemente atropellados por el oficialismo. Se encarcelaba y hasta se asesinaba a los que cometían el crimen de lanzar aquel grito de protesta que, escrito con carbón, yo había visto en la celda No. 8 de la detención de San José: Viva León Cortés.

Don León veía la necesidad de organiza: cuadros armados en su partido. Estimaba que yo podía ayudar en la compra de armas en los países centroamericanos. Poco después llegó otro grupo opositor al gobierno de Calderón, trayéndome el mismo recado. Cada vez se iba generalizando más, la misma convicción:

No hay salida de la crisis si no a través de las armas. Don Alberto Martén se interesaba por conseguir las armas. Yo traté de adquirir algún armamento en Guatemala, con un oficial del Ejército, pero al final de cuentas, a nada llegamos.

EL GRAN FRAUDE ELECTORAL. El negro 13 de febrero de 1944, se celebraron elecciones presidenciales en Costa Rica, siendo los contendores don León Cortés y don Teodoro Picado. El Gobierno protagonizó la más escandalosa burla que se ha realizado en toda la historia del derecho electoral en Costa Rica. Yo no fui testigo presencial de ese hecho bochornoso, porque estaba en el exilio, pero hervía mi espíritu de indignación cuando me llegaban las noticias del fraude y los atropellos. Teodoro Picado había sido impuesto, por la fuerza del fraude y de la represión, como Presidente de Costa Rica. Valientes costarricenses habían caído en defensa del sufragio electoral. Gloria inmarcesible a Timoleón Morera caído en la Ceiba de Alajuela y a Alberto Guzmán, José Mercedes Rivera e Ignacio Guzmán Ruiz caídos en Llano Grande. Los que murieron ese 13 de febrero defendiendo con su cuerpo las urnas electorales de Llano Grande de Cartago y Sabanilla de Alajuela, no serían olvidados. Recordemos un detalle interesante: en Santa Elena, estaba de médico mi padre, el doctor Mariano Figueres. Un peón descalzo se le acercó gritando:

Doctor, doctor... présteme un revólver. Me acaban de quitar por la fuerza la caja de las votaciones.

Algunos amigos de León Cortés y en especial don Alberto Martén, habían pedido que se me colocara como candidato a diputado en el primer puesto de la papeleta por San josé, en la lista cortesista, o sea por el Partido Demócrata. Lo que mis amigos buscaban, con mi candidatura, era que yo, una vez electo, pudiera volver al país. Pero los cálculos fallaron. El fraude fue de tal magnitud, que ni siquiera ese primer puesto por San José fue electo. Así mi exilio, se iba a extender un tiempo más. Alberto Martén me advirtió por teléfono:

No podemos estar seguros de nada. Estas gentes son capaces hasta de repetir la elección, cuando se de cuenta de que tú serás electo diputado.

Sus palabras resultaron proféticas.

DE RETORNO A LA PATRIA. Mis amigos no cesaban de gestionar mi retorno a Costa Rica. Entre ellos el doctor Danilo Zamora, en Guatemala cuya intervención era tenaz. Por fin el Gobierno de Picado cedió permitiendo mi regreso. El Embajador costarricense en México, don Ricardo Jinesta, me avisó que Teodoro Picado había derogado el decreto de mi expulsión y que podía volver a Costa Rica sin problemas.

En México dejaba aquellos círculos intelectuales de amigos, que tanto habían endulzado, con su sabiduría, mi exilio. Había ayudado también a plantar la semilla de una explosión libertadora en el Caribe. Dejaba en marcha iniciativas y planes formales para una

guerra de liberación en Costa Rica, si el derecho electoral era burlado una vez más.

Regresaba a mi patria con la natural ansiedad y la contenida emoción, de quien ha estado fuera de su tierra por una mera arbitrariedad.

CAPITULO IV

POLITICO A LA FUERZA

Mi regreso al país el 21 de mayo de 1944, fue emocionante e inolvidable. Retornaba a mi tierra y a los míos. Una gran multitud de ciudadanos me esperaba en el Aeropuerto Internacional de La Sabana. Al frente de ellos estaba don León Cortés. Desde allí me acompañaron por el Paseo Colón y la Avenida Central, hasta el edificio del Diario de Costa Rica, situado donde hoy está el Hotel *Royal Dutch*. Este era entonces el sitio de reunión de los antigobiernistas. El Diario estaba dirigido por los jóvenes del "Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales", liderados por el profesor Carlos Monge Alfaro. Don Otilio Ulate, su propietario, tenía serias dificultades con el Gobierno, y había dejado la dirección tanto del Diario como de La Hora. Estos incidentes eran en esa época, el pan de cada día. Desde los balcones del periódico yo dirigí un mensaje al público que abajo esperaba mis palabras. Entre otras cosas dije:

> *-El campesino costarricense cuando se le vuelca la carreta, no se sienta a llorar el percance. Rehaciendo su ánimo, la levanta, la pone sobre sus ruedas y sigue su camino. No vamos los costarricenses a sentarnos a llorar por lo pasado, ni yo voy a ser coro de plañideras. Lo que hay que hacer, es ¡marchar hacia adelante!*

Sorpresivamente me encontré convertido en figura política. Comencé a recibir muchas visitas renovando los lazos de afecto con viejos amigos y estableciéndolos con los nuevos que iba ganando.

Atendiendo las sugerencias de algunos de ellos, entré a formar parte del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, aunque yo era un poco mayor que el Lic. Rodrigo Facio, su fundador y que la mayoría de sus integrantes. Conjuntamente estudiamos la situación del país buscando soluciones. Teníamos como meta restablecer la normalidad en nuestra sociedad, seriamente atropellada. Entre las tareas que más nos preocupaban, estaba el establecimiento de la decencia como norma en la política. Mi edad era exactamente entonces 38 años.

Sin dejarme atrapar por la rutina de la política corriente, participé en cambio en conversaciones con los jóvenes del Centro, junto a mi amigo Alberto Martén Chavarría, Jefe entonces del grupo Acción Demócrata, que tenía las mismas inclinaciones al estudio de quienes formaban el Centro, pero con un activismo político más pronunciado. Estas conversaciones buscaban una fórmula para

constituir un nuevo partido, más comprometido que el cortesismo con la transformación social del país. Como resultado de estos intercambios de ideas, surgió a mediados de marzo de 1945, el Partido Social Demócrata. En sus planteamientos ideológicos y en sus programas de acción, encontré un ámbito adecuado para mi pensamiento político.

Pronto en el nuevo partido se dio cita un grupo de jóvenes y de personas maduras, que compartían el repudio a la tradición personalista sin mucho contenido de ideas y objetivos éticos y sin más intereses que obtener la victoria electoral.

Al nuevo partido se le dio el nombre de Social Demócrata, no porque lo estuviéramos vinculando a las agrupaciones políticas que en Europa llevaban ese nombre, sino para manifestar nuestro afán de combinar la preocupación por la libertad política, con la aspiración por la justicia social.

Me nombraron Tesorero del Partido, cargo al que renuncié poco tiempo después. Nunca he tenido inclinación a las formalidades de reuniones, directivas y reglamentaciones. Lo mismo había de hacer cuando años más tarde, me señalaron una posición directiva en la organización política que, bajo el nombre de Partido Unión Nacional, reunió a todos los grupos de oposición.

Posiblemente los votantes no estaban todavía preparados para acoger las ideas que intentábamos realizar, desde un partido con más carácter ideológico y menos personalista. Lo demuestra la siguiente anécdota:

En una ocasión fuimos don Rodrigo Facio y yo a un pueblecito de la Meseta Central, a hablar con unos vecinos, a quienes deseábamos ganar para nuestro grupo. Les explicamos con entusiasmo las ideas que teníamos, les solicitamos sus opiniones, les invitamos a formar parte de nuestro Comité Local de Estudio. Uno de los prominentes campesinos del lugar, nos dijo con toda naturalidad:

Lo que ustedes dicen está muy bien. Muy bonito. Pero... ¿Qué dice don León Cortés de todo eso?

La pregunta de ese ciudadano era muy espinosa. Don León nunca combatió, al menos abiertamente, nuestros esfuerzos. El tenía una forma de concebir la política, distinta a la nuestra. Recuerdo que en la campaña de 1936, cuando don León alcanzó la Presidencia frente a don Octavio Beeche, lo acompañé a varios pueblos en sus giras. Después de las elecciones, en una visita a Corralillo de Cartago, le hablé sobre algo que me había parecido incorrecto, desde el punto de vista de la pureza electoral. Su respuesta fue:

Bueno... pero lo cierto es ¡que ganamos la partida!

No culpo a don León: él no había inventado las reglas del juego, ni tampoco le tocaría cambiarlas.

En una de esas giras, don León, no recuerdo por qué motivo, con esa seriedad tan suya, me dijo:

Figueres, usted va a llegar a ser Presidente de Costa Rica.

¿Le impresionaría acaso lo que yo había hecho en La Lucha? ¿Habría descubierto en mí algo que pudiese indicar mi futuro? No lo sé. Pero él me lo dijo. Los hechos posteriores mostraron que había clarividencia en su observación, que coincidía con el anagrama que mi madre había compuesto con mi nombre:

Surgiré i reformaré a Jefes

FRAUDES Y NUBARRONES DE VIOLENCIA. Aunque en nuestro grupo manteníamos distintas actividades políticas, algunos seguíamos creyendo que sólo con la rebelión armada, se podía desalojar el calderonismo del poder. Por eso no nos dábamos descanso. Desarrollábamos la actividad política, más que nada, para brindarle la última oportunidad electoral, a un régimen que se había burlado de ella y que seguía atemorizando a sus oponentes.

Los muchachos del Social Demócrata mostraban disposición a enfrentarse a todos los retos. Más adelante llegamos a crear cuerpos de resistencia y de respuesta a las Brigadas de Choque caldero-comunistas que atemorizaban a los ciudadanos. Así nuestros jóvenes, a quienes los adversarios calificaban despectivamente de glostoras y medallitas, demostraban ser hombres de verdad.

Por esos días nos llenó de admiración y nos provocó a la emulación, el gesto heroico del General Alfredo Noguera Gómez, nicaragüense que había ayudado años atrás a los revolucionarios costarricenses, en la lucha contra los Tinoco. Ahora ese soldado de la libertad, con un grupo de compañeros también nicaragüenses, habían intentado un golpe contra el dictador Anastasio Somoza García. Yo tuve contacto con ellos y les di algunas de las poquísimas armas que pude conseguir. Fue una aventura desesperada la de aquellos valientes; casi un acto de locura. Noguera Gómez, Guillen Largaespada, los señores Santos y otros luchadores, constituyeron un grupo rebelde nicaragüense, al que con justicia se denominó Los Osados. Realizaron una intentona, y en ella se les fue la vida. El Gobierno del Presidente Teodoro Picado, le abrió las puertas de nuestro país, de par en par a la Guardia Nacional somocista, que penetrando en nuestro territorio, masacró a esos patriotas, en un lugar costarricense llamado San Jorge, a varios kilómetros adentro de la frontera nicaragüense. Además, nuestra fuerza pública fue enviada en persecución de esos valientes soldados de la libertad. Esos hechos los denunciamos oportunamente

en el periódico de nuestro partido, llamado también El Social Demócrata.

Yo me apresuré a protestar, con varios otros costarricenses. Estos hechos afirmaban en mí aún más, la certeza de que las armas tendrían que hablar, si queríamos librar al país del régimen que padecía. ¡No! Nosotros no estábamos buscando la violencia por la violencia misma. Responderíamos a la violencia en las calles, responderíamos a la violencia institucionalizada responderíamos al intento desvergonzado de un régimen por perpetuarse. Nos resistiríamos a mantener una actitud de cordero, cuando andaban sueltos los lobos.

Yo seguía trabajando, casi solo, en mis planes revolucionarios. Los comentaba con Francisco Orlich y Alberto Martén.

En febrero de 1946, llegamos a las elecciones, que se llamaban de medio período, en las que entonces se renovaba la mitad del Congreso. Esas elecciones fueron otra vez fraudulentas. Yo salí a la prensa, protestando airadamente contra el nuevo atropello electoral. El Presidente Picado se molestó bastante y en algún periódico dijo:

¡Muy bravo está don Pepe!

De veras yo estaba indignado. Contesté en un artículo de prensa:

¿Cómo puede haber honestidad en el manejo de la cosa pública en un país, donde se comienza por robarse el resultado electoral?

MUERE DON LEON CORTES. En la mañana del domingo 3 de marzo de 1946, estaba yo en la cordelería de La Lucha, cuando oí unos gritos que provenían de una loma cercana"

¡Don Pepe, don Pepe, murió don León Cortés...!

¡Fue para mí una puñalada!

Yo quise mucho a don León. Lo admiraba por su sinceridad y energía y paradójicamente, por su modestia. Recuerdo que en una ocasión, Alberto Martén pronunció un discurso lleno de citas de ilustres pensadores. Allí estaba don León, que le escuchaba atentamente. Después del discurso, don León nos dijo a Martén y a mí:

Ustedes han notado que yo no soy una persona culta. Yo he tenido que andar ganándome la vida como maestrito y no he podido cultivarme como yo desearía.

A mí me gustaba la forma en que los campesinos querían a don León a pesar de su fama de hosco. Por eso y por sus otras virtudes, me

golpeó mucho su muerte. Me trasladé a San José y en el cementerio al despedir el duelo, dejé hablar a mi corazón. Con don León se iban grandes esperanzas del pueblo costarricense en aquellas horas oscuras. Allí en el cementerio, yo lancé un grito desesperado:

¡Vamos a la Casa Presidencial, a protestar!

Centenares de nosotros cruzamos la ciudad corriendo, para expresar al Presidente de la República, don Teodoro Picado, nuestra indignación por los vejámenes, que había inferido el Gobierno a don León y al pueblo costarricense.

Los dirigentes de la oposición al régimen, nos dimos cuenta de que habíamos quedado acéfalos. Deberíamos reorganizarnos y escoger a un líder idóneo.

Surgieron dos figuras disputándose esa responsabilidad: don Otilio Ulate Blanco, quien poseía méritos valederos para esa posición comenzó a buscar a los cortesistas, para atraerlos a su partido Unión Nacional y don Fernando Castro Cervantes, un rico hacendado de pura cepa cortesista, había hecho importantes aportes económicos, para compra de armas, en el grupo que yo encabezaba. El trató de capitalizar lo que quedaba del Partido Demócrata, de don León Cortés, aspirando a ser su sucesor.

Para ilustrar la impaciencia que reinaba en el país, ya agotada su mansedumbre tradicional, voy a referirme a dos explosiones de violencia que pronto se sucedieron.

EL ALMATICAZO. El 24 de junio de 1946, Fernando Valverde Vega y algunos muchachos valientes, pero sin adiestramiento en armas, se lanzaron a la aventura que se conoce como el Almaticazo. Se llamó así porque la estación de radio Alma Tica, fue el cuartel de los conspiradores. Pretendieron tomar por asalto el Resguardo Fiscal en San José y lanzar proclamas al país, promoviendo un levantamiento general. Ese patriótico empeño terminó pronto en un fracaso. En él perdió la vida don José Aymerich.

Inmediatamente yo fui a encontrarme con los participantes de la acción quijotesca, que ya empezaban a ser criticados, como sucede siempre que se pierde. Yo felicité a los jóvenes, procurando hacerles renacer el ánimo, pero también les advertí de la futilidad de acciones aisladas, como la que habían emprendido, con más heroísmo que planeamiento. Los invité a unirse a mis esfuerzos y ellos aceptaron.

OTRO INTENTO FALLIDO. Más adelante surgió un plan audaz, no muy conocido, en cuya preparación yo mismo participé. Se trataba de tomar la Casa Presidencial e iniciar una serie de hechos que

derrocaran al Gobierno. Nos fortaleceríamos en el llamado Puente Negro. Desde ahí esperábamos controlar con rifles, la entrada de la Casa Presidencial, tomar el edificio y capturar al Presidente. Surgieron acontecimientos imprevistos, que nos impidieron seguir adelante. Había sido nada más que otra expresión de rebeldía, casi exigida por el ambiente que se respiraba ya que no pasó más allá. El futuro nos traería después éxitos y fracasos. La lucha apenas estaba comenzando.

Durante un tiempo yo recibía a menudo, en mi oficina en San José, o en La Lucha, visitas de personas que me comunicaban sus ideas para una revolución, contra el gobierno de Picado. Cada uno creía que su plan era el mejor. Cada uno se convertía en intérprete de un anhelo incontenible del pueblo entero, por poner fin al régimen calderonista. Pero a todos se les olvidaba que no se puede hacer chocolate sin cacao. ¿Dónde estaban las armas?

Mientras tanto las Brigadas del Choque del Gobierno, dotadas de una arma contundente llamada "*Black Jack*", se ensañaban contra los oposicionistas. Las "cinchas", como llamaba el pueblo a los sables de los policías, golpeaban las espaldas de los ciudadanos, que externaban sus opiniones contrarias al Gobierno. Pero la gente iba perdiendo el miedo y se disponía a responder a la agresión. La policía y las brigadas de choque dejaron de ser amos y señores de las calles y de las plazas. A su grito desafiante de ¡No hay con quien!, nosotros comenzamos a responderles envalentonados: ¡Sobró con quien!

TRAS LAS ARMAS Y FRENTE A LA INFAMIA. Mientras los hechos indicaban la intención del gobierno de quedarse en el poder, era mi obligación seguir planeando la acción subversiva. Para ello necesitábamos, repito, armas. Esa mercadería no era fácil de conseguir. Voy a relatar algunos intentos fallidos por conseguirlas.

En México se encontraba el doctor Rosendo Argüello, hijo, tratando de obtener, con otros nicaragüenses, pertrechos para su propia revolución contra Somoza. A mediados del año 1947, nos envió Argüello un mensaje, anunciando que contaba con un cargamento de armas. Necesitaba dinero. Con algunas personas, entre ellas don Fernando Castro Cervantes, se recogió una suma, para entonces muy alta, de cerca de sesenta mil colones. Francisco Orlich y Gonzalo Facio, llevando el dinero, fueron a México para examinar el negocio. En esa operación, como en otras relacionadas con la guerra, el empresario don Mario Esquivel Arguedas, nos dio una importante colaboración. Junto al problema de conseguir y financiar las armas, teníamos la difícil tarea de trasladarlas a Costa Rica. Chico Orlich y Gonzalo Facio, sugirieron la cooperación del aviador Manuel Enrique Guerra Velázquez, Pillique, quien luego jugaría un papel muy importante en nuestra Guerra de

Liberación Nacional. Ya entonces comenzamos a hablar de planes con sus nombres específicos. Este se llamaba *Plan Sunday*, pues las armas serían llevadas a las playas de Dominical en el Pacífico.

La policía mexicana notificó a Chico y a Gonzalo, que tenían veinticuatro horas para abandonar México; se sabía que andaban en negocios ilícitos. Había nerviosismo en el ambiente mexicano, pues en esos días, asumiría la presidencia don Miguel Alemán.

Chico Orlich me contaba que al principio, no quería entregar el dinero sin inspeccionar el equipo, que en las listas parecía impresionante. Una vez expulsado, antes de abandonar México, Chico no tuvo más alternativa que entregar el dinero. Pero las armas se perdieron. El mismo militar que nos las había vendido, se encargó de capturarlas a través de la policía, según informes que me suministraron más tarde. Esa suerte de negocios era frecuente, en perjuicio de varios grupos idealistas, que luchábamos por derrocar las dictaduras latinoamericanas. Pero el fracaso no me arredró: seguí en el empeño de conseguir armas y dinero para comprar más.

Hasta en Nicaragua anduve buscando dinero. Don Ernesto González, de Diriamba, y don Enrique María Sánchez, que llegó a ser candidato a la presidencia en su país, colaboraron con una suma modesta. Les había buscado por indicación de don Rosendo Argüello. El creía que esos compatriotas suyos abrirían sus bolsillos, pero en verdad, ellos no tenían por qué hacerlo. El pleito en esa fase, era de nosotros. Un nicaragüense que siempre nos dio alguna ayuda, fue el General don Carlos Pasos. Todavía recuerdo con cariño a don Carlos, paseándose con su enorme bata de baño puesta, por los corredores de su casa en San José.

Volví a tocar la puerta de los costarricenses. Una vez, don Fernando Castro Cervantes, al pedirle yo una contribución, se fue a donde don Luis Martínez (Pipín), conocido bolsinista, llevando consigo un fajo de bonos, y le dijo:

Mira Pipín, descontame esos bonos y le das a Figueres treinta mil colones.

Tiempo después dijeron algunos, que yo me apropié de ese dinero. Yo me sentía orgulloso de calumnias semejantes a las que en otro tiempo, se habían lanzado contra José Martí. Cierta vez, estando reunido el Apóstol cubano con Rubén Darío y otros amigos en Nueva York, le dijo a sus compatriotas:

Aquí estoy para oír cargos contra mí. Si mi vida no me defiende, mal podrían defenderme mis palabras.

Otro lote de armas fue comprado a un Capitán del Ejército mexicano, de apellido Gallo. Se encargó de comprarlas el nicaragüense Chester Lacayo, uno de los pocos sobrevivientes de la

triste aventura del General Noguera Gómez. También participó en las negociaciones Rosendo Argüello, hijo. Un experto nicaragüense, don Julio García Mongalo, que había formado una larga y honorable familia en Costa Rica, después de haber sido torturado brutalmente por Somoza en su país, examinó las armas. Algunas armas resultaron defectuosas; hasta las había con el cañón torcido. Se obligó a Gallo a cambiarlas. Pero otra vez apareció la policía, y se apoderó de algunas de ellas. Las que se salvaron, entre mil peripecias, estuvieron escondidas en la casa de un actor de cine mexicano de aquellos tiempos, conocido como Che Reyes, por ser argentino de nacimiento. Algunas de esas armas, llegaron a Costa Rica.

Recuerdo que el diputado guatemalteco, Enrique Pellecer, valido de su inmunidad, me trajo una ametralladora larga escondida en sus pantalones. Había llegado a mi casa en San José con una pierna tiesa, completamente inverosímil.

Las noticias de las pérdidas de las armas, me afectaban dolorosamente. Parecía que el cielo me caía encima. Tanto esfuerzo, tanto pedir dinero, tanto tiempo invertido, se iban en un soplo. En esta última oportunidad, hasta el profesor Edelberto Torres, el más grande Rubenista de nuestra Literatura Castellana y gran luchador y don Rosendo Argüello hijo, fueron detenidos por la policía mexicana. Algunos estudiantes mexicanos protestaron virilmente, exigiendo la libertad de su maestro Torres. Mediante una fianza y otras gestiones, quedaron libres los dos.

En obsequio de las múltiples relaciones que he tenido con el pueblo y los políticos cubanos, deseo aclarar lo siguiente: Todo el proceso de preparación y ejecución de la Guerra de Liberación Nacional de Costa Rica, se dio en una época de cambio de gobierno en Cuba. El poder pasaba del Presidente Ramón Grau San Martín, al Presidente doctor Carlos Prío Socarras. A menudo encuentro confusiones entre historiadores cubanos, sobre cuál fue el Presidente que dio a Costa Rica tan fuerte apoyo moral y político: si fue Grau o si fue Prío. En verdad, fueron los dos. Yo nunca tuve el gusto de tratar al Presidente Grau, ni de conocerlo personalmente. Me dicen amigos comunes, que Grau estuvo siempre de acuerdo con el apoyo moral que los costarricenses recibimos de Cuba. Yo debo pues, agradecerle a Grau su comprensión y buena voluntad. Pero repito, fue con el Presidente Prío Socarras, con quien tuve oportunidad de negociar numerosos acuerdos, en pro de la causa democrática americana. En verdad, la relación personal, íntima y afectuosa, fue la que mantuve con el Ministro de Educación de Cuba, doctor Aureliano Sánchez Arango. Entre otras cualidades Sánchez Arango tenía, la de ser extremadamente honesto y hasta virtuoso, en épocas de grandes críticas del pueblo cubano, por la corrupción, supuesta o real, de sus dirigentes políticos. En contraste, Aureliano llevaba su honradez hasta la intransigencia. Fue un verdadero amigo de la Democracia de

América, como pocos otros tuvimos.

EL FRENTE CIVICO: LA CONVENCION Y EL LIDER. Mientras tenazmente realizábamos en Costa Rica estos esfuerzos por conseguir armas, las fuerzas políticas de oposición al régimen calderonista, libraban también entre ellas, la tradicional lucha partidista, por conseguir cada una la hegemonía. El vacío de liderazgo, dejado por la muerte de don León Cortés, se hacía sentir notablemente. Como ya he dicho, don Otilio Ulate libraba su batalla diaria, dura, inclaudicable, frente al Gobierno. Se le proponía como Jefe de la oposición y candidato a la Presidencia de la República. El Partido Demócrata, proponía para esa posición a don Fernando Castro Cervantes. El Partido Social Demócrata, reducido grupo de intelectuales, estudiantes y trabajadores, levantaba mi nombre.

Yo sabía que dentro del juego de fuerzas políticas, no tenía ninguna oportunidad de ganar la candidatura. Pero sí estaba resuelto a participar en la Convención. No tenía ninguna fe, en que el resultado de las urnas electorales sería respetado. Pero quería darle una última oportunidad al régimen, de hacer honor a la libertad electoral. A mi juicio, una victoria de la oposición, que éramos nosotros, si era burlada, podría darle más fuerte base moral a la acción armada.

Los días previos a la Convención, en la que se escogería al líder contrario a Calderón Guardia, en las elecciones de 1948, fueron muy tensos. La prensa adicta al régimen, publicaba especulaciones de toda índole y trataba de sembrar la discordia entre nosotros.

La Convención fue preparada cuidadosamente. Con gran honestidad se celebró, el 13 de febrero de 1947, como fecha simbólica, en el Estadio Nacional, en La Sabana. La pregunta general era: ¿Qué va a suceder allí? ¿Saldría la respuesta adecuada a la insania calderonista? Se sabía que Calderón Guardia estaba dispuesto a llegar de nuevo al poder, sin importarle los medios.

En la primera votación en la Convención, ninguno de los tres aspirantes: Otilio Ulate, Fernando Castro Cervantes y yo, obtuvo el porcentaje necesario para ser postulado. Yo quedé de tercero y terminé siendo el fiel de la balanza. ¡Grave responsabilidad! Don Fernando representaba mi antítesis: era de pensamiento ultraconservador, el representante del capitalismo nacional, al que se consideraba como agente de la *United Fruit Company*. Ulate era el batallador por excelencia, de una pluma de acero y oro, un magnífico orador, proveniente del pueblo mismo, aunque su familia era de origen francés. Yo di, antes de la segunda votación, esa mañana, públicamente mi apoyo a don Otilio Ulate. Don Fernando se quedó callado.

Ulate fue electo dirigente de la lucha cívica y candidato a la

Presidencia por la Oposición Nacional. Más adelante en 1953, yo me enfrenté amistosamente con don Fernando, en las elecciones para la Presidencia Constitucional. Esta vez yo gané.

Esa Convención, en una mañana soleada en el Estadio Nacional, alentó las esperanzas del pueblo costarricense. La esperanza, por recóndita que fuera, de que recobraríamos la libertad electoral arrebatada, hacía precisamente tres años, el fatídico día 13 de febrero de 1944. Yo desde luego, seguía pensando en el fondo de mi espíritu angustiado, que toda la campaña sería muy dura y que al fin, dada la obstinación y falta de escrúpulos de Calderón Guardia, tendría que resolverse por las fuerzas de las armas.

Don Otilio Ulate, con encendido verbo, lanzó varias arengas extraordinarias. Recuerdo muy bien, que entre tantas otras cosas con ribetes heroicos, señaló:

A los débiles de carácter y a los cobardes, les decimos, ¡atrás!

Ese fervor retórico despertó grandes entusiasmos, enorme fe y nutridos aplausos. Todos estábamos dispuestos a lo que fuera. Vi que teníamos en don Otilio, al sembrador de esperanzas, y que sobre el surco que él abría, plantaría yo la semilla del enfrentamiento viril al régimen. La Democracia podía esperar una abundante cosecha.

A los pocos días de efectuada la Convención, don Otilio me designó como Jefe de Acción de la campaña, lo que suponía tareas para las cueles no tengo, ni disposición ni paciencia. A don Mario Echandi, lo designó Ulate como Secretario General de su partido Unión Nacional. Para eso don Mario tenía habilidades e inclinaciones. A don Ramón Aguilar Castro, lo nombró cono Tesorero del Partido. Era un hombre adinerado y que merecía toda confianza. Yo no cabía en ese equipo. Era para hombres prudentes, respetuosos de la ley, que preferían entregarse a largas discusiones, cuando lo que se necesitaba era la acción. ¿Para qué discutir si estábamos convencidos de que al final se perdería todo, no por falta de apoyo popular, sino por la contumacia calderonista? ¿Cómo íbamos a pensar en luchas cívicas civilizadas, si el Gobierno, con la policía a su servicio rompía cabezas con sus *blacks jacks*, hacía sangrar espaldas por los golpes de sus cinchas y hasta mataba usando balas *dum-dum* (explosivas) según lo denunció en su oportunidad, un nutrido y distinguido grupo de médicos?

Me parecía inconsecuencia mía, estar ocupado en la rutina politiquera, o manejando triquiñuelas y combinaciones electorales. Me dediqué a organizar planes, para los días duros que preveía. Pero nunca desanimé a don Otilio. Por el contrario, le instaba a fustigar el rostro del oficialismo. Tampoco era que Ulate requiriera de que lo azuzaran. Siempre lo he reconocido: sin don Otilio Ulate, el clima de guerra no se hubiera creado.

Todo esto hizo que yo tuviera grandes enfrentamientos con los señores prudentes y en especial con don Mario Echandi. Me fui haciendo a un lado de la campaña y dejé que otros se solazaran con sus maniobras políticas. A nosotros los locos e imprudentes, nos tocaba velar las armas.

TEMPLANDO EL ANIMO. A raíz del frustrado Almaticazo, había conocido a un grupo de jóvenes impetuosos, dispuestos a la acción. Entre ellos se destacaban Edgar Cardona Quirós y Max Cortés González, sobrino este último del ex-presidente don León Cortés. Eran insignes peleadores de calle y hombres de experiencia en armas, que no rehuían el peligro.

Muchachos como estos, pensé yo, son los que necesitamos, ahora que voy a ocuparme, precisamente, de agrupar a los hombres dispuestos a la acción. Don Otilio Ulate atendió Una vigorosa gestión del Partido Social Demócrata, y autorizó a que en todo el país, se fueran preparando grupos de hombres de la Oposición, dispuestos a enfrentarse a las brigadas oficialistas. Había que iniciar también, las labores de sabotaje, no para ejercer el terrorismo, sino para hablarle al régimen en su propio idioma. Se conseguía aquí una ametralladora, allá un máuser, por otra parte algunos tiros y dinamita, fulminante y mecha. Todo nos servía, y mucho. Según el dicho tico De lagartija para arriba, todo es cacería.

En casi todos los centros importantes de población, hombres reconocidos por su fervor cívico y capacidades combativas, se sometieron a alguna forma de adiestramiento para la acción armada. Establecían contactos entre sí y se agrupaban alrededor de compañeros, en quienes reconocían capacidades de liderazgo. Así fue surgiendo una organización de combatientes, dispuestos a todo. Se encargó a Daniel Oduber la promoción de ese movimiento. Contaba con el apoyo de Max Cortés, Edgar Cardona, Miguel Ruiz Herrero y Víctor Alberto Quirós. En Cartago, un llamado Club de Cazadores, bajo la dirección de los hermanos Dagoberto y Godofredo Cruz, realizaba prácticas militares, simulando ejercicios de cacería. Bruce Masís, Joaquín Garro y Feis Esquivel, atendían la formación de cuadros en el centro de Cartago. En Alajuela, Alvaro Chacón Jinesta, Julio Sánchez Quesada, Rafael Brenes Oreamuno, Maric Argüello e Isaías Saborío, adiestaban a los grupos de futuros combatientes. En Puntarenas, Raúl H. Canessa, Pedro García Róger y los hermanos Alvaro y Rafael París, tomaron la iniciativa. Era evidente la voluntad de lucha entre todos los jóvenes del país. Surgían los glostoras y medallitas, (así llamados despectivamente por los gobiernistas). Jóvenes en todo el ámbito nacional, que se disponían a la lucha. Esto era conmovedor.

Pronto tuvimos el país dispuesto a no huirle a las brigadas de choque comunistas ni a los demás sicarios del Gobierno.

LA HUELGA GENERAL DE BRAZOS CAIDOS. Yo estaba entregado de lleno a mis afanes conspirativos, cuando una noche en Cartago, (la del domingo 20 de julio de 1947), las fuerzas policiales, cincha y revólver en mano, ayudados con bombas de gases lacrimógenos, agredieron a los ulatistas, en la Avenida del Comercio.

En Cartago, como en muchos otros lugares del país, se habían producido pleitos entre ulatistas y la policía. Pero esa noche dominical sin razón alguna, aparte de su odio, las autoridades cargaron contra los oposicionistas en tal forma, que flagelaron sin respetar su investidura, al diputado don Fernando Volio Sancho. Su hijo Fernando Volio Jiménez, acudió en ayuda de su padre y casi lo matan a golpes. Le causaron una herida seria en la sien derecha, con el filo de de una cincha. Le golpearon ferozmente los brazos y la espalda, poniéndolo al borde de la muerte.

Así el Hospital Max Peralta se fue llenando de heridos, mientras el valeroso y abnegado doctor Vesalio Guzmán, a pesar de haber sido una de las víctimas de la policía, operaba asistido por las monjitas que regentaban el centro de salud.

La soldadezca, ebria de odio y licor, lanzó gases lacrimógenos allí también. Fue una horrorosa noche la que sufrieron los cartagineses, que se defendieron con valentía rayana en heroísmo. Los mariachis pueden dar fe de que en Cartago les sobró con quién.

A la mañana siguiente, los cartagineses con las personas más representativas a la cabeza, entre ellos Bruce Masís Diviassi, meses después distinguido oficial del Ejército de Liberación Nacional, convocaron a una huelga de Brazos Caídos en su ciudad. Hacia pocos años los salvadoreños, habían derrocado la dictadura del fatídico Maximiliano Hernández Martínez, con una huelga así.

Los cartagineses, aleccionados por esa gesta, decidieron hacer lo mismo. Yo fui a Cartago el lunes, a temprana hora y allí pronuncié un discurso incendiario si se quiere, incitando a los hombres y mujeres a no cejar en su empeño. Debían exigir sanciones para los culpables del atropello y demandar garantías electorales, les dije, prometiéndoles no dejarlos solos.

Mientras, don Otilio Ulate se hallaba en gira por Alfaro Ruiz, de Cartago me fui a San José. Allí se me asociaron Gonzalo Facio, Roberto Fernández Duran y Daniel Oduber miembros del partido Social Demócrata. Nos trasladamos al Club del Partido Unión Nacional, para determinar el apoyo que le daríamos a la huelga de los cartagineses y la necesidad de darle carácter nacional al movimiento. De ese Club nos luimos a la casa de don Ramón Aguilar Castro, quien estaba

allí reunido con otros dirigentes ulatistas, entre ellos el doctor Alberto Oreamuno Flores y don Mario Echandi Jiménez. Fue una reunión difícil. Ellos eran "prudentes" y pensaban que yo era un loco. ¿Cómo podríamos pensar en una huelga nacional de brazos caídos? ¡No! ¡No! Para ellos era un absurdo.

En los discursos en varias partes del país, yo había incitado a la gente a una lucha hasta la muerte. La respuesta entusiasta que recibía del público, ms convencía de que los ciudadanos, tradicionalmente pacíficos, ahora pedían guerra.

Yo tenía el compromiso, adquirido con los cartagineses, de que no los dejaríamos solos. Traté de que se llamara a una manifestación de fuerza y los dirigen:es del Unión Nacional, no aceptaron. Tampoco accedían a darnos dinero para comprar armas. Fue tanta la insistencia que por fin acordaron destinar treinta mil colones para pertrechos, eso sí, los darían después que pasara el problema. ¡Había que actuar con prudencia!

Ardiendo de ira salí de la reunión en la casa de don Ramón Aguilar, para encontrarme luego con él y los demás miembros del Comité Ejecutivo de la Oposición, en el Club del Partido Unión Nacional. Al llegar a la reunión, expresé mis puntos de vista. Me sentía furioso y descorazonado. Afuera una multitud esperaba ansiosa a que asumiéramos una posición definida, de combate. Los compañeros del Comité Ejecutivo, al darse cuenta de esa actitud de lucha tan firme, comenzaron a aflojar de su posición rígida, a una actitud transaccionista. Con mi grupo fui hasta las oficinas del Diario de Costa Rica, subí al balcón y en una de sus pizarras, con una barra de tiza, estampé la palabra: ¡HUELGA! Mientras hacía los trazos de las letras, pensaba en César: *Alea Jacta est* (la suerte está echada).

Nos estábamos jugando el todo por el todo. Las gentes, congregadas frente al Diario de Costa Rica, haciéndose eco del sentir nacional, lo sabían tan bien como yo. Su respuesta fue un vibrante ¡Viva Otilio Ulate! Y un sonoro ¡Viva la Huelga! Los costarricenses, pacíficos, cuando hubo que poner la vida en juego por patriotismo, en 1856, no la escatimaron! Ahora tampoco lo harían.

Por todos partes en 1947, los ciudadanos cantaban en son de reto al régimen, la patriótica canción:

Los hijos del pueblo levanten la frente... Queremos ser libres no siervos menguados...

¿Cuánto faltaría aún para que los hombres del régimen calderoniano, entendieran que nuestro pueblo, bueno y trabajador, exigía libertad para escoger a sus gobernantes?

Estaba yo todavía, en el *Diario de Costa Rica*, cuando llegó don Otilio Ulate. Había hecho una gira triunfal por Alajuela, que ya vibraba con el anuncio de la Huelga.

Lo habían paseado en hombros, de un lado a otro de la ciudad.

Desde Zarcero, había enviado un enérgico telegrama al Presidente Picado, responsabilizándolo por lo que pasó en Cartago, y por lo que podría suceder en el país. El Presidente Picado le contestó con altanería. Don Otilio, había percibido la decisión del pueblo de ir a la huelga pero, aún así, en el fondo tenía sentimientos contrarios. Ni poquito le gustó que yo hubiera precipitado la convocatoria al paro nacional. Casi no hay manera de explicar ahora, los sentimientos contradictorios que embargaban a nuestro pueblo. Tal vez yo mismo sentía todavía escrúpulos, ante la idea de llevar a los costarricenses a una huelga que podía terminar en guerra civil. Menos le gustó a don Otilio que yo hubiera arengado a las gentes, instándolas para que se enfrentaran con decisión al Gobierno. Pero don Otilio no tenía otro camino que darle cara a la situación y el Comité Ejecutivo del Unión Nacional tuvo que aceptar, como una realidad fatal, la Huelga Nacional de Brazos Caídos. Era la noche del lunes 21 de julio de 1947. ¡La primera de una larga serie de noches tristes! ¡Las noches tristes suelen llevar a una alborada triunfal!

A pesar de que el Comité Ejecutivo del Unión Nacional aceptó como un hecho la Huelga, dentro del Partido había sabotaje.

Era corriente la queja, entre sus componentes de que ese loco Figueres, nos ha metido en un berenjenal. Esto era expresión de la resistencia, que parte de los señores prudentes, oponían al oleaje popular, del que yo me hacía vocero. Pero yo escuché una frase de alguien que gritaba:

El país está listo para seguir al primero que dispare un tiro.

Algunos dirigentes del Partido Unión Nacional, no comprendían lo que estaba sucediendo. Aceptaban, a regañadientes, lo que algunos hacíamos por levantar el tono de la protesta popular.

Yo estaba, naturalmente, preocupado por el desarrollo de los acontecimientos. El primer día de la Huelga, las Brigadas de Choque, amparadas como siempre por la policía, se echaron a la calle a amenazar a los oposicionistas y a forzar la apertura de los establecimientos que habían sido cerrados en solidaridad con el movimiento popular. La Policía, la Unidad Móvil, los integrantes del Resguardo Fiscal, que fungían como autoridad; todo lo que era Fuerza Pública, se fue a la calle a maltratar a los oposicionistas y aún a asesinarlos. Así asesinaron, alevosamente a Gonzalo Hoffmaister, en momento en que se aprestaba a cerrar su

establecimiento comercial, para unirse a la huelga. Su negocio estaba en los bajos del Diario de Costa Rica.

A raíz de su muerte, se aseguró que le dispararon confundiéndolo conmigo. Su familia me relató luego, que la persecución subsiguiente fue tan espantosa, que durante la vela del señor Hoffmaister, un vehículo con soldados, se situó frente a su casa y desató una feroz balacera, para amedrentar a los dolientes. Durante los meses que siguieron, hasta nuestra victoria con las armas, los persiguieron en varias formas. Así se hizo con mucha gente más. Así se había venido haciendo, desde que Calderón Guardia se llenó de prepotencia. Todo esto da una idea de lo que fue aquel tiempo increíble.

Así se fueron creando las condiciones inevitables, en el sentir nacional, hasta que el pueblo desesperado llegó al extremo de pedir la guerra…

EL DISFRAZ DE LA SUPERVIVENCIA. Una noche, comenzando la Huelga, alrededor del 25 de Julio, llamé a Gonzalo Facio, para que me acompañara en una comisión. Gonzalo me puso como condición que fuéramos en su carro, pues decía que el mío estaba muy "choteado". Las autoridades, los comunistas y los calderonistas, por la radio solían decir:

Cuidado con el Dodge negro del terrorista Figueres.

No acepté, pues sabía que en todo caso, mi carro sería identificado también por los ulatistas, que en cualquier emergencia, acudirían en nuestra ayuda. Pasé por don Gonzalo a su casa. Le pregunté si estaba armado porque, en esos tiempos, una pistola era como los pantalones: indispensable. Podía ser la diferencia entre la vida o la muerte. Me contestó que no. En una de las esquinas del parque Morazán, recogimos a Daniel Oduber, invitado previamente por mí a la misión. Oduber se acomodó adelante, al lado de Facio que iba manejando y yo en el asiento trasero, con una metralleta sobre los regazos, por si había necesidad de proteger a los que iban desarmados. Llegamos a la casa de la familia Figuls, cerca de donde hoy está el Almacén Abonos Agro, en la que vivía doña Emilia Quirós, suegra de don Rosendo Argüello. Al bajarme del auto les dije, como en son de broma:

Ya ven, el gobierno es puro cuento. Nadie nos ha atajado...

Doña María Figuls de Argüello, acababa de llegar de México y traía, para mí, un mensaje de su esposo Rosendo, sobre la posibilidad de la traída de unas armas cortas. Sólo tenía unos cuatro minutos de hablar con ella, cuando escuché limazos de vehículos y voces airadas afuera. Más o menos cincuenta soldados,

de la llamada Unidad Móvil, llegaron por mi, según me lo dijeron luego Gonzalo y Daniel. Iba al mando un teniente Casasola quien, por cierto, según supe después, pereció luchando contra nosotros durante la guerra de Liberación Nacional. Yo, dentro de la casa, escuchaba la discusión que mis amigos tenían con los soldados en la calle. Me di cuenta de que Gonzalo y Daniel trataban de ganar tiempo, para que yo me pusiera a salvo. De no lograrlo, la Huelga sufriría seguro un serio revés, pues era yo quien la alentaba y se oponía a las transacciones claudicantes que algunos trataban de forzar. Los soldados decidieron detener a Gonzalo y a Daniel y los enviaron a la Penitenciaría. Yo por mi parte, disfrazándome con un vestido ce mujer y envuelto en una toalla, muy de moda en esos tiempos entre las damas, logré salir acompañado de doña María por la puerta trasera de la casa. Saltamos varias cercas de propiedad en propiedad y llegamos al patio de la residencia de doña Enriqueta de Borrase, a través de la cual salimos a la calle. Un vehículo policial, al echar marcha atrás, iluminaba la calle con sus faros. Yo cojeaba ficticiamente. Pero en un momento en que cambió la luz corrí hasta llegar a la casa árnica de don Fernando Goicoechea, ferviente ulatista. Llamé a la puerta y salió una empleada que al verme, confundiéndome con una pordiosera, me dijo: No sobró nada. Cerró la puerta y volví a llamar. Entonces salió don Fernando, quien al ver mi atuendo, soltó la carcajada, junto a los amigos que lo acompañaban en una reunión partidista. Ese vestido de doña María Figuls de Argüello, fue la gran salvación en ese momento para mí, para la Huelga y para la futura guerra.

SE DISTRIBUYEN ALIMENTOS. Se cerraron todos los establecimientos comerciales propiedad de oposicionistas. Por primera vez en Costa Rica, aparecieron tablas de protección sobre las ventanas de los comercios. La imposibilidad de abastecer los mercados, iba a tener necesariamente repercusiones desagradables en la población, sobre todo de las clases más pobres en la Capital. Existía el peligro de que el Gobierno, ducho en esa clase de operaciones, tratara de soliviantar los ánimos y se fueran a producir actos de vandalismo, como los ocurridos a raíz del hundimiento del San Pablo. Por esa razón se establecieron en los barrios estancos de distribución de alimentos básicos. Solicitamos ayuda a los finqueros. Ellos respondieron positivamente, demostrando así su patriotismo. La tarea de la distribución de alimentos se encargó a la Confederación de Trabajadores Costarricenses *Rerum Novarum*, que actuaría como agencia de la Cruz Roja Costarricense, ostentando en los vehículos destinados al transporte de alimentos, y en los lugares destinados a su distribución, la bandera de la Cruz Roja. La dirigencia de la Confederación, presidida por el Padre Benjamín Núñez, realizó la tarea con gran abnegación. Mientras duró la Huelga, se abrieron más de sesenta estancos en toda el Area Metropolitana y se atendió a más de sesenta y cinco mil personas, suministrándoles alimentos básicos. Muchachos universitarios salieron a recoger alimentos, donde los ofrecieran. Se les veía en

las noches de regreso, cantando alegremente. En las mañanas, desde Las Nubes de Coronado y desde *Coliblanco*, en las alturas de Oreamuno, salían los tarros de leche que iban a distribuirse en los estancos. De Poás y de Grecia llegaban las tapas de dulce. Hasta los integrantes de la custodia de la casa del Dr. Calderón Guardia, fueron beneficiados, pues en la distribución de alimentos, no había discriminación política. Con todo eso, no se logró evitar que las turbas calderonistas llegaran hasta el almacén *Bar Azul*, propiedad de un honorable ciudadano español, el señor Silvestre Alonso, y lo saquearan con la tolerancia criminal de la policía. Lo mismo hicieron con el almacén de los señores Segovia Atencia.

TRIUNFA LA HUELGA. La Huelga obtuvo sus frutos: logró del gobierno de Teodoro Picado, en común acuerdo con los partidos políticos, la promesa de dar normas más eficaces, para proteger el sufragio electoral, en las próximas elecciones de 1948. Se logró, en teoría, el compromiso de que personas de gran probidad cívica, ocuparían los puestos claves en los organismos electorales.

LAS MUJERES DEL 2 DE AGOSTO. El Gobierno de Teodoro Picado hizo esas concesiones, no sin antes escribir un capítulo de ignominia, en la Historia de este país. Algo que, si no lo hubiéramos vivido, nos parecería una mentira inventada ahora.

Las mujeres oposicionistas, encabezadas por la doctora Emma Gamboa, Ana Rosa Chacón, María Teresa Obregón de Dengo, Angelita Acuña, y aquella distinguida dama que ya se había enfrentado décadas atrás a los Tinoco, la educadora Estercita de Merzerville, decidieron realizar un desfile, desde la Catedral Metropolitana en San José, hasta la Casa Presidencial. Irían a solicitarle al Presidente Picado, que aceptara las condiciones que la Oposición Nacional exigía, para levantar la Huelga. El 2 de Agosto de ese año de dolor de 1947, el día de la Virgen de Los Angeles, las mujeres desfilaron por millares, llevando a la cabeza del desfile la bandera tricolor nacional, enarbolada por las manos juveniles de María Felicia Quirós. Iban, además, desplegando enormes banderas blancas.

Llegaron a la Casa Presidencial. Don Teodoro Picado, en una breve alocución, sin tomar en serio sus responsabilidades, les dijo al final, una frase que ellas tomaron como una expresión de ligereza y burla:

Sigan pidiendo a la Virgen de los Angeles, a ver si ella les hace el milagro.

A él era a quien correspondía realizar, no un milagro, sino un acto de gobernante respetuoso del sentir nacional.

Las mujeres decidieron mantenerse en el Parque Nacional, en vigilia cívica, todo el tiempo que fuera necesario, hasta ser escuchadas por el Gobernante. Alrededor de las ocho de la noche, desde los fortines del Cuartel Bellavista, que más tarde convertimos en Museo Nacional, se desató una pavorosa balacera. El fatídico Coronel Enrique "Fencho" Alvarado, quien era Comandante de la fortaleza, fue quien ordenó la balacera con la intención de amedrentar a las damas. Claro que lo logró. ¡Valiente Coronel! Ellas se fueron de allí, pero habían triunfado. Al día siguiente, el Gobierno entabló conversaciones con la Oposición, para definir los términos que pondrían fin a la Huelga.

Meses más tarde, sobre todo en momentos decisivos para la lucha armada, yo entraría a la acción, con el grito coreado por mis valientes compañeros de:

¡Aquí vienen las mujeres del 2 de Agosto!

LA RUTA INEVITABLE HACIA LA GUERRA. Cuando hubo terminado la Huelga, sufrí la embestida cruel de los políticos. Ellos se sentían felices del resultado del movimiento, pero yo les incomodaba por haberlos puesto, prácticamente en el frente de combate. Temían que en el futuro, yo los obligara en la misma forma, a asumir actitudes igualmente serias, o como en realidad sería, más duras aún. No hay forma de describir el grado en que el ambiente nacional se cargaba de tensiones. Pese a ello, había entre alguna gente de buena fe, la sensación de que el movimiento cívico, obtendría el triunfo electoral. Yo, con otros compañeros, pensaba que esa victoria cívica que se había obtenido con tanto sacrificio, iba a ser arrebatada por los jefes del Gobierno, por la ambición incontenible de perpetuar el régimen. Para mí la lucha armada se vislumbraba como inevitable!

Muchos de nuestros amigos estaban en las cárceles. Había problemas con ciertos jueces en distintos lugares del país, por estar parcializados a favor del Gobierno. Hasta la misma Corte Suprema de Justicia, parecía tender a darle largas a la tramitación de cientos de recursos de *Habeas Corpus*, que se interponían a favor de los presos. Los politiqueros que existían en la Oposición Nacional, seguían tejiendo intrigas, que minaban la lucha cívica, pues a ellos les interesaba que nada entorpeciera su ambición de tener un puesto en un futuro Gobierno. Imaginando intrigas y murmurando chismes, nunca daban la cara a la cruda realidad. Para ellos, cada día más, yo era el loco Figueres. Nunca entendieron que pude haberme desententido de todo, quedándome como un simple agricultor o empresario. ¡Qué fácil hubiera sido para mi tranquilidad personal, cerrar los ojos, ante lo que sucedía en el país! Eso no podía hacerlo yo, porque para mí el compromiso con Costa Rica, era insoslayable. Repito que, el simple agricultor

debe en momentos críticos de su patria, actuar como lo hiciera Cincinato cuando vio a su amada Roma amenazada de muerte por el enemigo: Guardó su arado, empuñó la lanza guerrera y una vez rescatada la salud de la República, volvió al surco que da alimento a los pueblos. Pero, por esos días, ¡cuántos Sanchos, Dios mío!

Sí, yo era el loco Figueres. Ellos, los politiqueros, los hombres sensatos. Si por ellos fuera a base de componendas, el país seguiría viviendo el oprobio que vivió bajo el régimen de los ocho años.

Organicé en esos días, transmisiones clandestinas de radio, con ayuda de don Gonzalo Pinto Hernández, y de su pariente, mi amigo Rodolfo Herrera Pinto. Organicé la distribución de boletines informativos, en los que dábamos las más sensacionales informaciones. Se echo a andar un plan de regar bolas, como ardid de guerra sicológica. Las especies falsas o bolas, como las llamamos en Costa Rica, causan en el enemigo, en ocasiones, mayor efecto que las balas.

No faltaron algunas acciones violentas, que servían para minar más y más, la moral del adversario. El país debía saberlo: estábamos en víspera de una guerra, a no ser que el Gobierno respetara la voluntad popular. Si la irrespetaba, sería el Gobierno el que declaraba la guerra al pueblo. Yo estaba seguro, de que el pueblo respondería virilmente al reto.

MANIFESTACION DE LA RERUM NOVARUM. El 12 de Octubre de 1947, la Confederación Costarricense de Trabajadores, *Rerum Novarum*, venciendo todos los obstáculos que el Gobierno le puso y con la complacencia del pueblo costarricense, celebró una gigantesca manifestación en defensa de los derechos de los trabajadores, de las garantías sociales y de la libertad electoral. Por supuesto, los sindicatos gobiernistas realizaron ese mismo día en San José, otro desfile, con gentes traídas de todos los rumbos del país. Los trabajadores de la zona bananera del Pacífico, vinieron con cuchillos al hombro, en gesto teatral preparado por sus jefes, trasladándose a pie, desde Puerto Cortés, y marcharon por las calles capitalinas, mostrando sus largos cuchillos, llamados rulas, como armas para amedrentarnos, no como herramientas que enaltecen al hombre. No lograron su propósito. Esos pobres linieros, como los llamaban en su partido, no sospechaban siquiera que meses más tarde, serían usados como carne de cañón.

El lema de la manifestación de la *Rerum Novarum*, era el que usara Roosevelt durante las horas más negras de la Humanidad:

En esta hora de temor, lo único que hay que temer, es al temor mismo.

CAPITULO V

VELANDO LAS ARMAS

Un régimen capaz de disparar contra mujeres indefensas, cubiertas por la bandera tricolor y por el blanco pabellón de la paz, se atrevería a todo, incluso a desconocer una victoria electoral.

Es cierto que, como resultado de la Huelga Nacional de Brazos Caídos, se habían obtenido promesas de mejorar en algo, las condiciones en que se celebraría la próxima elección. Es cierto, también, que se había celebrado un Pacto de Honor, firmado por don Otilio Ulate en nombre de la Oposición Nacional, por el doctor Calderón Guardia como representante del partido Republicano Nacional; por el Lic. Teodoro Pica-de como presidente de la República, y por el secretario de Seguridad Pública, don Rene Picado, como garante, en el que se obligaban a respetar el resultado de las elecciones de febrero de 1948.

El Lic. Manuel Mora se abstuvo de firmarlo, para no comprometer a su partido Vanguardia Popular.

La experiencia nos enseñaba que algunos políticos suscriben pactos y luego buscan excusas para incumplirlos. La duda empañaba la victoria de la Huelga. ¿Respetarían los hombres del Gobierno las medidas acordadas? ¿Acatarían la voluntad electoral, o repetirían para escarnio de la nación, el despojo del 13 de febrero de 1944?

Dentro de la euforia general por el triunfo de la huelga, los politiqueros se imaginaron que ahora todo sería pan comido. Olvidaron entre otras cosas que aún recientemente, durante la huelga, habían sido asesinados por las fuerzas del gobierno, varios ciudadanos solamente por ser ulatistas. Una estela colocada en la plaza de Coronado, frente a su templo gótico, recuerda a un honorable trabajador, don Amadeo Chinchilla, a quien el jefe político del Cantón, ultimó a balazos, por la misma razón.

Para mí no cabían dudas, debíamos prepararnos para defender el triunfo electoral, una vez que se obtuviera. Cuando a un pueblo se le cercena su soberanía, tiene la obligación de recurrir a la violencia, para recuperarla por la fuerza.

Con profunda aprehensión, escuchaba yo a don Otilio Ulate y a sus oradores, levantar su voz en las plazas públicas, para prometer solemnemente:

¡Defenderemos la victoria electoral con las armas!

En ese estado anímico se encontraba Costa Rica. Y, ¡qué irresponsabilidad! ¿Dónde estaban las armas? ¿Dónde los cuadros adiestrados para la lucha?

Continué insistiendo en mi locura frente a los cuerdos políticos. Las elecciones se acercaban. Cada día yo sentía más próxima la guerra. Tanto me molestaron, que dejé tirado todo lo que olía a campaña política o mecanismos electorales. Ahí estaba don Otilio Ulate, que era un buen dirigente político. Además, casi todas las puertas del partido Unión Nacional se me habían cerrado. Los señores prudentes, los que eran duchos en componendas y jugadas por debajo del tapete, continuaban escandalizándose de mis posiciones.

Yo tenía otro tipo de compromiso con la historia. Yo pasaba días de gran angustia. Me acompañaban indefectiblemente, Francisco Orlich, Alberto Martén y la voluntad popular. Ya lo había decidido: si los políticos arriaban sus banderas, yo no tenía por qué pedirles permiso para lo que pensaba hacer.

Me retiré a La Lucha a reflexionar y a planear. La guerra ya tenía su bandera y objetivo. Ahora yo debía conseguir, lo que era indispensable para esa guerra: armas. Hombres sobraban.

En los meses que siguieron me esforcé por pasar desapercibido, al punto de que los periódicos, del gobierno y de la oposición, ya no se ocuparon más de mí. Me había impuesto ese auto-ostracismo, que dediqué a templar y a purificar mi espíritu.

LOS MARIACHIS. Durante la huelga nacional o de brazos caídos, el gobierno había reforzado la vigilancia en San José, con trabajadores traídos de las zonas bananeras, quienes no estaban acostumbrados a las frescas noches de la Meseta Central. Para que se abrigasen durante las rondas de vigilancia nocturna, se les entregaron cobijas coloradas, de las que solía usar el campesino. Después, cuando éstas se acabaron, siguieron con las de varios colores. La imaginación del pueblo, siempre propensa al buen humor, vio en ellos la imagen de los mariachis mexicanos y así los bautizó. El término mariachi se generalizó luego, para aplicárselo a todos los seguidores del régimen calderonista. Mariachismo fue el término que se usó para designar todas las prácticas de deshonestidad administrativa, la ausencia de ética y responsabilidad en la política y para señalar los recursos innobles de la politiquería.

Años más tarde los calderonistas trataron de reivindicar ese nombre, usándolo para ostentar, orgullosamente, su filiación política y su lealtad al doctor Calderón Guardia. Bien lo dijo don

Alonso Quijano a su escudero:

¡Cosas veredes, Sancho amigo!

RESPUESTA A LA VIOLENCIA. Las turbas caldero-comunistas contando con la protección de la fuerza pública, seguían maltratando a los enemigos del régimen. El rostro de la patria se cubrió aún más de vergüenza, cuando vio aparecer, al frente de esas turbas y de esa fuerza armada, al fatídico Juan José Tavio y Silva, una bala perdida, como lo llamó acertadamente don Otilio Ulate, procedente del hampa cubana, ostentando rango y autoridad militares, para sembrar terror entre los ciudadanos de Costa Rica. Calderonistas con algún residuo de decencia, se avergonzaban de la presencia de tal hampón, al frente de la policía de su patria. Después supe que Tavió, fue repudiado en su misma patria, cuando huyó de Costa Rica. Al final pagó sus crímenes, al ser ajusticiado por orden de Fidel Castro y a petición de algunos costarricenses, según me lo dijeron.

Surgieron hombres dispuestos a decirle ¡basta! a los desmanes del gobierno. Recordemos la frase acuñada durante la conquista de México por Hernán Cortés:

Los españoles no dan golpe sin herida, ni herida que necesite de segundo golpe.

Para eso se habían organizado grupos de defensa bajo la dirección de Edgar Cardona. Para su funcionamiento recibimos de los organismos financieros de la Oposición Nacional, mi mezquino apoyo: los 2 30.000,00 de que ya hablé. Lo compensamos con la resolución de nuestros hombres.

En el estado de indignación prevaleciente, se realizaron actos de sabotaje, tendientes a dejar al país a oscuras, al cortar para ello, las líneas eléctricas. Hubo otros actos como la colocación de bombas en el carro de Manuel Mora y en el periódico calderonista La Tribuna, de lo que acusaron falsamente a don Federico Apéstegui. La diferencia de enfoque entre don Otilio Ulate y yo se reflejó en este hecho: don Otilio quiso defender generosamente al acusado, diciendo que era calumnia. Para mí hubiera sido un honor colocar esa bomba.

Pero era necesario canalizar la indignación nacional por medio de un plan responsable. En otras palabras, había que preparar la guerra. Esto exigía, repito, conseguir armas para la lucha.

Iba surgiendo el Espíritu del 48.

ARMAS Y HOMBRES DEL CARIBE. Hacía unos meses un grupo de exiliados

caribeños de distintos países, afligidos por dictaduras militares, se habían agrupado en torno a un honorable ciudadano dominicano, el general Juan Rodríguez García. Este acaudalado ganadero era perseguido por el sombrío tirano Rafael Leónidas Trujillo. Llevado por su ideal de derrocar a Trujillo, el general Rodríguez había adquirido un buen armamento en Buenos Aires, Argentina.

El general Rodríguez preparó un ataque a la República Dominicana, en lo que se llamó *Expedición de Cayo Confites*, un pequeño cayo cercano a las costas de Cuba. La expedición fracasó al ser descubierta por la Marina de Trujillo. No pudo arribar a las costas quisqueyanas. Yo oí por radio con tristeza, la admisión del fracaso en la voz de Juan Bosch, cuando dijo:

El intento ha fracasado.

Como antes señalé, afortunadamente era entonces presidente de Cuba el doctor Ramón Grau San Martín y, contaba en su Gabinete con la audacia del Dr. Carlos Prío Socarras, quien luego le sucedió en la presidencia. Prío Socarras, era un aliado firme de quienes luchábamos contra las dictaduras del Caribe y de América Latina. El y yo llegamos a estrechar una amistad muy útil para la causa de la libertad. Bajo su patrocinio se celebró después la primera conferencia Prolibertad y Democracia en La Habana, en 1950, a la que asistimos varios pensadores y luchadores de los Estados Unidos y de América Latina, tales como Rómulo Betancourt, Juan Bosch, Andrés Eloy Blanco, la conocida dirigente demócrata Miss Francis Grant, Rómulo Gallegos y otros. De La Habana, nos fuimos a San Juan, Puerto Rico, a visitar al eminente gobernador Luis Muñoz Marín.

Las armas de la fracasada expedición de Cayo Confites, fueron requisadas por la marina de Cuba. En mi peregrinaje buscando armas, yo había hecho contacto, a través del hombre de letras don Juan Bosch, con el general Rodríguez, poco después de terminada la huelga de brazos caídos de Costa Rica. Varias veces don Juan Bosch y yo conversamos por horas; yo quería que él convenciera al general Rodríguez, para que nos prestara esas armas y utilizarlas en la campaña de Costa Rica. Bosch influyó en ese sentido con muy buena voluntad, con éxito.

El general Rodríguez, de muy buena fe, era un poco fantasioso y soñaba ser mandatario de una gran federación caribeña. ¡Tenía mucho de soñador! Al general Rodríguez le desesperaba lo que sucedía en nuestra América. El intento bélico de Cayo Confites, había fracasado. Las armas estaban en Cuba. ¿No era acaso este el momento de ayudar con ellas, a otros pueblos subyugados a reconquistar su libertad?

Por medio del profesor don Edelberto Torres, habíamos entrado en contacto con un amigo y notable intelectual, el presidente de

Guatemala, Dr. Juan José Arévalo. Arévalo es un ferviente demócrata. Lo que olía a dictadura, él, que las había sufrido en su propia carne y en la de su pueblo, le repugnaba.

Varios amigos míos, nicaragüenses y hondureños, estaban también buscando armas libertadoras y le pidieron al Dr. Arévalo, que escribiera al presidente de Cuba, doctor Grau San Martín, solicitándole las armas de la frustrada expedición de Cayo Confites. Este accedió al pedido y mandó los equipos bélicos a Guatemala. Me dicen que este médico y catedrático universitario cubano que llegó a presidente, bajo su suave apariencia, era hombre de armas tomar.

Entonces comenzó nuestra lucha por obtener las armas, para emprender la tarea libertadora en Costa Rica. Se nos acortaba el tiempo.

Yo trataba de convencer a mis amigos exiliados, de que el primer paso en la cruzada contra la tiranía en el Caribe, había que darlo en Costa Rica. Era importante que ese primer golpe triunfara. Los sátrapas caribeños y centroamericanos, contaban con poderosas fuerzas militares. En Costa Rica, el sentimiento nacional estaba maduro y cualquier acto tendiente a impedir la consolidación de una dictadura así, recibiría el apoyo del pueblo. Además la Fuerza Pública, agresiva y altanera cuando se trataba de atropellar a ciudadanos desarmados, no sabría enfrentarse a un grupo de hombres decididos con armas en sus manos.

Estos razonamientos míos, fueron tan persistentes que, recibieron el apoyo de algunos amigos participantes en nuestras conversaciones internacionales. En una reunión en Guatemala, a mediados del mes de diciembre de 1947, hubo un acuerdo unánime de ceder las armas, para comenzar la acción liberadora del Caribe, en Costa Rica.

En todo caso, aquí en Costa Rica, yo había mandado a realizar, en secreto, un inventario de las armas existente» en las jefaturas políticas y resguardos del país, para apoderarnos de ellas, si fallase la venida de armas del exterior.

Como resultado de nuestras conversaciones y como punto de partida para la gran empresa de derrocar a todos los dictadores de la región, en esos días firmamos un *Pacto de Alianza*, con carácter de *Pacto Caribeño*, que nos comprometía a todos por igual, en la liquidación de las tiranías en el Caribe.

El pacto lo firmamos el 16 de diciembre de 1947, en Guatemala, las siguientes personas: el general Juan Rodríguez García, por la República Dominicana; Emiliano Chamorro, Gustavo Manzanares, Pedro José Zepeda y don Rosendo Argüello, padre, por Nicaragua y yo por Costa Rica. De acuerdo con ese pacto, se creó un *Comité Supremo*

Revolucionario compuesto por el mismo general Rodríguez García y su hijo José Horacio Rodríguez Vázquez por la República Dominicana; don Rosendo Argüello, padre y don Toribio Tijerino por Nicaragua y yo por Costa Rica. A petición mía, se agregó como representante costarricense, al joven doctor Rosendo Argüello, hijo, en vista de su empeño sostenido durante muchos años, por ayudarnos a conseguir armas. A sus esfuerzos se debió en parte, que se celebrara aquella reunión y se redactara y se firmara el documento de alianza. Como presidente nato de ese comité, fue nombrado el general Juan Rodríguez García.

Transcribo a continuación el texto de ese pacto:

> *Pacto de Alianza entre los grupos representativos do la política dominicana, nicaragüense y costarricense, para derribar a las dictaduras imperantes en sus patrias y restablecer en ellas la libertad y la democracia.*
>
> *Nosotros, Juan Rodríguez García por el pueblo de Santo Domingo; Emiliano Chamorro, Gustavo Manzanares, Pedro José Zepeda y Rosendo Argüello por el de Nicaragua, y José Figueres por el de Costa Rica, como intérpretes de los ideales de libertad de sus patrias, y conscientes del deber en que se halla todo ciudadano de luchar por el orden constitucional, para que brillen en sus sociedades la justicia y la democracia, como medios de conseguir la tranquilidad y felicidad de los asociados, hemos concretado una Alianza recíproca con el fin de asegurar el éxito de las empresas redentoras por iniciar en Nicaragua, Costa Rica y Santo Domingo, sujeta a los términos siguientes:*
>
> 1. *Desde hoy formamos un solo equipo revolucionario, con todos los recursos económicos, bélicos y humanos de que seamos capaces de disponer, para la unidad de acción y eficacia de nuestros esfuerzos patrióticos. Es entendido que al ir derrocando cada una de las tres dictaduras que nos proponemos combatir, los recursos del país liberado, HASTA DONDE SEA HUMANAMENTE POSIBLE, acrecentarán el acervo común para continuar la obra con mayores posibilidades de éxito.*
> 2. *Al efecto convenimos en organizar un **Comité Supremo Revolucionario** que residirá fuera de los países por liberar y, que quedó integrado así: por la República Dominicana el general Juan Rodríguez García v José Horacio Rodríguez Vázquez; por la República de Nicaragua, el doctor Rosendo Argüello, padre, v don Toribio Tijerino, y por la República de Costa Rica, don José Figueres y don Rosendo Argüello, hijo.*
> 3. *Las atribuciones de este comité serán las de coordinar los diversos factores de lucha; fijar la contribución de cada país, en proporción a sus posibilidades; dirigir ¡a*

política común de los sectores aliados, propendiendo a mantener la armonía entre todos como clave del triunfo, y ejercer las demás funciones que determine el Reglamento Interior de su propia elaboración. Será presidente nato de este Comité, el señor General Juan Rodríguez García, en reconocimiento a sus relevantes méritos personales, especialmente por su noble desprendimiento y espíritu de sacrificio, en el aporte de armamentos, y él servirá además el cargo Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados y en concepto de tal nombrará un Estado Mayor de técnicos, con el cual debe asesorarse el Comité de Asuntos Militares.

4. *Para la ejecución de este plan, en cada país se organizará una Junta de Gobierno que en lo esencialmente interno, procederá con autonomía completa, pero en cuanto a las determinaciones generales, obrará de acuerdo con las instrucciones del Comité Supremo, cuyas funciones se extenderán hasta la eliminación de las dictaduras nominadas.*
5. *Las condiciones a las cuales ha de someterse la organización y atribuciones de cada junta, serán fijadas por el respectivo grupo nacional, teniendo como punto esencial, garantizar el advenimiento y el desarrollo de un régimen genuinamente democrático.*
6. *Es convenido de que en cuanto a Nicaragua, ninguno de los miembros de la Junta de Gobierno, podrá ser candidato a la Presidencia en las próximas elecciones.*
7. *Los firmantes declaramos: que es una necesidad continental la inmediata reconstrucción de la República de Centroamérica, y por consiguiente, al organizar el gobierno en cada país liberado, se consignará este principio en la nueva Constitución, e inmediatamente se procederá a dar los pasos necesarios para estos fines, usando todos los medios de que el Estado disponga.*
8. *Los Estados y la República liberados por el Comité Supremo Revolucionario, se comprometen a pactar una Alianza Democrática del Caribe, a la cual podrán ingresar los países democráticos ribereños de este mar y además, El Salvador y Ecuador, por motivos peculiares.*
9. *La Alianza Democrática del Caribe, constituirá un bloque indivisible, frente a todas las emergencias internacionales, y serán sus aspiraciones capitales: consolidar y depurar la vida democrática en los pueblos de la Alianza; exigir el respeto internacional para la soberanía de cada uno de sus componentes; recuperar las posesiones europeas que perduran en el Caribe y propender a la formación de una nueva República integrada por las Antillas Menores; constituir una sola unidad de mutua defensa económica, militar y política; exigir la alternabilidad en el poder, en cada uno de los países contratantes; mantener las mejores relaciones con*

las naciones del Continente, cumpliendo estrictamente las convenciones interamericanas y, particularmente declararse aliados permanentes, en el campo militar de los Estados Unidos y México para la defensa común.

10. *Los firmantes juramos además lealtad absoluta, disciplina total y el mayor sigilo, con anterioridad a la primera acción de armas y con respecto a los planes subsiguientes. Esto mismo exigiremos a cada uno de los nuevos asociados a la causa revolucionaria democrática.*
11. *Cualquier diferencia de interpretación o aplicación del presente Pacto, la someteremos a la decisión irrevocable del señor Presidente de Guatemala, doctor Juan José Arévalo, en cuya capacidad, honestidad e imparcialidad, tenemos plena confianza y, cuyo fallo acataremos teniendo la fundada esperanza de que él no se negará a prestarnos el inapreciable servicio de ser nuestro arbitro y amigable componedor.*
12. *Podrán adherirse a este pacto en adelante, los grupos unificados que representen a pueblos oprimidos del Caribe, para buscar con la cooperación de todos los liberales, el camino de su redención.*

En fe de lo cual firmamos seis ejemplares de un mismo tenor, en la ciudad de Guatemala, a los dieciséis días del mes de diciembre de 1947, debiendo depositar uno de ellos en manos del Presidente Arévalo, para la información y ejercicio del cargo de arbitro, en su caso, que le confiamos en este documento:

Juan Rodríguez; E. Chamorro; Gustavo Manzanares; R. J. Zepeda; Rosendo Argüello y José Figueres.

Como comentario digamos que por coincidencia, se llegó a un pacto semejante entre naciones aliadas, en la Segunda Guerra Mundial. Se llamó Convenio de Préstamos y Arriendos. Estipulaba que todos los recursos de naciones amigas, durante el conflicto, debían de estar al servicio de una causa común. Este pacto obedeció a una situación anómala que se había creado: Estados Unidos tenían en reserva unos setenta destructores de cierto tipo que la Marina Inglesa necesitaba urgentemente. Los banqueros internacionales objetaron que el crédito de Gran Bretaña estaba agotado. Intervino el Presidente Roosevelt entonces imponiendo su Convenio de Préstamos y Arriendos.

No han faltado quienes me acusan de haber traicionado el Pacto antes transcrito. Mis actos hasta el presente demuestran lo contrario, a pesar de que como adelante se verá, fui relevado de sus compromisos, cuando su cumplimiento podía poner en peligro la paz y seguridad de mi patria. A todos en la lucha por la libertad, los ayudé debida y cumplidamente, sin más beneficio personal que el gozo de ver cómo del mapa de América, se han ido borrando las

banderas de la tiranía. Esa posición de ayer en mi juventud, es la misma que mantengo hoy, cuando cargo sobre mis espaldas el peso de ocho décadas.

Recuerdo aquí una anécdota muy significativa, de la lucha en el frente venezolano. A la caída de Pérez Jiménez, me llamó desde Caracas a donde acababa de regresar tras su largo exilio, a la Hacienda La Lucha, mi amigo Rómulo Betancourt y emocionado, por teléfono me dijo:

Pepe..., ¡te llamo porque tú sabes cuánto de esto se debe a ti!

Quienes trataron mucho a Rómulo Betancourt, personalmente, recordarán que él usaba con frecuencia, casi como un estribillo, la frase:

tú sabes que...

En el taller de La Lucha comencé a preparar, con la ayuda de algunos de los empleados que compartían mis ideales, bombas hechas con niples de cañerías, de un buen diámetro, rellenos de dinamita y pedacitos de metal. Preparaba algún armamento que, traído de varias partes del país, yo iba concentrando en un solo lugar. Con astucia concebí unas emboscadas que dimos en llamar ratoneras preparadas en lugares claves de acceso a La Lucha y que a su hora prestaron un magnífico servicio. La palabra ratonera, fue parte de nuestro vocabulario cotidiano, durante varias semanas como sinónimo de emboscadas.

Sigamos: fueron llegando hombres. Los siete primeros amigos y en el futuro compañeros de armas fueron: Edgar Cardona Quirós, jefe de los grupos ulatistas que enfrentaban en las calles a las brigadas de choque; Max (Tuta) Cortés González, subjefe de esa organización; Alberto Lorenzo Brenes, a quien ya conocía desde mi exilio en México; José Santos Delcore Alvarado, otro aguerrido peleador en las calles; Alberto Quirós Sasso, decidido oposicionista; Frank Marshall Jiménez, quien no había participado activamente en la campaña política, pero inmediatamente se entregó de corazón a la actividad revolucionaria y Fernando Figuls Quirós (también catalán), cuñado del doctor Rosendo Argüello hijo, que tenía importantes conexiones internacionales las cuales serían muy útiles en el curso de la revolución.

Llegaron todos a La Lucha varios días antes de las elecciones de febrero de 1948. De inmediato comenzaron a familiarizarse con el manejo de las armas que ellos habían llevado consigo. Se instalaron puestos de vigilancia, se preparó el minado de caminos y se fueron colocando las trampas para detener posibles ataques del enemigo, que era el Gobierno.

A medida que se cerraban en el país las posibilidades de

soluciones pacíficas, otros costarricenses iban tomando el camino hacia las montañas, a ocupar un puesto en la defensa del respeto al sufragio popular. En hileras clandestinas y entre veredas riesgosas, iban llegando a pie los luchadores.

Desde Puriscal, por la finca de Jorge Zeledón, llegó un grupo de campesinos llevando la imagen de la Virgen de Los Angeles, que después nos acompañó en otras jornadas cruciales. El cantón de Puriscal, fue proporcionalmente, el que más soldados dio a la guerra de Liberación Nacional. Desde Cartago por las tierras de Navarro, a través de la finca de la familia Masís, El Muñeco o por los desfiladeros de Orosí, subían los cartagineses a disputar un puesto de honor. Desde Desamparados y San José, por los cerros de La Carpintera, o El Alto de El Tablazo seguían muchos el impulso de su patriotismo, guiados por Carlos Gamboa y Domingo García. Desde Alajuela, San Antonio de Belén y Santa Ana, siguiendo la ruta de la finca del señor Jorge Zeledón, llegaron también otros voluntarios bajo el liderato de aquel compañero de acero, con una sonrisa a flor de labios, Marcial Aguiluz, formando el batallón Carlos Luis Valverde.

Algunos fueron sorprendidos en sus intentos por las autoridades y encarcelados hasta el final de la gesta.

Los dirigentes máximos de la Oposición, salvo don Otilio Ulate, que algo sospechaba de lo que yo me traía entre manos, no sabían de mis actividades.

OTILIO ULATE VENCEDOR. Llegó la fecha de las elecciones: el 8 de febrero de 1948. Los resultados fueron reconfortantes. A pesar de todas las presiones, don Otilio Ulate obtuvo 10.000 sufragios más que el doctor Calderón Guardia. Pero ¿aceptaría Calderón Guardia su derrota? Nosotros de lejos seguíamos los acontecimientos. Nos complacía el triunfo por inobjetable, pero nos preocupaba la reacción del caldero-comunismo. Hubo como dije, muchas presiones del oficialismo. Pero el pueblo se volcó en apoyo a la candidatura de don Otilio Ulate. Citemos un caso concreto: en el cantón central de Alajuela, que siempre se había caracterizado por su adhesión a Calderón Guardia, la votación para Presidente arrojó estos datos: Partido Republicano Nacional (calderonista) 1.827 votos. Partido Unión Nacional (Oposición Nacional) 3.559 votos.

Pronto nuestros temores comenzaron a confirmarse. El caldero-comunismo se lanzó a las calles, alegando cínicamente que les habíamos hecho fraude. ¡Las pavas tirándole a las escopetas! Por las calles de San José, desfilaban ebrias y llenas de rencor, las turbas al grito de: ¡Queremos votar!, grito que pasó a la historia como un monumento al cinismo. Pero desde los senderos de la montaña, por donde marchaban los luchadores de la decencia cívica, resonaba nuestro grito enérgico: ¡Queremos pelear!

Ellos los maestros del crimen, los maestros del fraude electoral; los que habían hecho de la ley un mero papel impreso, que no respetaban ni vidas ni principios, exigían votar de nuevo. Como si no hubiesen perdido en buena ley, contra quienes teníamos toda la razón.

Al ver eso me pareció que ahora sí, ya nada evitaría la guerra.

SE BURLA LA VOLUNTAD DE UN PUEBLO. Llegó por fin el día que había de pasar a la historia como el fatídico lo. de marzo de 1948.

Se anuló la elección de don Otilio Ulate, en una vergonzosa sesión del Congreso Constitucional. Esa sesión quedará en la memoria de nuestro país, como una página de ignominia. Las barras del Congreso estaban llenas de borrachos y exaltados fanáticos. Amenazaban con asesinar a los diputados que defendían la legalidad de la elección. Algunos colegas suyos, gobiernistas, sintieron la necesidad de pedir que las barras fueran desalojadas. La policía y la soldadezca se encontraban también en el patio frente al lugar de sesiones y hasta en el recinto mismo donde se celebraba. En la culata de sus rifles llevaban pegado el retrato de Calderón Guardia. Los golpeaban contra el suelo, exigiendo que fuera anulada la elección.

El oficialismo alegó que el fallo provisional del Tribunal Nacional Electoral, no había sido unánime a favor de don Otilio Ulate. Eso no lo exigía la ley. Los magistrados don Gerardo Guzmán y don José María Vargas, le habían dado el triunfo a don Otilio Ulate. Pero don Max Koberg lo objetó.

Dos diputados calderonistas, reaccionando como costarricenses conscientes y respetuosos de la majestad del sufragio, se negaron a apoyar la moción para anular las elecciones, que fue presentada por el diputado comunista Lic. Luis Carballo Corrales. Esos dignos costarricenses, ya desaparecidos, fueron el Lic. Francisco Fonseca Chamier y don Arturo Volio Guardia. En la misma fecha el Lic. Luis Demetrio Tinoco Castro, también gobiernista, desde La Habana, Cuba, envió a Calderón Guardia un telegrama, instándolo a reconocer el triunfo de Ulate.

Los que aprobaron la moción, desconociendo el triunfo de Ulate, pasaron a la historia como los veintisiete diputados de la desvergüenza. Paso en silencio frente a sus nombres.

Pronto surgieron los alegatos jurídicos que los leguleyos del Gobierno inventaron y han venido repitiendo, para justificar su conducta. Frente a esos razonamientos está la actitud de un pueblo, que días después ratificó con heroísmo su fallo en los comicios a favor de don Otilio Ulate.

Fuera del Palacio Nacional, asiento del Congreso, esa tarde del lo. de marzo de 1948, se paseaba el pomposo Secretario de Seguridad Pública General Rene Picado Michalsky, hermano del Presidente de la República, como si su presencia fuera a amedrentar a los valientes oposicionistas. El abominable Juan José Tavío, también se hizo presente en los alrededores del Palacio Nacional, haciendo gala de su altanería y desprecio a toda dignidad humana.

SANGRE E IGNOMINIA. Mientras la sesión del Congreso continuaba como un circo antipatriótico, la torva figura de Tavío abandonó la escena para ir a protagonizar un crimen que conmovió la conciencia nacional. Tavío, mercenario cubano, e inspector de policía del gobierno de Costa Rica, nada menos que con grado de Coronel, se presentó, al frente de un pelotón de policías y guardas fiscales, ante las verjas de la casa del doctor Carlos Luis Valverde Vega, en San José, en el barrio San Bosco.

El doctor Valverde era respetado en el país por sus altas cualidades profesionales y por su altivo espíritu cívico. En las discusiones acaloradas en corrillos de amigos, el doctor Valverde, apasionado por la situación prevaleciente en el país, decía fuera de sí:

Lo único que a mí me interesa, es que el metro cuadrado donde yo me paro, no esté atollado de m...

En la residencia del doctor Valverde Vega estaba alojado, por esos días, don Otilio Ulate y ahí celebraba entrevistas con los dirigentes de su Partido. Nunca fue esa casa como afirmaba el gobierno, un depósito de armas. ¡Si lo sabía yo! Entre las personas que en aquel momento se encontraban acompañando a don Otilio, había quienes llevaban algún revolver, para su defensa personal, pues según lo dije antes, los riesgos de atropello a que estaban sujetos los ciudadanos, llegaron a hacer de un arma, una compañera indispensable. Tampoco se impartían desde la casa del Dr. Valverde, instrucciones ni órdenes para algún levantamiento o para algún ataque al Congreso, en la ciudad de San José.

Quienes rodeaban a don Otilio no estaban, por el momento, en ese espíritu. Esa preocupación me la habían dejado a mí. Cuando más adelante la soldadezca vino a buscarnos a los hombre que teníamos las armas, se encontraron, no con ciudadanos pacíficos rodeando a su candidato, sino con hombres dispuestos a todo.

Según los informes fidedignos que he recibido y documentos que he tenido a la mano, Tavío exigió que se abriera la casa del doctor Valverde, para decomisar las armas que, en su alocada fantasía, afirmaba había en ella. Se le negó el ingreso.

Unos guardas comenzaron a escalar las verjas, por orden do Tavío. Desde la casa se les disparó en defensa propia. Cayó un guarda. Las tropas del gobierno contestaron con una balacera contra la casa.

El doctor Valverde salió al jardín, agitando un pañuelo Manco en sus manos, en señal de parlamento. No obstante los asaltantes le dispararon y resultó herido. Continuó el tiroteo.

Las fuerzas del gobierno llevaban la ventaja en número y calidad de armas. Cayó otro guarda. Cuando los servidores de la ambulancia de la Cruz Roja se acercaron a recoger al Dr. Valverde, gravemente herido, Tavío lo impidió en forma soez. Por fin, horas más tarde, el doctor Valverde fue llevado al Hospital San Juan de Dios, donde murió dos días después. ¡Se agregaba un afrentoso crimen más a la ya larga lista en el infame haber del gobierno!

Por la radio yo me enteré de la muerte del doctor, mientras me encontraba en el Alto de La Sierra entrada a La Lucha. Mejor dicho, lo adiviné, porque los radios tocaban el Duelo de la Patria. Carlos Luis había muerto.

Días después la soldadezca y una turba de maleantes comunistas, allanaron el Hospital San Juan de Dios, donde lanzaron gases lacrimógenos. ¡Eran salvajes! ¡El peligro de gases lacrimógenos en un hospital! Iban persiguiendo a don José María Zeledón, conocido como Billo Zeledón, autor benemérito de la letra de nuestro Himno Nacional, quien era entonces administrador del Hospital. Alegaban falsamente, que allí funcionaba un transmisor de radio con el que se comunicaban conmigo.

Las Hermanas de la Caridad que atendían a los enfermos en el Hospital San Juan de Dios, me contaban después, el horror que invadió a todos: enfermeras, religiosas y enfermos, que corrían despavoridos por los corredores buscando protección. Don Billo se salvó, porque se escondió dentro de una cámara de oxígeno.

A quien jefeaba aquellas turbas, un empleado de la Municipalidad de San José, de apellido Solano, se le reconoció años más tarde, en 1970, en una de esas concentraciones políticas que por las noches, partidarios de los bandos en pugna, solían hacer en la Avenida Central. Fue severamente castigado. ¿Querían los "escandalizados historiadores” que quedara impune?

La defensa de la casa del doctor Valverde, asaltada arbitrariamente, sirvió también para defender la vida de don Otilio mate, Presidente electo de los costarricenses. Don Otilio, acompañado por la señora del doctor Valverde, las hijas de éste, el Lic. Gonzalo Solórzano, don Fernando Goicoechea, y otros amigos más, aprovechó la ocasión para escapar saltando tapias y así,

llegaron a la casa del señor Gerald Elsmer donde encontraron refugio.

El noble y ya desaparecido compañero Lic. Gonzalo Solórzano, al triunfar nuestro movimiento armado, me relató, con lujo de detalles, lo sucedido aquella tarde en casa del doctor Valverde.

Por sugerencia del gobierno, el encargado de negocios de Venezuela, señor Ponce Rivas, llegó a ofrecerle a don Otilio asilo en su Embajada. Con la calurosa aprobación de Monseñor Sanabria, entonces Arzobispo de San José, don Otilio rechazó el asilo. No podía darle a sus adversarios la oportunidad de exiliarlo y un motivo más para escarnecerlo, negándole su credencial de Presidente.

Don Otilio prefirió entregarse a las autoridades. Lo condujeron a la Penitenciaría, a donde fue acompañado por Monseñor Sanabria y Rene Picado. Al día siguiente por orden del juez Lic. Máximo Acosta Soto, fue puesto en libertad. Tuvo ocasión para visitar a su amigo el doctor Valverde, quien murió minutos después.

El Lic. Máximo Acosta Soto se lució, pese a las presiones que sufrió para que actuara en contrario, como un verdadero juez sin temores ni tachas. Honró siempre la toga que ostentó.

MISTICA Y OBSTÁCULOS. En La Lucha seguíamos los acontecimientos de San José, a través de las radioemisoras nacionales y por medio de las comunicaciones que habíamos establecido, con la cooperación de algunos radioaficionados, entre ellos don Alex Murray Mc. Nair, imponderable amigo que prestó servicios muy importantes, durante toda nuestra gesta libertadora.

El Gobierno había declarado la guerra a su pueblo. El pueblo le respondió con heroísmo.

Una tarde se escuchó un mensaje del Padre Benjamín Nuñez, quien a nombre de la Confederación de Trabajadores Costarricenses *Rerum Novarum*, declaraba solemnemente:

Estamos ahora del lado de acá de un plebiscito popular que definió, en forma irrecusable, la voluntad nacional. Estamos del lado de acá de un fallo, el más autorizado de nuestro sistema institucional: el del Tribunal Nacional Electoral. Este fallo ha dado una consagración jurídica inapelable, al veredicto popular.

Con indignación de profeta, el Padre amonestaba:

¡Anatema popular y anatema eterno a los que se burlan de los pueblos y atropellan su conciencia!

Consolaba al pueblo diciendo:

Los molinos de Dios muelen despacio, muy despacio, pero fino, muy finito. No podemos escaparnos a la Historia, que nos da una cita que no queremos eludir.

Una tarde nos llegó en El Diario de Costa Rica, el texto de ese mensaje. Don Fidel Tristán, quien al día siguiente se trasladó a San Ramón, a abrir el Frente Norte con Francisco Orlich, con su voz sonora y severa lo leyó a sus compañeros, que se enardecieron de fe y de patriotismo.

Había llegado la hora de traducir en acción los sentimientos reprimidos. La tarea primordial era poner armas en las manos de nuestros compañeros. Decidí enviar a Fernando Figuls a Guatemala, a negociar en forma definitiva el envío de armamento. Los dirigentes siempre "prudentes" de la Oposición, negaron el dinero para el pasaje y el hotel a Fernando, por los días que iba a estar en Guatemala. Don Ricardo Steinvorh Ey, dio el dinero. Así pudo Fernando Figuls, acompañado de Claudio Antonio Cardona Cooper, hacer su viaje y lograr, después de no pocas dificultades, el traslado de las armas a Costa Rica.

Rosendo Argüello hijo, que mantenía buen contacto con el presidente de Guatemala, Juan José Arévalo, se ha bu resentido por problemas con sus compatriotas y otros exilia dos de diversas nacionalidades. Por tal motivo se había trasladado a El Salvador. El profesor don Edelberto Torres intervino, con gran habilidad, para evitar los efectos negativos de la ausencia de Argüello. Como si fuera poco, el Ministro de Guerra de Guatemala, Coronel Jacobo Arbenz, saboteaba nuestros esfuerzos. Los comunistas costarricenses le habían hecho creer que nuestro movimiento era reaccionario y que pretendíamos terminar con las conquistas sociales de los trabajadores. Estos infundios llegaron también hasta el Presidente Arévalo, cuya adhesión a nuestra causa sufrió cierto debilitamiento. Tuvimos no obstante, un aliado inconmovible en el jefe del ejército, Coronel Francisco Javier Arana Olivas. El puso a nuestro favor toda su influencia y prestigio. Su firme voluntad de ayudarnos, las gestiones inteligentes del profesor Torres y la persistencia de Figuls y Cardona Cooper, lograron vencer las dificultades puestas por el gobierno guatemalteco.

ESTÉRILES SENDEROS DE NEGOCIACIÓN. En San José, los políticos, unos sinceros y bien intencionados y otros de intenciones torcidas y de mala fe, complicaban más la situación. Querían forzar una solución contraria a la voluntad nacional, expresada en los comicios. De consumarse su propósito de componendas, el pueblo costarricense tendría que enterrar para siempre su fe en el sufragio, su instrumento único y legítimo para escoger sus gobernantes.

El Arzobispo doctor Víctor Sanabria, con la mejor de las intenciones y, en cumplimiento de su vocación de Pastor, trataba desesperadamente de evitar la guerra. Propuso varias treguas que se sucedían unas tras otras, sin que los dirigentes políticos de la oposición, que éramos nosotros, y los dirigentes del gobierno, encontraran una fórmula de plena coincidencia. Se hicieron tristemente famosas las treguas.

IMPACIENCIA Y RESOLUCIÓN. Un día a instancia de los siete primeros compañeros que habían llegado a La Lucha, cuya paciencia parecía agotada, decidimos ir a Cartago a realizar una acción, que sirviera de advertencia definitiva al Gobierno, de que nosotros ya estábamos en guerra.

Llevando unas ametralladoras y otras armas, nos fuimos a Cartago. Eran mis compañeros muchachos impetuosos llenos de coraje, con deseos incontenibles de luchar. Habían sido objeto de muchos vejámenes durante los años anteriores. Habían visto caer a amigos suyos asesinados por los sicarios del régimen. Habían sufrido cárcel. Habían compartido con el pueblo oposicionista, la persecución desatada por el Gobierno. Sabían que el empleado público no tenía libertad de manifestarse a favor de la Oposición, a menos que estuviera dispuesto a perder por lo menos su empleo. Sabían además, que todos los ciudadanos pacíficos y honestos, estaban expuestos al capricho de los gobernantes. Quienes sufrieron tales persecuciones y maltratos y lean este relato, saben que soy un torpe pintor, que sólo pálidamente sabe pintar la monstruosa realidad de entonces.

Ya en Cartago nos dirigimos a casa de don Fernando Volio Sancho. Sencillamente sacamos las ametralladoras y otras armas de los automóviles. Las exhibimos bien a fin de que no quedara duda alguna, de que andábamos en son de guerra. A don Fernando y a otros dirigentes de Cartago, lógicamente les pareció todo esto una osadía. Lo miraban como una barbaridad. Sí, era una barbaridad, pero exigida por las circunstancias.

Mientras yo conferenciaba con don Fernando y otros dirigentes, algunos de nuestros muchachos decidieron dar una vuelta por la ciudad. Terminó en un incidente con la policía. Fueron apresados José Santos Delcore y Alberto Quirós Sasso. Les favoreció la suerte: Delcore fue llevado al Hospital Max Peralta, para alguna curación. Desde allí se escapó. Quirós Sasso se le fue de las manos a quienes lo llevaban a la Agencia de Policía a rendir declaración. Todo esto enfurecía más a los gobiernistas. Se les tomaba el pelo y, se ponía en entredicho su decantado poder militar.

Entre tanto las treguas seguían. Pero todo indicaba que era

imposible evitar la confrontación armada, a no ser que la voluntad de Calderón Guardia, se sometiera a la voluntad popular. Nosotros y el Gobierno, velábamos las armas.

PLANES DE GUERRA. Un ejército ocioso genera contradicciones internas. Cuando nos disponíamos a hacer los planes aparecían discrepancias entre nosotros. Cada uno tenía mi proyecto de acción y lo defendía con ardor, considerando ineficaces los de los demás. Hay que tomar en cuenta que yo temía un grupo de voluntarios de gran fervor cívico y generosa disposición al sacrificio, pero sin disciplina militar. Por eso discrepaban de cuanto les venía en ganas. ¡A cada rato tenía que estar pegando carajos!

Habían muchos planes: yo, desde luego, tenía los míos. En una oportunidad tuve que decirles:

Señores, ustedes van a obedecer un plan que ha sido bien meditado. Así que déjenme ejecutarlo. Déjenme conducir esta guerra, que no es una improvisación sino algo bien pensado. Sólo ejecutándolo con inteligencia, como lo vamos haciendo, obtendremos la victoria.

Debo decirlo ahora: entre algunos de los del grupo que llegó a *La Lucha*, picó la ambición y politiqueaban entre ellos, hasta sugiriendo hacer un gobierno aparte del que se instalaría a nuestro triunfo. Se establecieron entre ellos competencias, que si bien eran buenas en la pelea, eran malas dentro del Ejército de Liberación Nacional.

Esta dolencia se manifestó más tarde, al momento en que tuvimos que constituir Gobierno y, después durante su ejercicio. Estas cosas me causaban gran amargura, pero tenía que soportarlas pues manejaba a seres humanos. Yo invocaba para mí mismo, la paciencia inalterable de Bolívar, pero no oculto que a veces me daban ganas de mandar todo al demonio.

Creo que ya es hora de describir el esquema general de mis planes.

En primer lugar, había que establecer un Territorio Libre, de condiciones geográficas favorables, recursos alimenticios satisfactorios y vías de comunicación transitables, por lo menos para vehículos de doble tracción.

Ese territorio se delimita por una línea que iba desde el punto llamado La Sierra, en la Carretera Interamericana (cerca del cual estaba la entrada a La Lucha), hasta el Cerro de Tarbaca, sobre la carretera a San Ignacio de Acosta, pasando por San Cristóbal Sur, Frailes y Santa Elena. Desde allí se extendía por territorio montañoso, donde se asientan las poblaciones de San Pablo, San Marcos y Santa María de Dota. El lindero de ese territorio, alcanzaba las alturas del Cerro de la Muerte. La Lucha estaba

localizada en uno de sus extremos.

Para llegar desde San José y Cartago al Territorio de la Libertad había dos rutas: el camino viejo que partía desde Desamparados, distrito de San José y penetraba por Santa Elena y Frailes hasta San Cristóbal Sur o el nuevo camino sobre la Carretera Interamericana, desde Cartago, pasando por el Tejar, donde comenzaba la fuerte ascensión hacia los cerros.

La ruta antigua era más difícil, pero ambas presentaban colinas empinadas y ninguna de las dos por ese entonces, estaba pavimentada. Había varios lugares de la Carretera Interamericana, donde el camino podía ser bloqueado, para cerrar el paso, desde la Meseta Central, hacia el Sur, en el valle de El General. Parte de esa carretera estaba todavía en construcción, bajo la supervisión de la *US Public Roads Administration*. Esta empresa tenía a pocos kilómetros del Cerro de la Muerte, hacia San Isidro de El General, un plantel llamado *Villa Mills*, con un taller bien equipado y un hospital, que luego nos prestó grandes servicios. El hospital estuvo atendido con devoción, por el doctor Carlos Gamboa Rodríguez, que merece el agradecimiento de la patria por su labor. También ofrecimos atención médica en Santa María, bajo los cuidados solícitos y eficientes del Dr. José Luis Orlich.

Para que el Territorio de la Libertad no quedara aislado hacia el exterior del país, necesitábamos una salida por el próximo aeropuerto, que se encontraba en el Valle de El General, en la ciudad de San Isidro, una población a 136 kilómetros de San José. Esto nos obligaba a extender un brazo del Territorio de la Libertad, más allá del Cerro de la Muerte, hasta San Isidro y la zona circunvecina más extensa posible.

En el valle de El General íbamos a correr el riesgo de no contar con defensas naturales y quedar expuestos a ataques desde la zona Sur del país, que tenía muchos accesos, desde la costa del Pacífico y las plantaciones bananeras, donde prevalecían los seguidores de Calderón Guardia y los comunistas.

Era preciso establecer ese Territorio de la Libertad para que allí acudieran los combatientes y recibieran el adiestramiento necesario, hasta el momento de la acción. Esa acción comprendería en primer término, la toma de Cartago y la salida hacia el Atlántico, con la toma de Puerto Limón.

El plan general incluiría además el establecimiento del territorio de la Libertad que he descrito, la apertura de otro frente de guerra: el Frente Norte. En las zonas del cantón de San Ramón, en la provincia de Alajuela, Francisco Orlich asumiría la dirección de las operaciones. Su base guerrera, vean la paradoja, estaría en un lugar llamado La Paz. En esa zona, Orlich tenía una finca con aserradero. Ahí se reunirían revolucionarios procedentes de los

cantones de Alajuela y aquellos procedentes de San José, que no hubieran podido trasladarse al Frente Sur.

En su primera fase, la misión de Chico Orlich consistía in una acción de guerrillas: golpear y replegarse; hostigar al Gobierno, obligándolo a retener fuerzas, que no podía usar para presionar las fronteras del Territorio de la Libertad. La acción de estos grupos llegaría en su momento, a la ciudad de San Ramón y hasta las puertas de la ciudad de Alajuela. A su hora, por una maravillosa operación de aerotransporte, uníamos nuestras fuerzas, las del Frente Norte y las del Frente Sur, para los golpes finales.

Por otra parte, en San Carlos y Río Cuarto, Alvaro Chacón Jinesta y Marco Tulio (Maco) Arroyo Argüello, improvisaron una guerrilla que se batió con valor y éxito contra las fuerzas del gobierno y aún contra las de la Guardia Nacional de Somoza que por entonces nos invadió ocupando Villa Quesada, hoy con rango de ciudad.

PLAN MAÍZ. Entre las tantas gentes que nos iban llegando, apareció un buen día en La Lucha, alguien a quien esperábamos con ansiedad y que habíamos comprometido previamente: el conocido piloto Guillermo (Macho) Núñez. El también prefería exponer su vida a seguir tolerando las arbitrariedades del régimen. A Núñez le habían vejado los gobiernistas y sus autoridades. Como hombre de carácter que es, no podía soportar más tal estado de cosas. Venía a prestar uno de los servicios más valiosos que requería la guerra de Liberación Nacional.

Elaboramos el llamado Plan Maíz, que consistía en tres fases: tomar por sorpresa a San Isidro de El General; capturar unos aviones de TACA, empresa de aviación que cubría vuelos internos en el país y enviar esos aviones a Guatemala, para establecer un puente aéreo que nos permitiera transportar armas y equipos, indispensables para la guerra.

El tiempo pasaba. Cada día era más evidente para el gobierno, que nosotros responderíamos con guerra, a la guerra por ellos declarada contra el pueblo. La demostración en Cartago con la exhibición de armas en plena acerca de la casa de la familia Volio; el escándalo que los muchachos allí armaron; la gradual desaparición de los jóvenes de las ciudades y de los campos que se iban hacia las montañas, eran indicios que el Gobierno no podía ignorar. Cada día corría el rumor: Ya se fue fulano, y resultaba cierto.

Cuando ya era imposible detener la ruptura de hostilidades y sabiendo que personeros militares del gobierno rondaban La Lucha por varios accesos, comprendí que era el momento de tomar las decisiones finales.

Teníamos establecido el contacto por la radioemisora con Chico Orlich en el Frente Norte, (Hacienda La Paz). Miguel Ruiz Herrero, infatigable luchador y conocedor de la zona norte de Alajuela, debía irse a esa región y unirse con Chico Orlich, llevando las armas que tenía en su casa, al costado de lo que hoy es el Hospital de Niños. Estas armas habían sido compradas con los dineros dados por el Partido Unión Nacional.

A La Lucha llegó en operaciones clandestinas, el resto de las armas que estaban en distintos lugares. En esa operación actuaron algunos de los muchachos, usando el vehículo de Frank Marshall Jiménez, joven que después descolló, valiente entre los valientes, en las más audaces acciones de la guerra de Liberación Nacional.

INVITACIÓN A DON OTILIO ULATE. Cuando ya estábamos al borde de la guerra, pedí a Frank Marshall que se fuera a San José, a una misión de alto significado histórico y de gran importancia cívica.

Frank no había participado activamente en la campaña electoral, como lo habían hecho Edgar Cardona y Max Cortés. Por lo tanto era menos conocido y no llamaría la atención de las autoridades. Le pedí que fuera con una carta mía a San José, a invitar en mi nombre y formalmente, a don Otilio Díate, a venirse al Frente Sur y unirse con nosotros. En esa carta, del 10 de marzo de 1948, le ofrecía un pedazo de territorio libre y 60 hombres dispuestos a luchar.

El mensaje era en parte una cortesía con don Otilio, reconociéndole así su jerarquía como Presidente Electo.

El mensaje fue entregado oportunamente, la antevíspera del inicio de las hostilidades. Don Otilio se negó a acompañar a Frank a La Lucha. Todavía don Alvaro González, trató de hacer un último intento en aras de la unidad oposicionista. Don Otilio estaba hospedado en la residencia de don Luis Uribe, en el centro de San José. Don Alvaro le pidió que se uniera a nosotros: don Otilio rehusó a hacerlo, manifestando en una nota que me envió con Frank Marshall, que tenía la intención de abrir un frente en San Carlos, zona que él conocía bastante bien y que sería un yuyo para el Gobierno. Declaro absolutamente falsas las afirmaciones que se han hecho después, de que no llamamos a don Otilio a nuestro lado, o que teníamos el ánimo de rechazarlo, si se presentaba a nuestras filas, que eran las suyas.

Todo el día y parte de la noche, se trató de convencer a don Otilio, de que nos acompañara como bandera muy apreciada, en la dura lucha que estábamos a punto de emprender. Lamentablemente no se logró. La noticia de su negativa, fue un balde de agua fría para muchos. El inicio de la acción fue aplazado por un día,

esperándolo.

Preferí no dar a conocer la noticia de que don Otilio no acudiría a la cita, que a nuestro juicio, tenía con la Historia. El desaliento podría ser fatal. El secreto había que guardarlo.

¡Habíamos velado las armas! ¡Había llegado la hora de esgrimirlas! ¡La hora de la guerra había llegado!

CAPITULO VI

RUGE LA TEMPESTAD

Ya ronroneaban los motores de los camiones que llevarían a nuestros muchachos desde La Lucha, a tomar San Isidro de El General. El Plan Maíz comenzaría a ejecutarse en pocos minutos.

Las posiciones fueron revisadas. Una noche más al claro de la luna. Una noche de grandes congojas; mi espíritu se oprimía. Presentía que muchos de los jóvenes que se alistaban, para iniciar la Guerra de Liberación Nacional, dejarían sus vidas generosamente en esa empresa. Iban a capturar el primer punto, San Isidro de El General, que sería la clave de la revolución.

La responsabilidad que yo había asumido me abrumaba. La sentía como un gran peso sobre mi conciencia. Pero tenía que soportarla por completo, sin mostrar siquiera mi preocupación. Que todo pareciera el inicio de un día de campo, no de una noche de guerra.

No éramos todavía ni el asomo de un ejército. Yo me acongojaba por aquellos muchachos que se aprestaban a desafiar a un enemigo que era, para nosotros, poderoso. Entre tanto en San José, los hombres prudentes, los caballeros de la política, seguían proponiendo arreglos y buscando fórmulas, que permitieran mantener el estado de cosas existente. Eso es lo que muchas veces se había hecho en la Historia. Sólo el loco Figueres quiere la guerra, pensarían en la tranquilidad de sus tertulias.

Después de una precaria cena, partió de La Lucha la pequeña expedición. En el Cerro de la Muerte, algunos pensaron, que una botella empacada que le había entregado a Domingo García Villalobos contenía ron o contrabando. La atacaron para defenderse del fríio... ¡y resultó que era café con leche! ¡A la guerra no se va a pedir manjares! ¡Se va a enfrentar la muerte!

Teníamos conciencia de que se trataba de realizar un sacrificio supremo por el país. No podíamos seguir entre la demagogia, la violencia, el engaño, el fraude y la depredación de los bienes del Estado. Eso lo íbamos a acabar.

En el *Bajo de La Lucha*, había silencio. Arriba, en La Sierra, a la orilla de la Carretera Interamericana, un grupo pequeño con algunas armas, montaba guardia para repeler un posible ataque por el lado de El Tejar. Otro grupo, formado casi en su totalidad por desamparadeños, cuidaba el acceso a La Lucha por el lado de Frailes.

No quedaba más que esperar y redoblar la fe.

Esperar... ¡Sólo los que hemos pasado por trances como este de 1948, sabemos lo desesperante que es esperar.

EN MARCHA EL PLAN MAIZ. La aurora se iba asomando por sobre los montes que circundan La Lucha. En mi desvelo yo calculaba que a esa hora ya se peleaba en San Isidro de El General. En esos momentos se habría entablado el combate por la liberación del primer pueblo costarricense y por la captura de su campo de aterrizaje, de importancia superlativa en nuestro planeamiento. Pero ignoraba detalles: eso era lo peor.

Durante esas angustiosas horas, precariamente, por radio hablándome en Catalaú, don Manuel Ventura Soriano, copropietario del Hotel Europa, me suministraba noticias de lo que estaba sucediendo en San José. Eso, sin duda, mucho fortaleció mi decisión de pelear, mientras otros buscaban fórmulas de arreglo.

Por la red telefónica de La Lucha, que llegaba hasta Santa Elena y Rosario, me comunicaba con ciertos puestos de vigilancia, establecidos en lo que ya era nuestro Frente Norte. Todo estaba tranquilo.

Por la radio esperaba noticias de San Isidro. Y junto a mí, con el corazón pendiente de un hilo, mis soldados.

Los que habían partido hacia el Sur, rumbo a San Isidro, iban medianamente armados. Una que otra ametralladora Neuhaussen. Algunas de ellas, según lo contó Max Cortés, habían sido compradas a un hijo del Presidente Picado. Varios rifles Máuser, y varias escopetas que habían traído consigo Domingo García y Carlos Gamboa cuando llegaron con sus desamparadeños.

¿Cuál habría sido la suerte de los ocupantes de los dos autobuses que al amanecer, habíamos despachado hacia San Isidro? A esas horas yo confiaba en que los miembros de la expedición eran gente serena y audaz; pero siempre hay temor y preocupación. Domingo García, como lo probaría cien veces después, era una admirable combinación de audacia y serenidad.

En el grupo que había partido hacia el Sur, constituido por unos treinta muchachos, iban dos personas que yo consideraba claves: Guillermo Núñez y Otto Escalante. Sin ellos, que eran pilotos de aviación, la toma de San Isidro y el proyecto de capturar los aviones, dentro del Plan Maíz, no hubiera podido ni siquiera soñarse.

Mis temores tenían fundamento. Contábamos con la ayuda de una

buena parte de la población civil de San Isidro de El General, pero, a la hora de las verdades, no todos podían responder. El recuerdo de la malaventura de don Rogelio Fernández Güell en 1918, pesaba sobre mí. Prácticamente mis muchachos, iban caminando hacia el mismo rumbo y por el mismo camino!

A unos cinco kilómetros antes de la población, el grupo se encontró con don Manuel Camacho, hombre que jugó un importante papel en toda la guerra, pues era muy respetado por la comunidad local y prácticamente por todo el país. Don Manuel estaba acompañado por un número reducido de hombres, unos siete a lo sumo. Entre ellos sobresalía Romilio Duran, agricultor de la zona, que había ejercido un liderazgo político en la comunidad, y ahora se había convertido en un líder militar. Juntos, el grupo que llegaba y los hombres que traía Manuel Camacho, estimulados mutuamente en su patriotismo, siguieron la marcha hacia el Sur.

Vale aquí dejar bien claro que dos hombres fundamentales en la Guerra de Liberación Nacional, nunca dispararon un tiro: el Padre Núñez y don Manuel Camacho, ambos por razones espirituales.

Don Manuel estaba preocupado porque el Jefe Político de San Isidro, don José Mora Sáenz, había estado toda la noche despierto, haciendo disparos al aire con un mosquetón. Su hijo, que versado en asuntos de armas, se entretenía en la misma operación. En todo caso, la suerte estaba echada y no había que dar pie atrás.

En Guatemala, Figuls y Cardona Cooper, esperaban los aviones con impaciencia, pues se les había notificado que el 11 de marzo comenzarían las operaciones.

PRIMERA FASE: SE TOMA SAN ISIDRO. Poco antes de entrar a la población de San Isidro de El General, la columna se dividió en dos: Max Cortés y su grupo se encargaron de capturar la Jefatura Política; el otro grupo iba comandado por Carlos Gamboa, a quien, con sus desamparadeños le correspondía tomar el Resguardo Fiscal. Núñez y Escalante debían mantenerse a buen recaudo, pues como lo dije, por ser pilotos, eran la clave de la operación aérea. Ellos se presentarían en San Isidro, oportunamente.

Los dos grupos que actuaban en San Isidro, estaban cubiertos por un tapón, que teníamos cien kilómetros atrás, en La Sierra, para evitar que pasaran vehículos procedentes de San José con fuerzas del Gobierno.

A las cinco de la mañana de ese día 12 de marzo de 1948 nuestras fuerzas entraron en la ciudad de San Isidro, sin disparar un tiro.

El grupo de Max Cortés, se colocó por detrás de la iglesia, a unos setenta y cinco metros de donde estaba el Jefe Político del lugar,

don José Mora, con los suyos. Nuestros muchachos le abrieron fuego. El señor Jefe Político falleció instantáneamente. Sus compañeros siguieron disparando. Nuestros hombres los desalojaron con algunas granadas *made in* La Lucha. Estas produjeron un ruido estruendoso, que las hacía pasar por grandes bombas mortíferas. Los defensores de la Jefatura Política, al escucharlas, se rindieron.

Carlos Gamboa atacó el Resguardo. Tras un asedio bien sostenido, los Guardas Fiscales también se entregaron.

La ciudad estaba tomada. Habían muerto el Jefe Político Mora y su hijo. Fue herido un individuo comunista, que se había atrincherado en su casa para disparar. Nuestras fuerzas no tuvieron bajas. Sólo un joven de apellido Oconitrillo, sufrió una ligera herida de bala.

Se había ejecutado la primera fase del Plan Maíz: el aeropuerto de San Isidro estaba capturado, a nuestro servicio. Una de las primeras cosas que hicieron los muchachos, fue avisarme por radio que el Plan Maíz estaba realizándose con éxito. Sentí que la vida me volvía. Pero aún faltaba capturar los aviones.

SEGUNDA FASE: SE TOMAN LOS AVIONES. Una vez que estuvieron tomadas las instalaciones policiales, y liberada la ciudad de San Isidro, el Macho Núñez y Otto Escalante, se dedicaron a poner en ejecución la segunda fase del Plan Maíz, en su aspecto más importante: la captura de los aviones. Como primer paso se detuvo al Radio Operador de Taca, don Gilberto Blanco, que resultó ser simpatizante nuestro. Mientras tanto, a través del telégrafo, Edmond Woodbridge procedió a distraer, y a confundir al Gobierno despachando mensajes falsos, que habían sido redactados por mí mismo, varias semanas atrás, en La Lucha. Estos mensajes daban la impresión, de que San Isidro seguía bajo control oficialista. La operación secreta fue posible porque la comunicación no se hacía por radio-teléfono, que facilitaba el reconocimiento de las voces, sino por radio-telégrafo o Morse. La farsa se continuó hasta un tiempo considerable. Llegó un momento que en San José, el Secretario de la Casa Presidencial, don Calixto Madrigal, comenzó a sentir dudas y trató de tender trampas para la identificación de sus interlocutores en San Isidro. Entonces Edmond Woodbridge ansioso por entrar en combate, decidió revelar la verdad: cuando Calixto le dio una orden a nombre del gobierno de don Teodoro Picado, replicó con firmeza:

Aquí no manda ese Gobierno. ¡Que se vaya al carajo! Aquí manda el Ejército de Liberación Nacional.

Gallarda forma de notificar al Gobierno caldero-comunista, la liberación de San Isidro de El General.

Pero sigamos la secuencia del relato. Poco después de las seis de la mañana, el primero de los aviones regulares de pasajeros, procedente de San José aterrizó en el campo de San Isidro. Nuestros muchachos encañonaron al piloto, rodearon el avión, e hicieron bajar a los pasajeros, informándoles de lo que sucedía: ¡Estábamos en plena Guerra de Liberación Nacional! El piloto era un ciudadano norteamericano y protestó p*or lo que pasaba, pero de nada le valió. Se le envió a Villa Mills, centro regional de la U.S. Public Roads Administration*, encargada de la construcción de la Carretera Interamericana. Luego lo sacaron de ahí, bajo la protección de su bandera y lo llevaron a San José.

Una vez capturado el avión, se envió un mensaje a las oficinas de TACA, en San José, según el cual el piloto americano pedía que, en el segundo vuelo de itinerario esperado para las nueve de la mañana, le mandaran una llanta de repuesto, pues una de su avión se había averiado. Pedía además mecánicos para hacer el trabajo y gatas para levantar la aeronave. Repito que, todo estaba redactado, desde quince días antes, en mi oficina de La Lucha. Llegó otro avión con las llantas, los mecánicos y las gatas. También se le capturó. Lo mismo se hizo con el vuelo de itinerario regular, que regresaba del Sur, y hacía escala en San Isidro, a dejar y tomar pasajeros. Así logramos constituir una fuerza aérea de tres DC3, a disposición del naciente Ejército de Liberación Nacional. Inicialmente pensábamos capturar un sólo avión pero como se ve la audacia de mis muchachos hizo posible que nos apoderáramos de tres.

TERCERA FASE: EL PUENTE AEREO. Con los aviones en nuestro poder, Núñez procedió a ejecutar la tercera parte del Plan Maíz, o sea, establecer el puente aéreo entre San Isidro de El General y la Ciudad de Guatemala, para nuestro aprovisionamiento de armas. Esa misma mañana partió piloteando uno de los aviones y pidió a Otto Escalante que piloteara el otro. Escalante era tan sólo copiloto, pero no dudó en asumir su función como piloto. Los copilotos fueron Johnny Victory Blanco y Francisco Vanolli Collado, que habían venido en los aviones capturados y se sumaron a los nuestros. Todos se comunicaban entre sí por radio-teléfono usando palabras de una improvisada clave.

Surgieron entonces nuevas congojas y otra espera agobiante. Del otro lado del puente aéreo, ¿andaría todo bien? ¿Cumplirían los guatemaltecos sus compromisos? Las noticias que nos habían mandado Figuls y Cardona, en mensajes que nos intercambiábamos constantemente, eran alentadoras. ¡Pero! ¡Siempre hay peros en ese tipo de operaciones!

Los aviones bajaron en el campo aéreo de La Aurora, en la ciudad de Guatemala. Resultó que no era en ese aeropuerto al que había que llegar, sino al de Cipresales, donde estaba la Escuela de

Aviación del Ejército guatemalteco. Se molestaron mucho las autoridades del Aeropuerto, por el posible escándalo que podría formarse contra el Gobierno. Afortunadamente el Coronel Cosenza, Jefe de las Fuerzas Aéreas de aquel país, se puso al habla con el Coronel Francisco Javier Arana. Debo hacer un homenaje al Coronel Cosenza, quien siempre fue solidario con nuestro movimiento rebelde. Arana aclaró la situación y los aviones volaron al aeropuerto de Cipresales, donde sus pilotos se encontraron con nuestro enviado Fernando Figuls. Inmediatamente comenzaron a cargarlas armas y las municiones.

Con los pequeños aviones sobrecargados, en forma que parece increíble, volaron de regreso a Costa Rica. Núñez estaba muy preocupado por la suerte que corriera Otto Escalante, quien no se había aún examinado como piloto, y debía operar un avión sobrecargado en un campo peligroso, por los cerros que lo rodean. Dichosamente los dos aviones salieron bien y llegaron ilesos al Aeropuerto de San Isidro de El General, suscitando un entusiasmo indescriptible en la población.

Además de las armas y el parque, llegaron en esos aviones unos compañeros valerosos, que yo esperaba con los brazos abiertos. Dejo aquí constancia de sus nombres, porque venían a prestarle a nuestra patria un servicio generoso, y si las circunstancias lo exigieran, hasta heroico. Eran ellos: el Coronel Miguel Angel Ramírez Alcántara, Horacio Ornes Goiscou, dominicanos; Capitán Jorge Rivas Montes, Capitán Mario Sosa, Mayor Francisco Morazán; Presentación Ortega, Alfredo Mejía Lara y Francisco Sánchez, apodado El Indio, todos estos hondureños. La emoción mía al ver todas aquellas caras para mí familiares, en un lugar remoto de Costa Rica, fue enorme; si el ambiente hubiese estado para bromas, les habría preguntado:

¿Qué diablos hacen ustedes aquí?

Horacio Ornes traía la representación del general Juan Rodríguez, propietario de las armas, con la responsabilidad de cuidarlas, supervisar su recta aplicación y cuando el momento llegara, su devolución para los fines que había contemplado el *Pacto de la Alianza*.

En vuelos posteriores llegaron más armas, combustible y municiones. También llegaron más hombres; cito con cariño y gratitud sus nombres: Jacinto López Godoy, Marcos Ortega, el doctor Rosendo Argüello hijo, Francisco Castillo, Octavio Calderón, el doctor Gómez Rovelo, José María Tercero y Adolfo Báez Bone. En la hacienda La Lucha, para entonces, estaban ya dos militares, nicaragüenses exiliados, Edelmiro Isaula y Antonio Salaverry.

Dejo constancia ante la historia de que sólo esos dieciocho

idealistas, fueron los compañeros no costarricenses, que nos ayudaron en la Guerra de Liberación Nacional. Quienes hablen de tropas mercenarias en nuestra lucha, están mintiendo. Estos y sólo estos, fueron los compañeros, no ticos, que nos ayudaron en nuestra lucha.

El llamado *Puente Aéreo* se había establecido. Desde entonces llegaban y salían, casi con regularidad, aparatos que volaban entre Ciudad de Guatemala y el Aeropuerto de San Isidro de El General. (El Aeropuerto de San Isidro no estaba donde ahora se está construyendo con mayores formalidades. Estaba en el puro centro de la ciudad, que entonces era casi despoblada). Figuraron también como pilotos en nuestra Fuerza Aérea, los compañeros Teodorico (Toco) Zamora, Mario Lizano y Manuel Enrique (Pillique) Guerra.

En San Isidro rápidamente las armas fueron montadas en varios vehículos y enviadas hacia la hacienda La Lucha, donde las recibimos con ¡besos y llantos emocionados! Estos hechos me levantaron el ánimo. Habían llegado los instrumentos bélicos que tanto necesitábamos.

LA GUERRA DECLARADA EN LA SIERRA. El 12 de marzo de 1948, iba a quedar señalado como el día del comienzo de la Guerra de Liberación Nacional.

A las 5 horas de ese día, habían estallado las hostilidades en San Isidro de El General cuando se comenzaba a ejecutar el Plan Maíz, liberando aquella población, capturando aviones y abriendo el puente aéreo para nuestro abastecimiento. Alrededor del mediodía (de esa misma fecha), tuvo lugar en La Sierra una escaramuza. Sirvió de notificación final de guerra, para el Gobierno, que a esa hora no sabía lo que había pasado en San Isidro.

Fue necesario cerrar todo tránsito, desde y hacia San Isidro, por la Carretera Interamericana, para evitar que los vehículos (sobre todo camiones con cargas pesadas), crearan obstáculos a nuestras acciones y que los ocupantes de los que iban hacia San José, divulgaran las noticias de cuanto estábamos haciendo.

No esperábamos la llegada por la Interamericana de las fuerzas del gobierno ese día, pero a pesar de ello, hicimos preparativos para enfrentarlas. Al lado Oeste de la vía, a unos 300 metros al Norte de la entrada a La Lucha, colocamos cargas explosivas en una alcantarilla. A prudente distancia de esa carga, se abrió una zanja del lado Oeste, que serviría como trinchera, desde donde se podría detener al enemigo.

Al mediodía más o menos, apareció en ese lugar, un *jeep* en el que venía de San José el Coronel Rigoberto Pacheco Tinoco; le

acompañaban el Mayor Carlos Brenes, a quien los cartagineses llamaban con odio Perro Negro; Luis Quinto Vaglio, el Teniente César Fernández, que manejaba el *jeep* y otro hombre que desempeñaba el cargo de Caminero Cantonal en El Guarco. Lo habían montado en el vehículo de camino, para que sirviera de guía a la expedición. Este dato me hace creer que posiblemente esos militares, querían entrar a La Lucha sin ser vistos, dejando en alguna parte escondido su vehículo. De lo contrario, ¿para qué el baqueano?

El compañero José Ramón Arias Rodríguez, estaba encargado de hacer estallar los explosivos, colocados al lado de la carretera. No tuvo tiempo de hacerlo, en el momento exacto en que pasaba el vehículo adversario, por el lugar preciso. Cuando se produjo la explosión los demás compañeros nuestros, desde sus posiciones comenzaron a disparar contra el *jeep* y sus ocupantes. Ellos contestaron el fuego. Cayeron heridos mortalmente el Teniente Fernández y el baqueano. Vaglio se lanzó al precipicio del lado Oeste, y salió luego adelante, a salvo. Pacheco Tinoco y Brenes, tiraron las ametralladoras, una Sub-Thompson, el primero y una Neuhaussen de bípode el segundo. Trataron de ponerse a salvo internándose en el monte. La suerte no acompañó a esos militares. A unos mil metros del sitio del encuentro, fueron avistados a la orilla de una casita, por uno de nuestros jóvenes revolucionarios. Este les dio la voz de alto. Los militares portaban sus pistolas de reglamento calibre 45. El joven les conminó a lanzarlas al suelo. Pacheco, que venía herido en una pierna, hizo algún movimiento que el muchacho creyó peligroso y le disparó, pegándole en la garganta. Cayó de espaldas y expiró allí mismo. El muchacho tomó la pistola de Pacheco, inició un diálogo violento con Brenes y nervioso, le disparó también, matándolo en el acto.

Sobre este encuentro de militares oficialistas contra las tuerzas revolucionarias, el Gobierno inventó una novela burda, apenas a la medida de su mentalidad asesina, pues dijeron que nuestros hombres se habían ensañado con los cadáveres de los que ahí cayeron. Una infame mentira que algunas veces los cuentistas de la historia han repetido.

Pocas horas después, esa misma tarde, la Unidad Móvil, procedente de San José, sé hizo presente en la escena. Esta Unidad estaba acuartelada en Guadalupe, Goicoechea. La constituía un grupo de soldados adiestrados por militares norteamericanos y costarricenses de escuela. Estaban bien armados. A la cabeza de la Unidad Móvil, venía un vehículo blindado que avanzó sobre la carretera. Nuestros compañeros se apresuraron a enfrentarlos, con tanto éxito, que la Unidad tuvo que retroceder. Para repelerlos, se usó por cierto la ametralladora Neuhaussen que pocas horas antes, le habíamos quitado al Mayor Brenes.

Por otra parte nuestros noveles combatientes trajeron como trofeo

de la Interamericana a La Lucha, dos *jeeps* que nos iban a servir de mucho, y algunas otras armas de buena calidad, que habían dejado abandonadas los militares del Gobierno.

SE TRIUNFA EN SANTA ELENA Y SE PIERDE LA SIERRA. El día siguiente 13 de Marzo de 1948, nos esperaban dos combates que hubo que librar casi simultáneamente.

En el momento en que la caravana de vehículos que trasladaban las armas, desde San Isidro, llegó a La Sierra, estábamos sufriendo allí un nuevo ataque, esta vez muy reforzado, por parte de la Unidad Móvil. La caravana siguió bajando hacia La Lucha esquivando la amenaza con su precioso cargamento.

Abajo, frente a la cordelería, se produjo entre nosotros una emoción inenarrable: las esperanzas de largos 6 años se convertían en realidad. Ya no nos avasallaría más el Gobierno. El pueblo tenía ahora un Ejército: el Ejército de Liberación Nacional. En ese momento, vinieron a mi mente las palabras del General Tomás Guardia:

Nunca es más soberano el pueblo, que cuando tiene las armas en su poder.

Era necesario esgrimirlas inmediatamente. Algunos compañeros que venían de San Isidro con la caravana, se habían quedado en La Sierra, para hacerle frente al ataque de la Unidad Móvil. Estos impacientes fueron: Mario Sosa y Gonzalo Segares. Ahí se asociarían a quienes ya ocupaban aquella posición, entre un buen número de combatientes procedentes de Cartago, de donde habían llegado dirigidos por Bruce Masís.

Estábamos aún en la oscuridad de la madrugada, celebrando la llegada de las armas y recibiendo noticias del ataque en La Sierra, cuando llegó corriendo un jovencito, criado ahí en La Lucha, a informarnos que los gobiernistas avanzaban por el otro lado procedentes de El Rosario y que ya habían capturado Santa Elena, con su Beneficio, sus casas y su dispensario. Todo está en poder de los mariachis, dijo el muchachito.

Por un lado tendríamos que enfrentarnos a varios centenares de hombres que como parte de la Unidad Móvil atacaban La Sierra, y por el otro a un número igual en Santa Elena, a donde habían entrado por Desamparados y El Tablazo. Teníamos además que cuidar San Isidro en el extremo sur, que seguramente sufriría muy pronto el avance del enemigo desde las zonas bananeras. Pero la revolución tenía la decisión de victoria y ese día lo íbamos a demostrar. El 14 de marzo de 1948, fecha inolvidable, íbamos a barrer con las esperanzas que tenía el Gobierno, de aplastarnos de un golpe...

Rápidamente tomé precauciones para hacerle frente al ataque de Santa Elena. Ordené a Max Cortés, que con algunos hombres disponibles, fuera a hacer un reconocimiento del terreno. Entre tanto, recibí informes de que el grupo que nos trataba de copar en Santa Elena, lo componían varios lentos de hombres bien armados, acompañados de un blindado, al mando del Coronel Diego López Roig.

Desde nuestra bodega de fibras de cabuya de la fábrica de La Lucha, di la orden de partir hacia San Cristóbal Sur, para esperar ahí al enemigo. ¡Ya teníamos buenas armas y ansias de luchar! Tomé para mí, una ametralladora de las que habían llegado. Me llamó la atención que la culata era una varilla de 1/2 pulgada, doblada como una gaza, con un pedacito de platina diseñada para ajustarse al hombro. Era calibre 45.

Las tropas del Gobierno, siguiendo una práctica común entre tiranuelos y dictadores, habían colocado delante de ellas, a un grupo de campesinos oposicionistas de la zona, amarrados. Nos querían forzar a disparar sobre ellos. ¡Así ultrajaban la dignidad humana! Los campesinos con espíritu bravío me gritaron:

¡Dispare don Pepe!

Yo les repliqué:

¡Corran o tírense al suelo!

Detrás de la columna, venía el vehículo blindado y varios autobuses con soldados. A esa batalla me entregué con resolución de triunfo. La balacera se generalizó de inmediato. A los mariachis, yo les gritaba al ver su cobardía de protegerse con rehenes inocentes:

¡Cobardes, vengan a luchar! ¡Hijos de puta! ¡Aquí están las mujeres del 2 de Agosto!

Nos tiraban con rifles, ametralladoras y morteros. Frank Marshall se ofreció a ir a silenciarlos en compañía de Víctor (Negro) Mora, vecino de El General: cumplieron bien su misión.

Una ametralladora pesada que nos daba mucho que hacer, fue, por orden mía, silenciada por Renato Delcore.

El pánico que se apoderó del adversario, al ver que los rechazábamos con decisión, fue indescriptible. El blindado retrocedió, pasando incluso por encima de los heridos gobiernistas, que estaban tendidos en el camino. Ni a sus compañeros les tuvieron compasión en su retirada. Fue un encuentro duro. Los mariachis dejaron muchas bajas y se llevaron a algunos muertos y heridos en su carrera, que no paró hasta llegar a San

José. En un pequeño llano bien oculto, donde está el cementerio de San Cristóbal Sur, curaron a sus heridos, dejando un imponente montón de algodones ensangrentados... ¡Esa victoria nos llenó de entusiasmo! ¡Así es de salvaje la guerra!

De vuelta a La Lucha, con Max Cortés (Tuta), en un *jeep*, unos proyectiles que nos dispararon los mariachis, destrozaron el parabrisas del vehículo. Max siguió con el carro. Yo tomé un atajo, para salirle más adelante, evitando la cercanía del enemigo. Llegamos a La Lucha y se me informó que Alberto Martén, previendo la posible entrada de los gobiernistas a La Lucha, había ordenado sacar todas las armas y trasladarlas a El Empalme. Consideré que el movimiento había sido acertado. Más adelante algunas de esas armas se llevarían a San Isidro, o a sus depósitos en Santa María de Dota. Debían de quedar fuera del alcance del Gobierno.

Nos disponíamos a salir a La Sierra, para observar la marcha del combate, cuando nos encontramos con un muchacho de Curridabat, Fernando Madrigal, que venía a avisar que La Sierra había caído en poder de la Unidad Móvil, la cual avanzaba sobre La Lucha.

SANTA MARIA DE DOTA CUARTEL GENERAL DE LA GUERRA. Me trasladé a Santa Elena. Allí me reuní con el Coronel Ramírez y otros más, para analizar la situación. Se decidió que deberíamos trasladar nuestro Cuartel General a Santa María de Dota, 30 kilómetros atrás hacia el Sur. En el camino ordené cortar los hilos telegráficos. Se nos fueron reuniendo algunos compañeros. Tomamos sin problema alguno San Pablo de Tarrazú y San Marcos. Fue grande nuestra alegría al entrar en San Pablo, y darnos cuenta de que sus habitantes nos recibían con los brazos abiertos. Igualmente sucedió en San Marcos: Los pueblos nos esperaban como a libertadores. Un kilómetro antes de San Marcos, detuve la marcha y le pedí al Capitán Carlos Gamboa, que avanzara sólo y procurara acercarse disimulado, al Resguardo Fiscal, para ver lo que allí había, y lo cual nosotros habíamos inventariado clandestinamente, varias semanas antes, para el caso de que nos fallara la venida de las armas. Pocos minutos después, oí tiros de ametralladora. Lo que había hecho Carlos era entrar a balazos al Resguardo. Los guardas corrieron, dejando tirados los rifles. Esa pobre gente no tenía por qué defender al Gobierno opresor. Carlos Gamboa murió un tiempo después de la Guerra, a consecuencia de unos leñazos que le había dado la policía en Desamparados, durante una manifestación de protesta, antes de la revolución. El era uno de los muchachos nuestros, que parecían esperar que las balas les tuvieran miedo a ellos. Luego avanzamos hasta Santa María donde tuvimos el mismo recibimiento.

Antes de seguir con mi relato, voy a dejar constancia de tres hechos, que acontecieron, precisamente en estos días iniciales de

la guerra. Me refiero a la suerte que corrieron compañeros de lucha por acudir a mi llamado al sacrificio. Nuestra radioemisora clandestina estaba gritando:

¡Don Pepe pide gente!

A ese llamado había respondido, entre otros grupos, un puñado de vecinos de San Marcos, que tuvieron la mala fortuna de llegar a La Sierra, en el momento en que la Unidad Móvil la ocupaba. A todos los hicieron prisioneros.

Ocurrió también un hecho trágico en La Sierra ese mismo día. Fue capturado Nicolás Marín. Yo le había advertido sobre los peligros, a que podía exponerlo, su arrojo excesivo. Nicolás fue hecho prisionero y llevado por miembros de la Unidad Móvil a la Casa Presidencial, a presencia del "humanista" Teodoro Picado. De allí lo sacó Juan José Tavío, torturándolo bárbaramente y llevándolo a las inmediaciones de donde hoy está la Nunciatura Apostólica, que entonces era un sitio de cafetales solitarios. Lo asesinó y lo mutiló salvajemente, dejando su cuerpo tirado sobre la tierra. Este fue un hecho de todos conocido, y por muchos constatado. El entierro de este mártir de la libertad, fue una oportunidad para que el pueblo, desafiando la represión, masivamente, expresara su repudio al régimen.

MI FAMILIA RESCATADA. El otro hecho al que quiero referirme, es una situación en la que estaba comprometido, no el interés del país, sino parte de mi familia. Mi padre, el doctor Mariano Figueres, estaba de médico en Santa Elena y logró huir con presteza cuando los acontecimientos bélicos hicieron peligroso el lugar. Me preocupaba su paradero, y trataba de alejar de mi mente, la posibilidad de que cayera en manos de los mariachis. En La Lucha, estaba mi esposa Henrietta, con nuestros hijos José Martí y Muni, muy chiquitos aún. También los acompañaba mi cuñado Cornelio Orlich con su esposa, mi hermana Carmen y sus hijos Ricardo y Cecilia. Ellos tuvieron que buscar el monte, para ponerse a salvo cuando los mariachis tomaron La Lucha. En esa huida corrieron el riesgo de perder la vida, mientras yo tenía que descuidarlos, por atender el desarrollo de la guerra. Era una situación pavorosa para mí. En su rescate y traslado a zonas más seguras jugó un papel muy efectivo, el doctor José Luis Orlich, hermano de don Francisco y de don Cornelio Orlich y quien, años más tarde fue Ministro de Salud Pública. Los encontró en medio camino hacia San Marcos de Tarrazú y los acompañó con prudencia y arrojo, con ternura y firmeza.

Aquella experiencia fue para mi esposa, mi hermana, mis hijos y sobrinos, si el término lo permite, una odisea. Como iban en carreta, cuando los mariachis oían su ruido, comenzaban a disparar indiscriminadamente contra el monte, de donde procedía el chirrido

de la carreta. Los chiquillos podían darse cuenta de como las balas, desramaban los árboles. Siempre recuerdo emocionado la solidaridad de Henrietta con mi causa, su solicitud por todos los compañeros y su fe en mi destino. Ella emuló el heroísmo de mis soldados.

Cuando iba en camino hacia Santa María de Dota, tuve el gran consuelo de encontrarme en San Marcos, con mi padre, en la casa de don Tobías Umaña, potentado local del café. Su familia lo atendió con solicitud, que todos agradeceremos para siempre. Otro beneficiador de café, don Braulio Odio, era calderonista, no sé por qué. Sin embargo ocultó y protegió durante varias semanas a mi familia. Siempre había sido mi buen amigo personal. Una buena parte de mis preocupaciones terminaba con ese feliz encuentro. Los mariachis Llevaban adelante su guerra de bolas sicológicas: que mi padre había muerto; que Alberto Martén había muerto; que Alvaro Rossi, hermano de Jorge, había muerto. Como siempre el periódico del régimen La Tribuna, era el principal instrumento de tortura. Mejor ingenio mostraron los calderonistas en el frente de El Empalme disparando al aire cohetes de los que se usan para las fiestas religiosas. A ratos daban la impresión de que existía otro frente artillado.

CONSOLIDANDO EL TERRITORIO LIBRE. Era importante consolidar el Territorio Libre. Fue necesario correr, inmediatamente después de la pérdida de La Sierra, su lindero hacia el Sur. La línea original iba desde la Sierra hasta Tarbaca y había sido tomada por el Gobierno. Debimos correrla hacia el Sur, marcándole un lindero desde El Empalme, en la Carretera Interamericana, pasando por El Jardín, sobre la cresta del cerro que limita a La Lucha por el Sur y seguía por la Roca de San Marcos, (fortificada por el Capitán Gamboa), hasta alcanzar el propio San Marcos.

El primer punto que debíamos reforzar era precisamente El Empalme, pues sería el tapón, para detener cualquier avance del enemigo hacia el *Territorio Libre* y hacia El General.

Otro punto vital era el camino que conecta a Santa María de Dota con la Interamericana, en el lugar llamado Macho Gaff. La importancia de este punto era doble: no teníamos en el momento noticias de la situación de San Isidro de El General. Si hubiera ocurrido un revés, el enemigo podía avanzar hacia Macho Gaff y caernos sobre Santa María. Además hacia el Este de Macho Gaff, había trillos y veredas que descendían hacia el valle de Orosi, por donde podía colarse también el enemigo. Precisamente por ahí, habían entrado, para unirse a nosotros, un gran número de cartagineses, bajo el liderato del querido doctor Vesalio Guzmán. Era de absoluta necesidad mantener en Macho Gaff, un retén, compuesto por muy valientes muchachos. La tarea de reforzar Macho Gaff y El Empalme, la encomendé a Frank Marshall acompañado del

Coronel Jorge Rivas Montes y algunos pocos hombres más. El grupo que iba a salir a esta expedición, estaba físicamente agotado. La jornada de diez horas, de San Cristóbal a Santa María de Dota, los había consumido. No hay que descartar la fatiga sicológica que habían producido los combates y la pérdida de La Sierra. Creí conveniente reforzar el espíritu del grupo, con la presencia de mi segundo en el mando Alberto Martén. Este extraordinario intelectual sin titubear, había seguido la estrella de su idealismo y tomado la ruta de la hazaña, a la que yo le invité. No obstante ser por vocación pacifista, respondió a su conciencia, que le dictada empuñar el arma vindicadora contra la dictadura caldero-comunista.

Este grupo a que hago referencia, en los últimos días, constaba de 120 hombres. Muchos de ellos eran generaleños. Otros provenían de diferentes estratos sociales de la capital. Ocuparon desde el 15 de Marzo de 1948, la finca de don Fernando Apéstegui, situada en El Empalme. Allí, constituyeron un batallón conocido como el *Batallón de El Empalme*, que se cubrió de gloria durante el resto de la Guerra de Liberación Nacional. Se estacionaron, aprovechando las ventajas estratégicas del sitio, que les permitió montar tres líneas escalonadas de defensa. El batallón de El Empalme tuvo a su cargo, detener cualquier intento de acceso de las fuerzas gobiernistas del Valle de Dota, y proteger la entrada de la región, llamada de Los Santos, y por consecuencia, el acceso al Cuartel General situado en Santa María de Dota. Le correspondía también, como lo dije antes, cerrarle al Gobierno todo paso por tierra a San Isidro de El General que era en verdad, la llave de la revolución. Alberto Martén actuando en mi nombre, designó como Jefe de esta posición al Coronel Jorge Rivas Montes y como segundo comandante al Capitán Mario Sosa. En la realidad el mando estuvo en manos de los valientes compañeros Frank Marshall, Vico Starke, Bruce Masís y Tuta Cortés.

Otro punto que había que proteger era la posición llamada "El Jardín", situado entre la Roca de San Marcos y El Empalme. Por allí podría filtrarse sorpresivamente, cualquier fuerza del Gobierno a través de La Lucha.

Apareció Edgar Cardona, del cual estuvimos un tiempo sin noticias. Se había extraviado en la montaña, una vez que perdimos La Sierra. Fue designado, por Alberto Martén, para comandar un grupo de compañeros y apostarse en El Jardín. Además de cerrar el acceso desde La Lucha, era un puesto de atalaya, magnífico, para observar la parte de la Interamericana desde La Sierra y El Empalme.

Tomando en cuenta la firmeza de nuestra presencia en San Isidro de El General, donde después se librarían batallas muy duras, podía sentirme relativamente tranquilo de haber constituido, entre las serranías de las montañas del Sur, todo un frente de batalla: el *Territorio Libre*, que había prometido a don Otilio Ulate. Ahora se

lo ofrecía a todos los costarricenses, como una firme promesa de libertad.

CAPITULO VII

LA GUERRA ES ESPERAR

LAS RADIOEMISORAS CLANDESTINAS. Quien sabe esperar, sabe vencer, dice la sabiduría popular. La impaciencia es en la guerra el mejor aliado del enemigo.

Una vez establecido el *Territorio Libre*, mantendríamos al enemigo fuera de nuestras fronteras. Esperaríamos para rechazar cualquier intento de violarlas. Durante esa espera habría tiempo para reflexionar sobre nuestros compromisos históricos y planear inteligentemente nuestro asalto definitivo sobre la Meseta Central. La espera nos iba a resultar muchas veces angustiosa y, para nuestros impetuosos compañeros jóvenes, intolerable.

Tratando de organizar los cuadros militares, decidí dar a Carlos Gamboa, el cargo de Comandante de la zona que se conoce como "Los Santos". Había demostrado su gran capacidad de combatiente y su sereno espíritu de líder en diversas acciones y asaltos a ciudades y villas. Tomé en cuenta también sus vastos conocimientos de la región donde él y sus hermanos poseían varias propiedades, especialmente del lado de San Pablo. Ascendí a Capitanes a Frank Marshall Jiménez y a Max Cortés González, quienes habían actuado hasta entonces como soldados rasos. Les reconocía así, los méritos que habían hecho en los combates en que habían participado.

Instalé el Cuartel General en Santa María de Dota, atendiendo las muchas facilidades que ofrecía esa población. Sus oficinas se establecieron primero en la Jefatura Política, frente costado norte de la plaza, donde ahora hay una placa histórica alusiva a la primera sesión del Estado Mayor. Esta plaza central, fue convertida después en un bello parque que lleva el nombre de uno de nuestros héroes, Ernesto Zumbado a quien las fuerzas gobiernistas, en un aciago día, capturaron, sin que nunca se volviera a saber de él.

A los pocos días ordené trasladar las oficinas a la Escuela República de Bolivia, que prestaba mayor comodidad para nuestra labor. A cien metros del Estado Mayor, contábamos con una estación de radio instalada por don Amoldo Müller. Don Arnoldo años atrás había sido colega mío en radiocomunicaciones de aficionados. Tan notables eran sus conocimientos técnicos como su modestia personal, su aporte a nuestra guerra de Liberación Nacional fue inconmensurable. Tan pronto como una posición caía en nuestras manos, se instalaba un transmisor de radio accionado por una bicicleta con su pequeño generador. En ese sentido, nuestra guerra

fue una verdadera guerra de las comunicaciones. Todo el tiempo mantuve en mi vieja casa de la Hacienda La Lucha, la estación de radio aficionado inscrita hace muchos años, con el nombre de Dos Indios Guapos (21G). Esa identificación había de jugar después un papel importante en varias guerras de liberación de diferentes países caribeanos. Especialmente tuve años de contacto con los amigos de Rómulo Betancourt en Caracas, durante la negra dictadura de Marcos Pérez Jiménez y con los partidarios de Aureliano Sánchez Arango en La Habana, en los tiempos de la lucha contra Fulgencio Batista.

La estación que teníamos a nuestro servicio en Santa María, nos sirvió para comunicarnos con los pueblos liberados y, en los campos de combate, con otros grupos, como el de Chico Orlich, que todavía operaba desde la Paz en el frente Norte. Fue un gran recurso para la lucha. Por su medio transmitíamos a todo el país informaciones alentadoras. A través de esa estación de radio, hacíamos vibrar el alma nacional. En Santa María se encargaría Fernando Barrenechea Consuegra, de operar las 21G, para dar informaciones al país y descifrar los mensajes en clave. Frecuentemente manteníamos comunicación supuesta con columnas, que según decíamos, avanzaban en diversos frentes. Así creábamos confusión entre las fuerzas enemigas. Un día me tocó escuchar un mensaje informativo de Panamá que decía: "Los rebeldes de Costa Rica preparan una gran ofensiva, según interpretamos por el gran número de mensajes cifrados que transmiten y reciben". Todavía recuerdo el estribillo transmitido mil veces por Fernando Barrenechea:

Luchar, avanzar y no dudar.

Don Fernando Barrenechea cubrió notablemente, lo que quiero llamar El frente de las Bolas, porque, las que él echaba a rodar causaban, quizás, más daño al adversario que una ametralladora de sitio.

Al pie del Irazú, en Llano Grande, contábamos también con una radioemisora clandestina atendida con eficiencia y mística por Germán Sojo y Alvaro Jiménez Zavaleta, quienes mantendrían guardia hasta la liberación de Cartago. Además había otra estación secreta en el puro centro de San José, que recibía órdenes de don Alex Murray. Cuando don Alex no tenía mensajes que radiar, los inventaba. Una vez envió desde San José, a un conocido suyo en el frente calderonista, un paquetón de cigarrillos con un papelito por dentro en cada paquete que decía:

Pásese al frente de Figueres y será bien recibido.

El señor Murray era experto entre otras cosas, en guerra sicológica, en lo que se especializó, durante la Segunda Guerra Mundial, luchando dentro de las filas del ejército británico.

Recuerdo sus esfuerzos propagandísticos en contacto constantes con sus colegas de la Resistencia francesa.

Repito que la radio-emisora era para nosotros como un poderoso mortero para minar la moral del Gobierno con el franco enjuiciamiento que a diario hacíamos de sus abusos y atropellos y con las noticias a veces fantasiosas que leíamos. Era también faro de luz que llevaba esperanzas, optimismo y órdenes de acción al frente doméstico, para quienes más allá del Territorio Libre sufrían los desmanes del Gobierno.

La gente en las ciudades y los campos estaban ansiosas por recibir noticias. Centenares de mujeres que viajaban en los autobuses, se encargaban de satisfacer esas ansias. Las fuerzas policiales calderonistas, con actitud muy propia de los sistemas totalitarios, registraban las casas acompañados por maleantes. No sólo requisaban armas, si las había, lo cual era lógico, sino que también se incautaban de los aparatos radioreceptores de música y entretenimiento, propiedad de particulares. Centenares fueron recuperados y devueltos a sus dueños después de nuestra victoria, pero muchos se perdieron para siempre. El pueblo costarricense recuerda esas horas de reprimida rabia ante el atropello del derecho de libre comunicación e información. Los historiadores gacetilleros lo callan. Amigos míos latinoamericanos que vinieron a Costa Rica después de las operaciones, comentan que encontraron una especie de vacío de información, sobre innumerables detalles del histórico conflicto. Se debió a que establecimos la consigna de bajar la temperatura emocional y procurar un rápido restañamiento de las heridas. En parte esa actitud fue saludable y demostró el buen juicio de numerosos costarricenses, pero ha servido también para que otros traten de falsear la historia, escribiendo libracos en donde abunda tanto la ignorancia de los hechos, como la mala fe de los caldero-comunistas.

Volvamos al combate de 1948: Con ingenio y osadía, muchos hogares lograron poner a salvo sus radios y escuchaban nuestras transmisiones escondidos debajo de los pisos o en los cielos rasos, recluidos en los desvanes y cuartos retirados. En muchos casos los miembros de una familia y sus visitantes, hacían fila para disfrutar siquiera por unos momentos, la recepción de nuestros mensajes. Con base en nuestras transmisiones o con material de su propia cosecha, actuando clandestinamente, muchos simpatizantes, imprimían y distribuían boletines, por manos de niños, de honorables damas y hasta de religiosas.

Era una guerra total la que se libraba en el frente civil. Hay muchos héroes y muchas heroínas anónimos en ese frente civil. Muchos participantes de esa lucha se exponían a la agresión física o moral y a la cárcel, si eran descubiertos en su afán de difundir la verdad. Quienes distribuían boletines también regaban bolas y pasaban de boca en boca, los mensajes y ordenes del día. Hicieron

tanto bien a la guerra que librábamos, como miles de fusiles en manos de valientes.

¡Que no se olvide esto! Que lo sepan las nuevas generaciones a quienes se les habla solamente de un calderonismo cuyo pecado, era favorecer la legislación social como si so pretexto de esa conquista, no estuviesen negando las libertades fundamentales y, entre ellas, la de la libre información.

Muchos mensajes radiales se vieron enriquecidos, con la contribución de las palabras vibrantes y penetrantes, como acero toledano, de Alberto Martén, que ponía en ellas lo más fecundo de su mente. Además, rindo renovado homenaje a don Rafael Sotela, a quien el pueblo llamaba Chachalaca. De idéntico linaje, fue la contribución del Padre Benjamín Núñez, en cuyas alocuciones se confundían el fervor patriótico con la inspiración religiosa. Desde los primeros días se nos había unido el Padre en Santa María de Dota y yo lo proclamé *Capellán del Ejército de Liberación Nacional*. Había entrado a pie desde Cartago, con el doctor Vesalio Guzmán, insigne luchador por la libertad, quien regresó a esa ciudad a organizar los grupos de aspirantes a soldados de nuestro ejército. El doctor Guzmán en uno de sus viajes, fue hecho prisionero y sufrió la cárcel hasta que lo liberamos con la toma de la vieja metrópoli.

Con nosotros quedó el Padre Núñez cumpliendo su tarea. Con los óleos sagrados, la estola sacerdotal y el ritual de plegarias, recorría los campos de batalla desde El Empalme hasta San Isidro de El General, llevando el aliento, la inspiraron espiritual y la bendición a nuestros valientes. Fue mi compañero de reflexión sobre los destinos de nuestra lucha. Es falso que anduviera armado. Eso es parte de la leyenda contra el Padre Núñez.

LAS PROCLAMAS DE SANTA MARIA DE DOTA. A través de nuestra radio-emisora, me dirigí muchas veces al pueblo con vehemente afirmación de nuestro propósito de triunfar. Desde ella difundí los dos mensajes de mayor significado de toda la epopeya, que se conocen con los nombres de Primera y Segunda Proclama de Santa María de Dota.

En la Primera Proclama de Santa María de Dota, hice un llamado a la acción general a todo costarricense, hombre o mujer, joven o viejo, para que se uniera desde donde se encontrare, a la guerra de Liberación Nacional. Incitaba a los ciudadanos amantes de la libertad a que empleando cualquier arma que tuviese o cualquier instrumento de trabajo así fuera un "raspadulce", se constituyese en soldado de la patria, de la honestidad electoral, de la decencia en el Gobierno y de la dignidad nacional. El frente doméstico, frente civil, no podía limitarse a ser un simple espectador. Los pueblos respondieron a ese llamado y con su

ingenio natural, encontraron mil formas para acosar al Gobierno y mantener su espíritu altivo.

La palabra *raspadulce* fue una contribución mía al vocabulario de la guerra. Hasta entonces se la había empleado solamente para designar los cuchillos de cocina en los hogares campesinos.

La Segunda Proclama de Santa María, es a mi juicio, un documento que debe de catalogarse entre los principales pronunciamientos políticos de la historia de Costa Rica. En ella definí las orientaciones ideológicas, los propósitos últimos y las posibles proyecciones históricas de nuestro Movimiento Libertador. Yo acostumbro corregir muchas veces cada cosa que escribo. Pero un documento excepcional, fue esa Segunda Proclama del Ejército, la referente a la cuestión social. La escribí en Santa María de Dota, a máquina, sobre el escritorio del señor Director de la Escuela República de Bolivia. La pasé inmediatamente al Padre Núñez en consulta. Para mi sorpresa el padre exclamó:

Está perfecta. No hay que cambiarle ni un punto ni una coma.

Los líderes calderonistas se esforzaban por enardecer a las masas populares contra nosotros y por conquistar las simpatías de los movimientos sociales avanzados del Continente. Afirmaban que éramos un movimiento reaccionario, enemigo de las conquistas sociales del pueblo, expresada en la legislación y las instituciones recientemente creadas. Todavía hay escritores gacetilleros que sin sonrojo, siguen repitiendo esa infamia contra nosotros. A todos ellos y al pueblo general le aseguré en esta Segunda Proclama, que enarbolábamos la bandera de la justicia social y promovíamos el progreso económico de la nación, orientado hacia el bien común, dentro del marco de la libertad.

Bien sabíamos que los personeros del régimen, continuarían tergiversando, con mala fe, las rectas intenciones del movimiento libertador que yo anunciaba. Era evidente que ellos necesitarían seguir mintiendo, para engañar a los hombres .sencillos, a quienes mandaban a los campos de batalla, haciéndoles creer que peleaban por las garantías sociales. Muchos en verdad defendían sin saberlo, el festín del Gobierno, la avaricia personal y los intereses de familia.

Esta infamia se ha repetido y se puede repetir en más de un país latinoamericano. Nosotros hemos insistido siempre en que la transformación social de nuestra época, es inatajable, pero no debe estar ligada a la irresponsabilidad económica, ni debe echar atrás las conquistas históricas de respeto a los derechos civiles.

Es indudable que muchos de los hombres sencillos y hasta educadores, que entraron en batalla y ofrendaron sus vidas, lo hicieron creyendo que defendían las conquistas sociales. A ellos

rindo un homenaje de respeto. A quienes los mandaron con engaños demagógicos y con ignorancia de las grandes realidades económicas, el repudio de la historia.

Creo conveniente transcribir literalmente para la historia, el texto completo de aquellas dos proclamas. Pido a los costarricenses de hoy y a los hermanos latinoamericanos que las juzguen con serenidad. Que enjuicien a nuestro Movimiento por lo que en ellas dije y luego hice. Por hacerla realidad autoricé más tarde en los documentos de rendición del régimen, que se incluyera uno asegurando la defensa de las conquistas sociales. El cumplimiento de esa promesa, fue una de las razones que tuve para tomar la decisión de formar parte del Gobierno de facto, durante dieciocho meses en los cuales, ya tuve que enfrentarme a las fuerzas conservadoras y reaccionarias del país.

Esas Proclamas son las siguientes:

CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL

PRIMERA PROCLAMA DE SANTA MARIA DE DOTA

Costarricense:

¿Está usted haciendo lo que puede por la victoria de la libertad?

El Ejército de Liberación Nacional está batiéndose brillantemente en el teatro de la guerra. Usted puede ayudar eficazmente a la jornada patriótica atravesando palos y piedras en los caminos, cortando líneas telegráficas y telefónicas, acorralando sorpresivamente jefaturas políticas y resguardos, intentando por todos los medios desorganizar y desmembrar al gobierno usurpador.

¿Está usted haciendo lo que puede? Usted dijo una y mil veces que no permitirá una nueva burla a la voluntad popular, usted ha jurado que está dispuesto a contribuir a la formación de una nueva Costa Rica. Cumpla ahora sus promesas y juramentos. No use el pretexto de que no tiene armas. En la más humilde cocina existe un raspadulce, en cada casa de campo hay un chuzo, en cada hogar hay unas tijeras, y en el corazón de cada hombre y de cada mujer de Costa Rica hay un héroe.

Haga usted lo que pueda, sea mucho o sea poco, por respaldar al ejército ahora, y por tener lista y preparada nuestra entrada triunfal a todos los pueblos del país. Ya vamos; pronto, muy pronto, llegaremos. Ayúdenos desde lejos y repita esta promesa que se debe propagar de pecho en pecho como una conflagración divina.

Fundaremos la Segunda República.

Santa María de Dota, 23 de marzo de 1948

JOSE FIGUERES FERRER
Comandante en Jefe del Ejército
de Liberación Nacional

SEGUNDA PROCLAMA DE SANTA MARIA DE DOTA

Nuestro Movimiento Renovador y la Cuestión Social:

En nombre del Ejército de Liberación Nacional, cuya misión es fundar la Segunda República, niego todo derecho a calificar de reaccionario, burgués o retrógrado al movimiento nuestro.

Solo puede juzgársenos así por mala fe o incomprensión. Contra la mala fe, tenemos balas y contra la incomprensión, tenemos razones.

Un movimiento tan noble, tan esclarecido y a la vez tan popular como el nuestro, no podrá jamás implantar un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos los mueve el espíritu del siglo veinte que es el siglo del pueblo. El día en que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza.

La victoria del ejército será la Segunda República; y la victoria de la Segunda República será el bienestar del mayor número.

El hombre ya tiene medios de producción capaces de colocar en un plano elevado, material y espiritual, a todos los miembros de la comunidad. Los economistas de la Segunda República, en colaboración con todos los costarricenses de buena intención, sabrán aplicar esos medios para que desaparezca el espectáculo de las grandes mayorías empobrecidas, por la diferencia y por el privilegio.

Dejen de combatirnos los incomprensivos. Abandonen esta lucha que, por parte nuestra, va solamente dirigida contra los hombres de mala fe.

Abran todos los costarricenses los brazos a los gloriosos soldados de la Segunda República, que juran sobre la sangre vertida, dedicarse a construir una patria sin miseria.

JOSE FIGUERES FERRER
Comandante en Jefe del Ejército
de Liberación Nacional.

Santa María de Dota, lo. de Abril de 1948.

EL SAQUEO DE LA LUCHA Y SANTA ELENA. Estando yo en Santa María, me llegaban noticias sobre la fechorías que hacían los mariachis en La Lucha y en La Sierra. Al principio esas noticias eran vagas. Luego, a medida que se iban naciendo más precisas, causarían mayor pena. Para vergüenza del país, hay que atribuir estos hechos a las tropas de un Gobierno que, aunque fuera de origen espúreo, surgido del fraude del 13 de febrero de 1944, en el concierto de las naciones se presumía como constitucional y civilizado.

Las tropas regulares saquearon la casa y el comisariato de La Lucha. Habían dado fuego a todo lo que era construcción. Eso incluía la destrucción o deterioro de máquinas que habían exigido décadas de trabajo y mucha ingeniería para hacerlas funcionar y mantener. Sólo dejaron cenizas.

De Santa Elena, se habían robado gran parte del café que estaba en el beneficio, preparado para la exportación. Más adelante me informaron que buena parte de ese café, había aparecido en manos de funcionarios del Gobierno y sus amigos. Era la calidad moral de quienes lanzaban a los pobres trabajadores, a defender las garantías sociales, que ningún peligro corrían mientras, ellos defendían sus gollerías personales.

Las tropas de la República de Costa Rica, se habían constituido en tropas de salteadores. Fue tan vergonzoso su proceder, que el Estado Mayor gobiernista, sintiendo algún pudor, procedió a relevar los mandos procurando poner coto a tantos desmanes.

Claro que esas tropas tenían el mal ejemplo y peor consejo de un gran número de soldados nicaragüenses, que Somo-za había mandado en apoyo de los de Picado. Estos soldados somocistas, según se supo después, eran Guardias Nacionales castigados por delitos cometidos en su servicio. Para ellos la vista de una próspera empresa cafetalera, era un campo atractivo para el *saquello*. Contra todas estas gentes teníamos que luchar. También saquearon la Hacienda La Vieja, propiedad de don Otilio Ulate, en San Carlos.

DESALIENTO Y MISTICA EN EL JARDIN. El ocio fastidia y la espera agota. Para los jóvenes la espera en la guerra se hacía intolerable. Ese sentimiento de rutina y de frustración se palpaba en todos los frentes.

Pero especialmente encontró expresión entre los compañeros que habíamos destinado a montar guardia en la posición de El Jardín. Comenzaron a quejarse de la inutilidad en que estaban, de que no tenían nada que hacer, de que habían venido a pelear y no a

pasarse los días allí, viéndose unos a otros las caras.

Decidí visitarlos, yendo a verlos desde Santa María de Dota. Les saludé, con afecto, y les dije con firmeza:

Señores, ustedes están aquí taponeando un punto clave de la red de caminos de esta guerra. Si ustedes se descuidan y abandonan la vigilancia de este lugar, el enemigo pasa. Yo, que conozco muy bien la geografía de la región, les puedo asegurar que, en ese caso, perderemos la guerra. Lejos de ser cierto lo que piensan algunos de ustedes que nada están habiendo aquí, están sirviendo de mucho. Tal vez salvando la guerra. Renueven el entusiasmo que los trajo aquí, y sientan que son toda la guerra en este momento. Ustedes están haciendo proezas silenciosas con esta pequeña compañía. Se están enterando de la muerte de compañeros suyos y están también dispuestos a morir por la patria. Tal vez, no se dan cuenta de la magnitud de la obra histórica que estamos haciendo por Costa Rica (en un rinconcito la heroína Perfecta Granados que los asistía, emocionada lloraba). Les insistí nuevamente: *Ustedes no se percatan de que de esta acción militar en que estamos comprometidos, va a nacer una nueva Costa Rica y las personas en la dirección de este movimiento tenemos grandísimas aspiraciones que, gracias a ustedes, se van a realizar*.

Esas palabras los entusiasmaron, les devolvió la esperanza que les estaba abandonando.

Allí en El Jardín, vivía doña Perfecta (Peta) Granados con su familia. Una campesina descalza que les daba de comer a esos muchachos, sin entender mucha cosa o nada de lo que pasaba. No sé cuáles eran sus finanzas personales. Sí me preocupaba que no aceptase compensación por sus suministros.

Cuando le hablaba de lo que le estábamos adeudando, me contestaba:

No se preocupe por eso, don Pepe, usted ocúpese de que ganemos la guerra y las viejas nos encargaremos de que los soldados coman. De todas maneras, si perdemos, nada bueno nos espera.

Ese desprendimiento de doña Peta Granados, era un reflejo del espíritu de la nación entera, que prevalecía durante esos tiempos de guerra. Ese era el Espíritu del 48.

Es inmenso el contraste que existe entre ese espíritu de guerra patriótica y la actitud que algunos autores, ignorantes o de mala fe, nos han atribuido en sus publicaciones. Es la misma diferencia existente entre emprender una campaña política para promover el bien común o emprenderla para satisfacer la glotonería o la lascivia del poder.

El camino que el grupo de El Jardín cuidaba era transitable

perfectamente en esos días por vehículos semipesados. En prevención de que pudieran infiltrarse por allí las fuerzas gobiernistas, Carlos Gamboa, Jefe de toda la zona, mandó dinamitarlo en el punto llamado "La Roca", dejando apenas un trillo para el paso de un hombre.

EL FRENTE NORTE DE LA PAZ. Volvamos en nuestro recuerdo al Frente Norte, en La Paz de San Ramón, comandado por don Francisco Orlich asistido ya por Fidel Tristán. Ya se sabe que a ese Frente Norte, en lo que correspondiera a la zona de San Carlos, había prometido unirse don Otilio Ulate. Pero las circunstancias le impidieron hacerlo. Permaneció en San José, al principio en la casa de don Luis Uribe y luego en la Casa Arzobispal, en contacto con los dirigentes políticos, que estimulados por Monseñor Sanabria, trataron de buscar un arreglo a una crisis, que, a nuestro juicio, había ya desbordado toda posibilidad de solución pacífica.

El Frente Norte tenía su centro de dirección en la finca La Paz, pero sus operaciones fueron extendiéndose por toda la provincia de Alajuela. Don Chico atacó la ciudad de San Ramón. Era un lugar de valor estratégico, por estar sobre la carretera a Puntarenas y a Guanacaste. Asedió a la policía y al Resguardo Fiscal, cuyos integrantes, se refugiaron en el sólido edificio de la Jefatura Política, donde hoy funciona una Casa de la Cultura. Don Chico iba acompañado al principio por 35 hombres, provenientes de San Ramón, Naranjo, Grecia y Esparza, armados de rifles de diversos calibres y de dos ametralladoras Neuhausen.

La balacera fue grande. El Jefe Político del pueblo, don Fulvio Mora, a quien yo conocía antes de la guerra como buena persona, se portó serenamente, enfrentando a nuestros muchachos. Envió un mensaje telegráfico a San José, informando sobre la situación y pidiendo refuerzos, los que, de inmediato, le fueron enviados.

Me informó don Chico, después, que sus combatientes se portaron con valentía e impidieron que la acción terminara en un desastre, pero fallaron varias cosas. No se pudo contar, como se había planeado, con ciertos edificios importantes para el ataque. Algunas personas, comprometidas a ayudar desde otros ángulos, no lo hicieron. Nuestras fuerzas tuvieron que retirarse, ante la llegada inminente de los refuerzos gobiernistas procedentes de San José.

El Gobierno había mandado tropas al mando de un aventurero nicaragüense, que se hacía llamar General Modesto Soto. Al retirarse los hombres de don Chico, estas tropas ocuparon la ciudad, amedrentando a la población y, en algunos casos, saqueándoles sus propiedades. A la hora de nuestra victoria este valiente militar, se apresuró a huir hacia Nicaragua, llevando consigo prisioneros y armas de propiedad del Gobierno de Costa

Rica.

Al retirarse, las fuerzas de don Chico Orlich, fueron inflingiendo al Gobierno golpes de advertencia, para quebrantar su moral y notificarle la resolución de triunfo en que estaba el pueblo. Volaron, por ejemplo, con dinamita, parte del puente sobre el Río Colorado, entre Sarchí y Naranjo, haciendo más difíciles las comunicaciones entre San José, San Ramón, San Carlos y Puntarenas. Este puente de concreto fue tomado por asalto y luego reconstruido por el mismo don Chico Orlich siendo ya Ministro de Obras Públicas y miembro de la Junta Fundadora de la Segunda República.

Otros de sus grupos bajo el mando de Marco Tulio Arroyo Argüello y Alvaro Chacón Jinesta, llegaron hasta tomar las poblaciones de Venecia, Los Chiles y Aguas Zarcas. Contra ellos el Gobierno envió una tropa comandada por el Coronel José María Meza, que nada pudo hacer para refrenarlos. Estos valientes atacaron una mañana Villa Quesada, poniendo en aprietos a la fuerza gobiernista allí destacada y, como ya he dicho, se enfrentaron exitosamente al grupo de Guardias Nacionales que Somoza acantonó en aquella población, al atacar aquéllos, guiados por malos costarricenses, la Hacienda La Vieja, de don Otilio Ulate.

En Puntarenas hubo un gran brote de rebeldía nuestro, como parte de la guerra. Nuestros luchadores tuvieron un encuentro contra la policía del puerto, en el lugar llamado El Apagón. Allí cayeron heroicamente los compañeros Alvaro París y Carlos Alberto Tenorio. Los demás combatientes no cejaron en su lucha y fueron una espina clavada en el ejército caldero-comunista.

Estas acciones de Puntarenas, en la Guerra de Liberación Nacional, revelaban un alto espíritu patriótico generalizado y fueron de gran valor para nosotros y para Costa Rica. Habían sido realizadas con medios rudimentarios que carecieron de todo, menos de valor. Forzaron también al Gobierno a desplazar a cientos de soldados y de sus voluntarios, para terminar con esos focos rebeldes. Todo esto debilitaba sus fuerzas militares y obligaba a disminuir la presión que sufríamos en las fronteras de nuestro Territorio Libre.

El grupo de don Chico Orlich, luego se unió a nosotros en Santa María, en una espectacular acción aérea coordinada por nuestra radio clandestina.

Muy poca atención se ha dado a la importancia que tuvieron en el curso de la Guerra de Liberación Nacional, estos grupos dispersos de hombres valientes, que mantenían al Gobierno en constante hostigamiento.

Permítaseme una nueva digresión: meses después de la guerra, en una visita mía a Puntarenas, se improvisó un enorme desfile de

patriotas, en una de las calles principales. A cada momento, los vehículos tenían que detenerse retrasando toda la marcha. En una de las paradas, vi que cruzaba la carretera una pobre mujer con un niño en brazos. Al llegar hasta mí, se vio que la marcha se movía otra vez. Yo reconocí instantáneamente a la viuda de un compañero caído en acción. La mujer levantó en alto al chiquito y lo acercó a mí diciéndole:

¡Tóquelo! ¡Tóquelo usted por lo menos! ¡Ese es don Pepe!...

¡Y la marcha arrancó!... ¿Qué hizo la patria por la viuda y el hijo huérfano del héroe?

REPRESION SALVAJE DEL GOBIERNO. Los actos de represión, por parte del Gobierno, fueron crueles. Desgraciadamente sabíamos que la represión suele ser parte de una guerra que se propone liberar a un pueblo. Voy a dar ejemplo de esas represiones.

En Ciudad Quesada, se sufrió incluso la ocupación por la Guardia Nacional somocista, que se dedicó al vandalismo. Los ramonenses cuentan los desmanes a los que se entregó la soldadesca de Modesto Soto alentada por Calderón Guardia. Fue algo feroz. En ello rivalizaron los soldados caldero-comunistas y los mercenarios nicas. Otro hecho es el siguiente:

Los pasajeros de los aviones capturados en las primeras acciones en San Isidro de El General, habían decidido continuar su viaje a pie hacia Dominical. Entre ellos estaban comerciantes que viajaban por la región constantemente y conocían esos parajes muy bien. Un dominicano sombrío, de nombre Aureo Morales Vivas, comandante gobiernista por aquel entonces en la zona del Pacífico Sur y que dejó una estela de horror por sus crímenes, los capturó, les robó las pertenencias y luego, en la playa, con el sol del amanecer saliendo apenas y con el mar como testigo, los fusiló. El golpe de gracia fue un machetazo en la cabeza de cada uno de los caídos.

Alguien contaba que uno de los presos, don Gerardo Reyes, nacido en El Salvador, un hombre bueno y esforzado, quien tenían una modesta fábrica de confituras en Alajuela, donde estaba su hogar con esposa e hijos aún pequeños, fue invitado a salvar su vida si lanzaba un viva a Calderón Guardia. Firme como tronco, su respuesta fue vibrante:

¡Viva Otilio Ulate!

Allí no más lo asesinaron.

Esos desmanes aumentaban la resolución de lucha en aquellos ciudadanos que se informaban de ello.

Suena espantoso el macabro episodio que voy a relatar, pero es preciso que quede constancia de él, para que se entienda mejor la razón de rebeldía del pueblo costarricense en 1948:

Navegaban por el río Térraba, en un modesto bote dos trabajadores a quienes se motejaba "Caricaco" y "Mantequilla". Fueron sorprendidos por Aureo Morales. Este los hizo presos y los fusiló. El cadáver de uno de ellos fue lanzado a la corriente del río, pero, porque persistía en flotar, se le abrió el vientre y le echaron piedras en él, arrojándolo de nuevo a las aguas. El ambiente de salvajismo desatado por el Gobierno, en muchos episodios de la Guerra de Liberación Nacional, es indigno de haberse visto en Costa Rica.

SAN ISIDRO DE EL GENERAL EN CALMA. La espera permitió a San Isidro de El General calmar los ánimos de su población, reanudar sus faenas y aprestarse a los días sombríos que le esperaban.

Por estar San Isidro tan distante de Santa María, pasé el mando como Jefe Militar, al Coronel Miguel Angel Ramírez y de delegado mío, a don Fernando Valverde Vega, hombre pundonoroso, declarado enemigo del régimen caldero-comunista en la trinchera política y quien a la hora de los disparos, fue uno de los primeros en decir: ¡Presente!

Mientras la acción combinada de estos dos valerosos compañeros (Valverde y Ramírez), preparaba lo necesario para defender a San Isidro, continuaban los vuelos a Guatemala, a traer provisiones de guerra, casi cotidianamente. Así teníamos seguridad de que no nos faltarían los implementos para seguir la pelea. Sorpresivamente nos llegaron unos cañoncitos de Guatemala. Los emplazamos frente a la Escuela República de Bolivia y tuvieron un efecto sicológico notable sobre la población mariense. Había un muchacho que gritaba:

¡Ya tenemos cañones! ¡Viva Figueres!

Hasta cañones teníamos. Una vez dije yo:

Las únicas armas que no entraron en acción durante esa pequeña guerra, fueron los submarinos.

BOMBARDEOS Y DESALIENTOS EN EL EMPALME. La situación de El Empalme seguía constituyendo una de mis preocupaciones más serias. Allí, como siempre, hacía frío, había neblina y lluvia. Día con día ese punto clave sufría el embate de los gobiernistas. Los fusiles, las ametralladoras y los morteros montaban una gigantesca sinfonía de horror y muerte entre aquellos cerros.

Nuestros compañeros sintieron la presión que constituían los ataques de uno u otro avión gobiernista que nos visitaba. Desde ellos venía el ametrallamiento; se lanzaban bombas confeccionadas en los talleres del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, bajo la dirección de Julio López Masegoza, veterano de la guerra civil española. En la confección de esas bombas empleaban cilindros de oxígeno rellenos con dinamita y esquirlas metálicas. Esas bombas, al estallar, abrían enormes huecos en las carreteras y en los potreros que rodeaban nuestras posiciones. Demolían, como si fuera una gran victoria, algunas casitas de madera que se levantaban en la zona.

Una de esas bombas le causó una dolorosa lesión a Bruce Masís. Sólo porque Bruce es un valiente, no fue a dar al hospital.

Pero ni el frío, ni el ametrallamiento ni el bombardeo, lograron amilanar a nuestros soldados quienes, con tétrico buen humor, se burlaban del bombardeo diciendo: Cuantas más bombas caen, más se goza.

Sin contar con armamento antiaéreo, nuestros muchachos, siempre en el jovial espíritu tico, hacían apuestas sobre quién pegaría el avión con su rifle. En verdad lograron darle a uno, que se alejó entre chorros de humo, y fue a caer en el estero de Puntarenas, a la altura de Chacarita. Lo piloteaba según me lo afirmaron luego, un aviador llamado Fernando Castro.

A todas las circunstancias adversas, se unía la falta de abrigo suficiente para combatir el frío y la escasez de alimentos. El aprovisionamiento se había descuidado un poco, en medio de las muchas preocupaciones que nos agobiaban.

Todo esto, sumado a la casi permanente ausencia del frente, del comandante Coronel Rivas Montes, por razones de salud, desarrolló una situación de descontento entre los combatientes rasos y hasta entre los oficiales. Ocurrieron algunas deserciones. Los ánimos entre los oficiales estaban caldeados contra la dirección general de la guerra.

Un día se me arrimó don Jeremías Ureña nuestro abastecedor oficial, que era hermano de Emigdio Ureña, el que fue baleado en la garganta durante una de las tantas batallas de El Empalme, y me dijo:

Comandante, nos quedan 15 chanchos. Usted ordena si tasamos o no tasamos la carne.

Don Jeremías sentía cierto orgullito de ser mi confidente. Una vez se me acercó al oído y moduló la voz de manera que pocos pudieran oírlo. Me preguntó: *Don Pepe, ¿cómo va la estrategia?* Obviamente le impresionaba esa palabra.

GOLPE AUDAZ AL GOBIERNO EN LA INTERAMERICANA. Las tensiones encontraron una feliz salida en uno de los episodios más heroicos de la guerra, que se les ocurrió a Frank Marshall, Bruce Masís y al Indio Sánchez.

Aprovechando que se estaban relevando a algunos combatientes de El Empalme con elementos más frescos de Carlos Gamboa, se decidió lanzar un ataque a fondo contra las posiciones enemigas. Así lograríamos desmoronar las fuerzas gobiernistas, a lo largo de la Carretera Interamericana. De no dar ese golpe audaz, estaríamos en peligro de perder esa importante posición de El Empalme, a causa del desaliento que invadía a algunos soldados.

Alberto Martén siempre estuvo preocupado por la situación de los muchachos de El Empalme. El había establecido y organizado esa posición. En la noche, en que los jefes estaban elaborando los planes del ataque, Alberto los visitó y los alentó a seguir en su empresa. Les ofreció enviar refuerzos. El me informó de sus planes y ahí mismo le di mi aprobación, pues yo conocía a los hombres que los iban a ejecutar y las capacidades de don Alberto.

Al rayar el día y despejarse la neblina, Frank Marshall, con diez hombres, avanzó sobre el enemigo con tanto arrojo, que lo hizo huir en desbandada. Sólo se perdió un hombre, el valeroso Manuel Ureña Valverde, que falleció en Santa María, a donde lo habíamos trasladado mortalmente herido. Marshall logró así, con su puñado de valientes, poner en fuga a ¡todo! el ejército expedicionario del gobierno y reconquistar La Sierra, perdida por nosotros desde el 13 de marzo.

Bruce Masís, que observaba el desarrollo de los acontecimientos, a pesar de que aún sufría por la reciente lesión, superando el dolor, se apresuró a llegar con sus hombres a reforzar a Marshall. Una vez reunidos, contemplaron con satisfacción de patriotas, cómo las tropas gobiernistas huían en tal desbandada, que dejaron gran cantidad de vituallas, armas, municiones, tiendas de campaña y hasta algunas ollas con sopa caliente.

Luego supe que don Teodoro Picado denominó la fecha de la derrota de sus tropas, como El día de pánico en la Interamericana.

LOS VALIENTES SON REPRENDIDOS. Ante un éxito tan arrollador, a Frank Marshall, siempre tan propenso a los gestos audaces, se le ocurrió una idea que fue secundada por otros compañeros. ¿Por qué no perseguir a los mariachis en su fuga loca hasta Cartago? Marshall y Cardona decidieron trasladarse a Santa María a consultarme ese movimiento. Por dificultades de tránsito, tomaron la ruta de San Marcos. Antes de partir, Marshall encargó a Vico

Starke, la responsabilidad de comandar el grupo que retenía La Sierra, con instrucciones de sostener la posición hasta su regreso. Marshall y sus compañeros se dedicaron a celebrar la victoria en San Marcos. Exageraron la celebración con algo de licor mientras La Sierra estaba en peligro. Cuando me enteré de ese comportamiento, no pude contener mi indignación y como responsable de la gesta que estábamos realizando, les envié un telegrama con el siguiente texto:

Las victorias en el Ejército de Liberación Nacional, se celebran con austeridad y con una redoblada dedicación a mayores sacrificios. Las borracheras sólo sirven para empañar una causa sagrada y degradar a sus héroes

Ellos, caballerosamente, reconocieron su error y ofrecieron excusas y con sus heroicas acciones siguientes, reivindicaron con creces el error.

COMBATE Y DERROTA EN LA SIERRA. El Gobierno quería recuperar La Sierra a toda costa. La situación se vio complicada por la visita de Monseñor Sanabria. El señor Arzobispo me había informado, por los canales clandestinos de comunicación de San José, su deseo de visitarme en Santa María de Dota, en su afán de poner fin a las hostilidades. Venía a someter a mi aprobación una nueva fórmula de arreglo de las muchas que en San José se habían elaborado entre políticos de ambos bandos, con la participación de don Otilio Ulate, quien seguía hospedado en el Palacio Arzobispal.

La llegada de Monseñor Sanabria estuvo llena de incidentes porque los mariachis, comandados por el siniestro Tavío, intentaron cobijarse tras el Prelado para atacarnos.

Monseñor que descubrió la estratagema, se negó a servir de mampara, y les reprochó el intento. Ante la enérgica actitud de Monseñor, Tavío desistió de su sucia maniobra y lo dejó entrar sólo, con sus acompañantes, los señores doctor Fernando Pinto y el Lic. Ernesto Martén, padre de Alberto.

Una vez que Monseñor Sanabria hubo pasado, los gobiernistas lanzaron, con el apoyo de un tanque, un ataque a La Sierra, que fue resistido por Vico Starke, Max Cortés y Bruce Masís, con sus valientes compañeros. El tanque tuvo que devolverse porque uno de nuestros combatientes, con riesgo de su vida, mató a varios de sus artilleros. No obstante el ataque se renovó con mayor violencia y el Gobierno se apoderó de nuevo de La Sierra. Allí perdimos dos héroes: el capitán Marcelino Jiménez y a Carlos Luis Rojas Láscarez, cuyos cadáveres el Padre Núñez llevó a Santa María de Dota. Allí también fue herido uno de los compañeros de mayor mística: Emigdio (Millo) Ureña. El Padre Núñez llevó a Ureña al hospital de Villa Mills, encareciendo a su personal sus virtudes

de luchador y rogándoles que lo restituyeran cuanto antes al frente. Pocos días después, Millo se encontraba en la Marcha Fantasma.

Como homenaje al alma campesina que vibró en toda nuestra gesta, dejó aquí transcritos unos versos que Millo escribió antes de partir a nuestro frente. Combinan la ternura con el sentido heroico de servicio que él le daba a su acción. Reflejan el Espíritu del 48:

¡Adiós mi madre querida!
Adiós mi esposa y mi guía
A Dios y a la Patria
les voy a ofrecer mi vida.
La patria está gobernada
por un bloque de bandidos
¡Adiós mis parientes todos!
¡Adiós amigos queridos!
Son muchas y muchas vidas
las que se van a perder
y la justicia nos dice
que es a morir o a vencer.
Le ruego a mi buena Madre
no preocuparse siquiera
que, si a su hijo lo matan
él en el cielo la espera.
Le ruego cuidarme mucho
a mi linda Teresita
que si se queda sin padre
¡la patria lo necesita!...

LAS VISITAS DE MONSEÑOR SANABRIA. Recibimos con todo aprecio a Monseñor Sanabria en el cuartel de Santa María, instalado en la Escuela República de Bolivia, tomando en cuenta su alto valor personal y la naturaleza de su misión.

La esencia de la fórmula de arreglo que Monseñor me trajo, consistía en confiarle el ejercicio del Gobierno al doctor Julio César Ovares, de extracción calderonista; declarar inmediatamente un armisticio, con amnistía general e indemnización para los damnificados de ambos bandos.

Nosotros estaríamos dispuestos siempre a establecer amnistía, indemnizaciones y armisticios por el bien de Costa Rica. Pero la misma consideración del bien de Costa Rica, nos impedía aceptar ninguna fórmula en que se violara el resultado de la última consulta popular, aunque su beneficiario, don Otilio Ulate, estuviera generosamente dispuesto a ceder. Tanto sacrificio del pueblo, tanta sangre derramada, tanta muerte, no ocurriría tan

sólo para arreglos politiqueros que satisfacían ambiciones personalistas e intereses de grupos tradicionales. Me volví hacia la ventana y le dije a Monseñor y a sus acompañantes:

Vean al frente, ese *pick-up*. Allí están dos cadáveres, el de Marcelino Jiménez y el de Carlos Luis Rojas. Los acaba de traer el Padre Núñez desde el frente de La Sierra. Sus espíritus y el de muchos héroes caídos, me impiden aceptar la proposición que nos hacen.

En conversaciones informales, les hablé a mis visitantes de mis propósitos de introducir reformas en la conducción ética de la Administración Pública, con espíritu de eficiencia y de honradez. Para eso el gobierno no podía compartirse con los representantes del desastre de los ocho años. Hasta le di a entender que el movimiento revolucionario, conforme lo había anunciado en mi segunda Proclama, estaba planeando programas de reconstrucción nacional, basados en la mayor producción, normada por la justicia social. Para eso y para reconstruir las instituciones nacionales, parecía conveniente un período de gobierno por decreto-ley.

Monseñor Sanabria, historiador insigne, no ocultó sus aprehensiones sobre el establecimiento de un Gobierno de facto. Dijo:

Estos gobiernos se sabe cuándo comienzan pero no cuándo ni cómo terminan. Por favor, no olviden el pecado original (queriendo decir las debilidades de los hombres).

Monseñor conocía la triste historia de los militares latinoamericanos. No le culpo por no haber percibido que estaba ante hombres que enseñarían al continente y al mundo, la forma civilizada de rematar una revolución, con el establecimiento de las instituciones basadas en las libertades de los ciudadanos.

Monseñor Sanabria, pernoctó en Santa María alojándose en la Casa Cural. Nuestra prolongada conversación llegó, como tenía que llegar, al tema social. Yo le di algunas explicaciones en cuanto a los planes que estábamos meditando, como líneas de orientación para gobernar, una vez que triunfáramos. Los planes que le expusimos, el Padre Núñez y yo, le gustaron mucho. El, al igual que yo, era socialista. Su socialismo, por supuesto, se derivaba del pensamiento social-cristiano, el mío de otras fuentes, a partir de los pensadores políticos franceses e ingleses del siglo XIX. Pero las coincidencias eran muchas. A la mañana siguiente, al continuar nuestras conversaciones, Monseñor con discreción, quiso aconsejar que preparáramos una posible huida nuestra a Panamá. Caminamos unos pasos hasta que teníamos a la vista el cementerio de Santa María. Yo le señalé en esa dirección diciéndole:

Monseñor, esa es la única huida posible.

DESALIENTO Y TENSIONES. Por aquellos días de tediosa espera, tuvimos que encarar difíciles situaciones. Sabíamos que en el Frente Civil, la espera también se hacía cada día más angustiosa.

En El Empalme la situación se volvía casi insoportable. Las fuerzas del gobierno acosaban esa posición, aunque los nuestros no cejaban rechazándolas. Pero la inclemencia del clima, frío y húmedo y las condiciones lamentables de alojamiento, afectaban la moral de los combatientes más que las balas enemigas.

Muchas veces, sin dejarlo traslucir ni a mis más cercanos amigos, sentí desfallecer el corazón. Me dolía en lo más íntimo, cuando me informaban de la muerte de tal o cual muchacho, con el que horas antes había conversado. Sufríamos bajas en la guerra. Como en muchas circunstancias en la vida, sólo los que se lanzan al frente son heridos o muertos. Los que se esconden, ni son heridos ni llegan a ser héroes. Estábamos en guerra y había que superar la angustia con un pensamiento que en alguna parte había yo leído:

No lloréis a vuestros muertos. Ellos vivirán en el esplendor de la gloria...

En ese esplendor de gloria eterna, viven para mí esos héroes que, por acompañarnos en la tarea de restablecer la libertad en Costa Rica, cayeron en los campos de El Empalme y en los otros frentes de guerra. Ahora, en el otoño de mi vida, iluminan mis horas de recuerdos.

Esto despertaba en mí el deseo de unirme a mis compañeros propiamente en el combate, para participar en sus peligros y en sus estrecheces. Aun en Santa María, yo no busqué nunca una casa donde alojarme. Permanecía con los muchachos instalados en aulas de la escuela, donde teníamos por lecho unas bancas. También quería estar con ellos en los galerones de El Empalme o enfrentándome al enemigo a su lado, como lo había hecho en Santa Elena. Esto produjo un conflicto con mis compañeros en posición de mando, sobre todo con el impetuoso Tuta Cortés, cuando se enteró de que yo hacía escapadas a posiciones de fuego. Según su sensata opinión, debiera de estar en el Cuartel General, atendiendo desde allí las situaciones de todos los frentes. Max me dijo:

¿No se da cuenta usted de que su valor está en tenerlo vivo y no muerto. No ve que para pelear estamos nosotros?

Debí refrenar mis arrestos hasta el día en que me uní a ellos en la Marcha Fantasma, sirviendo entre otras cosas de mulero y entrando a tomar a Cartago, como veremos.

DEBILITAMIENTO INTERNO DE EL EMPALME. El Empalme seguía registrando signos de fatiga. De vez en cuando recibía noticias de que algunos hombres abandonaban el frente, dejando los rifles allí tirados o llevándoselos con la promesa de volver. En algunos casos se trataba de esposos, padres de familia, que en la mejor tradición campesina, iban a darle una vuelta a sus hijos y a su mujer, que como algunos decían: estaba para mejorarse. En otros casos, eran agricultores que querían ir a inspeccionar sus siembras; pero en algunos se trataba de personas que simplemente no aguantaban aquella tensión. Uno de los jefes de El Empalme me confesó que si ellos no desertaban, era porque no tenían dónde refugiarse.

A ese grado había llegado la impaciencia entre nuestros combatientes de El Empalme. Casi nada podíamos hacer por aliviarla. Alberto Martén, quien a fuerza de ser educador, sabía manejar a jóvenes díscolos, muchas veces, en compañía del Padre Núñez, mantenía el mejor contacto con los muchachos del batallón. En distintas ocasiones fueron a visitarlos. Les llevaban vituallas y palabras de aliento. Pero el descontento continuaba, a veces hasta un punto cercano a la sublevación. Eso me hizo visitarlos. Les arengué en forma severa apelando a su espíritu de sacrificio heroico, probado ahí entre las brumas, la lluvia y el frío. Les repetí que en sus manos estaba la clave de la revolución. El Empalme perdido significaría la revolución perdida y perdidas también las esperanzas populares. Les aseguré que aquella espera desesperante, pronto terminaría; marcharíamos al asalto final del gobierno. Sus estandartes limarían esa marcha. Mi angustia me recordaba las que debió sufrir Cristóbal Colón en altamar, hasta que Rodrigo de Triana lanzó el grito de: *Tierra*.

DINERO DE AMIGOS E INTRIGAS DE POLITICOS. Una de mis constantes preocupaciones era siempre, por supuesto, avituallar las tropas. Habíamos requisado, contra promesa de futuro pago, cuantos gangoches había en la zona para abrigar a los muchachos. Además comprábamos alimentos a las pulperías y fincas a la redonda. A veces no teníamos dinero efectivo y me interesaba honrar los vales que se habían firmado a nombre del Ejército de Liberación Nacional. Decidí entonces enviar a don Guillermo Martí, joven valiente y pundonoroso, a la Meseta Central a buscar dinero. Le entregué cartas para don Alvaro Esquivel, don Fernando Esquivel, don Alex Murray y el doctor Fernando Pinto, pidiendo urgente ayuda. Entre los montes Guillermo se marchó solitario. Duró varios días en su empeño, regresó con unas alforjas de mecate al hombro y el semblante alegre. Traía consigo, 150 mil colones en efectivo. Pagamos vales atrasados y reforzamos la confianza de los pulperos que nos daban crédito. Un hombre cuya contribución recibí con agradecimiento, por no ser él un político, fue don Manuel Mendiola, quien, según me dijo Martí, había, además, recogido dinero entre algunos amigos suyos.

Por esos días, mientras nuestros hombres escribían con sus balas hermosas páginas de coraje, la prensa y radio gobiernista, como lo vi una vez que entramos a San José, decía que yo iba huyendo hacia Panamá, o que me habían matado. La mentira como la pueden constatar los estudiosos serios de este período, fue el arma de propaganda del régimen imperante. Cuantas veces ellos y hasta algunos políticos de la oposición, habrán deseado que yo muriera. Pero, con don Juan Tenorio pensaba yo:

Los muertos que vos matáis, gozan de buena salud.

ARRIBA CORAZONES. BOMBARDEADA LA CAPITAL. Esas congojas que he venido relatando, pedían acciones apropiadas. Nos propusimos en primer lugar, realizar una operación audaz que lograra tres objetivos: primero, levantar el espíritu en todo nuestro frente de guerra, segundo advertir al Gobierno en forma irrecusable, sobre nuestras intenciones finales y tercero, levantar la moral del frente civil. Era necesario enviar un mensaje a quienes en las ciudades y poblaciones, libraban una batalla diaria encarando los riesgos de la represión gubernamental. El hombre clave de la operación, sería nuevamente el aviador Guillermo Núñez. Una tarde vino desde El General hasta Santa María a interesarme en un plan que él había forjado. Consistía en atacar a San José con bombas desde el aire, contra la Casa Presidencial, el Aeropuerto Internacional de La Sabana, la estación central y talleres del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. Acepté el plan que calzaba muy bien con mi estado de ánimo. Sólo me opuse a que causaran daño a las instalaciones del Ferrocarril, pues no debíamos destruir la riqueza nacional, hasta donde fuera posible.

Por la radio había pedido a las fuerzas bajo el mando de Chico Orlich, que tenían abundante dinamita, que hicieran el menor daño posible a las instalaciones públicas, pues a la hora del triunfo, tendríamos que reparar todo lo que en la guerra destruyéramos. El Macho Núñez, aceptó mi razonamiento.

No había gasolina para los aviones. Este grave problema fue atendido con la cooperación de un amigo norteamericano, de los que trabajaban en Villa Mills. Nos ofreció tres estañones con combustible. Resultó que uno era de alcohol y fue aprovechado en el hospital de San Isidro. Los otros dos pasaron a los tanques de uno de los aviones. Núñez llevó consigo a Edgar Jiménez, Fernando Cortés Noriega, Rafael Rodríguez, Edgar Solano, Fernando Madrigal y a Manuel Antonio (Tuto) Quirós, quienes iban como bombarderos. A Manuel Mesén Mesén, de San Isidro, lo nombró copiloto. Mesén ni siquiera había montado alguna vez en un avión. Núñez le explicó en dos minutos lo que tenía que hacer. El piloto Núñez le indicaría el momento de lanzar las bombas. Mesén avisaría en forma de cadena, tocando el hombro del compañero cercano y éste al que le

seguía, hasta que llegara el mensaje a quien, Con riesgo muy grande, iba acostado sobre el piso del avión, de cara a la puerta abierta y mirando hacia abajo.

Tempranito en la mañana salió el avión de Santa María con su carga de bombas. En una verdadera proeza llegaron a San José. Volaron sobre la Casa Presidencial y dejaron caer con gran precisión, una bomba de las que nos habían traído de Guatemala. El plan era lanzar dos, pero no se hizo, por un mal entendido. Gracias a Dios. Si hubieran caído las dos, el avión hubiera corrido el riesgo de ser dañado por la onda expansiva. Así y todo, según me contó el aviador Núñez, el efecto del estallido de la bomba, le hizo difícil controlar la nave, que estuvo a punto de caer sobre el Edificio Metálico.

Habíamos convenido que si la misión tenía éxito, Núñez sobrevolaría, de regreso, nuestras posiciones en Santa María y moviendo las alas del avión, nos daría la buena nueva. En Santa María, llenos de tensión, en una radiante mañana, mirábamos hacia el horizonte por el oeste. Cuando apareció el avión moviendo sus alas, se llenó nuestro corazón de gozo. Era una victoria más, pero no cualquier victoria. Era una victoria que anunciaba a los costarricenses el cercano final del régimen de ignominia.

ANGUSTIA Y SUEÑOS. Ya habíamos cumplido varias semanas de guerra. La espera costaba mucho al país. Cada día que durara, aumentaría el sacrificio. Los correligionarios que militaban en la Oposición Nacional, secundando el esfuerzo de quienes estábamos en el frente, se mantenían ocultos, huían, o estaban presos. Los gobiernistas estaban sobre las armas, pero no en el frente de batalla. Un militar calderonista, el coronel Enrique (Pencho) Alvarado contaba indignado, después de la guerra, que arrastrando sus ametralladoras por el suelo, los calderonistas montaban guardia dentro y fuera de la casa del doctor Calderón Guardia, sin, eso sí, hacer por dónde arrimarse al frente de batalla. Alvarado los llamó Las damas de compañía.

La economía nacional se iba a pique. El Gobierno se vio en la necesidad de pedir a muchos comerciantes de esa época, le adelantaran dinero de los impuestos futuros. A nosotros nos tocó, ya en el ejercicio del poder, liquidar muchas de esas cuentas. Eso me preocupaba, pues mientras más durara la guerra, más tiempo se paralizaría la industria, la agricultura y el comercio y más vidas se perderían. Me rebelaba al darme cuenta de que todo esto sucedía por la terquedad del Dr. Calderón Guardia, de retener el poder. Ya en 1946, los estudiantes universitarios le habían pedido se apartara un tiempo de la política electoral. Los desoyó. Tampoco aceptó algo más definitivo que fue el veredicto popular expresado en los sufragios. Y no podía explicarme ese grado de insensatez. Menos que hubiera quienes siguiesen con fe ciega a un hombre que

hizo de la corrupción, del fraude y la marrullería, toda una escuela en la política costarricense, sólo que ahora se abroquelaba tras la bandera de la legislación social, que nosotros no estábamos combatiendo. Quería explicarme a la vez, cómo el Lic. Teodoro Picado, un intelectual de gran distinción, hombre de leyes e historiador, aceptaba ese papel desteñido de marioneta, al servicio de gentes menos capaces que él, sin sentir escrúpulos a pesar de que el camino por el que lo empujaron los Calderón y sus propias ambiciones, había desembocado en la peor de las guerras, la civil, cuando en sus manos estuvo, siempre, el evitarla. ¡Pero no quiso!

En el jardín de la iglesia de Santa María, meditaba sobre este cuento con mis más allegados compañeros que venían del frente en alguna misión. A la sombra de la torre de aquella iglesia, fuimos concretando muchas ideas que desde el *Centro Para el Estudio de los Problemas Nacionales* y en las largas noches de discusión en el *Partido Social Demócrata*, ocupaban nuestro espíritu. Ahora no eran simples especulaciones sino que tendrían que convertirse en planes de acción una vez conseguida la victoria.

ACORRALADOS PERO NO VENCIDOS. Si bien el bombardeo a la Casa Presidencial había hecho vibrar el alma nacional, para unos con gozo y para otros con temor, todavía era necesario encarar la situación a que nos había llevado la larga espera.

Los comunistas habían logrado influir sobre el coronel Jacobo Arbenz, Ministro de Defensa de Guatemala y sobre todo, del Presidente Arévalo. Mintiendo nos presentaron como agentes de los sectores retrógrados del país, como ya hemos dicho. Nuestra revolución era para ellos:

Un movimiento reaccionario que se proponía aplastar las conquistas logradas por los trabajadores.

En consecuencia, el Presidente Arévalo decidió no dejar salir más armas para nuestro movimiento. El partido Comunista Guatemalteco secundaba a sus camaradas ticos, ejerciendo severas presiones. En uno de los vuelos, nuestros pilotos, Otto Escalante, Johnny Victory y don Fernando Cruz, al llegar a Guatemala, fueron detenidos. Se les envió en su avión, que les fue requisado, a un sitio aislado llamado Ponctun, en el Peten. Desde aquel momento no supimos más de ellos ni logramos contactos con nuestros amigos de Guatemala. Aquí en Costa Rica, nuestra reserva de pertrechos disminuía. Sólo quedaban 1.500 tiros calibre 45 para las metralletas. Había que hacer una revisión a fondo de las estrategias preparadas. Había que escuchar comentarios críticos y señalar errores de apreciación. En fin: hacer nuevos cálculos y nuevas decisiones.

Entonces convoqué a una de las juntas más cruciales de la Guerra Civil. Se llamó a todos los Jefes de los frentes. La reunión tuvo lugar en un aula de la Escuela República de Bolivia de Santa María de Dota, entonces llamada el Cuartel General.

Esa tenía que ser una de las tantas noches tristes. Al final de incontables discusiones, aburrido de no poder convencerles, les dije teatralmente: *La verdad es que no tenemos parque 45*. Todos sabían que era el calibre prevaleciente en nuestras armas automáticas. Estaban maltratados los distintos frentes. Lo peor era que habíamos perdido nuestro puente aéreo con Guatemala y no sabíamos dónde estaban ni nuestros aviones ni nuestros aviadores.

Se dieron varias ideas sobre lo que había que hacer: dividirnos en guerrillas, proponían algunos. Otros sugerían que atacáramos Cartago por sorpresa. En el caso de fallar, cambiaríamos el escenario de la guerra hacia el norte por el Irazú y el Turrialba, donde contábamos con buen apoyo popular. Yo estaba preocupado y exhausto. Me acosté en el suelo, boca arriba, cogiéndome la cabeza con ambas manos. Los compañeros callaron y yo les dije:

Sigan hablando muchachos, yo les estoy oyendo y sobre lo que dicen, estoy reflexionando.

Se llegó a la conclusión general de que, antes de hacer algo, deberíamos restablecer a toda costa el contacto con Guatemala. Entre tanto reforzaríamos en número, los cuadros de El Empalme y los otros frentes. Para el contacto con Guatemala, el Padre Núñez propuso un plan que fue aceptado por todos. Despacharíamos un mensajero de absoluta confianza, con una carta al Embajador de Guatemala en Costa Rica, quien según los informes que nos llegaban al frente, se mantenía leal a nuestra causa. El Padre dijo:

Tengo al hombre que puede ir a San José a llevar ese mensaje al Embajador. Es Chalo Castillo, un magnífico dirigente sindical que responderá a mi pedido.

Gonzalo, sastre y Secretario de Conflictos de la *Rerum Novarum*, había llegado entre muchas dificultades a incorporarse al Ejército de Liberación Nacional. Ya era Jefe de un pelotón por lo que estaba feliz.

El Padre Núñez lo llamó y le dijo:

¿Conoce usted la historia del Mensaje a García?

El Padre le explicó esa aleccionadora anécdota de la Guerra de Independencia de Cuba. Como final le dijo:

Ahora usted debe llevar una carta muy importante al Embajador de Guatemala en San José.

Chalo partió hacia San José, buscó a una hermana del Padre Núñez, Elida, quien cubrió el último trecho y llevó la carta al Embajador. La carta había llegado a su destino. En ella se instaba al Embajador a movilizar a los amigos nuestros en Guatemala y sobre todo deshacer las mentiras de los comunistas.

Chalo Castillo, trató de volver a Santa María pero esta vez fue hecho prisionero y pasó en la cárcel, entre vejámenes, hasta el día de la victoria. En 1953, en mi primer triunfo electoral, Chalo fue electo diputado, de los trabajadores, por mi partido Liberación Nacional.

LA REVOLUCION AVANZA. El mensaje a García, produjo el efecto deseado. A los pocos días se restableció el puente aéreo. Otto Escalante llegó con su avión cargado de armas y municiones. El coronel Arana había logrado imponerse al mismo Presidente Arévalo.

En esta ocasión Arana me envió con Otto Escalante el siguiente mensaje:

General Figueres, creo que la revolución no está avanzando con el ritmo necesario para lograr el éxito a corto plazo. Recuerde que la revolución que no avanza, se pierde.

Cuando Otto me dio este mensaje pensé un momento la contestación. Mi respuesta a Arana fue la siguiente:

Quienes están conmigo, son profesionales, estudiantes, maestros, obreros y campesinos, que no son duchos en el manejo de las armas. Les sobra amor a una patria nacida para los valores cívicos. No puedo mandarlos a que los maten así de buenas a primeras. La cosa aquí no es igual que en Guatemala, en donde mandan a los indios a matarse sin que importe nada para qué...

Fue dura la respuesta. Lo cierto es que cuando la recibió, Arana dijo:

Bueno, quizá el general Figueres tenga razón...

La espera había terminado. La iniciativa del combate que hasta ahora la había tenido el Gobierno, la íbamos a asumir nosotros. La marcha comenzaba.

CAPITULO VIII

LA GUERRA ES RESISTIR

La espera deja al enemigo la iniciativa.

En el Territorio Libre meditábamos sobre nuestra misión histórica, esperando para la hora de atacar. Entre tanto nos correspondía resistir y repeler los ataques que el Gobierno lanzara.

Me he referido al asalto de que fuimos objeto en La Sierra, el día que nos visitó Monseñor Sanabria. El enemigo quiso aprovechar la tregua que yo había ordenado a mis muchachos, para recibir a tan ilustre visitante. Perdimos nuevamente esa posición pero reforzamos aún más El Empalme. Detuvimos el intento de los mariachis de romper ese frente, e invadir nuestro territorio abriendo la ruta hacia San Isidro de El General. El Empalme se convirtió en sinónimo de heroísmo.

El desgaste propio de la espera, no nos había hecho bajar la guardia.

En San Isidro de El General hubo que presentar otra resistencia heroica. El Gobierno trató de reconquistar la ciudad con un ataque muy obstinado, lanzado con fuerzas llevadas por mar a Dominical y de allí, a pie, a ese pueblo. Es decir, que San Isidro fue escenario de tres combates durante la guerra, el primero, al inicio de nuestras operaciones, cuando tomamos esa plaza con su aeropuerto y los aviones. El segundo, que menciono ahora, revistió características muy graves, hasta heroicas. El tercero ocurrió al final de las hostilidades, cuando ya Cartago y Limón habían sido conquistadas y en San José se estaban realizando las negociaciones de paz. Con el tercer combate, se puso fin a la fase armada de la Guerra de Liberación Nacional. En consideración a estos hechos, posteriormente la Junta Fundadora de la Segunda República, declaró a San Isidro de El General, Ciudad Mártir.

AVANCE DEL GOBIERNO SOBRE SAN ISIDRO. El Gobierno lanzó en esa zona, sus fuerzas en un intento vigoroso y masivo, por inflingirnos un severo revés militar que de haber tenido éxito, hubiera sido de consecuencias trágicas para nuestra revolución. El Gobierno intentaba cerrar, alrededor nuestro, con esta acción, lo que por radio anunció el Presidente Picado, llamándolo un cerco de hierro. Para ello había estado congregando sus tropas y equipos en una línea que va desde La Sierra hasta Tarbaca, intentando encerrarnos en el costado Sur del frente.

Este ataque de las fuerzas gobiernistas sobre San Isidro, constituyó uno de los episodios más heroicos de la Guerra de Liberación Nacional, tanto de parte nuestra como de parte del Gobierno. Presenta una situación muy compleja, donde ambos lados hicieron gala de valentía. Su descripción detallada rebasa los objetivos de este relato.

A nuestro Cuartel General en Santa María comenzaron a llegar noticias alarmantes sobre la posibilidad de que el Gobierno preparaba un desembarco en la playa Dominical a unos 38 kilómetros de San Isidro de El General. Era tanto más peligroso, por cuanto el Gobierno tendría oportunidad de realizar una considerable movilización de tropas, entre los trabajadores bananeros.

Se confirmó la noticia. Tropas del Gobierno habían desembarcado en Dominical y avanzaban hacia San Isidro. Venían comandadas por el General Enrique Somarribas Tijerino y por el mayor Juan Leyva, ambos nicaragüenses. El primero de tradición sandinista, en el sentido que entonces se daba a la palabra y el segundo, ex-guardia de Somoza. Además compartía con ellos el mando, el diputado comunista costarricense Carlos Luis Fallas, como Consejero o Comisario Político de la expedición.

En San Isidro compartían el mando nuestro, don Fernando Valverde Vega en lo político y el coronel Miguel Angel Ramírez Alcántara en lo militar. Lo acompañaba un grupo de selectos combatientes cada uno de los cuales tenía pasta de capitán en caso necesario. Doy los nombres de algunos de ellos: Benjamín Odio, Fernando Ortuño, Juan Arrea, Elias Vicente, Romilio Durán, Rodrigo Silesky, Miguel Salguero, Jorge Ramírez, Juan Bautista Gamboa, Guillermo Núñez, Damián Barrantes, Rodrigo Quesada, Haroldo Mora Gómez, Aníbal Barboza, Edmond Woodbndge, Mario Viriato Rodríguez Rodríguez, Roberto Fernández Duran, Manuel Antonio Quirós (Tuto) y Fernando Rodríguez Rodríguez.

En manos de ellos, secundados por un buen número de campesinos, estaba la defensa de San Isidro. Si la ciudad caía en manos del enemigo, tendríamos un puñal sobre nuestras espaldas en el Territorio Libre. Para robustecer ese frente, ordené que algunos compañeros del batallón El Empalme, fueran trasladados rápidamente a San Isidro. Iban a las órdenes de Edgar Sojo y Víctor Manuel Mora (El Negro Mora). Muchos de ellos iban a una muerte segura.

Cuando en el Comando de San Isidro hubo certeza de que una columna gobiernista, compuesta en su gran mayoría de miembros del partido comunista, Vanguardia Popular, amenazaba con apoderarse de la localidad, se decidió previa consulta conmigo, enviar a un grupo de combatientes a atajarlos en el camino. En ese grupo entre otros, iban Fernando Ortuño, Benjamín Odio y Carlos Mendieta (Pocholo). El grupo tuvo mala suerte. En plena noche y entre la

confusión del encuentro con los soldados de Tijerino, Fernando Ortuño y Carlos Mendieta fueron hechos prisioneros. Odio, con habilidad y valor, logró escapar por entre guindos y restituirse a nuestro ejército. Actuó como si toda su vida hubiera sido hombre de campo y no abogado citadino. Después de nuestra victoria militar el Lic. Benjamín Odio fue miembro de la Junta Fundadora de la Segunda República. Sus cualidades personales, unidas a su valor y sentido de compañerismo, dejaron un recuerdo amable entre los que fuimos sus compañeros.

Por esos días, dos sacerdotes alemanes, que fungían como misioneros en San Isidro y habían sido soldados en la Primera Guerra Mundial, pusieron al servicio de nuestra causa su experiencia militar. Aconsejaron abrir una trinchera en la Plaza Central, con especificaciones muy acertadas. Esa trinchera sería el refugio de angustia y de resistencia, síquica y física, que durante treinta y seis horas, iban a tener aquellos compañeros a quienes luego llamamos los Treinta de la Trinchera. Esa trinchera hoy tiene en el Parque de San Isidro, un pequeño monumento.

Otro grupo pequeño se mantuvo en las afueras, vigilando el avance de la columna de Tijerino y hostigándola de vez en cuando. En El Alto de San Juan y Las Farallas, al Oeste de San Isidro, hubo un encuentro donde pereció Jeremías Garbanzo, sobrino de aquel Jeremías Garbanzo que conforme he dicho en el primer capítulo de este libro, había sido asesinado por la soldadesca de los Tinoco. Uno murió luchando contra la dictadura de los Tinoco; el otro en la Guerra de Liberación Nacional, contra la dictadura de los Calderón Guardia, Mora y Picado.

Nuestro Coronel Ramírez, no recomendaba ir a luchar en la montaña, por donde andaba el enemigo. Esperaba a que salieran al llano para batirlos. Decidió enviar dos grupos con el doble propósito de mantener al enemigo bajo constante observación y en el momento dado, tomarlo entre dos fuegos. En uno de los grupos, iba el piloto, Guillermo Núñez, que no rehuía nunca su puesto de batalla y en el otro como Comandante, iba el Mayor Francisco Morazán, hondureño. No funcionó el plan de poner al enemigo entre dos fuegos, a manera de tenazas y presionarlo contra la población de San Isidro donde lo esperaba una defensa nuestra bien armada. El Mayor Morazán no actuó como se había dispuesto, sino que se retiró con su grupo, buscando la salida hacia la Carretera Interamericana.

LOS MARIACHIS EN SAN ISIDRO. A la mañana siguiente, cuando apenas comenzaba a aclarar, en la orilla Sur del campo de aterrizaje, (de entonces), resonaron gritos de *¡Viva Calderón Guardia!, ¡Viva Manuel Mora!* y las notas del clarín acompañadas de golpes de tambor. Tijerino había logrado infiltrarse durante la noche y se disponía esa mañana, según sus planes, a coronarse de gloria,

entregándole al régimen la estratégica plaza de San Isidro.

Se trenzaron los nuestros en una balacera infernal con los contrarios, que avanzaban sobre el puente de La Martin, (llamado así porque había sido construido por la empresa *Martin Wunderlich*, que realizó aquel trazado de carretera). En este encuentro desventajoso para los nuestros, murieron los jóvenes que habían venido de El Empalme. Sobrevivió, gravemente herido, Víctor Ml. Mora y Edgar Sojo logró retirarse sano y salvo.

En este primer choque los mariachis ganaron. Más de trescientos hombres, hicieron la proeza de vencer a siete...

Los hombres de Tijerino, pasaron por el puente de La Martin y se desplegaron por los cuatro costados de San Isidro. En el corazón de la ciudad estaban firmes y decididos a atajar al enemigo con sus vidas, treinta hombres metidos en la trinchera construida pocos días antes. Además, nos quedaba el Plantel de la Carretera Interamericana, en la parte Oeste y más alta de la población. Desde ese plantel, el Coronel Ramírez, con una ametralladora de sitio, manejada con éxito por Juan Arrea, mantuvo a raya al enemigo. Entre tanto, los hombres de la trinchera se mostraron heroicos en su resistencia. La batalla de treinta y seis horas, dio a nuestros muchachos la oportunidad de mostrar su aptitud de guerreros insignes. En San Isidro fue, precisamente, donde el hondureño López Godoy, dijo su arrogante frase:

La ametralladora que yo quiero manejar, viene en manos del enemigo. ¡Voy a tomarla con este machete!

López Godoy fue herido en El Alto de San Juan, batiéndose bravamente. Recluido en el Hospital fue tratado por el doctor Gómez Rovelo, en condiciones quirúrgicas muy primitivas. El Hospital fue tomado por las fuerzas gobiernistas. Tijerino vio el estado en que se hallaba López Godoy y notó la ausencia de medicinas indispensables para su tratamiento. Tijerino, en vez de fusilar a su enemigo, le dio penicilina de la que carecíamos, para que se la aplicasen. Fue un noble gesto de Tijerino, que provocó mi reacción. A petición del Coronel Ramírez, autoricé, al perecer Tijerino, que en su entierro se le rindieran los honores militares de rango. Los funerales fueron oficiados por el Capellán del Ejército de Liberación Nacional, Padre Benjamín Núñez.

Una de las escenas inolvidables de aquel combate, fue la siguiente: mientras Fernando Valverde y compañeros, desde la trinchera, volvían loco al enemigo con bombas de mano, se vio a un hombre saltar arma en mano, desde un alto techo a la acera, correr hacia la trinchera y tirarse al lado de los hombres de Valverde. Una vez más, ese hombre fue el Macho Núñez.

Más tarde se produjo allí uno de esos hechos heroicos, que

engalanan las páginas de la historia. Una mujer, humilde, llena de patriotismo y de valor, desde la puerta del negocio comercial en el que trabajaba, situado allí, a un paso del sitio en donde Macho Núñez había saltado a la calle para unirse a los valientes de la trinchera, observaba la forma en que los adversarios avanzaban por diversos puntos a fin de converger sobre la plaza, sobre los hombres de la trinchera y ella a éstos les informaba lo que veía.

Mientras la balacera se generalizaba, allí, frente a ella fue herido el valiente compañero Aníbal Barboza. La mujer, sin temores, le ayudó a entrar al interior del negocio y siguió señalando a nuestros soldados la posición del enemigo. Una bala maldita con su tijera de plomo, le cortó la vida. Esa mujer que dio valientemente la vida por la patria llevó el nombre de María Isabel Romero. ¡Que no olviden a esta heroína los jóvenes de hoy!

ESPIRITU RELIGIOSO Y FERVOR PATRIOTICO. Antes de que se volviera tan crítica la situación, yo había enviado a don Manuel Camacho y al Padre Núñez, a cooperar con los compañeros de San Isidro, en el restablecimiento de la vida normal de la población. Ese fue precisamente el día en que comenzó el enfrentamiento con las tropas de Tijerino. En las afueras del pueblo, don Manuel Camacho y el Padre Núñez, se encontraron con el grupo capitaneado por Francisco Morazán. Venían de retirada al caer la tarde, hambrientos y cansados. Don Manuel llegó hasta el Plantel donde estaba el Coronel Ramírez, para recabar información más precisa de la situación y comunicármela. Luego el Padre Núñez y él, subieron hacia atrás, hasta Villa Mills, (unos cuarenta kilómetros) a llevar alimentos a los muchachos. Desde ese lugar el Padre Núñez, por radio, improvisando una clave para la conversación, me describió la gravedad de nuestra posición en San Isidro. Le informé que inmediatamente saldrían de El Empalme más refuerzos. El Padre Núñez y don Manuel Camacho, llevaron los alimentos a la tropa de Francisco Morazán y emprendieron el retorno a Santa María, casi al filo de la medianoche. En el camino a Santa María, cerca del vértice del Cerro de la Muerte, se encontraron con dos autobuses que traían los refuerzos de El Empalme. El grupo descendió de los vehículos que los conducía y el Padre Núñez procedió a un acto religioso. Los muchachos con sus armas al hombro, se formaron en columnas. En ese momento no había ningún costarricense que ocupara una altura montañosa más elevada en el país, ni cuyo nivel moral fuera tan alto como el de esa tropa. En medio del yermo del Cerro de la Muerte, aquellos jóvenes recibieron la absolución colectiva, que el Padre les impartía. Luego cantaron a voz en cuello el Himno Nacional.

Cuando me relataron ese pasaje, sentí que teníamos ganada la Guerra aunque apenas la estábamos comenzando. Los hombres que van al frente de batalla cantando el himno de su patria, los hombres que reciben a un paso del combate la bendición divina, son

invencibles. Dios, Patria y coraje humano, forman un tríptico indestructible. ¡Ese era el Espíritu del 48!

TREINTA Y SEIS HORAS DE RESISTENCIA. A la mañana subsiguiente, el Coronel Ramírez, en el campamento de la Mills, en San Isidro, dio la orden de atacar. En un movimiento envolvente, se puso en desbandada a la tropa enemiga. Hubo muchos muertos. Tanto los atacantes como nosotros tuvimos que lamentar numerosas bajas. Lo que sucedió en San Isidro, durante esas treinta y seis horas, es materia suficiente para un libro. El heroísmo allí desplegado, debió haber sido tema de poemas, de pinturas y de estatuas. Lamento que los artistas de mi Patria, tal vez por falta de información, no hayan encontrado en la gesta del 48, suficientes motivos valederos de inspiración. Por eso he creído necesario agregar al final de este capítulo, el poema Los Treinta de la Trinchera, que arrancó de su corazón, en nombre de la Patria, el ilustre hombre de letras Alberto Cañas Escalante.

Los adversarios derrotados se retiraron en desbandada: unos hacía Buenos Aires, otros a Dominical y otros a Puerto Cortés. Fue un ¡Sálvese quien pueda! ¡La plaza estaba salvada!

Entre los que huyeron, estaba el nicaragüense general Enrique Somarribas Tijerino, acompañado de algunos de sus soldados. Según una versión varios de nuestros soldados los enfrentaron. Tijerino cayó muerto en la refriega. Aun vive el entonces joven combatiente que lo ajustició. Los jóvenes nuestros se presentaron en San Isidro con varios presos, armas capturadas y el cadáver del jefe nicaragüense. El Coronel Ramírez solicitó permiso al Cuartel General, para rendirle a Tijerino honores militares a la hora de su entierro. Desde luego, como lo acabo de decir, yo concedí el permiso. Se le enterró en el cementerio de San Isidro. Su tumba está cerca de la calle, al lado de la de Jeremías Garbanzo, con una sencilla cruz de tubo metálico con su nombre.

Al terminar la guerra y cuando ya teníamos la victoria en nuestras manos, San Isidro de El General tuvo todavía que contemplar una última batalla, en la que se enterraban para siempre, las malévolas aspiraciones del caldero-comunismo. Una tropa gobiernista, se dirigió de Buenos Aires a San Isidro, plaza que ya habíamos abandonado al avanzar hacia Cartago y Limón. Se apoderaron del pueblo indefenso.

Al saberlo yo, que estaba en el Cuartel General en Cartago, envié el Coronel Jacinto López Godoy, con algunos soldados y el tanque que construímos en Villa Mills, a recapturar el poblado. Lo lograron nuestros muchachos en el momento en que Picado firmaba, en la Embajada de México, su rendición. De esto trataré más adelante.

PLANES PARA LA VICTORIA. La revolución como lo aconsejaba el Coronel Arana, debería avanzar para no ser derrotada. Se acercaba el momento de que la revolución avanzara. Mientras resistíamos el forcejeo del Gobierno por penetrar en el Territorio Libre, nuestros combatientes adquirían temple de veteranos necesario a la hora de tomar la iniciativa y atacar.

Aún en los días de tensión y espera no hubo momento ocioso. Nos preparábamos para el ataque, adiestrando a nuestros combatientes. Elaborábamos planes de acción para las operaciones requeridas para nuestro golpe final al Gobierno. Nos preparábamos esbozando nuevos rumbos para el país. Estos incluían transformaciones sociales positivas, que al comienzo de la Guerra no nos habíamos atrevido a sugerir. Muchos de los grandes planeamientos de la historia, se desarrollan sobre la marcha, cuando los cerebros están activamente produciendo ideas y corriendo riesgos. Así nos tocó a nosotros en buena parte.

Una acción, por heroica que sea, si no obedece un plan bien meditado, corre el riesgo de terminar en una ingenua locura. Mi tarea era elaborar planes audaces, sí, pero racionales, concebidos dentro de las realidades de nuestro pequeño país. La posibilidades de éxito dependerían a su vez, de la condición física y espiritual del elemento humano. En ese proceso de elaboración de ideas, tuve siempre la colaboración del Padre Núñez. ¡La guerra es pensar! De las exigencias logísticas, del equipo disponible, de las previsibles reacciones del enemigo y del apoyo de las poblaciones, dependía en todo momento nuestro éxito.

Todo este planteamiento exigió consultas con los compañeros que integraban el Estado Mayor de la Guerra de Liberación Nacional. Hubo comentarios y críticas positivas; señalamientos de errores, que podríamos cometer. Se revisaron los cálculos y llegamos a resoluciones definitivas. Nuestros jóvenes capitanes, convertidos ya en improvisados oficiales tácticos, dieron muestras de madurez y de inteligencia. Sabían que además de aportar su pensamiento para elaborar los planes de guerra, les tocaría, al frente de las tropa, ejecutarlos.

Fueron de gran utilidad el juicio profesional y la experiencia de algunos militares que habían venido a prestarnos ayuda dentro de los términos del *Pacto del Caribe*. Varios costarricenses, como Alberto Martén y el piloto Guillermo Núñez y otros, mostraron capacidades que en la guerra se llaman estratégicas.

PLAN MAGNOLIA Y PLAN CLAVEL. Se pusieron en ejecución los dos planes previstos para la segunda fase de la Guerra: el Plan Magnolia (toma de Cartago) y el Plan Clavel (toma de limón). Estos planes requirieron de mucho pensamiento. Lo que yo entonces llamé

cerebración. Un día, al principio de la guerra, le envié un recado a Alberto Martén diciéndole:

*¡Véngase, porque mi cabeza no aguanta **cerebrar** más!*

Para estos movimientos finales, se necesitó abandonar la zona de Santa María de Dota, colarnos entre las filas enemigas y atacar por sorpresa. El Gobierno se ufanaba de tenernos encerrados en un círculo de hierro que iba desde La Sierra hasta Tarbaca, como dijera ingenuamente en un periódico el Presidente Picado. Allí había concentrado la mayor parte de sus fuerzas y de su equipo bélico. Nosotros debíamos de cruzar esa línea de fuego sin ser notados, para no perder el elemento sorpresa en el ataque a Cartago. Sería importante que las fuerzas gobiernistas no sospecharan siquiera que habíamos dejado indefenso nuestro *Territorio Libre*. Veremos más adelante cómo se ejecutó el *Plan Magnolia* con éxito rotundo.

Con el nombre de *Plan Clavel*, designamos una de las operaciones más audaces que se realizarían durante la guerra: la toma y dominio de Puerto Limón en el Atlántico. La importancia de este plan consistía en la necesidad que teníamos de contar con un puerto marítimo a donde llegarían por barco, equipos bélicos de mayor bulto y eficacia si la guerra se prolongara. Un barco con esa clase de carga, ya esperaba en aguas de Cuba, para navegar hacia el puerto que pudiéramos ofrecerle en Costa Rica.

El plan implicaba una operación difícil de aero-transporte de soldados listos para apoderarse del aeropuerto de Limón y tomar la ciudad y sus instalaciones. Debería sobrevolarse todo el territorio enemigo, cruzando como lo veremos más adelante, la Meseta Central primero del Sur al Norte y luego del Norte al Este. La ruta de vuelo sería de San Isidro de El General a Altamira de San Carlos, y de Altamira a Limón.

COORDINACION Y PREPARACION DE LOS DOS PLANES. Antes de narrar estos detalles, quiero dejar patente algo simbólico pero importante.

Una señora de Santa María de Dota, había ideado y confeccionado una cachucha de color kaki, que pudiera servir de único uniforme distintivo de los combatientes del Ejército de Liberación Nacional. Sería el distintivo del combatiente por la decencia nacional. Hubo que pedir una gran cantidad de cachuchas. Las máquinas de coser de Santa María, orquestaron un himno a la libertad. Todo esto fue pedido como rutina de nuestra presencia en esos lugares, sin que se sospechara de nuestros planes.

Los dos planes deberían guardarse en gran secreto. Para el Plan Magnolia, era necesario sin embargo, pedirle a la población civil

de Cartago ciertos preparativos, por ejemplo en alimentos. Para el Plan Clavel la preparación era más compleja. Se escogieron sesenta y seis muchachos a quienes se les mantuvo separados del resto del ejército, en una finca de lechería y beneficio de café, propiedad de don Alberto Chavarría, situada al noroeste del centro de Santa María. Este grupo fue sometido a un entrenamiento riguroso. Deberían de estar capacitados para lanzarse en un avión todavía en carrera en la pista y entrar inmediatamente en acción. Se iba a ejecutar una operación militar aero-transportada. Con excepción de los dirigentes, ninguno de los que iban a participar en ella, sabían el por qué y para qué de esos ejercicios de adiestramiento tan especiales e intensivos. Se correrían riesgos graves. Nuestro servicio de inteligencia trataba de mantenernos informados de la situación militar en Limón. En esto colaboró muy inteligentemente el doctor Raúl Blanco Cervantes. Yo me mantuve en contacto con el doctor por los medios que pude.

Los dos planes, Magnolia y Clavel, deberían combinarse de tal forma que ocurrieran en un mismo amanecer. Veremos más adelante las circunstancias que entorpecieron la coincidencia cronológica que habíamos planeado. Pero eso mismo vino a ser una ventaja para el resultado de las dos operaciones. Que cierto es el dicho:

¡Dios escribe derecho entre líneas torcidas!

El secreto de estos dos planes se guardó celosamente.

Solamente dos días antes de emprender la Marcha Fantasma, tuve la consideración de reunirme con los líderes civiles de las comunidades que estaban dentro de nuestro Territorio Libre. Todos eran personas mayores y leales a nuestra causa. No les revelé la ruta, pero sí la intención de abandonar masivamente el teatro de la guerra, para una acción directa contra el Gobierno en la Meseta Central. Algunas de las personas convocadas me reclamaron que los íbamos a dejar solos e indefensos. Me propuse dotarlos de algunas armas y lo cumplí. Especialmente dejé en cada pueblo, en manos de personas mayores, algunos fusiles Remington, que habíamos capturado al enemigo. Eran los llamados *cachimbones* de un solo tiro y de gran calibre. Algunos habían sido reformados para convertirlos a siete milímetros, para que le sirvieran los tiros de Máuser. Les pedí que mientras estuviéramos ausentes de la zona, procuraran disparar acá y allá aquellos rifles, para entretener al enemigo, haciéndole creer que aún nos manteníamos allí. ¡Todo estaba calculado!

Después del largo fortalecimiento, nuestro ejército entró en la fase siguiente: el ataque o asalto a la fortaleza misma del enemigo. Esperábamos adelantar mucho el triunfo de nuestra causa. No podíamos pensar que esa fase iba a ser definitiva. Su impacto iba a derrumbar totalmente al Gobierno caldero-comunista.

LOS HOMBRES DE LA TRINCHERA. Termino el relato de esta jornada de heroísmo, transcribiendo con profunda identificación espiritual, el poema del escritor y poeta Lic. Alberto Cañas, dedicado a los defensores de San Isidro de El General, que él llamó LOS TREINTA DE LA TRINCHERA:

I

Para hablar compatriotas, de estos compatriotas,
se necesita amar mucho nuestra tierra;
hay que saber lo duro que es amarla;
se necesita haber llorado por ella;
se necesita haber contado una por una
todas las lágrimas que cuesta.

El que no haya sentido, el que no haya sufrido
en el cuerpo, en el alma, en cada arteria;
el que no haya orgulloso derramado mil lágrimas;
el que no haya querido darle un beso a la tierra,
un beso permanente, final, definitivo
con la sangre manando por heridas abiertas;
el que no haya sabido sufrir y conmoverse
por cada hombre humillado y por cada mujer muerta,
por la tierra arrasada y por la Patria arrasada
y la sangre arrasada y el viento y el aire arrasados
y no se haya mordido los puños con fuerza;
el que no haya llorado alguna vez de rabia;
el que no haya llorado de impotencia;
el que no haya sabido lo que es el horrible ímpetu
de tomar en las manos un arma;
el que no haya querido matar a un ser humano
creyendo hacer con ello una obra buena;
el que no haya sentido en fin la horrible angustia
de la Patria y de la tierra;
el que no haya llorado alguna vez como hombre
que no hable de los treinta hombres de la trinchera.

II

¡San Isidro en peligro! ¡San Isidro en peligro!
Perdido San Isidro, todo está perdido.
Los hombres se contaron y eran tan sólo treinta.
Qué pueden treinta hombres hacer contra trescientos...
En la plaza del pueblo, rodeada por la Iglesia
y la Escuela (así ocurre casi en todos los pueblos)
alguien hace unos días excavó una trinchera,
a orillas de la plaza, pasando por el frente
de la Iglesia y la Escuela.
La plaza no fue hecha para peleas y muerte.
En otros días mejores, se jugaba en ella;

a veces pacían las vacas
o discutían las viejas;
y en las tardes jugaban, a veces,
los niños de la Escuela;
los domingos, después de la misa,
los vecinos juntábanse en ella,
presenciaban un juego de fútbol,
y tomaban granizados o kolas a pico de botella.
No hay que haber conocido San Isidro
para saber todo esto.
Los pueblos son iguales y benditos,
por todas partes se pierden las gallinas
y en todas llegan a pacer las bestias.

Pero esta plaza tiene algo que otras no tienen:
Esta tiene trinchera.

Ahí está la trinchera. ¡San Isidro en peligro!
Los hombres se han contado y son tan sólo treinta.
Qué pueden treinta hombres hacer contra trescientos...

¿Qué pueden treinta hombres hacer contra trescientos?
¡Resistencia!
Para hacer resistencia, está allí la trinchera. ¡San Isidro en peligro!
Mientras estos treinta hombres estén en la trinchera no caerá San Isidro!
Mientras estos treinta hombres opongan resistencia
no estará todo perdido.
Puede ser resistencia silenciosa.
No caerá San Isidro.
Resistencia con pocos disparos.
No estará todo perdido.
Resistencia de sólo estar allí,
de estar allí metidos.
En la trinchera no hay nada que comer
pero no caerá San Isidro!
En la trinchera no hay nada que beber
pero no se perderá San Isidro!
El sol agota, quema y brilla en la trinchera;
no se sabe cuánto tiempo habrá que estar en la trinchera;
no se sabe si habrá que morir en la trinchera;
no hay una gota de agua en la trinchera;
hay barro, polvo y suciedad en la trinchera;
hay pocas, malas armas en la trinchera;
pero saben que en tanto uno sólo de los treinta resista
[en la trinchera,
no caerá San Isidro!

III

El sol y la angustia, el calor y las balas
son los otros habitantes de la trinchera.
Las horas se desgranan lentamente
y caen desde la torre de la Iglesia.
El cielo reverbera con la temperatura.
La muerte viene a veces de la Escuela;
la muerte viene a veces de la Iglesia.
Esta es la paradoja (calor, angustia y polvo)
que sufren estos treinta hombres en la trinchera.

Las manos se entretienen jugando con el polvo,
tamizando despacio el polvo con los dedos,
tomando la tierra de la tierra y devolviéndola purificada
[a la tierra.

Un cartucho vacío
puede servir de mucho en la trinchera: se le llena de polvo
y luego se echa el polvo otra vez a la tierra.
Así pueden matarse
las largas horas lentas
que caen una por una
del reloj de la Iglesia.
A veces, como un trueno,
irrumpe en la trinchera
la voz blasfema y torva que los insta
a cesar de una vez la resistencia;
que se rindan,
que ninguna esperanza les queda,
que los cuervos están revoloteando,
que vuelan por doquier las aves negras,
que el sudor y la angustia son ya cosas inútiles,
que es inútil ya toda resistencia.
Pero bien saben ellos que no todo es inútil.
No todo está perdido
mientras un hombre quede en la trinchera.

La noche y la angustia, la tiniebla y las balas
son luego las que habitan con ellos la trinchera.

Esta es la hora de las oraciones.
Las oraciones siempre se repiten
hasta llegar a ser palabras huecas.
Decir: "Padre Nuestro..." es como decir "Buenos
[días..."
(Nadie al decirlo piensa
que está deseando un día abierto y favorable).
Las palabras de las oraciones
conservan su sonido y pierden su sentido;
son cosas muertas.
Pero hay momentos en que resucitan;
pero hay momentos en que cobran vida;

pero hay momentos en que "Padre Nuestro..."
significa mil cosas, significa una cosa grande y bella;
es llamar, implorar, pedir ayuda,
pero es también decir un nombre.
(Decir un nombre lo es todo en ocasiones).

Son las mismas palabras, mas son nuevas;
como si en un momento se pusieran
en otro orden las letras,
y de pronto cobraran otro significado.
Decid una palabra cualquiera;
decir una palabra común;
decid "Tierra".

Si la decís ahora, significa otra cosa
que lo que significa en la trinchera.
Allí tierra lo es todo:
Tierra bajo los pies, bajo las manos y sobre la cabeza.
Tierra es un mundo, entonces; todo es tierra.

E igual sucede con las oraciones.

Noche y sed, tomad nota.
No hay nada que beber en la trinchera,
y no hay otra luz
que la luz desigual de las estrellas.
Y la muerte al otro lado de la calle
en la Iglesia, en la Escuela,
y en todos los lugares que rodean la trinchera.
La muerte y las estrellas.
Y la muerte y la luna;
y la muerte y la sed siempre presentes.
Pero no hay que rendirse, que nada se ha perdido
mientras un hombre quede en la trinchera.

¡San Isidro en peligro!
Treinta hombres hicieron resistencia.
No cayó San Isidro
porque hubo treinta hombres dentro de una trinchera.
Nadie debe olvidarlo.
Son de carne y hueso estos treinta hombres
pero pronto serán una leyenda.
Los niños de San Isidro
verán la trinchera
y antes de que la plaza
por fin desaparezca,
llegarán a la plaza
al salir de la escuela,
y jugarán a ser ellos los hombres
que hicieron resistencia en la trinchera.
Así, amigos míos,

en la mente de los niños,
nacerá una leyenda.

Sobre el Reventazón, sobre el Tempisque,
sobre los Ríos Grandes de Tárcoles y Térraba,
sobre cada riachuelo y cada arroyo,
allí estarán los hombres de la trinchera.

De las cumbres del Poás y del Turrialba,
del Chirripó y del Rincón de La Vieja;
sobre el Barba y los fríos del Cerro de la Muerte,
allí estarán los treinta hombres de la trinchera.

En las verdes praderas de Cartago,
los cafetales fértiles de Heredia,
las llanuras sin fin de Guanacaste,
allí estarán los treinta hombres de la trinchera.

Limón, Bagaces, Escazú, Naranjo,
Puriscal, Santa Bárbara, Alajuela,
Río Cuarto, Palmichal, Frailes, Esparta,
hablarán de los treinta hombres de la trinchera.

Se pasa lista a los amados nombres:
Sarchí, Quepos, Siquirres, Orosi, Puntarenas...
Por sobre cada pueblo, por sobre cada villa
han de volar los nombres de los de la trinchera.

Treinta hombres, treinta hombres que aquí están, que
[aquí viven,
que son de carne y hueso, y que sufrieron tierra y angustia y sed
y llanto y balas y hambre y polvo, y una mañana clara
irrumpieron del polvo con rumbo a la leyenda.

Nueva York, Julio de 1948
Alberto F. Cañas

CAPITULO IX

LA GUERRA ES ATACAR

Nuestro ataque definitivo al Gobierno era presentido por todos. Los caldero-comunistas lo tenían como inminente. Los pueblos lo esperaban con ansiedad. Ese ataque, en nuestro lenguaje, consistiría en la ejecución del Plan Magnolia (toma de Cartago) y el Plan Clavel (toma de Limón). Incluiría también otras acciones militares que consolidarían nuestra victoria final.

Yo resolví llevar a cabo, simultáneamente las dos operaciones. El mismo amanecer sería una aurora de libertad para Cartago y para Limón. Escogí el 10 de abril, para ejecutar ambas operaciones combinadas. Quería celebrar de este modo, el Aniversario 92 de la Batalla de Rivas en la que tropas costarricenses, derrotaron a los bucaneros de William Walker. Circunstancias imprevistas no nos permitieron cumplir exactamente el calendario propuesto.

HOMBRES CON MISTICA. El objetivo del Plan Clavel era la toma de Limón, nuestro puerto marítimo sobre el Atlántico. Eso nos permitiría recibir mayor ayuda, que no podía transportarse en el tipo de aviones de que disponíamos. Con un puerto marítimo, los amigos de la libertad podrían ayudarnos con más facilidad.

El 7 de abril, el sol del atardecer doraba las amarillentas laderas de Santa María. Yo comentaba, con el Padre Núñez que aquel paisaje, era un verdadero cuadro de Van Gogh. Ese paisaje iba a ser, en esa tarde, el altar para el alma indómita de un pueblo que ama la libertad.

Frente a la iglesia de Santa María, sesenta y cinco jóvenes en severa formación, de rostros adustos y ojos brillantes de patriotismo, presentaron armas ante la bandera de Costa Rica. Ninguno de ellos, con excepción de algunos de sus jefes, conocía la misión a que estaban destinados. Les hablé con sobriedad y firmeza con que un comandante envía a sus soldados a la batalla. Pero la emoción ahogaba mi garganta. Yo había nacido para el civismo y la construcción pacífica de un país, pero me veía obligado a llevar adelante la guerra, precisamente por mi devoción a esos principios. En cada uno de los combatientes veía a un ciudadano ejemplar, convencido de una buena causa. Le hablaba a un compañero y a un héroe.

Alberto Martén con su palabra de fuego, les dio un menaje de subido patriotismo, señalándoles su nicho en la Historia. El Padre

Núñez, en liturgia especial, les cubrió con la bendición del Dios de las Naciones, mientras ellos, rodilla en tierra, la recibían con devoción. Luego de pie, firmes y resueltos, cantaron el Himno que habían entonado tantas veces pero que ahora adquiría para ellos resonancias de bronces que llamaban al combate:

Cuando alguno pretenda tu gloria manchar... verás a tu pueblo valiente y viril... la tosca herramienta en arma trocar.

Subieron a los camiones, que se dirigieron, por el empinado camino, hacia la Carretera Interamericana, mientras nosotros desde la plaza de Santa María, los veíamos ascender a las alturas de la gloria. Iban capitaneados en lo militar por Horacio Ornes, y Ludwig (Vico) Starke y Alfonso Goicoechea Quirós, nombrado con anticipación, en Santa María de Dota, como jefe civil de la zona de guerra en el Atlántico. Se habían distribuido en tres grupos con objetivos precisos, cuando aterrizaran en Limón. Esos grupos llevaban como jefes a Hernán Rossi, Benjamín Piza Carranza y Rodolfo Quirós. El nombre de todos ellos, lo dejo aquí, para la memoria agradecida de la Patria:

Horacio Julio Ornes	Mario L. (Vico) Starke
Alvaro Umaña	Marcos Ortega
Alvaro Rossi Ch.	Alfonso Goicoechea
Hernán Rossi Ch.	Rolando Aguirre Lobo
Jorge Arrea	Carlos María Jiménez G.
Julio Caballero	Carlos de la Espriella
Jorge García	Juan José Monge
José Venizelos R.	Carlos José Gutiérrez
Abel Hernández	Guillermo Molina
Ramón Solano	Carlos Coronel
Jorge Salazar	Rodrigo Acuña
Noé Camacho	José J. Gamboa
Jaime Oreamuno	Arturo Martínez
José A. Leiva	Rodolfo Quirós
Daniel Calvo Astúa	Jesús Carranza
Israel Castro	Rodrigo Herrera
Fernando Rey	Guillermo Molina
Héctor Julio Víquez	Roberto Madriz
Rodrigo Carranza	José J. Herrera
Alfredo Chacón	Gonzalo Madrigal
Rudi Venegas	Alfonso Leitón
Víctor Manuel Hidalgo	Jorge Chavarría
Alfonso Jiménez Muñoz	Rigoberto Badilla
Benjamín Piza C.	Víctor A. Quirós S.
Carlos Steinvorth	Eladio Alvarez Urbina
J. Olman Obando	José J. Barquero
Jorge Mora	Manuel Gómez
Héctor Solano	Jorge Solano
Marcial Camacho	Fernando Jiménez
Alfredo Rojas	Isidro Brenes

Amoldo Guzmán
Antonio Mata
Ramón Cordero
Juan B. Solano
Abelardo Masís

Se había hecho costumbre darle a cada grupo o frente, un nombre para honrar a algunos de nuestros valientes. Por sugerencia de Horacio Ornes, le di a este grupo, destinado a tomar la ciudad de Limón, el nombre de Legión Caribe. Así lo identificamos siempre en nuestras conversaciones antes y después de la acción que este grupo realizó. En el primer informe por radio desde Limón, me dijo Horacio:

Nos mataron un muchacho de la Legión.

Esa Legión Caribe era simplemente un grupo de sesenta y cinco jóvenes, todos costarricenses, con excepción de su Comandante el valiente dominicano, Horacio Ornes y Marcos Ortega, hondureño. Y nada más. La palabra Caribe, es muy usual en el vocabulario dominicano. Se coló hacia Limón un periodista norteamericano, Jerry Hanifan, de la Revista Time, quien aún hoy continúa siendo buen amigo mío. Ahora está especializado en ciencias del espacio, lo cual demuestra su gran capacidad intelectual. Allá en Limón Jerry conoció al coronel Ramírez, dominicano también. En la imaginación del periodista pronto resultó ser que el Puerto de Limón había sido tomado por un grupo de caribeanos, al cual bautizó Legión Caribe. No se imaginaba Hanifan que ese nombre ideado por Horacio Ornes, pasaría a la historia de nuestra área del mundo. A los pocos días yo volé de Cartago a Limón y me encontré el vocabulario limonense enriquecido con la frase Legión Caribe. La historia a veces se hace sola. Los nombres históricos a veces surgen por sí mismos.

Muchos periodistas y escritores, por ignorancia y algunos dictadores por mala fe, se dedicaron a construir sobre esta realidad una leyenda, casi un fantasma. Ese fantasma ha servido de grito de batalla a esos dictadores y a los reaccionarios de varios países, para desfigurar y condenar todo esfuerzo noble, por el afianzamiento de la libertad entre los pueblos subyugados de Centroamérica y del Caribe. Relacionándome con la Legión, a mí me han cobrado los tiranos y los periódicos reaccionarios, ese fantasma, haciéndome aparecer como un demonio suelto en las tierras y aguas caribeñas.

AUDAZ OPERACION. Al día siguiente, 8 de abril de 1948, se inició una impresionante operación aero-transportada, que según me han dicho los entendidos, es, aunque en dimensión modesta, la primera de ese tipo que ha ocurrido en América.

Los sesenta y cinco combatientes abordaron en San Isidro, dos aviones, uno capitaneado por Guillermo Núñez y el otro por Manuel

Enrique (Pullique) Guerra. Volaron desde el Sur, del Valle de El General, sobre la Meseta Central, hasta Altamira, en el Norte, en las llanuras de San Carlos y después al Este a Puerto Limón. Sus vuelos resultaron increíblemente largos, pues volaron en zig-zag.

Existía un entendimiento con Chico Orlich, para que él, con la mayor parte de sus compañeros, se concentrara en Altamira y desde allí, los aero-transportáramos a San Isidro. Así podrían incorporarse con los demás grupos, al asalto de Cartago, que ya teníamos planeado (Plan Magnolia) y participar en la histórica jornada que sería conocida como la Marcha Fantasma. Por eso nuestros aviadores, una vez que transportaron la Legión Caribe a Altamira, debieron realizar el 9 de abril, la arriesgada tarea de sobrevolar dos veces el territorio bajo el control del Gobierno: Primero de Altamira a San Isidro, llevando las tropas de Francisco Orlich y luego, retornando a Altamira a recoger la Legión y el 10 de abril, hacer su viaje hacia Limón.

En Altamira ocurrieron dos incidentes adversos al régimen.

Primero, cuando los aviadores gobiernistas descubrieron que nuestros aviones no estaban en San Isidro, se dedicaron a localizarlos. Personeros del Gobierno, llamaron a Guatemala y a diversos aeropuertos de Costa Rica, pero por ningún lado aparecían nuestros aviones. Entonces un avión del Gobierno Picadista, se dedicó a sobrevolar los campos de aterrizaje existentes hasta llegar al de Altamira, con la intención de destruir nuestros aviones. El avión adversario, atacó, lanzando bombas y ráfagas de ametralladora sobre mis hombres, estos respondieron desde tierra, averiándolo. Se estrelló en Altamira, cantón de Alfaro Ruiz. Allí perecieron el piloto del avión Sherman Wilson y sus ocho acompañantes, que eran tal vez con alguna excepción, una verdadera selección de maleantes. El segundo incidente ocurrió a la mañana siguiente. Cuando nuestros aviones salían a cumplir su misión en Limón, apareció un avión AT6 del Gobierno en actitud de inspección y ataque. Nuestras naves que habían ya despegado y tomado altura, aprovecharon la formación de un banco de nubes, para ocultarse y enrumbar a su destino. Entre tanto el caza del Gobierno, desapareció entre las nubes y no se supo más de el ni de sus ocupantes. Las nubes o la neblina, se estaban constituyendo en nuestros aliados, como si la Providencia según decían nuestros combatientes, protegiera nuestra causa.

La sincronización del Plan Magnolia y Plan Clavel, exigía que la concentración de tropas que habían de marchar hacia Cartago, estuviese totalmente realizada para el 9 de abril por la tarde. Pero tropezamos con algunas dificultades que retrasaron la movilización planeada. El inicio de la marcha, debió posponerse por veinticuatro horas.

Surgió un problema: ¿Cómo advertir a los comandantes de la Legión

Caribe que debían atrasar su operación otras veinticuatro horas para combinar su ataque a Limón con el nuestro a Cartago?

Desde nuestra radio-emisora en Santa María, comenzamos a emitir insistentemente, este mensaje cuidadosamente escogido por mí, después de muchas deliberaciones:

Magnolia y Clavel veinticuatro horas después.

Esperábamos que por una feliz casualidad, alguien, en Altamira encendiera la radio de uno de los aviones, que allí estaban esperando, para partir al día siguiente hacia Limón y captara nuestro mensaje.

Me contaron después, muchos de nuestros amigos, que en diferentes partes del país, percibieron el mensaje y que aguzaban su ingenio intentando, inútilmente, descifrarlo.

La esposa de don Gastón Peralta, había puesto a los muchachos a rezar el Rosario. Pero Pillique Guerra, decidió dejar la sala de oración. Subió al avión y encendió la radio para escuchar música o noticias. Buscando un programa oyó de pronto:

Magnolia y Clavel veinticuatro horas después.

Corrió a comentarlo a los jefes de la expedición. Para ellos, todo quedaba claro: la operación que debería realizarse el 10 de abril, tenía que posponerse al 11 de abril, a fin de mantener la sincronía con la operación sobre Cartago.

Estando el grueso de nuestras tropas en la marcha a pie hacia Cartago, tuvimos otro retraso. Esta vez, ya no fue posible advertir a nuestros compañeros de Altamira. Ellos se atuvieron al calendario convenido y en el amanecer del 11 de abril, emprendieron su vuelo hacia Limón.

LA LEGION CARIBE TOMA LIMON. El ruido de los motores de nuestros aviones se confundió con el incesante rugido del mar en la primera hora de aquella mañana del 11 de abril de 1948. Llegaba la hora de la libertad para la ciudad de Limón.

Poniendo en práctica su cuidadoso adiestramiento, saltaron a tierra los combatientes desde los aviones, que aún carreteaban. Se desplazaron por la ciudad distribuidos en los tres grupos, previamente designados para objetivos específicos. Entre tanto, para cubrirlos, uno de los aviones se elevó y dejó caer una bomba en dirección al cuartel de Limón. No dio en el blanco pero el estruendo de la bomba atemorizó a la guarnición que poco después se rindió. Era la primera fortaleza del gobierno que caía en manos del Ejército de Liberación Nacional.

La captura de Limón fue una operación de gran audacia. Es cierto que oportunamente se había encargado al doctor Blanco Cervantes de averiguar las condiciones de defensa de Limón y a través de su contacto, un Sr. Alvarado, mantenernos informados. Pero en la guerra a cada momento puede cambiar la situación. En realidad, así como nadie estaba preparado esperándonos, bien pudo estar aguardándonos todo un ejército.

En pocas horas Limón era nuestro. Su población civil, saboreando el gozo de la libertad, generosamente ofrecía su apoyo. Tuvimos el dolor de perder a un buen combatiente, muy conocido, el compañero herediano Rolando Aguirre Lobo, que era vecino de Quepos. Más tarde, el cantón que se estableció, alrededor de ese puerto, recibió el nombre de Cantón de Aguirre, en honor de ese héroe.

No había tiempo que perder. Se informó que el Gobierno había desplazado en tren, a más de doscientos hombres para reconquistar Limón. La mayoría de esos hombres fueron tomados de las tropas gobiernistas estacionadas en Cartago y así, cuando atacamos la ciudad, disminuyó la posible magnitud de aquel combate. Ya lo dije antes:

Dios escribe derecho entre líneas torcidas.

Esta decisión gubernamental nos facilitó la toma de Cartago que había sido pospuesta otra vez por veinticuatro horas. Cuando la atacamos, encontramos la plaza bastante desguarnecida.

Los jefes de la Legión Caribe, sabedores del traslado de tropas que realizaba el Gobierno, inmediatamente organizaron a sus combatientes, ahora reforzados con vecinos de Limón, para abordar un tren en dirección a San José e ir al encuentro de las fuerzas calderonistas. Se trabó combate en Moín. Allí murió, apenas comenzaba la batalla, el Segundo Jefe de las fuerzas gobiernistas, Coronel José María Meza, a quien llamábamos "Mezita" por ser de cuerpo pequeño. El había estado por San Carlos combatiendo a nuestros muchachos y era ahora el verdadero líder de la expedición. Su muerte desmoralizó a los soldados gobiernistas que se rindieron o retrocedieron hasta Bataán. Nuestros combatientes se impusieron también en ese sitio sin disparar un tiro. Allí apresaron a varias personas que habían figurado en el cuerpo del ejército gobiernista y a algunos reconocidos adversarios que podían ofrecer mayor peligro. Nuestras fuerzas continuaron su operación de limpieza y de fortalecimiento de posiciones. Ocuparon Siquirres y pusieron bajo su control el ramal ferroviario de Línea Vieja.

En esa forma quedaba la zona del Atlántico asegurada para la revolución, sufriendo de parte nuestra la muerte de un compañero y una media docena de heridos leves. Contábamos ahora con un puerto

aéreo, San Isidro de El General, y uno marítimo en el Atlántico, Limón.

Los combatientes de la Legión Caribe, sumaron otro lauro a la bandera de la Guerra de Liberación Nacional. Estaban a la orden para nuevas acciones, habiendo ya ocupado Limón. Estaban, como veteranos de ese tipo de acción, preparados para otra operación aero-transportada que ya tenía yo en mente, hacia Lindora, para abrir un frente al Oeste de San José, si fuera necesario. Por gran fortuna, ese frente se pudo evitar. Yo calculé que al hacerse innecesaria esa operación en plena Meseta Central, se evitaban unos cinco mil muertos.

COMIENZA LA MARCHA FANTASMA. A mí me correspondió dirigir la ejecución del Plan Magnolia: pasar a pie, desde San Marcos a Cartago y tomar la ciudad. Para ello iba a contar con la bravura, inteligencia y pericia de muchos compañeros. Los trillos de mi vida de trabajo, serían los caminos por donde transitarían caminando, los combatientes de la libertad en su marcha hacia Cartago.

Para iniciar la marcha nos habíamos dado cita en la finca de los Gamboa, cerca de la Roca de San Marcos, ubicada a unos diez kilómetros al noroeste de El Empalme, a continuación de El Jardín. Allí había un pequeño bosque en el que perfectamente podían ocultarse nuestras tropas y esconder el material de guerra a la vista tanto de los aviones enemigos que frecuentemente sobrevolaban la zona, como de los soldados mariachis que estaban apostados en la carretera Interamericana.

En ese bosque, que en nuestro plan se llamaba Gamboa, reunido con la oficialidad, desplegamos en el suelo los mapas de la zona de Cartago, para ponernos de acuerdo sobre la ruta por donde entraríamos. Allí nos congregamos los compañeros venidos de todos los frentes. Estaban ya con nosotros, los combatientes dirigidos por Francisco Orlich que, desde Altamira, habían sido aero-transportados hasta San Isidro de El General y desde allí trasladados a La Roca.

Algunos compañeros habían librado juntos peleas callejeras, o servido en los frentes cívicos. No se habían vuelto a ver desde el inicio de la guerra. Ahora se encontraban allí. Fue una tarde llena de emociones no reprimidas, momentos de grandes ilusiones. Estábamos todos juntos. Juntos nos sentíamos invencibles.

Íbamos a emprender la Marcha Fantasma, nombre que yo inventé y al cual Alberto Martén después le compuso un hermoso poema. Con ese nombre ha pasado al recuerdo, a la historia y a la leyenda aquella Marcha de unos seiscientos hombres armados, emprendimos al anochecer el día 10 de abril de 1948, desde La Roca, hacia Cartago.

Yo tenía cuarenta y dos años de edad y llevaba veinte de estar radicado en la región. La conocía palmo a palmo. Miguel Angel Ramírez decía: "Este Comandante conoce hasta la última piedrita del camino". Todos los trillos y los pasos entre el monte, me eran familiares. Podía identificar hasta los árboles que había en la zona.

Sabía que la empresa era decisiva para nuestra causa. Por eso, como acostumbro a hacerlo en ocasiones importantes de mi vida, cuando están en juego intereses superiores, busqué el consejo de algunas otras personas. Unas eran los viejos campesinos con quienes yo había transitado muchas veces aquellas tierras. Otras los compañeros que llevaban la responsabilidad de la dirección de la guerra y especialmente los que conocían bien la ciudad de Cartago. Todo había que preverlo a partir de la hora del inicio de la expedición.

En medio de un bosque, en la finca de los Gamboa, colocamos una tabla a modo de pizarra y marcamos, con tiza, la ruta de la Marcha Fantasma.

Dependeríamos mucho del factor sorpresa. A dos pasos estaba el enemigo, cerca de El Empalme. No debería siquiera sospechar que estábamos en movimiento hacia Cartago. Íbamos a pasar entre sus líneas. En marcha éramos muy vulnerables por más que tomáramos serias previsiones para defender el grueso de nuestro ejército.

La movilización de todos los grupos, para concentrarlos en La Roca, había presentado algunos problemas logísticos que ya habían hecho retrasar la operación veinticuatro horas. Habíamos logrado como dije, comunicar ese retraso a nuestros compañeros del Plan Clavel, allá en el Norte, en Altamira. De ahora en adelante, la sincronización de los movimientos debía ser perfecta. Confiábamos en que nuestra marcha podría realizarse en diez o doce horas a pie, hasta la entrada de Cartago, haciéndola coincidir con la entrada de la Legión Caribe en Limón.

En el bosquecito de La Roca, se pasaron las municiones de las cajas en que venían, a sacos, que serían transportados en bestias requisadas en Santa María. A cada combatiente se le asignaron ciento cincuenta tiros que debía llevar a la espalda en un pequeño salbeque. Se prepararon las ametralladoras pesadas, para cargarlas a lomo de caballo o de muía. Dos cañoncitos que nos habían llegado de Guatemala y que habíamos instalado antes frente a la Escuela República de Bolivia, sede del Cuartel General en Santa María, eran preciosa carga para estas bestias. Cuando ordené que se enterraran las cajas de municiones vacías, algunos compañeros expresaron su extrañeza hasta en son de burla amistosa. Yo les dije:

Si el enemigo encuentra estas cajas puede calcular las municiones de que disponemos. Ese gusto no se los voy a dar.

Entonces entendieron el por qué de mi precaución.

Todos los pro y los contra de la Marcha Fantasma quedaban atrás. Íbamos a emprenderla. A eso de las cinco y treinta de la tarde de aquel día 10 de abril de 1948, comenzó la histórica Marcha Fantasma, en fila india, hombre tras hombre.

Tuputún... tuputún... tuputún. La tierra resonaba al paso de los combatientes. Ni una palabra, ni un cigarrillo encendido. Cuando el de adelante se detenía, debía detenerse quien lo seguía y sucesivamente toda la columna. ¡Era la Marcha Fantasma! Escurridiza, invisible, pero vigorosa e incontenible. ¡Era el espíritu del 48!

El desfile iba discurriendo frente a una imagen de la Virgen de los Angeles, que el buen compañero Teófilo Santillán, había traído al frente, con su grupo de puriscaleños. El Padre Núñez tenía en sus manos la imagen de la Virgen, a su lado una bandera de Costa Rica. Frente a esos símbolos, con devoción, desfilaron los soldados del Ejército de Liberación Nacional. Nuevamente Patria, Religión y Símbolos Nacionales, se entrelazaban, para hacer de un puñado de pacíficos costarricenses, un ejército invencible.

OPERACION MAGNOLIA EN PELIGRO. Con mi conocimiento de las rutas, tenía la confianza que la próxima alborada nos sorprendería peleando ya en las calles de Cartago. Sin embargo, la guerra siempre tiene sorpresas. Esas sorpresas, retardaron nuestra marcha otras veinticuatro horas. La cosa sucedió así:

Quienes conducían las bestias de carga, jefeados por Marcial Aguiluz Orellana, transportando la artillería y demás material pesado, se extraviaron. Ellos eran parte de una larga columna de casi 3 kilómetros. En un cruce de vereda, que formaba una y griega, don Marcial dudó del camino a seguir. Si hubiera doblado a la derecha, hubiera caído directamente en manos del enemigo. Pero ante la duda, detuvo el resto de las fuerzas en marcha. Para mí, el darme cuenta de que Marcial se había extraviado fue uno de los momentos más dramáticos de la guerra. Rápidamente decidí parar todo y devolverme con unos cuantos compañeros a buscar a don Marcial y al resto de la columna. Sólo yo, que sabía caminar por aquel laberinto de trillos y veredas, podría poner de nuevo las bestias en su ruta.

De no hacerlo, nos quedábamos sin municiones, sin ametralladoras de trípode y sin los cañoncitos.

Ordené a la tropa que se tirara de panza sobre el terreno, para

protegerla del frío que sopla siempre en esa fila, tan ventosa. Entonces pasé de General en Jefe de aquella fuerza armada, a buscador y guía de muías. De comandante a mulero. Tuve un choque de opiniones con la alta oficialidad nuestra. Menos acostumbrados que yo a esos caminos, se les ocurrió para protegerme, que yo no debía devolverme. Tuve que imponer mi autoridad, como otras veces, para que me dejaran actuar.

Al rato de andar, encontré a las bestias. Las reincorporé al ejército y todos echamos a andar de nuevo en dirección a Cartago.

La búsqueda de las bestias extraviadas, consumió varias horas. Por eso nos retrasamos en tal forma, que el amanecer nos encontró apenas acercándonos al Llano de los Angeles, en vez de encontrarnos atacando Cartago como lo habíamos planeado.

COMIDA, PRISIONEROS Y BAUTIZO. Subiendo la cuesta que va del Río Tarrazú (que atraviesa La Lucha), al Alto de la Fila, salimos por fin a la pulpería de don Félix Leiva. Desde allí divisé una luz de candela en una casita. Los campesinos ya se estaban levantando. Nosotros estábamos precisamente en- la línea divisoria entre nuestro territorio y el territorio enemigo. Entré en un bosquecito y vi de lejos el caserío de San Cristóbal Sur. Era imposible no ser visto desde allí mientras bajábamos a la siguiente hondura, la del Río San Cristóbal, para luego subir al Llano de los Angeles. Por un instante consideré perdido todo el secreto de la operación. Pero en eso vi que el viento arrastraba una nube que pronto cubriría el pueblito de San Cristóbal Sur y nos protegería. Yo había observado ese lugar muchas veces, al pasar por ahí a pie y a caballo. Los vientos son allí constantes. Dije a los muchachos:

Métanse todos debajo de los árboles que en pocos minutos, una nube nos va a esconder...

Y así sucedió. Este pequeño hecho dio origen a la leyenda piadosa de que la Virgen de los Angeles nos cubrió con su manto para no ser vistos por el enemigo.

Pocos minutos antes habíamos tenido que cruzar la línea de patrullaje del enemigo. Eso estaba previsto. Yo había enviado adelante dos patrullas (de diecisiete personas cada una), para que al llegar a la línea divisoria, se separaran y montaran ametralladoras, apuntando en direcciones contrarias. Cualquier patrulla enemiga hubiera tenido que topar con uno de estos grupos que la habían destruido al precio de revelar nuestra presencia en el sitio. A estos dos grupos los militares de academia los llamaron flanguardias. Llegué yo a la fila y me dirigí primero a una de las flanguardias y luego a la otra, para ver si nuestros soldados dormían o estaban descuidados. De primer momento me pareció que efectivamente todos estaban dormidos. Pero un

centinela que velaba me gritó: ¡Alto!, ¿quién vive? y luego me reconoció. Pronto nos reunimos todos en el húmedo bosquecito que yo había señalado para esperar el milagro de las nubes. El milagro se produjo y todos echamos a correr cuesta abajo, hacia el río San Cristóbal, sin ser vistos, por supuesto, por las tropas gobiernistas. Bajamos al río y emprendimos la subida de una cuesta muy pesada que conduce al Llano de los Angeles. Comenzando a subir me pareció que las fuerzas le faltaban a Fernando Valverde Vega. Pero siguió adelante. El tenía menos costumbre que yo de caminar en terrenos quebrados. Tras unos minutos de espera, todos seguimos cuesta arriba, hasta la casa de don Peregrino Navarro en el centro del villorio del Llano de los Angeles.

Se produjo una escena conmovedora: de no sé dónde salió un hombre barbudo, en quien reconocí a Noé Solís, vecino de Frailes. Me saludó con aire de misterio y me dijo:

¿Ustedes llevan ahí un sacerdote? Fue que ya tenemos semanas escondidos en el monte y a mi esposa le vino ahí un niño. Necesito que me lo bauticen antes de que muera.

En aquel tenso ambiente bélico se celebró la ceremonia del bautizo.

Allí, en medio del bosque, con la luz de un sol de verano, que se filtraba por entre las ramas, frente a una caída de agua fresca, el Padre Núñez administró aquel rito. Servimos de padrinos yo y la señorita Elieth Zamora, la única mujer, recatada y valiente, que nos acompañó en la Marcha Fantasma.

¡Un nuevo cristiano ungido por un sacerdote-soldado! Aquellos muchachos, cubiertos de gangoches, sus barbas hirsutas y rostro de luchadores, dejaron en silencio sus armas sobre el pasto e inclinaban su cabeza, reverentes. ¡Símbolo todo de una Costa Rica inmortal! El niño sobrevivió hasta una edad de 35 años. Y, al morir, fue enterrado en Frailes.

En eso estábamos cuando se oyeron pasos de varios hombres. Uno de ellos gritó, sin reconocernos:

Hijos de p... Ustedes no se han dado cuenta que aquí andan soldados enemigos.

Quien me increpaba era el Ing. Rafael Roig, viejo amigo mío, acompañado del ingeniero Jaime Soley, don Alberto Duran Rocha y otros dos hombres, todos conocidos gobiernistas. Rápidamente ordené su arresto. Ya nos habíamos creado un problema adicional: lidear otra vez con prisioneros. Así se juntó allí un pequeño grupo de combatientes de ambos bandos. Un soldado de Gobierno se quejó de que los nuestros le habían quitado los zapatos y no querían devolverlos. Tuve que amenazar a los nuestros entonces.

Si ustedes no se descalzan y devuelven esos zapatos, yo me quitaré los míos y seguiré descalzo hasta Cartago.

Esa amenaza puso fin a la crisis.

Entre tanto el hambre apretaba. A medio kilómetro de allí, había un pequeño cafetal propiedad de La Lucha, que yo recordaba bien. Quise mandar a alguien a ver si los gobiernistas no se habían comido ya los guineos que crecían en el lugar, pero resultó que no teníamos ni carreta ni bueyes para traerlos. Un joven campesino se adelantó diciendo:

Don Pepe, aquí están mis novillos. Los traje para que ustedes se los comieran. ¿Para qué quiere uno bueyes, con un Gobierno como el que tenemos?

Vino una carretada de guineos. Había por lo menos, uno para cada combatiente. Cerca había un pequeño trapiche abandonado. Otro campesino se acercó y me dijo:

Don Pepe: aquí están mis chanchitos.

Otro mariense, joven combatiente, se desprendió de algún dinero, que su madre había colocado en sus faltriqueras, para pagarle a otro campesino el valor de otro chancho que había matado.

Inmediatamente los destazamos y echamos los pedazos a la paila con los guineos. Alguien trajo unas hojas de cabuya, para que los usáramos como platos. Alimentamos primero a los presos.

Debo admitir con pena que yo no soy el mejor cocinero del mundo. Echamos a la paila los guineos con los pedazos de chancho. Por supuesto los guineos se hicieron un atol antes de que los pedazos de chancho estuvieran cocinados.

Era domingo y lo debíamos pasar ocultos en el bosque de encinos del Llano de los Angeles, para continuar la marcha al llegar la oscuridad de la tarde. Había cansancio y había hambre. Los almuerzos que bondadosas damas de Santa María de Dota nos habían preparado para el camino y que se entregaron a cada combatiente, se agriaron en el trayecto. Se dio la orden de no probar esos almuerzos, distribuyéndose en cambio un terrón de tapa de dulce a cada persona. Algunos pocos no hicieron caso a la orden de no comer y sufrieron leves molestias intestinales. El atol de guineo y chancho, apenas fue una probadita. Pero aun así, marcharíamos a cumplir nuestra cita con la libertad.

LA MARCHA FANTASMA EN CARTAGO. Llegó la tarde. Otra vez nos pusimos en marcha. La Marcha Fantasma, que se haría realidad

completa en la próxima aurora, se acercaba a la histórica primera capital de Costa Rica. Iba con nosotros una heroica muchacha, Elieth Zamora que había llegado a nuestro frente con el Batallón Carlos Luis Valverde, que comandaba Marcial Aguiluz. Al repartir yo la carga de municiones, ella se empeñó en ayudarnos también. Yo no se lo permití.

Fuimos discurriendo por modestos caseríos: El Tablón, Patio de Agua, Tobosi, Quebradillas. Las gentes nos recibían con cariño. Aún a media noche, mantenían encendidas sus candelas y nos miraban pasar con respeto. No faltaba quienes se apostaran a lo largo del camino para ofrecernos agua, café y bizcochos. Pero la marcha no se detenía. Iba a su cita con la historia. Una mujer de Patio de Agua, se empeñó en que comiéramos algo que ella traía. Se armó una pequeña discusión. Yo que estaba preocupado porque la hora avanzaba, decidí que sólo podían probar comida los que comieran caminando.

La bajada del Llano de los Angeles a Tejar de Cartago, es muy empinada. A mí ya me fallaban las rodillas. En una de las caídas me dije:

La próxima será la última vez que yo me paro. Que me dejen ahí tirado en una cerca.

Pero esa última caída se repitió varias veces.

Ya en El Molino de Cartago, al pasar frente al beneficio de los Peralta, salió corriendo un hombre en bata de baño. Era José Joaquín Peralta. Se tiró a abrazarme pero no podía decir más que estas palabras:

-Pepe... Carajo. Pepe... Carajo.

—Acuéstese don José Joaquín —le dije— ahora van a sonar unos tiritos.

El planeamiento de la toma de Cartago, comprendía ciertas acciones con objetivos muy definidos. El ejército se dividió en tres grupos: el primer grupo estaba al mando de José María Tercero, nicaragüense, con los costarricenses Lic. Joaquín Garro Jiménez, Fernando Ortuño Sobrado, Rodrigo Volio Jiménez y otros más. Este grupo se dirigió al lugar llamado La Cangreja, en la carretera Interamericana. Su tarea era taponear esa ruta, en caso de que, las fuerzas que habíamos dejado atrás, asediando El Empalme, al enterarse de nuestra salida a Cartago, se apresuraran a socorrerla. Antes de pasar por Patio de Agua, este grupo nuestro, se desprendió del grueso de la Marcha Fantasma, para ir a cumplir su misión. El segundo grupo estaba dirigido por Francisco Morazan, hondureño, y los costarricenses Domingo García, Mario Viriato Rodríguez, Edmond Woodbridge y Juan Arrea, además del nicaragüense

Adolfo Báez Bone. Se dirigió ladeando los cerros de La Carpintera, hacia Ochomogo, para cortar allí la comunicación con San José, comenzando por romper las líneas telegráficas y telefónicas. Estos se separaron del resto de la Marcha, a la altura de Quebradillas. El tercer grupo integrado por miembros del batallón El Empalme, los combatientes de Carlos Gamboa y los de Mario Sosa, bajo el mando del ya mayor Frank Marshall Jiménez, les correspondió tomar la ciudad misma de Cartago. Yo, acompañado por el Coronel Miguel Angel Ramírez, estuve al frente de ellos, en unión de los miembros del Estado Mayor.

En las cercanías de Cartago, el tercer grupo, se distribuyó en pequeñas unidades de unos veinte combatientes cada uno y fueron rodeando la ciudad para penetrar por diferentes direcciones rifle en mano. Cada uno tenía un objetivo específico que atacar y dominar.

Un cañón, cuyo manejo encargué a Manuel Enrique Herrero, fue llevado por entre los barrios del Sur de Cartago, hasta el frente del matadero municipal, colocándolo en línea recta hacia la entrada del cuartel, al otro extremo de esa larga calle. Debería ser disparado a las cinco de la mañana. Todas las unidades deberían de pasar desapercibidas, en fila india, hacia sus objetivos hasta el momento en que se escuchara el disparo del cañón.

Era impresionante observar, como los habitantes de la ciudad, somnolientos aún, contemplaban a través de los visillos de las ventanas, el desfile silencioso y cauteloso de aquellos combatientes. Algunos creían que éramos tropas del Gobierno.

El momento era de altísima tensión. El silencio envolvía la ciudad y a todos nuestros combatientes. Hubo como un minuto de suspenso en que parecía que el tiempo se había detenido. De pronto, el cañonazo estremeció los aires y de inmediato se mezcló con el solemne tañido del bronce de las campanas del convento de Capuchinos que anunciaban el *Angelus* a la ciudad. Ese día, las campanas eran mensajeras del amanecer de la liberación de Cartago, anunciada por el disparo del cañón.

MAGNOLIA FLORECIO ESPLENDOROSAMENTE. A mi unidad le correspondía ocupar el Colegio San Luis Gonzaga, y establecer allí el cuartel general. Cuando oí el estampido del cañón, no pude contener la emoción. Disparé unas ráfagas de ametralladora al aire y lancé mi grito de batalla:

¡Aquí vienen las mujeres del 2 de Agosto!

Unas chiquillas, entre ellas Lilly Zúñiga, quien hoy es Jefe de Cómputo de Seguridad Pública y ha llegado hasta el grado de Coronela, corrieron a abrazarme. A Lilly le pregunté si había

visto mariachis por allí y me dijo que ahí cerquita no, que más arriba, hacia el centro de la ciudad sí. Poco tiempo después ocupamos el colegio San Luis Gonzaga. Otras unidades ocuparon las escuelas Jesús Jiménez y Ascensión Esquivel. Fueron ocupadas las ruinas de la Parroquia. Desde ellas se puede disparar directamente a la puerta del cuartel. Las operaciones resultaron bien ejecutadas. Todavía por unas horas persistieron algunos francotiradores gobiernistas disparando desde los techos o sitios protegidos. En las ruinas de la parroquia, recibió una herida mortal un valeroso compañero alajuelense, el ingeniero Efraín Arroyo Blanco. Gradualmente fueron acallados los francotiradores.

Cartago estaba liberada, excepto por el cuartel, donde había muchos amigos nuestros prisioneros. Esa circunstancia hacía más difícil y cautelosa cualquier operación para conquistarlo. Se mantenía allí una guarnición, que horas más tarde, iba a ser comandada por el coronel gobiernista Roberto Tinoco. El cuartel sería todavía, durante los días siguientes, una espina dolorosa en el corazón de la ciudad.

Como detalle ilustrativo de la impaciencia de nuestros combatientes, recuerdo que alrededor de las ocho de la mañana, se acercaron a mí unos compañeros e indignados, me dijeron, como si se tratara de una espera de semanas:

Don Pepe, llevamos ya cerca de tres horas en Cartago, y todavía no se ha puesto a funcionar la radio-emisora Radio Hispana.

Media hora después la estación funcionaba. Yo me dirigí al país con este mensaje:

Esta es la voz del Ejército de Liberación Nacional, transmitiendo desde la ciudad de Cartago. Magnolia floreció esplendorosamente. Cartago ha sido liberada. Esperad costarricenses. Pronto todo el país tendrá su libertad.

Inmediatamente después de la toma de Cartago, yo ordené derramar todo el licor que hubiera en las cantinas. Estoy seguro de que esta medida heroica evitó muchas dificultades por celebraciones que hubiera sido imposible evitar.

La Marcha Fantasma terminaba. ¡Ya éramos, para los mariachis, una dura realidad!

A esa proeza, el Segundo Jefe del Ejército de Liberación Nacional, Lic. Alberto Martén, dedicó el siguiente poema:

LA MARCHA FANTASMA

Rotos, barbados,

de espeso gangoche uniformados.
Que en todos los frentes
de sangre y de gloria
cubrió la victoria,
muchachos decentes
no fieros soldados
que, al pueblo hermanados
supieron luchar, llorar y morir.

Sin odios ninguno
y así noblemente
Por necesidad
nuestros combatientes
mataron serpientes, enanos.
El acero que blandía
en sus manos
blandía la antorcha
de la libertad.

Una fría noche,
sigilosamente,
levantaron tiendas,
la noche profunda de sombras,
la aurora fecunda de nieblas.
Dos noches cruzaron
la Marcha Fantasma
y, al oír temprano
la segunda aurora,
seiscientos cincuenta soldados,
hombres extenuados
tomaron, a un golpe,
Cartago
al decir Figueres,
El mago,
¡Ya es hora!

Alberto Martén

SURGE UN AEROPUERTO. Otra muestra de la eficiencia de nuestras acciones, se dio en la construcción de un campo de aterrizaje en la vecindad de Cartago, hacia el Este, donde estaba entonces una estación radiográfica, lugar que llamaban El Radio. Sacamos los tractores que estaban en el plantel de la Carretera Interamericana y construimos el improvisado campo de aterrizaje. Mientras esto se realizaba, tenía lugar la batalla de El Tejar, y se peleaba en Paraíso. Los conductores del tractor, llevaban ametralladoras confundidas entre las palancas. A las cuarenta y ocho horas, el nuevo aeropuerto estaba en servicio. Allí descendió inmediatamente el primer avión que en toda su historia, llegaba a los suburbios de Cartago. Lo piloteaba Johnny Victory. Desde ese aeropuerto, yo

volé días después a Limón, para rendirle homenaje a los combatientes de la Legión Caribe y presentar mis saludos de liberación a los limonenses.

GOZO DE LA VICTORIA. Debimos encarar un tremendo problema: ¿Cómo conciliar una población desbordada de alegría, que celebraba la victoria, con la realidad militar de un triunfo todavía no alcanzado completamente?

En un momento dado la valerosa gente de Cartago, ignorando el peligro que representaba la lluvia de balas que venía del cuartel, o de parte de los francotiradores, se lanzó jubilosa a las calles, a vitorearnos. Nos ofrecían café, pan, dulces, en fin, lo que necesitáramos. Tanta fue la euforia al vernos allí, llevando la libertad a la ciudad, que las mujeres atendían solícitas a nuestros hombres, que habían caminado a pie dos días y dos noches, lavándoles y refrescándoles los pies con palanganas de agua tibia y con talcos y cremas. En cada casa querían tener una atención para cualquiera de nuestros combatientes. Me recordó después don Vico Pacheco, que al relatarle yo algunos sufrimientos de la Marcha, le dije dolido:

El hambre de los compañeros duele más que la propia.

Aquella alegría de los cartagineses, la llevo tan adentro de mi alma, que al recordar los cuadros que tuve ante mis ojos, me pregunto otra vez, cómo habría sido de profunda la humillación y de graves los vejámenes que la canalla gobiernista había inferido a esa población. No les importaba a los cartagineses arriesgar su vida, con tal de agasajarnos y demostrarnos su agradecimiento y alegría. También algunos ciudadanos, aprovechando el momento de la victoria, buscaron como vengar ofensas de mariachis o funcionarios gobiernistas, que los habían avasallado. Nuestros combatientes actuando como autoridades y preocupados por la seguridad civil, llevaron a cabo acciones militares para controlar algunas residencias de funcionarios del gobierno. Al hacerlo, es posible que aplicaran medidas violentas a las que, en todo caso, se recurre para protección de quienes realizan tales acciones. En nuestra tradición pacifista, claro que resultaban desagradables. Yo condené los errores que pudieron ocurrir y procedí a nombrar autoridades militares y civiles, para impedir que algunos trataran de vengar injurias con sus manos.

Rechazo las calumnias de algunos amargados servidores del régimen caldero-comunista o resentidos políticos, que hablan de crímenes que0 no se cometieron o de atropellos que no tuvieron lugar. Quienes nos acusaban de exagerar ciertas medidas, se olvidan que la guerra no había terminado. Nuestra situación no era un lecho de rosas. Nos acechaban peligros por varios lados.

El coronel Roberto Tinoco Gutiérrez, hombre de formación militar y gran arrojo, sirviéndose de un vehículo semi-blindado, había logrado forzar nuestras posiciones en Ochomogo, abriéndose paso hasta Cartago. Lanzando un torrente de fuego con las ametralladoras de su vehículo, recorrió algunas calles de la ciudad, sembrando terror entre sus habitantes, hasta meterse al cuartel, dejando el vehículo a un lado de la puerta. El cuartel al mando de Tinoco, se convertía en una fortaleza más dura de conquistar. El era un oficial valiente y de firme determinación. Este mismo coronel Tinoco, familiar muy cercano de los fatídicos Federico y Joaquín Tinoco, a los que siendo muy joven, había servido como militar en los combates contra los revolucionarios que lucharon bajo el mando de don Julio Acosta. Ahora se distinguía en el ejército de Picado y Calderón Guardia.

Los peligros que podían frustrar nuestra victoria en Cartago, eran considerables. Gran número de hombres del Gobierno, con armas suficientes, nos rodeaban. Por un lado las tropas gobiernistas, experimentadas y aguerridas, que habían estado apostadas en la Interamericana; por otro lado las que desde Turrialba, una vez rechazadas por la Legión Caribe, marchaban hacia Cartago.

Había además una buena cantidad de soldados gobiernistas, estacionados en Tres Ríos. Una columna llamada De la Victoria, comandada por Carlos Luis Fallas y el nicaragüense Abelardo Cuadra, irrumpió por las alturas de Llano Grande donde nuestros soldados los rechazaron poniéndolos en desbandada. Dichosamente el Gobierno era un modelo de desorganización y contradicciones. No pudo articular estos recursos para lanzarse contra nosotros.

Quedaba además otro problema, surgido a última hora. Muchos valientes de Cartago mismo o provenientes de la capital y otras ciudades, aspiraban a incorporarse a nuestros cuadros de luchadores. Eran reclutas sin la experiencia que ya tenían los batallones de veteranos, nos creaban una situación complicada por falta de armas para todos y por su indisciplina. Nunca un grupo multitudinario, puede tener la eficiencia de un ejército fogueado. Se dieron casos, en que a los veteranos, los nuevos reclutas les sustrajeron sus rifles. Hubo momentos de desconcierto, pese a que apoyado por mis valientes comandantes, yo trataba de impartir órdenes que condujeran al efectivo control de la situación en la ciudad y a la preparación para los enfrentamientos que podríamos tener por delante.

EL CUARTEL: ESPINA EN EL CORAZON DE CARTAGO. Dominar el cuartel, era la tarea militar más importante en aquel momento. Yo tengo muy presente esos días de profunda angustia. Nuestro asedio debía llevarse con gran precaución porque adentro había amigos, prisioneros, cuyas vidas valorábamos altamente. Cuando yo le advertí esto al comandante hondureño López Godoy, él me contestó:

¡Comandante, yo no tiro balas con etiqueta!, queriendo decir que estaba dispuesto a disparar contra todos.

Entre esos valerosos compañeros de que hago memoria, estaba uno, que merece en mi recuerdo un honor especial: el doctor Vesalio Guzmán Calleja. Pero las vidas de todos los prisioneros, constituían la consideración primordial para cualquier estrategia. Ante la imposibilidad de lanzar ataques contra el edificio del cuartel, se colocaron ametralladoras en sitios adecuados, para evitar que los ocupantes gobiernistas se salieran. Unos compañeros se mantuvieron disparando esporádicamente sobre el cuartel, para minar la moral de sus defensores. Algunos soldados gobiernistas, en un gesto de audacia, salieron una noche de la fortaleza y amparados por la oscuridad, con sus rostros embetunados, dieron fuego a la manzana de negocios que estaba frente al cuartel, para evitar que los pudiéramos hostigar desde allí, a tan corta distancia.

Se hacían planes para atacar el centro castrense. Hasta se pensó en enviar dos hombres con cargas explosivas que cubiertos por un nutrido fuego, pudieran llegar al pie de la muralla para horadarla. Entonces entraría un comando a sangre y fuego. Todos queríamos terminar con esa espina clavada en el corazón de la ciudad. Dentro del edificio había muchos muertos. En el cuartel ya no había agua ni electricidad, yo había ordenado que se las cortaran.

Al mediar la tarde del tercer día de asedio, uno de los presos, por cierto muy joven, salió de la fortaleza con una bandera blanca, trayéndome un recado del coronel Tinoco.

El coronel Tinoco solicita permiso para sacar los cadáveres que hay dentro del cuartel y darles sepultura, dijo.

El primer oficial que recibió el recado, manifestó estar de acuerdo. Pero yo le di un rotundo ¡No! catalán. Y le dije al muchacho:

-No podemos dar el permiso solicitado. Lo único que demandamos es que se rindan. Además usted no irá a dar el recado. Se quedará aquí con nosotros.

-¡No! -repuso resueltamente el jovencito, le di mi palabra de regresar al coronel Tinoco.

Volvió al cuartel, a seguir como prisionero. Su altivez me conmovió. ¡Cómo desearía que toda la juventud costarricense la imitara!

Por fin se iniciaron las conversaciones. Para ello intervinieron un hijo del coronel Tinoco y Rosendo Argüello hijo. Al coronel

Tinoco se le dio pase para reunirse conmigo y con parte del Estado Mayor, en la casa de don Claudio Volio en Cartago. Mario Esquivel Arguedas, cuyos servicios fueron tan valiosos durante toda la guerra, iba a servir de intermediario nuestro, para posteriores conversaciones con el coronel Tinoco. Se determinó que al coronel se le rendirían las consideraciones de su rango y en reconocimiento a su valor, conservaría su espada que entonces los militares lucían como símbolo de su honor castrense. Se acordó que la tropa gobiernista saldría en formación, pero desarmada a recluirse en la escuela Jesús Jiménez, donde recibirían alimentación y quedarían bajo vigilancia hasta el final de las hostilidades. El pundonor y espíritu de disciplina del coronel Tinoco se reveló cuando manifestó que aún dentro de esas condiciones, no entregaría el cuartel, hasta que no recibiera la orden de su comandante en Jefe, el Presidente Picado.

El Padre Núñez, actuando como mi representante en las negociaciones de rendición ante el Gobierno, fue portador ante el Presidente Picado, de un mensaje comunicándole la decisión del coronel Tinoco. El mismo día trajo una carta que el Presidente enviaba a su fiel coronel, ordenándole la entrega del cuartel.

Yo salí a la calle a recibir a la tropa que se rendía. Entonces sucedió algo que pudo haber cambiado el resultado de la guerra. Por una inexplicable falta de coordinación, de repente me encontré en plena calle, sólo con dos compañeros, en medio de aquellos soldados gobiernistas. Me pudieron haber capturado o matado. Afortunadamente, no se les ocurrió. Arengué a los soldados gobiernistas en media calle, en términos de concordia y esperanza. No tuve para con ellos ninguna frase de ofensa o de maltrato. Todos se dirigieron sin custodia al mando de sus jefes, hasta la escuela Jesús Jiménez, en donde quedaron internados. Era la primera vez que yo me dirigía a soldados enemigos, con quienes unos momentos antes habíamos estado matándonos unos a otros.

El cuartel se había rendido. Guardamos una consideración especial al compañero José Santos Delcore. Por culpa de su impetuosidad en la larga lucha cívica anterior lo habían llevado muchas veces preso a ese mismo cuartel. Le permitimos que fuera el primero en entrar al cuartel de Cartago con rango provisional de comandante. Al ver a los prisioneros, Delcore les dijo:

Siendo amigos míos, que se vayan todos a la libertad.

Salieron todos: hasta los presos comunes, en libertad. Delcore dio así, de *motu proprio*, la primera amnistía post-revolucionaria.

CONSOLIDANDO LA LIBERACION. Para reafirmar nuestra posición en Cartago, era necesario asegurar el dominio sobre ciertos puntos, de los cuales se amenazaba la ciudad. Esto exigía las acciones que

paso a relatar:

Las tropas del gobierno que habían pretendido reconquistar Limón, se replegaron hacia Cartago desde Turrialba a donde las había empujado la Legión Caribe. En Paraíso, todavía hicieron un último intento, para hacerse fuertes con el concurso de una parte de la población afecta a ellos. Bajo el mando de Carlos Gamboa, un grupo de nuestros combatientes, derrotó a esas fuerzas gobiernistas. Quedó Paraíso en nuestro poder y asegurado el frente al Este de Cartago. Perdimos en ese encuentro a otro compañero, Ricardo Arana, cuyo nombre se agrega a la gloriosa lista de aquellos a quienes la patria guardará recuerdo agradecido.

Por Llano Grande avanzaba una columna gobiernista bajo el mando de Carlos Luis Fallas, dirigente comunista y del nicaragüense Abelardo Cuadra, quien había sido militar del régimen somocista del que después fue víctima y declarado enemigo y que, poco antes de la guerra de Liberación Nacional, hizo varios intentos de reunirse con nosotros. Carlos Luis Fallas, destacado líder y valiente luchador comunista, se había trasladado con parte de su gente desde el valle de El General, para reforzar la defensa gobiernista de San José e intentar un movimiento envolvente sobre Cartago. Su extraño compañero de comando Abelardo Cuadra, según él mismo ha descrito después en un libro, había estado presente en Nicaragua como cómplice, cuando asesinaron a Augusto César Sandino. Luego, en Costa Rica, fue ascendido en rango militar, hasta llegar a Jefe de Estado Mayor del Presidente Picado en las últimas horas de su gobierno.

Sin mayor éxito, Fallas ensayó un ataque a nuestras fuerzas en Ochomogo, donde habíamos establecido nuestra línea de fuego avanzada. Fue rechazado. Luego se dirigió a Llano Grande, buscando esa ruta al Norte de Cartago para atacarnos.

En Llano Grande ya había estado, con un contingente, nuestro compañero Guillermo Sojo. Había detenido a las autoridades gobiernistas de la zona y traído de regreso a la casa, a su hermano Germán, quien atendía sin desfallecer, nuestra estación clandestina en ese lugar.

Ante ese avance de Fallas, fue el mismo coronel Ramírez quien se hizo presente en Llano Grande. Carlos Luis sin dar mayor pelea, se replegó hacia San José. Nuestro flanco Norte quedaba asegurado.

Por uno de sus típicos golpes de audacia, que le crearon una merecida aureola de héroe, Frank Marshall, acompañado de sus cercanos colaboradores, se dirigió a Tres Ríos y se presentó en la Jefatura Política donde él y sus compañeros se hicieron pasar por oficiales gobiernistas. Cargaron en el *pick-up* que conducían, cien rifles Mauser y una considerable cantidad de parque. Luego, hicieron prisionero al Jefe Político y a toda la policía allí

estacionada. Fueron llevados como trofeos vivientes a Cartago. Quedó también eliminado el peligro que representaba para nuestra seguridad la presencia de tropas gobiernistas en Tres Ríos.

LA FURIOSA BATALLA DE EL TEJAR. La batalla de El Tejar fue una de las acciones donde se desplegó mayor valor y arrojo. El número de muertos del encuentro, fue superior al de cualquier otro combate. Si hubiéramos sido derrotados en El Tejar, situado a cinco kilómetros al Sur de Cartago, la revolución se hubiera visto en grave peligro.

Ya advertí que habíamos despachado una columna de combatientes, desprendida de los contingentes de la Marcha Fantasma, para que en La Cangreja, en la carretera Interamericana, a quince kilómetros al sur de Cartago, establecieran una especie de tapón. Esto para detener a las fuerzas del gobierno que podrían atacarnos de regreso de sus posiciones en el sur. Estas fuerzas, habían asediado nuestra posición en El Empalme, que para entonces ya nosotros habíamos abandonado. Ese grupo estaba comandado como dije, por José María Tercero, nicaragüense y los costarricenses Joaquín Garro, Carlos (Pocholo) Mendieta y Fernando Ortuño Sobrado, entre otros.

El Capitán Tercero, perdió el ánimo y abandonó la posición. El comando lo asumieron Garro, Mendieta y Ortuño. Lograron detener un primer intento de las fuerzas gobiernistas que buscaban reforzar Cartago. Después de ese encuentro, nuestras fuerzas estimando que habían cumplido su tarea, abandonaron La Cangreja y regresaron a Cartago con la noticia de que los gobiernistas se habían retirado en desbandada. Al retirarse nuestros soldados sólo dejaron en la posición, un reducido retén, integrado por jóvenes recién reclutados. Se les ordenó que si aparecía de nuevo el enemigo, hicieran muchos disparos para amedrentarlos y luego se retiraran por las rutas que les fueron indicadas y enviaran rápidamente un mensajero a informar a Cartago del avance del enemigo.

Los jóvenes, desgraciadamente, no siguieron al pie las instrucciones. Aburridos por la inacción, dejaron sus puestos durante la noche del 12 al 13 de abril y llegaron al amanecer a la cercana población de San Isidro de El Tejar, a la entrada del Valle de El Guarco. Sentados en el corredor de una pulpería, esperaban que el día clareara. Allí los capturaron las fuerzas del Gobierno, procedentes de la Interamericana. Todos, menos uno, fueron fusilados en el sitio.

Era el 13 de abril de 1948. La población de Cartago celebraba alegremente la victoria totalmente desprevenida de que ese día, a dos pasos, se habría de librar una de las batallas más cruentas de toda la Guerra de Liberación Nacional.

Las fuerzas gobiernistas procedentes de la Interamericana, estaban comandados por dos costarricenses: Mario Zamora, con el pomposo título de Jefe de las Fuerzas Expedicionarias de la Provincia de Cartago y Federico Starke. Además venía en esa fuerza, el militar somocista Krüger, acompañado de unos cincuenta soldados nicas de la Guardia Nacional. Estos valientes, fueron quienes asesinaron a los muchachos que debieron haber quedado en La Cangreja.

Al enterarnos del avance de los enemigos, decidimos una movilización muy amplia de nuestras fuerzas, puestas bajo el comando general del Mayor Frank Marshall. Se enviaron a la acción cuatro compañías. Una llamada Carlos Luis Valverde, bajo el comando de Max Cortés; otra llamada compañía Lempira, comandada por el Indio Sánchez; otra llamada León Cortés, comandada por Edgar Cardona y otra bajo el mando directo de Frank Marshall y Jorge Rivas Montes. Estas fuerzas eran el grueso de las tropas que antes habían sostenido durante largos días la batalla de El Empalme. Abordaron tres autobuses y se dirigieron hacia El Tejar, al encuentro del enemigo.

El primer vehículo fue sorprendido por el adversario que lo destrozó. Casi todos sus ocupantes murieron. Se salvaron entre otros, Max Cortes y Sidney Ross, Efraín Ureña, Sotero Castro y Aquilino Jiménez. De los treinta y cuatro que iban en el vehículo, sólo se salvaron once. Los ocupantes de las otras cazadoras, procedieron con mayor cautela. Debo mencionar el acto heroico de un muchacho, José Francisco Romero Avila, al que apodaban Musaraña. Fue como voluntario a inspeccionar la situación, para ofrecerle a los combatientes algún informe sobre las tropas adversarias. Musaraña, herido, regresó con el aviso de que el enemigo estaba encima.

Desde ese momento, se desarrolló una encarnizada lucha.

Cardona y su grupo se apostaron en la colina al Sur-Este de la población. Los hombres bajo el mando de Frank Marshall, ubicaron sus ametralladoras y fusilería en posiciones apropiadas, cubiertos por el muro de la escuela y en la torre de la Iglesia. Eso les permitió rechazar al enemigo, que sufrió una gran cantidad de bajas entre muertos y heridos. Los gobiernistas mostraron bravura y coraje pero por fin, al caer la noche, rendidos y desorganizados, huyeron hacia el valle de Coris, en dirección de San José, por Desamparados, o por senderos que les conducían a Tres Ríos o a Curridabat.

En esta retirada ocurrió un hecho, que ha sido juzgado en diferentes formas por las personas que lo comentaron. En Quebradillas, uno de nuestros combatientes, Jorge Montero, comandando un reducido grupo, sorprendió a un destacamento del enemigo en fuga. Según los informes que he recibido, Jorge Montero constató que casi todos eran nicaragüenses. A los que resultaron

nicas, Montero los ejecutó en el sitio, por considerarlos invasores de nuestro suelo. Condeno, por igual, la matanza de nuestros muchachos en San Isidro del Tejar y la de estos nicas, como una mancha a la gloriosa jornada de El Tejar.

LA ULTIMA BATALLA. He dicho antes que la Operación Magnolia (toma de Cartago), exigió la presencia de todos los componentes del Ejército de Liberación Nacional. En consecuencia, tuvimos que dejar desguarnecidas algunas poblaciones y frentes importantes. Son decisiones cruciales de la guerra. Entre esas poblaciones estaba San Isidro de El General. Esta ciudad había perdido la importancia estratégica que tuvo desde el principio de la guerra hasta la toma de Cartago. San Isidro y El Empalme, habían sido las claves de la revolución. Perdidos cualquiera de estos dos frentes, hubiera quedado gravemente comprometido el éxito de la guerra. Así lo comprendía el Gobierno, que intentó infructuosamente, empleando el talento militar del General Tijerino y el arrojo de Carlos Luis Fallas, apoderarse de San Isidro de El General. Ahora, cuando dejamos desguarnecida esa población, una tropa enemiga, llevada en parte por avión hasta Buenos Aires, la ocupó.

Encomendamos a Jacinto López Godoy y a Romilio Duran, resistir a la Columna de la Victoria de Fallas, mientras se cumplía el Plan Magnolia. Ante el ataque del Gobierno, Romilio Duran y López Godoy, decidieron retirarse a posiciones fuera de la ciudad, en espera de refuerzos que pudieran enviarse una vez ejecutado el Plan Magnolia. Entre tanto Carlos Luis Fallas, con gran parte de su columna, había sido trasladado por el Gobierno a la Meseta Central, para la defensa de la capital.

No queríamos dejar a San Isidro un día en manos de un Gobierno, al que teníamos abatido en todos los frentes. López Godoy, tenía estacionado su grupo a veinte kilómetros de San Isidro en el lugar llamado División. Cuando después de la batalla de El Tejar, se presentó en Cartago, yo le pedí que asumiera la dirección de un grupo de combatientes, en compañía de Sidney Bräutigam, a acometer la tarea de liquidar el foco gobiernista de San Isidro. López Godoy era conocido por su audacia, su agresividad, su dominio del terreno. Emprendió su misión usando entre otros recursos, un tanque que había sido construido por operarios costarricenses, bajo la dirección de Recaredo Moreira, sobre un tractor en los talleres de Villa Mills. Estaba recubierto de planchas gruesas de acero con boquetes para disparar las armas. El encuentro fue duro ante la resistencia de las tropas gobiernistas que ocupaban San Isidro. Pero fueron derrotadas. Esto sucedía, el 19 de abril de 1948, día en que en la Embajada de México, se firmaba la rendición del Gobierno de Picado.

Al día siguiente recibimos un lacónico mensaje del comandante López Godoy, anunciando la victoria en su forma característica:

Manden más diesel.

Habíamos establecido la costumbre, desde la primera batalla de San Isidro y ante la imposibilidad de cavar tumbas para cada muerto del enemigo, de quemar sus cuerpos rociándolos con diesel.

San Isidro, de nuevo, se vestía de duelo, aunque ahora luciendo las galas de la libertad, para no perderlas jamás.

UN EJERCITO VICTORIOSO. En todos los frentes se había impuesto el Ejército de Liberación Nacional. Era ahora, una realidad militar que parecía invencible y una realidad política imprescindible para decidir los destinos de la nación.

Por si el régimen caldero-comunista, irresponsablemente, quisiera aún seguir resistiendo a su pueblo, yo, con mis compañeros de comando, estaba preparando ciertos golpes de gracia, para un régimen podrido y moribundo.

En San José estarían debatiéndose en mutuas recriminaciones, el Estado Mayor del Ejército Institucional de Picado, el Comando del Ejército de fanáticos de Calderón Guardia y los dirigentes del Partido Comunista. Estos últimos eran los que realmente se habían distinguido por su decisión de lucha. Los dos primeros estaban preocupados por sus "vidas y haciendas" y por encontrar la manera de escapar a sus responsabilidades. Los comunistas, equivocadamente, se aferraban a la bandera de las conquistas sociales y querían seguir luchando. Al país ya le habíamos dado seguridad de que las conquistas sociales estaban a salvo, bajo las banderas del Ejército de Liberación Nacional.

CAPITULO X

LOS PROTOCOLOS DE LA PAZ

Era el 13 de Abril de 1948.

Se libraba la encarnizada Batalla de El Tejar, en la que se ponía en juego, el éxito o fracaso de toda la Guerra Civil.

Yo estaba, atendiendo con fingida tranquilidad, acompañado de unos pocos integrantes del Estado Mayor, a una Delegación del Cuerpo Diplomático acreditado en Costa Rica. La reunión se efectuaba en un aula del Colegio San Luis Gonzaga. La delegación estaba integrada por cinco diplomáticos: el Excmo. Nuncio Apostólico Monseñor Luigi Centoz, quien los presidía; el Excmo. señor Carlos Darío Ojeda, Embajador de México; el Excmo. señor Nathaniel Davis, Embajador de los Estados Unidos de América; el Excmo. señor Narciso Garay, Embajador de la República de Panamá y el Excmo. señor Guillermo Bianchi, Ministro de Chile. Por teléfono, en la mañana de ese día, tan distinguidos personajes habían solicitado una audiencia urgente conmigo, que gustoso les concedí para después del mediodía.

¿Sus Excelencias vienen a negociar la rendición del Gobierno?, les pregunté, después de saludarlos y de agradecerles el interés que mostraban por el bien de Costa Rica.

No. Venían, me repusieron, a traerme un mensaje del Gobierno, que solamente quería establecer conversaciones para la búsqueda de la paz,

Al principio, los diplomáticos, tuvieron problemas de protocolo para dirigirse a mí, especialmente el jovial Embajador de México. No sabía si llamarme Coronel o General, títulos que oía yo por primera vez fuera de los frentes de guerra. Fue más cómodo para todos, llamarme Señor Figueres. Nuestra entrevista comenzó alrededor de las dos y media de la tarde. Los diplomáticos celebraron con ingeniosas observaciones, el hecho de que se les brindara, no el *champagne* acostumbrado en sus recepciones, sino un refresco de avena en leche, servido en jarros de lata. Para mí era un símbolo de la austeridad que debiera presidir la reconstrucción de Costa Rica.

Mientras conversábamos, varios de nuestros oficiales irrumpían frecuentemente en la sala, acercándose a hablarme al oído. Me informaban sobre el peligroso desarrollo de la batalla de El Tejar. Uno de los Embajadores, preocupado por el semblante de los oficiales, inquirió respetuosamente qué era lo que estaba sucediendo. Yo no podía revelar la angustiosa verdad, de que se estaba desarrollando un furioso combate en las afueras mismas de la ciudad, que preocupaba a mis oficiales. Con aplomo les solté una fanfarronada:

Pues, Excelencias, es la impaciencia de estos jóvenes, que me exigen marchemos ya sobre San José. Muy difícil es refrenar sus ímpetus, como lo ven.

¡El Embajador abrió tamaños ojos de asombro!

Después de una conversación breve pero precisa, sobre el objetivo de la misión que los señores diplomáticos traían, les presenté para que la llevaran al Presidente Picado, una primera fórmula, que podría poner fin a las hostilidades. Esa fórmula había sido debatida y en principio aceptada, entre mis compañeros de conducción de la guerra. Esta fórmula buscaba evitar que al caer el Gobierno de Picado, se produjera un vacío de poder. Para eso designaba las personas que ejercerían el gobierno por los pocos días, que restaban del periodo constitucional. A su debido tiempo y hechas las consultas necesarias, especialmente con el Presidente Electo, don Otilio Ulate, se definiría la fórmula política de Gobierno, que fuera necesaria dentro de las circunstancias. A los Embajadores les entregué una nota en la que sometía a consideración del Gobierno, como principio de negociación, una propuesta que contenía los siguientes elementos:

> *-Renuncia ante el Congreso, por parte del Lic. Teodoro Picado y sus tres designados a la Presidencia de la República;*
>
> *-Elección inmediata de parte del Congreso y como acto continuo, de don José Figueres Ferrer, el Lic. Alberto Martén Chavarría y don Fernando Valverde Vega, en ese orden, como designados a la Presidencia de la República;*
>
> *-El Primer Designado, asumiría inmediatamente el Poder Ejecutivo, y recibiría la entrega de todas las fuerzas armadas y del Gobierno;*
>
> *-El nuevo Gobierno otorgaría Garantías de Vida y Haciendas a sus adversarios, salvadas las responsabilidades civiles, que pudieran ser declaradas por los Tribunales;*
>
> *-Respeto al asilo diplomático, de acuerdo con los tratados y prácticas internacionales;*

-Licenciamiento de las tropas, otorgándoles compensaciones materiales, para integrarse a la vida civil;

-Adopción de medidas apropiadas, para restablecer el orden público y la paz;

-Declaración de tregua general, mientras se cumplieran esos extremos;

-Específica garantía de vida y hacienda al Lic. Teodoro Picado.

Al anochecer de ese día, los señores Diplomáticos, me llamaron por teléfono desde San José y me comunicaron que no existía ninguna inclinación del Gobierno, a aceptar la fórmula mía la cual había sido puesta en manos del Presidente Picado Michalski.

ALARMA Y ANGUSTIA. A juicio de los señores Diplomáticos, compartido por el Presidente, sería necesario establecer conversaciones directas entre él y el Jefe de la Revolución José Figueres, sobre los asuntos esenciales para llegar a la paz.

Consideraban necesario los Diplomáticos para ese efecto, que yo designara a un delegado mío, plenipotenciario, que viajase a San José, con capacidad para firmar acuerdos definitivos. Reuní al Estado Mayor, avanzada esa noche y se escogió al Padre Benjamín Núñez, para que llevase nuestra representación plenipotenciaria.

Al Padre Núñez lo primero que hubo que hacerle, fue comprarle ropa adecuada, que sustituyera la que traía del frente. Cada mañana sería recogido en El Alto de Ochomogo, por los cinco diplomáticos y bajo la protección de sus banderas, viajaría a San José, a la Embajada de México, donde se celebrarían las negociaciones. Cada tarde, los mismos señores diplomáticos, le regresarían a nuestras líneas en Ochomogo, para informarme de las gestiones del día y recibir instrucciones pertinentes, para el próximo día. Su vida estaría garantizada por el Cuerpo Diplomático.

El deseo de la paz era vehemente entre todos, pero aún existía una extraordinaria disposición a continuar la lucha si fuese necesario. Yo me ocupé, como lo he dicho, en preparar un plan secreto para llevar tropas al aeropuerto de La Lindora y entrar a San José, a cualquier costo, por Santa Ana. Calculé que el número de muertos adicionales sería muy elevado, cuando ya las bajas andaban alrededor de dos mil. El país no podría soportar esa sangría, pero no había otra alternativa, si fracasaban las negociaciones.

NEGOCIACIONES EN LA EMBAJADA DE MEXICO. Mi esperanza ahora se

cifraba en la habilidad negociadora del Padre Núñez, que resultó ser inmensa. Durante semanas había forjado con él, en reflexiones matutinas, sobre el altozano en la Iglesia de Santa María de Dota, los planes para una nueva Costa Rica.

El 14 de Abril de 1948, al partir hacia su misión, recibió el Padre Núñez mis instrucciones para actuar con firmeza en San José. Esas instrucciones, se resumían, expresando el sentir general del Ejército de Liberación Nacional, en dos palabras: *Rendición Incondicional*. No había alternativa. Revolución que pacta, es generalmente revolución que se frustra. Nosotros no habíamos batallado tanto, para que al final se dejara frustrado el anhelo de conquistarle al pueblo costarricense, de entonces y del futuro, el derecho a elegir libremente. Por eso se requería una rendición incondicional. Para que nada nos atara en el futuro al desastroso régimen que estábamos derrocando.

Conforme a lo convenido, esa mañana del 14 de abril, los cinco diplomáticos se encontraron con el Padre Núñez en El Alto de Ochomogo. En ese momento, se produjo una balacera, en el sitio del encuentro. Nuestros soldados tuvieron que responder a un ataque que provenía del Oeste de Ochomogo. ¡Así era la descoordinación del Gobierno!

Menciono este incidente, porque dio lugar a un episodio pintoresco. Los diplomáticos se lanzaron rápidamente al suelo, debajo de un puente. Al notar que el Embajador de México se mantenía en pie, expuesto al peligro, los demás miembros de la Misión y un oficial nuestro, le instaron a que se ocultara bajo el puente. Pero el Embajador les dijo con garbo: "Un mexicano nunca se agacha". Luego, todos descubrieron y él lo celebró alegremente, que el Embajador estaba protegido, de casualidad, por una de las columnas del puente.

Para contar lo que aconteció durante las negociaciones en la Embajada de México, durante esos días, usaré los informes que oportunamente me dio el Padre Núñez, cada tarde al regresar a Cartago. Agregaré otros datos, que he obtenido de diferentes fuentes y formularé algunos comentarios.

A la Embajada de México llegó el Lic. Teodoro Picado, para iniciar las conversaciones. Mostró su complacencia de que el negociador fuera el Padre Núñez, pues a su juicio, esto facilitaría una solución feliz. El Embajador de México pidió tanto a don Teodoro, como al Padre Núñez que se apartaran, solos, a conversar en una oficina. Allí, según me dijo después el Padre Núñez, don Teodoro manifestó con insistencia, su determinación de llegar a un arreglo. El estaba dispuesto a hacer toda clase de sacrificios: "Cualquier vida que caiga de ahora en adelante, será un inútil sacrificio", aseguró sin vanidad alguna don Teodoro al Padre Núñez.

Otras personalidades que estuvieron presentes en esos días, en diferentes momentos de las conversaciones, además de los señores diplomáticos, fueron el doctor Rafael Angel Calderón Guardia, el Lic. Manuel Mora Valverde, el Lic. Alvaro Bonilla Lara, por entonces Ministro de Hacienda; el Lic. Máximo Picado Quesada, Secretario de Gobernación y el Ing. Santos León Herrera.

Las conversaciones se hicieron difíciles, desde su comienzo. Nosotros exigíamos una rendición incondicional, mientras el Gobierno y sus aliados, deseaban una rendición bastante condicionada. Se dio por descartada la fórmula que yo había propuesto a los Diplomáticos, con el ruego de transmitirla al señor Presidente Picado, en nota firmada por el Lic. Alberto Martén Chavarría, por Fernando Valverde Vega y por mí.

Muy claro quedó el empeño del señor Presidente, de que cualquier arreglo debiera incluir, como condiciones imprescindibles, garantías sobre la seguridad de vidas y haciendas, para los personeros del régimen y sobre la seguridad y protección para los involucrados, directamente, en las acciones militares. Se mencionó también, pero no con tanta insistencia, la posibilidad de una amnistía general. Sólo el Lic. Manuel Mora dijo que ellos, los comunistas, no tenían hacienda que defender, y que sus vidas las arriesgaban siempre de acuerdo con sus ideales. Por tanto, ellos, lo que demandaban, era garantías de que las conquistas sociales sería respetadas.

BUSCANDO LA SALIDA CONSTITUCIONAL. El Presidente Picado tenía fija la preocupación, de que cualquier arreglo a que se llegase, transcurriera dentro de los cauces de la constitucionalidad. Este punto de vista era compartido, aparentemente, por todos los que participaban en las conversaciones. Para los Diplomáticos, esto tenía un gran valor, dado su carácter de guardianes de la juridicidad.

Con ese fin, se presentó el plan de que, al renunciar el Presidente y los dos primeros Designados a la Presidencia, se llamara al tercer Designado, don Santos León Herrera, a ejercer el poder hasta el fin del período constitucional, que terminaría el siguiente 8 de mayo de 1948. Los Designados a la Presidencia, en el ordenamiento constitucional de aquel entonces, equivalían a los vice-Presidentes actuales.

El Padre Núñez advirtió que, esta propuesta, ameritaba ser consultada conmigo. No obstante, se creyó conveniente, que ya en ese primer día de las negociaciones y para no perder tiempo precioso, se dieran ciertos pasos que facilitasen su realización. Por esa razón, se convino en esa primera reunión, con la anuencia de la Comisión de Diplomáticos, que se localizara inmediatamente

al Ing. Santos León Herrera, a quien se entregaría una carta personal del Presidente Picado, informándole del arreglo sugerido y pidiéndole colaboración.

La Comisión de Diplomáticos ofreció sus buenos oficios, para facilitarle a don Francisco Esquivel, entonces Secretario de Fomento, buscar a don Santos León Herrera y entregarle la carta del señor Presidente Picado. Por esos días, don Santos León Herrera se encontraba en una pequeña población, llamada El Yas, situada a unos pocos kilómetros al Este de Paraíso, dentro del territorio dominado por nosotros. Por eso se pidió también al Padre Núñez, que obtuviera, para el señor Esquivel, un salvo-conducto nuestro para cumplir su misión.

En su carta, que se ha hecho después pública, el Presidente Picado le decía a su amigo don Santos León Herrera que el Padre Núñez y don Francisco Esquivel le explicarían la situación en que se encontraban los asuntos del país y le decía la razón del sacrificio que se le pedía. Le aseguraba también, que contaría con el patrocinio del Cuerpo Diplomático, para el cumplimiento de sus difíciles tareas, pues ese distinguido Cuerpo, estaba avalando las negociaciones.

En la tarde del 14 de Abril a nuestras líneas llegó el Padre Núñez, acompañado de la Misión Diplomática y del señor Esquivel. Inmediatamente se hicieron los arreglos para que el señor Esquivel viajara, con toda seguridad y en compañía del Padre Núñez hasta El Yas, a encontrarse con don Santos León Herrera, quien manifestó su voluntad de cooperar con su amigo el Presidente Picado y servir a la nación.

Al día siguiente, 15 de Abril, muy temprano, la Comisión Diplomática, recibió en nuestras líneas a don Santos León Herrera, a don Francisco Esquivel y al Padre Núñez, quienes se dirigieron, en su compañía, a la Embajada de México en San José, a continuar las conversaciones por la paz. Estas conversaciones, durante los tres días siguientes, presentaron varios incidentes controversiales, pero siempre hubo el ánimo de llevarlas a un buen término.

Yo insistía en la fórmula de rendición incondicional. Al Padre Núñez, le pedía mantenerse firme en esa línea, que expresaba el sentir del Ejército de Liberación. Recuerdo que le decía:

Vea Padre, tenemos preparados unos golpes que significarán el desplome final del Gobierno.

Se trataba de planes que estábamos elaborando, además del mencionado de La Lindora, para apoderarnos de Coronado, Alajuela y Aserrí.

El arreglo de salvar la constitucionalidad, para la transición definitiva, por medio de un Gobierno presidido por don Santos León Herrera, no nos parecía una desviación de nuestra actitud anterior. Era una vía civilizada para realizarla. Se verá después, que nunca se produjo un acto formal de rendición, como los que se estilan en conflictos bélicos. Veremos como el Padre Núñez, logró llegar a un acuerdo entre el Gobierno y el Ejército de Liberación Nacional, por el cual sólo se sentaban las condiciones preliminares, para el arreglo definitivo.

Este no se produjo nunca, porque al cumplirse las condiciones preliminares, ya no habría con quien firmarlo, pues todo el poder iba a estar en nuestras manos. En eso estribó la habilidad negociadora del Padre Núñez, a quien fuimos dando las instrucciones para realizar acuerdos necesarios.

PRESIONES SOBRE EL PRESIDENTE PICADO. No había duda que el Presidente Picado, estaba sometido a fuertes presiones por parte de sus colaboradores más obsecados, algunos de los cuales querían seguir la lucha, creyendo que tenían armas y recursos para no ceder. Don Mario Fernández Piza, Jefe del Estado Mayor del Gobierno, no compartía esa opinión, si bien por espíritu de disciplina, mantenía su adhesión a cualquier decisión de su Presidente. El señor Fernández Piza, oportunamente, había informado al Presidente de la República de las enormes dificultades que existían para proseguir la lucha.

La situación explosiva en que se movía el Presidente Picado, puede entenderse mejor, recordando un incidente ocurrido en la Embajada de México, durante los días de la negociación. Don Enrique Limosner, un republicano español, más bien neutral en nuestro conflicto, se presentó en la Embajada y denunció, que en los sótanos del edificio del Aeropuerto en La Sabana, (que hoy ocupa el Museo Nacional de Arte Costarricense), estaban depositadas grandes cantidades de dinamita. Manifestó además, que don Julio López Masegoza, republicano español como él, pero partidario de Calderón Guardia, estaba dispuesto a usar esa dinamita, en la defensa de San José. Además afirmó que López Masegoza, no ocultaba su convicción, de que era necesario "repetir en San José la batalla de Madrid". Miembros de la Comisión de Diplomáticos, fueron a constatar la verdad de la afirmación del señor Limosner. López Masegoza, tuvo entonces un altercado con el Lic. Alvaro Bonilla, quien abogaba por su detención. López Masegoza increpó en tal forma al señor Bonilla, que según me informa el Padre Núñez, llegó a decirle:

Además de ladrón, nos resulta cobarde.

El Embajador de México, atendiendo una instancia del Presidente Picado, que quería detener allí mismo a López Masegoza, le ofreció

a éste, de inmediato asilo en su embajada.

UN GABINETE DE TRANSICION. Uno de los puntos que se prestaron a discusión, fue la integración del Gabinete que acompañaría a don Santos León, los dieciocho días de gobierno que restaban del período constitucional de Picado. Durante ellos, a él le correspondería gobernar. Después de las explicaciones debidas, don Santos León aceptó nombrar como sus Secretarios de Estado, que correspondía entonces al cargo de Ministro de Gobierno, a las siguientes personas: José Figueres Ferrer, Secretario de Estado en los Despachos de Relaciones Exteriores, Gracia, Justicia y Culto, con recargo de la Secretaría de Estado en el Despacho de Seguridad Pública; Fernando Valverde Vega, Secretario de Estado en los Despachos de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social; Lic. Alberto Martén Chavarría, Secretario de Estado en los Despachos de Hacienda y Comercio; Francisco J. Orlich Bolmarcich, Secretario de Estado en el Despacho de Fomento (Obras Públicas); Dr. Raúl Blanco Cervantes, Secretario de Estado en los Despachos de Salubridad Pública y Protección Social y Bruce Masís Diviassi, Secretario de Estado, en los Despachos de Agricultura e Industria.

Este acuerdo quedó concretado por Decreto No. 16 del 23 de Abril de 1948, emitido por el Presidente Santos León Herrera. La ejecución de este Decreto fue encargada al Lic. Miguel Brenes Gutiérrez, quien como resultado de las conversaciones celebradas en la Embajada de México, estuvo encargado del Despacho de Seguridad Pública, hasta el 23 de abril de 1948. En esa fecha el Lic. Miguel Brenes Gutiérrez, termino sus funciones, instalando a los nuevos Secretarios de Estado.

Durante las conversaciones, se llegó a considerar que los principales mandos de la Fuerza Pública y sus cuarteles, fueran transferidos a manos de personas de reconocida ecuanimidad y espíritu civilista, preferentemente miembros de la Oposición Nacional al régimen "Picadista".

Uno de los últimos actos de Gobierno del Presidente Picado, lo había realizado el 19 de Abril de 1948, al nombrar al Lic. Miguel Brenes Gutiérrez (como hemos dicho), Secretario de Estado en el Despacho de Seguridad Pública, reemplazando a su hermano Rene Picado, a quien la gente, con un repudio profundo, llamaba por sus atropellos a los ciudadanos el General Va Bala.

Es con dolor que recuerdo aquellos días amargos que vivió el país. Al día siguiente de las elecciones, que declaraban Presidente a don Otilio Ulate, pero que fueron anuladas posteriormente, este le mandó un memorándum a don Teodoro Picado, ofreciéndole en aras de la concordia de la familia costarricense, mantener al General Rene Picado, como su Secretario de Estado, en el Despacho de Seguridad Pública y nombrar como tercer Designado a la Presidencia a un

calderonista.

Esta propuesta fue descubierta muchos años después de que se produjo, entre papeles en poder de amigos del ex-Presidente Picado. Me pregunto ¿qué habría sucedido en aquellos días de 1948 si se la hubiera hecho pública? Quizás la historia nacional sería distinta.

REUNION EN EL ALTO DE OCHOMOGO. Durante las negociaciones en la Embajada de México, Manuel Mora se mostró siempre preocupado por asegurar la vigencia de las garantías sociales y de la legislación social, que se había dado bajo el Gobierno de Calderón Guardia, con la colaboración del propio Mora. Insistía en que sobre esa materia, el Ejército de Liberación Nacional le hiciera promesas concretas. Estas exigencias y otros problemas relacionados con la rendición del Gobierno, preocuparon al Padre Núñez quien estimó, sobrepasaban sus facultades de negociador. Por eso, una tarde, antes de abandonar la Embajada de México, propuso una entrevista entre don Manuel y yo. El Padre Núñez propuso a don Manuel que nos encontráramos los tres, esa misma noche, desarmados y sin compañía, en El Alto de Ochomogo, a las diez de la noche. Don Manuel le manifestó al Padre sus reservas. ¿No podría ser víctima de una emboscada? El Padre le replicó que también nosotros podríamos ser las víctimas. Si está en el interés del país, yo acudiré, dijo don Manuel. Como señal de que se produciría la cita, a las nueve de esa noche, se transmitiría, desde la estación Radio Hispana, en Cartago, la Quinta Sinfonía de Beethoven y cada cinco minutos, se intercalaría la palabra, carretera, carretera, frase que sería repetida varias veces.

Cuando el Padre Núñez, de regreso en Cartago esa tarde, me propuso la cita, yo también le expuse mi preocupación de que fuéramos víctimas de una emboscada. Pero al igual que Manuel Mora, acepto diciéndole:

Si esto conduce a la paz, allá iré.

Antes de las diez de la noche, cruzamos el Padre y yo nuestras líneas y nos fuimos internando hacia la tierra de nadie, en dirección de la Quebrada del Fierro, en el Ochomogo, Para justificar el paso fuera de nuestras líneas, en broma le dije a los soldados:

-El Padre y yo vamos a hacer una conquista. Se rieron y nada más. Caminamos un poco: le dije al Padre que fuéramos por lados separados de la calle y que si nos disparaban, el que quedara bien, sin preocuparse por el Otro, corriera a dar aviso a nuestras fuerzas. Afortunadamente, nada sucedió.

El Padre se adelantó un poco más y al final de la cuesta encontró

a Manuel Mora. Contra lo convenido, venía acompañado de un chófer y de Carlos Luis Fallas, sus camaradas comunistas. Manuel le explicó al Padre, que los acompañantes eran hombres de confianza. Los dejó allí, donde se encontró con el Padre y con éste vino a mi encuentro.

Al saludarlo, yo me excusé de que, contra lo convenido, llevara mi escuadra al cinto. Le pedí que avanzáramos un poco hacia nuestras líneas, pues nos habíamos acercado demasiado a las de ellos. Caminamos un poco. De nuestras líneas se oyeron unos disparos. Manuel indignado me increpó: ¿Qué pasa? Yo le contesté sacando mi arma:

¡Soy hombre de honor. Me batiré con los míos si es preciso, para proteger su vida!

Solamente había sido el disparo casual de algún rifle, como ocurre ocasionalmente en cualquier frente de lucha.

Más o menos, frente al lugar donde hoy están las instalaciones de Kativo, en El Alto de Ochomogo, nos sentamos a la orilla de una de las cunetas de la carretera. La noche era de neblina espesa, de frío y ráfagas de ventisca. De algún lugar cercano, llegaba hasta nosotros el hedor de cadáveres, que no habían sido sepultados aún. Pensé que quizá sus espíritus, flotaban sobre el lugar donde estábamos, como una advertencia de los muertos, que no podíamos traicionar.

Allí charlamos por espacio de más de una hora, sobre la situación dolorosa que vivía el país. Convenimos, en la urgencia de encontrar una salida hacia la paz y la convivencia armoniosa de todos los grupos sociales. Cada uno de nosotros partíamos de premisas dictadas por ideologías diferentes. No dejé de manifestarle a don Manuel, que era muy difícil comprender la combinación que él hacía, en sus recientes luchas, de la defensa de las conquistas sociales, con la aceptación de la deshonestidad administrativa y el atropello del sufragio. ¿Cómo conciliaba don Manuel su idealismo político, con la vesania criminal del régimen del cual era parte importantísima? Claro que él, con su mejor estilo de dialéctico marxista, trató de justificar su posición y la de su Partido. Me pareció, resuelto a mantener a todo trance, su lealtad política a los Calderón.

Le aseguré a don Manuel, que lo dicho por mí en la Segunda Proclama de Santa María de Dota, era verdad. Yo no era un politiquero dedicado a la mentira demagógica. Estaba dispuesto, no sólo a mantener, sino a ampliar la legislación social por la cual, los de su partido, decían luchar, aunque para ello tuviera que enfrentarme, como estaba seguro tendría que hacerlo, tras la victoria, a algunos representantes de mi propio bando. El Ejército de Liberación Nacional no era un movimiento reaccionario, ni

estaba al servicio de grupos conservadores. Insistí yo en que no había razón para combatirnos. Había llegado la hora en que ellos escucharan nuestro pedido y creyeran en la buena fe de nuestra oferta.

En relación a la forma como pensábamos salir del *impasse* político, en que vivía el país, le di a entender, a don Manuel, que creíamos necesario establecer un Gobierno de facto por un tiempo, dentro del cual, tomaríamos algunas medidas, tendientes a favorecer el bienestar del pueblo costarricense. Aunque en forma velada le insinué nuestra intención de nacionalizar la banca. Después de estas explicaciones, le insté a dejar las armas. A que terminara una lucha que no tenía objetivo alguno, salvo las ambiciones desorbitadas de grupos de politiqueros deshonestos. Manuel mostró claramente su lealtad y su amistad política hacia Calderón Guardia. Pese a mis razonamientos, no estuvo dispuesto a comprometerse en ordenar el cese de la lucha a sus combatientes. Pero también es cierto que en aquel momento manifestó que se facilitaría mucho el arreglo, que se estaba gestionando en la Embajada de México, con la promesa que yo acababa de hacerle, de mantener las conquistas sociales de la clase trabajadora. Con toda claridad le expuse, la imposibilidad de entrar a ninguna clase de arreglos políticos con el Partido Vanguardia Popular, pues, estaría en contra de las posiciones ideológicas y políticas, que inspiraron la guerra que estábamos librando.

A estas alturas de la conversación, don Manuel me pidió que permitiera acercarse a nosotros a Carlos Luis Fallas su leal colaborador. Fallas se había mantenido separado de nosotros, unos metros. Manuel quiso que fuera testigo, de las promesas que yo hacía, de mantener la legislación social y sus instituciones.

Tratando de sintetizar nuestra conversación, le hice a don Manuel una pregunta, que dio origen al diálogo que a continuación transcribo y que he tratado, en un esfuerzo de memoria, de que sea la más fiel posible reproducción de lo que allí hablamos:

-Don Manuel, procuremos negociar la paz. ¿Cuáles condiciones propone usted?

—Yo propongo -respondió don Manuel— que instalemos un Gobierno mixto entre ustedes y nosotros. -Eso no es practicable don Manuel -le dije-. Están en el ambiente odios muy profundos. ¿Se le ocurre a usted alguna otra fórmula?

—¿Qué propone usted entonces? Inquirió don Manuel. No dudé un momento. Le dije:

—Yo propongo que nos pongamos de acuerdo, sobre ciertos asuntos programáticos que ambos estemos dispuestos a mantener. Ustedes, los comunistas, han estado durante toda la guerra, diciéndole al

país que nosotros somos reaccionarios y que nos proponemos echar abajo las garantías sociales que ustedes se ufanan de haber proclamado. Por ejemplo, nosotros mantendremos toda la Legislación Social.

-Mediaron otros asuntos menores de posibles acuerdos. Se oyó entonces desde un rincón oscuro, la fuerte voz de Calufa Fallas, que había estado callado:

-¿Mantendrán ustedes el Impuesto sobre la Renta?

-Lo aumentaremos... ¡carajo! -Dije con decisión que evidentemente lo sorprendió...

¡Ese carajo fue la única mala palabra que se pronunció durante el diálogo!

Nos despedimos. Ellos regresaron a San José y yo, con el Padre Núñez, volví a nuestras líneas en Cartago...

Sobre esta entrevista, que yo considero sagrada, mucho se ha especulado y mucho se ha mentido. Los llamados historiadores, le han agregado compromisos que no hubo en ella. Los políticos irresponsables, la han tratado de presentar de modo que aprovechara a sus intereses. Igual si son de derecha, que de izquierda. Interesadamente, han hecho surgir de ese encuentro, compromisos que nunca se establecieron. Han llegado a violentar la verdad, diciendo que en Ochomogo se firmó un pacto entre los comunistas y yo. Falso. ¡En Ochomogo no suscribimos ni acordamos pacto alguno! En Ochomogo ratifiqué verbalmente a don Manuel Mora y a Carlos Luis Fallas, lo que en la Segunda Proclama de Santa María de Dota había anunciado al país entero, a todos sus bandos y sus partidos. Estábamos preocupados por la situación social de las clases trabajadoras y del pueblo en general. Buscaríamos introducir las medidas posibles, para mantener y robustecer la legislación social, paro mejorar las instituciones sociales, dándoles mayor eficacia y mayor alcance, promoviendo un desarrollo económico, que le diera contenido a esa legislación, sustrayéndola de la politiquería.

Lo que se habló en Ochomogo sirvió como base para un documento, que facilitaría el arribo a la paz, a la hora de firmar lo que inexactamente se ha llamado el Pacto de la Embajada de México, que puso fin a las hostilidades.

Precisamente, cuando regresábamos a nuestras líneas, autoricé al Padre Núñez, para que si era menester, suscribiera algún documento, en que se fijara nuestra posición ante la cuestión social.

SOMOZA INVADE COSTA RICA. El 18 de Abril de 1948, cuando el Padre Núñez se presentó en la Embajada de México, descubrió una extraña situación.

El Embajador de los Estados Unidos, señor Nathaniel Davis, de pie, en medio del salón, con aire de gran disgusto, exigía para continuar las pláticas, que se presentaran todas las personas involucradas: el Presidente Picado, Manuel Mora, Calderón Guardia, los otros Embajadores y el Padre Núñez.

Una vez reunidos, el Embajador norteamericano, visiblemente molesto, manifestó que su Gobierno creía que las conversaciones no podrían continuar si el Gobierno costarricense no daba explicaciones satisfactorias, sobre la denuncia que acababa de hacer en la Conferencia Interamericana, a la sazón sesionando en Bogotá, Colombia, el entonces Canciller venezolano don Rómulo Betancourt, ante la estupefacción, según lo manifestara luego, del representante costarricense el Lic. Alejandro Aguilar Machado. La denuncia, había sido confirmada, aseguró el Embajador norteamericano por la embajada de su país en Managua: fuerzas del gobierno nicaragüense, habían invadido el territorio de Costa Rica, autorizados y peor aún, a pedimento, del propio Gobierno costarricense.

Todos se volvieron a ver unos a otros, estupefactos...

El Padre Núñez le dijo a Manuel Mora:

Ahora si, don Manuel, ¿qué van a hacer ustedes?

Don Manuel de inmediato respondió:

Uniremos nuestras armas a las de Figueres, para enfrentar a los somocistas.

Esto hubiera resultado inaceptable para nuestros combatientes, que no estarían dispuestos a luchar junto a los comunistas.

El Presidente Picado ensayó una explicación muy débil. El Embajador de México, Carlos Darío Ojeda, a pesar de su amistad con el Gobierno de Picado, le increpó enérgicamente y hasta con cierto grado de irrespeto, diciendo:

Señor Presidente, la situación es muy grave, para que usted pretenda que aceptemos como válidas esas explicaciones.

Picado había negado que se tratara de una invasión de fuerzas somocistas a nuestro territorio. Se trataba, según su ingenua explicación, de que siendo la frontera muy irregular, el gobierno de Costa Rica había autorizado al de Nicaragua, para que sus patrullas pasaran por territorio costarricense, acortando así sus

marchas. Ante la actitud tan firme del Embajador mexicano, el Presidente Picado pidió licencia para salir de la reunión, junto con el Dr. Calderón Guardia, a conferenciar.

Cuando regresaron, el Presidente Picado informó a los presentes que su Gobierno, en ningún caso, había autorizado al de Nicaragua, para invadir territorio costarricense. Más bien dijo, había tomado las medidas necesarias, para protestar ante Managua, por la ocupación de territorio costarricense y había exigido que las tropas se retiraran inmediatamente.

El Presidente Picado fue un hombre de mala suerte. Apenas le conocí personalmente, pero sé que era muy culto; un buen abogado e historiador. Víctima de sus propias aspiraciones, fue instrumento dócil de la ambición malsana del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia. Fue desgraciado hasta el último momento de su Administración. Lo hicieron aceptar la ignominia de traer fuerzas de Somoza, para sofocar nuestra revolución. Quiero atribuir lo que sucedió a don Teodoro, a su desconocimiento de los hechos y a la mala fe de sus colaboradores, don Francisco Calderón Guardia su Agente Confidencial y don Vicente Urcuyo, Ministro de Costa Rica ante el Gobierno de Nicaragua. El 16 de abril de 1948, mientras se realizaban las conversaciones en la Embajada de México, el

Presidente Picado celebró en Puntarenas un encuentro con el hermano de Calderón Guardia, Francisco, o Paco, como lo llamaban todos. Picado entregó a Paco, un documento autorizándolo a solicitar la cooperación del gobierno de Nicaragua, para pacificar nuestro país. Este documento había sido hecho público. También se ha hecho público, otro documento del mismo 16 de abril: Francisco Calderón Guardia, como Agente Confidencial del señor Presidente y Vicente Urcuyo, Ministro de Costa Rica, alegando con evidente falsedad, que tropas extranjeras estaban amenazando las fronteras nicaragüenses, autorizaban al Gobierno de Managua, para que en la forma que lo estime conveniente, proceda en territorio de Costa Rica, a resguardar la frontera divisoria con Nicaragua.

Como antecedente de estas dos notas, debo mencionar que el 12 de abril de 1948, se habían girado instrucciones, por parte del Gobierno de Picado, a las autoridades de Villa Quesada, de alistar el campo de aterrizaje, para recibir refuerzos. El 16 del mismo mes, se dio la orden de tener habilitado el campo para el día siguiente. El 17 aterrizaron en aquella Villa, aviones nicaragüenses con fuerzas pertenecientes a la Guardia Nacional, con sus uniformes, sus jefes y sus armas. Por cierto que al lado Este del campo de aterrizaje, había una pequeña iglesia construida sobre basas. Estorbaba, dada la envergadura de los aviones de Somoza, el aterrizaje de éstos, así que cortaron los cimientos, la corrieron hacia atrás dejando paso libre a los aviones. Atacaron la finca de don Otilio Ulate. Nosotros, en la entonces Villa Quesada y sus alrededores, teníamos algunas fuerzas. No se

enfrentaron los nicaragüenses a ninguna fuerza extranjera caribeana. Se enfrentaron a valientes costarricenses, dirigidos por Alvaro Chacón Jinesta y Marco Tulio Arroyo Argüello, armados de pobres rifles guatuseros. A estos ticos, les tocó rechazar a las infames fuerzas somocistas.

Esta fue la realidad que provocó el incidente en la Embajada de México, el 18 de abril de 1948 y que produjo la vehemente protesta de los Embajadores de Estados Unidos y de México.

¡Que no se olviden estas cosas! ¡Que las juventudes las conozcan! ¡Que la Historia proclame la legitimidad de nuestra causa, cuando exigíamos la liquidación del régimen caldero-comunista!...

GARANTIAS DE VIDAS Y HACIENDA. Una vez solucionado el incidente, que dio origen a la actitud firme del Embajador Davis, al resumir las conversaciones el 18 de abril, el mismo Presidente Picado, comenzó a presionar para que se acelerara el proceso de la paz. En eso todos concordaban con él.

El Gobierno y los grupos calderonistas exigían incluir en el texto del arreglo, garantías a vidas y haciendas. El Padre Núñez con instrucciones precisas mías recalcó mi posición, que expresaba el deseo del Ejército de Liberación Nacional. Esas garantías deberían ser ofrecidas, con la advertencia de que deberían quedar a salvo las responsabilidades civiles, que pudieran ser declaradas por los Tribunales. En consecuencia, a las palabras garantías a vidas y haciendas, habría que agregar estas dos palabras

bien habidas.

Los diplomáticos dijeron, que tal calificación no procedía en un documento, que iba a contar con el aval del Cuerpo Diplomático. No podía pensarse que ese aval se pudiera extender a bienes que no fueran bien habidos. El proyecto del texto del arreglo preliminar, que el Padre Núñez sometió a nuestro conocimiento, a su regreso a Cartago esa tarde, eliminaba las palabras bien habidas hablando de las haciendas simplemente.

Este punto iba a revestir importancia muy grande, cuando más adelante, al ejercer el poder, decidimos recuperar para la República, los bienes que hubieren sido mal habidos, en posesión de algunos amigos del régimen derrocado. Garantizábamos todo lo que fuera bien habido y trataríamos de restituir al Estado, lo mal habido en cumplimiento del documento preliminar de rendición del Gobierno de Picado.

G*ARANTIAS SOCIALES*. Para los comunistas esta clase de garantía de vidas y haciendas, no tenía importancia, según ellos afirmaban.

Así lo hizo saber desde el principio Manuel Mora. Así me lo dijo, en nuestra conversación de medianoche en El Alto de Ochomogo.

En la tarde del 18 de abril de 1948, mientras se redactaba el borrador del Arreglo Preliminar, para la rendición del Gobierno, don Manuel apremió al Padre Núñez, para que elaborara el borrador de un documento, que garantizara las conquistas sociales por las cuales ellos habían ido a luchar. Lo que estaba pidiendo don Manuel, era que se le pusiesen por escrito, las promesas de mantener las garantías sociales y la legislación social que, a ese respecto, le había hecho yo en Ochomogo.

El Padre Núñez preparó el documento respectivo dirigido al Lic. Manuel Mora, Jefe del Partido Vanguardia Popular. Como él me lo dijo después, dirigió esa nota sobre Garantías Sociales a Manuel Mora, porque éste había sido el único, que durante las negociaciones, se preocupó por ese tema. Para nosotros ese punto revestía también importancia en cuanto a la preservación de las instituciones sociales, aunque las hubiera aprobado el hombre que, con su burla de sufragio popular, había declarado la guerra a su pueblo. El documento que iba contener las garantías de las conquistas sociales, entraría a formar parte esencial, del arreglo, para poner fin a las hostilidades.

DOS DOCUMENTOS PARA EL CESE DE HOSTILIDADES. En la tarde del 18 de abril de 1948, el Padre Núñez regresó a Cartago y consultó conmigo el borrador de los dos documentos. Uno que sería el fundamental, se conocería como Acuerdo Preliminar, destinado a cesar las hostilidades, y a establecer las circunstancias necesarias para estudiar, dentro de un ambiente favorable, un arreglo definitivo. El otro igualmente obligante, se llamaría:

Garantías del Programa Social del Gobierno, cuya realización promete el Ejército de Liberación Nacional a todos los embajadores de Costa Rica.

Yo aprobé ambos documentos. Fuera de ellos no hay ningún otro documento que puede invocarse, como expresión formal y oficial, de ningún tipo de promesas de carácter político que yo, en nombre propio o del ejército de Liberación Nacional, haya concebido para lograr la rendición del Gobierno de Picado y de las fuerzas políticas y militares que le acompañaban.

FIRMA DE LOS DOCUMENTOS DE RENDICION Al día siguiente, el 19 de abril de 1948, concurrieron a la Embajada de México, los participantes en las negociaciones, incluyendo al Presidente don Teodoro Picado, con la ausencia muy notoria del doctor Calderón Guardia. Se iban a finalizar las negociaciones por la paz, como las llamaban meticulosamente los señores diplomáticos y que nosotros calificábamos simplemente, de conversaciones para la

rendición del Gobierno.

El Padre Núñez informó que yo, en nombre del ejército de Liberación Nacional, había aceptado los documentos que se habían sometido a mi conocimiento, para poner término a las hostilidades. Igualmente informó que yo le había autorizado para firmarlos en su nombre y del Ejército de Liberación Nacional. Su contenido sería honrado, dentro de la interpretación que nosotros habíamos dado a las conversaciones de las últimas horas, ante la Comisión de Diplomáticos.

Los participantes en la reunión, fueron notificados que estaba preparado, para ser publicado y entrar en vigor al siguiente día, un decreto, el No. 15, en el cual se decía que el Presidente Teodoro Picado, debiendo dejar la Presidencia de la República durante unos días, decretaba llamar a ejercer el Poder Ejecutivo, desde esa fecha, al Tercer Designado de la Presidencia de la República, Ingeniero Santos León Herrera. Este fue el último decreto firmado por el Presidente Picado. Esos días, durante los cuales don Teodoro debía dejar la Presidencia de la República, nunca se terminaron.

Hubo una pausa para el almuerzo, durante el cual se confeccionaron materialmente los instrumentos respectivos, que serían firmados a las dos de la tarde de ese día, 19 de abril de 1948. A esa hora efectivamente, ante la presencia del Cuerpo Diplomático y los representantes de los diferentes grupos armados, el Presidente de la República, Lic. Teodoro Picado y el Padre Núñez, firmaron un documento que contenía el Acuerdo Preliminar de cese de hostilidades. Este es el mismo acuerdo que fue luego conocido como el *Pacto de la Embajada de México*.

EL ACUERDO PRELIMINAR. A continuación transcribo el texto del Acuerdo Preliminar:

En virtud de la mediación solicitada al Cuerpo Diplomático, por el Gobierno de Costa Rica, se realizaron conversaciones entre el Presidente de Costa Rica, Lic. don Teodoro Picado, su representante y el Delegado del Ejército de Liberación Nacional, Presbítero don Benjamín Núñez.

Las mencionadas conversaciones dieron como resultado un acuerdo preliminar, destinado a hacer cesar las hostilidades y a establecer las circunstancias, para estudiar dentro de un ambiente favorable, un arreglo definitivo.

Dicho acuerdo preliminar es el siguiente:

1. El Presidente de la República nombra Secretario de Guerra al Lic. don Miguel Brenes Gutiérrez, y llamará a ejercer el Poder

Ejecutivo, al Tercer Designado, Ingeniero don Santos León Herrera, quien organizará inmediatamente su gobierno en la forma que juzgue más conveniente a las necesidades del país.

2. El Secretario de Seguridad Pública, adoptará las medidas pertinentes a fin de que, en el menor plazo posible, las fuerzas del Gobierno se retiren de sus posiciones, y sean oportunamente y debidamente licenciadas.

3. Se facilitará la salida del país, sin carácter de expatriación, de los Jefes Militares y funcionarios civiles más destacados, como una medida preventiva en su seguridad personal.

4. Entre tanto se llega al acuerdo definitivo, a que se ha hecho referencia, las fuerzas del gobierno y del Ejército de Liberación Nacional, se abstendrán de toda acción armada. Las Fuerzas del Ejército de Liberación Nacional, podrán avanzar a sus nuevas posiciones.

5. Se otorgarán garantías para las vidas y haciendas de todos los ciudadanos, que directa o indirectamente, estuvieron comprometidos en el conflicto. Se garantizan en modo especial la vida, hacienda y derechos otorgados a todos los militares, funcionarios y empleados que han servido al Gobierno del Lic. Teodoro Picado. Se asegura a las familias de las víctimas de la Guerra Civil y a las víctimas incapacitadas sin distinción de partidos políticos, las indemnizaciones adecuadas. Queda establecido que no se ejercerán represalias de ninguna especie. Se decretará una amnistía general. Todas las estipulaciones establecidas en esta cláusula constarán en el acuerdo definitivo.

6. Todo lo relacionado con las garantías para la promoción del bienestar social y económico de las clases trabajadoras, se ha contemplado en un documento especial que presentará el ejército de Liberación Nacional, al Jefe del Partido Vanguardia Popular.

7. Por los medios jurídicos y diplomáticos que los respectivos tratados o Convenios Internacionales estipulen, el nuevo Gobierno presidido por el Ing. Santos León Herrera, resguardará y garantizará la soberanía nacional. El nuevo Gobierno manifiesta sus propósitos de colaboración a las Naciones Unidas y a la solidaridad americana. Los firmantes del presente acuerdo, dejan constancia expresa, de que reconocen los nobles sentimientos humanitarios que en todo momento han inspirado la gestión del Cuerpo Diplomático. Agradecen en nombre de la Patria su desinteresada intervención en pro de la paz y manifiestan que representantes de esa alta corporación, en ningún momento se apartaron de la neutralidad

absoluta, ni tendieron con sus actuaciones a mejorar o empeorar la situación política de alguna de las partes militantes o a favorecer o a entorpecer sus plazas u operaciones militares.

San José, Costa Rica, diecinueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho.

TEODORO PICADO Presidente de la República	PBRO. BENJAMIN NUÑEZ V. Delegado del Ejército de Liberación Nacional

DOCUMENTO DE ACUERDO SOBRE LAS GARANTIAS SOCIALES. Es necesario hacer notar que en el párrafo sexto, del Acuerdo Preliminar, que acabo de transcribir, se hacía constar la existencia de otro documento, el cual debería considerarse como parte integral del primero.

Ese segundo documento contenía el compromiso que el Ejército de Liberación Nacional, había contraído, a solicitud del Lic. Manuel Mora, de respetar las conquistas sociales y de promover el bienestar popular. Ya se ha dicho que ese documento, fue presentado al Jefe de los Comunistas, porque sólo ellos exigieron ese tipo de garantías.

En realidad, el documento no venía a ser otra cosa que la expresión escrita del espíritu y la letra de la Segunda Proclama de Santa María de Dota, que la opinión pública conocía. Era la reiteración de la conversación que yo sostuve con Manuel Mora en Ochomogo. No era ni podía ser considerado, como un arreglo o acercamiento político con los comunistas.

El documento respondía al espíritu del ejército de Liberación Nacional y yo había autorizado al Padre Núñez, para firmarlo.

Su texto es el siguiente:

El ejército de Liberación Nacional presenta al Partido Vanguardia Popular, parte de su programa social de Gobierno, cuya realización promete, a todos los trabajadores de Costa Rica:

1. Las Garantías Sociales existentes no sólo serán respetadas sino también aplicadas en forma efectiva, en todos aquellos aspectos en que no lo han sido todavía.

2. El Código de Trabajo no sufrirá modificación negativa a los intereses de los trabajadores; por el contrario, será perfeccionado en favor de ellos. Entre esas mejoras consideramos esencial, el reconocimiento del derecho de huelga

para los trabajadores del país.

3. Observaremos el principio de libertad y organización para la clase trabajadora; se darán garantías para la existencia y las actividades de las Centrales Sindicales existentes en el país: la *Rerum Novarum* y la CTCR (Confederación de Trabajadores de Costa Rica). El Gobierno les garantizará apoyo económico y moral sin preferencias para ninguna de ellas.

4. A fin de dar mayor seguridad al trabajador desde la cuna hasta la tumba, el sistema de seguros sociales no sólo será respetado, sino estructurado en forma tal, que todos los riesgos profesionales incluyendo los accidentes de trabajo, quedan incorporados a un organismo único. Se extenderán los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores y a todo el país.

5. Será preocupación constante la ejecución de un plan de viviendas baratas, para todos los trabajadores de la ciudad y del campo.

6. Haciendo los esfuerzos que sean necesarios en la producción de artículos de consumo popular y en el control de su distribución, se procurará asegurar el alimento adecuado para la población.

7. Se guardará absoluto y efectivo respeto al sistema democrático republicano, asegurando y respetando las libertades de pensamiento, de conciencia, de palabra, de reunión y de organización, de todos los partidos políticos que existen o puedan establecer en el país.

8. El impuesto sobre la renta no sólo no será suprimido, sino que se le darán bases técnicas más serias aún, asegurando además, dentro de la honestidad administrativa, su aplicación a la solución de las necesidades fundamentales del pueblo.

9. Se procederá a robustecer y a ejecutar un programa de distribución de tierras, complementado con los medios crediticios y técnicos que el Estado pueca aportar.

10. Las familias de todas las víctimas de la Guerra Civil y las víctimas incapacitadas, recibirán sin distinción de partidos políticos, indemnizaciones adecuadas. El Gobierno hará las gestiones necesarias, para que todos los trabajadores que hayan participado en la guerra, sin distinción de partidos políticos, puedan volver a sus trabajos, sin que* los contratos de trabajo respectivos puedan considerarse rotos.

San José, C.R. diez y nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho.

PBRO. BENJAMIN NUÑEZ
Delegado del Ejército de Liberación Nacional

UNA CARTA QUE NO EXISTIO. Sigo mi relato. Después de la inclusión de estos dos importantes documentos Históricos, hago un paréntesis que considero importante, para referirme a una carta, cuya firma se atribuye al Padre Núñez v que se ha hecho circular, como si ella contuviese promesas do orden político, hechas por nosotros al Partido Vanguardia Popular.

Hago constar que cualesquiera que sean esas promesas de orden político, y cualquiera que sea el valor auténtico de esa carta, yo nunca autoricé al Padre Núñez, a hacer tales promesas y mucho menos, a firmar ningún documento o nota, que las contuviera. Por tanto, ni al Ejército de Liberación Nacional ni a mí, se nos puede hacer responsables de su cumplimiento.

He pedido al Padre Núñez un informe escrito de lo que sabe sobre esa carta. Me complazco en transcribir, como parte de este relato, el contenido de su informe.

El Padre Núñez, relata el hecho de la siguiente manera:

Cuando estábamos almorzando, al mediodía del 19 de abril de 1948, en la Embajada de México, se presentó repentinamente el dirigente comunista Arnoldo Ferreto, quien llamó a Manuel Mora, que estaba sentado a nuestra mesa. Salieron los dos y conversaron por un breve rato. Luego vino Manuel Mora a llamarme. Ya se había marchado Arnoldo Ferreto. Don Manuel me dijo que el Buró Político de su partido, no aceptaba los términos del ***Arreglo Preliminar****, que se había acordado hasta ese momento y que se iba a firmar dentro de una hora. La dirigencia comunista, estaba dispuesta a seguir luchando, aunque los demás se rindieran. Le manifesté que poco podía hacer yo en esa situación. Me asustaba lo que podría pasar de ahí para adelante. Don Manuel me dijo entonces, que había un medio para tranquilizar al Buró Político. Me pidió que le firmara una carta, que él iba a redactar, en la que aparentemente el Ejército de Liberación Nacional y desde luego don Pepe, cuyo representante yo era, les ofreciera ciertas concesiones políticas. Reaccioné diciéndole que tal ofrecimiento sobrepasaba la plenipotencia de mi delegación. Que una cosa de tanta monta, exigía una consulta a don Pepe y al ejército de Liberación Nacional. Don Manuel, me pidió unos minutos para redactar la carta, cuyo texto, según él, contendría cosas inocuas. Yo le concedí el tiempo que pedía.*

Después de algunos minutos, regresó don Manuel, trayéndome un proyecto de carta, en la que me hacia prometer que, al organizar

el nuevo Gobierno resultante de la Revolución, a su partido, se le darían ciertas garantías, nombrando dentro del Gobierno, a personas de ***mentalidad progresista****; que a los comunistas se les consultaría en la elaboración de la nueva Carta Constitucional, y se les daría participación en la Constituyente. Don Manuel incluía un ruego de precaución:* ***tener este documento como privado****. Yo insistí en mi negativa a firmar aquella carta, porque no tendrían ningún valor, las promesas que allí se hicieran. Mi firma sería automáticamente desconocida y repudiada por Figueres y por nuestro ejército. Advirtiéndole que mi firma, como persona privada, no tendría ningún valor y que yo no estaba dispuesto a granjearme el repudio de los sectores mayoritarios del país, que habían luchado por separar a los comunistas del poder.*

Don Manuel volvió a describirme la gravedad de la situación. La destrucción material y el costo de vidas, si su Buró Político, por no tener esas concesiones, persistiera en seguir la querrá. Audazmente, me dijo:

-Yo necesito esa carta para convencer a mi Buró Político. Su firma no tendrá ningún poder obligante para mí. Yo se la devolveré, apenas regrese de la reunión con el Buró. Declaro que Ud., Padre Núñez no está contrayendo ninguna obligación moral, ni para usted, ni mucho menos para don Pepe y su futuro Gobierno.

Necesito ese papel únicamente, para evitar una hecatombe, haciendo creer a mis compañeros de dirección, que se les han concedido las condiciones que están exigiendo.

Estaba yo en esas encrucijadas de angustia en la vida, a las que se ve expuesto el hombre alguna vez. El recuerdo de la defensa de Madrid que podía repetirse en San José, me llenaba de pavor. Firmar, sabiendo que moralmente no me estaba conprometiendo a nada, porque así me lo decía el mismo destinatario de la carta, me parecía una mentira a mí mismo. Don Manuel quería que yo fuera su cómplice en el engaño a la dirigencia de su partido. ¿Y el juicio de la historia? Pero, por otro lado, reflexioné, que estaría justificado firmar la carta, si podía evitar a Costa Rica una nueva matanza por la continuación de la lucha, aún haciéndome cómplice de una juqarreta política que Manuel Mora, quería hacerle a la dirigencia de su partido. Mostraba una vez más el señor Mora, un gran sentido patriótico y humanitario, a expensas de su ideología.

Entonces le dije a don Manuel:

Solemnemente le declaro que no estoy firmando esta carta, sino simplemente poniendo mi nombre al pie de ella; que al hacerlo, no estoy contrayendo ninguna obligación personal, ni mucho menos obligando moral ni jurídicamente a don Pepe, al Ejército de Liberación Nacional o a su futuro Gobierno. Para todos los

efectos, esta carta es apócrifa, pues no es de la persona cuyo nombre lleva al pie. Usted sabe que el acto no tiene, ni podrá tener nunca, valor obligante.

Don Manuel asintió totalmente a mis afirmaciones. Puse mi nombre al pie de la carta. Don Manuel me prometió devolvérmela apenas volviera de convencer a sus compañeros con ella. Al regresar de la reunión, ya estábamos preparándonos a firmar el Acuerdo Preliminar. Don Manuel se acercó a mi y me dijo que ya todo estaba arreglado. Pero, en la agitación del momento, no me devolvió la carta.

Luego la carta llegó a conocimiento público. Me ha traído muchas críticas, y le han cargado a don Pepe y a su movimiento la responsabilidad de la misma. La he declarado apócrifa, pero han seguido usándola, como si fuera una legitima promesa nuestra al partido comunista y como una alianza de nuestro movimiento político con los marxistas. En un libro sobre estos asuntos, he visto que han combinado esa carta, con el ***Documento de las Garantías Sociales****, como si fuera su posdata. Todo este incidente de la carta aconteció, durante el receso que tuvo el Cuerpo Diplomático, que sólo regresó a presenciar la firma de los dos documentos oficiales y nunca se enteró de la existencia de dicha carta.*

-Creo, don Pepe, que hice lo que tenía que hacer, para ahorrarle a Costa Rica mucho dolor. Del juicio de los escritores de mala fe, del juicio de los engañados comunistas y de la condenatoria de políticos deshonestos, apelo al juicio de Dios.

Hasta aquí, el informe que sobre estos hechos históricos, me rindió el Padre Núñez.

Yo he aceptado como buenas las explicaciones del Padre Núñez. He tratado de comprender su difícil situación. He comprendido también la actitud de Manuel Mora y lo penoso de su proceder. Pienso que al final, ambos sirvieron ala patria, a su mejor saber y entender.

CAE EL GOBIERNO. SUS PERSONEROS HUYEN. Teóricamente hablando, desde las dos de la tarde del 19 de abril de 1948, había quedado restablecida la paz. Se había iniciado un proceso, en virtud del Acuerdo Preliminar, que debería llevar, en los próximos días, a la total rendición del Gobierno y a la toma del poder por parte del ejército de Liberación Nacional.

La cooperación patriótica del Ing. Santos León Herrera, merece gratitud. Tuvo que fungir durante diecinueve días, como Presidente de la República, con un gabinete de nuestra elección. Sus altas cualidades humanas le permitieron desempeñar con dignidad su cargo, rescatando la constitucionalidad y permitiendo la

continuidad institucional, que tanto valoramos los costarricenses. El Ejército de Liberación Nacional, por su parte, dio muestra de flexibilidad y comprensión, al no insistir en su demanda de rendición incondicional.

No fue fácil para don Santos León cumplir su tarea, rodeado ahora de quienes habían adversado y derrocado al gobierno, del cual había formado parte, con rectitud personal. Sus amigos, a quienes había mantenido lealtad, se habían marchado del país por propia decisión pues nadie los forzó a salir. Huyeron dejando de lado sus responsabilidades ante el país y abandonando a sus seguidores, en circunstancias difíciles para ellos.

Hago énfasis en que quienes abandonaron el país, lo hicieron voluntariamente. A nadie se exilió, ni en esos días ni en los siguientes. Sigue siendo verdad, que el único exiliado que ha habido en Costa Rica, de 1919 a la fecha, en que escribo estas líneas, he sido yo, pese a mi condición de genuino costarricense, a quien echó del país, el Dr. Calderón Guardia.

El doctor Calderón Guardia, fue el primero en volar a cobijarse bajo los aleros de Somoza. Partió de San José horas antes de que se firmara el Acuerdo Preliminar. El contenido de ese Acuerdo no le importaba. Lo quebrantó en el momento en que los Diplomáticos estaban esperando sus instrumentos, para firmarlos. Según ese Acuerdo, el gobierno tenía que entregarnos las armas. Pero él cargó un avión con las que pudo llevarse, y voló hacia el norte. Con él se fue su hermano Francisco (Paco).

Le siguió al día siguiente el Lic. Teodoro Picado, al mismo destino. Entre otros que se fueron, había personas sencillas, humildes seguidores de Calderón, desorientados por su propaganda en contra nuestra. Pero también huyeron criminales como Tavío y Aureo Morales. Surgieron las desconfianzas entre los aliados de la víspera: los comunistas, sospechaban que los seguidores de Calderón Guardia, los mayores responsables, emprenderían la fuga. Por eso vigilaron la estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico y el Aeropuerto, para impedírselo. Sin embargo, Manuel Mora, pidió asilo en la Embajada de México. Luego abandonó el país. Yo traté de disuadir a don Manuel, para que no se fuera. Le ofrecí toda la protección posible para su seguridad personal. Su amigo el Lic. Miguel Brenes Gutiérrez, le ofreció ocultarlo en su finca Coliblanco, entre las estribaciones del Volcán Irazú, hasta que se calmara la indignación popular contra él. Yo ofrecí colaborar con don Miguel, para darle protección y guardar el secreto de su refugio. Me enteró el Padre Núñez que a él correspondió llevar a don Manuel, un recado insistente de Monseñor Sanabria, rogándole que no se marchara. Razones personales afectivas, como su lealtad hacia algunos familiares y amistades, como Carmen Lyra, entre otros, se impusieron. Desoyó nuestro ruego y se fue del país. Yo le mandé a decir:

Usted no puede andar por tierras extranjeras, proclamándose como exiliado, porque sabe que faltaría a la verdad.

Yo también era amigo de Carmen Lyra y la respetaba. Aún pasados los años, me causa desazón y me intriga pensar cómo fue posible que personas de la calidad moral e intelectual de Manuel Mora, Carmen Lyra, Calufa Fallas y hasta el mismo Teodoro Picado, hayan servido de instrumentos de las ambiciones de Calderón Guardia...

Otros integrantes del Gobierno caído, imitando el ejemplo de su jefe Calderón Guardia, se fueron llevándose cuantas armas les fue posible. Saquearon los arsenales, que, según el Pacto, debían haber entregado intactos.

El coronel Juan Vega, comandante de Puntarenas, cargó una lancha con armas y navegó hacia puertos somocistas. El llamado general Modesto Soto, jefe de la cuadrilla de forajidos nicaragüenses, secundado por algunos costarricenses, había ocupado San Ramón, como lo relaté antes. Después de la rendición se retiraron, llevándose el armamento que tenían en sus manos y en los arsenales bajo su control. Se incautaron vehículos de varios tipos y a su paso, en fuga hacia Nicaragua, saquearon negocios en San Ramón, Esparza, Cañas y Bagaces. Cuando rodeaban Liberia, que ya estaba en poder de nuestras fuerzas, fueron rechazados a tiros y se retiraron internándose en su santuario somocista. Hasta llevaban prisioneros. Entre ellos estaba uno de mis más jóvenes combatientes, Guillermo Villegas H., quien convertido en un periodista de prestigio y acucioso investigador de la Historia Patria, nos presta ahora su valiosa colaboración en este libro. Durante la guerra, Guillermo había estado en correrías a lo largo y ancho del frente norte. Como por su juventud podía pasar desapercibido, le encomendé conducir a un grupo de compañeros, a dinamitar la Carretera Interamericana a la altura de la llamada Cuesta de Cambronero, entre San Ramón y Macacona. Se quería evitar así, que Soto y su gavilla, se retiraran impunes hacia Nicaragua. Guillermo y sus compañeros Jorge Hernández Salazar, José Joaquín Porras Ferraro, Iván González Araya y César Solano, fueron capturados, al intentar cumplir su tarea. En los alrededores de Cañas, lograron escaparse, no sin antes intentar, con algún éxito, inutilizar los vehículos del fugitivo. Ahora son testigos irrecusables, del quebrantamiento del Pacto por parte de las fuerzas picado-calderonistas.

Todo esto y muchas cosas más, significaban abiertas violaciones del "Acuerdo Preliminar". Pero todo esto y más, lo callan quienes nos acusan a nosotros, en sus historias de haberlo quebrantado, simplemente porque tratamos de llevar por cauces institucionales apropiados, la demanda de los pueblos por restaurar la honestidad en la posesión de bienes y satisfacer su indignación por los vejámenes que habían sufrido durante ocho años.

LA TRAGEDIA DE LA VINDICTA PUBLICA. La exigencia de la vindicta pública por parte de los pueblos, constituye uno de los retos más graves para la autoridad constituida. Sobre todo, después de un período de opresión; en la euforia de un triunfo militar, que ha demandado grandes sacrificios necesariamente se produce un desbordamiento de las pasiones. Los ofendidos de ayer, buscan ahora vengar sus agravios. Recordemos los espectáculos que presenció París, en el castigo a los colaboracionistas con el régimen nazi. Y más cerca de nosotros, las venganzas del pueblo dominicano al caer Trujillo o de los haitianos al caer Duvalier...

Los mayores de edad de hoy, recordamos en dimensión mucho más limitada, los actos de castigo a los que se llamó, esbirros tinoquistas, a la caída de aquellos antecesores de Calderón Guardia y de Picado. El sentido de ajusticiamiento, es muy antiguo, como se lee en la famosa Fuenteovejuna de Lope de Vega. El pueblo se hizo justicia y ante la insistencia porque se señalara un culpable, respondía a la pregunta ¿Quién mató al Comendador? con un rotundo Fuenteovejuna Señor.

El anuncio de la paz con base en una victoria militar, trajo alegría a muchos, pero tristeza y angustia a otros. Algunos victoriosos, dieron rienda suelta a resentimientos oprimidos, a rabia contenida, a la indignación que les había humillado. Esto se convirtió en algunos casos, en torrentes deshumanizados. En los perdedores, se acentuó el complejo de culpabilidad subconsciente, manifestado en frustración y enojo, principalmente, contra sus jefes, que habían huido y en un sentido de indefensión cuando se les pedía cuenta de sus actos. Todo esto se convertía en temores y angustias para nosotros, ante la previsible reacción de la vindicta pública.

Por esos días se nos brindó un homenaje en la escuela de Barva. Un educador cuyo nombre no recuerdo, me increpó ante una multitud que aplaudía:

¡Lo que le cobro don Pepe, es que no haya colgado, de cada poste eléctrico a un caldero-comunista!

Tuve que replicarle con severidad. Era comprensible la rebeldía del espíritu de aquel maestro, al recordar las barbaridades que los miembros del régimen caldero-comunista habían cometido. Cuento esto porque seguramente, para las nuevas generaciones que no vivieron los horrores de aquellos ocho años, les parecerá este relato una exaltación de la imaginación. Ante el educador de Barva y ante cuantos me escucharan, insistía en que el error debía ser castigado por vías legales y civilizadas. Era la hora de restablecer la armonía y superar los resentimientos. La paz había que ganarla, con la misma mística con que se había ganado la

guerra.

Todos estábamos aprendiendo una lección: no se puede impunemente suprimir la libertad a un pueblo, reprimir su libre expresión política o sumirlo en la impotencia frente a la violencia de Estado, sin exponerse a su reacción justiciera.

LOS NUEVOS DEBERES DE LA NACION. El 23 de abril de 1948, en víspera de marchar hacia San José, me dirigí al país con firmeza y con sinceridad sobre el curso inmediato de la República. Hablé desde la emisora Radio Hispana de Cartago, en cadena nacional. Ya no teníamos que ocultarnos para hablarle a los costarricenses, por radios clandestinas. Habíamos reconquistado la libertad de expresión. Muy atrás quedaba aquella noche sombría en que a mí me arrebataron el micrófono y me mandaron a la cárcel y al exilio... ¡por decir lo que pensaba!

Dije a los costarricenses:

Que Dios y los Tribunales de Justicia juzguen a los malhechores. Nosotros debemos ahora mirar adelante. Tenemos un país arrasado por ocho años de desgobierno y pillería. Tenemos a la vista el resultado de una Guerra Civil. Tenemos las Instituciones desprestigiadas y el crédito perdido. Tenemos una situación político-jurídica imposible de esclarecer por las vías ordinarias. Después de que un Congreso anuló las elecciones y se anuló a sí mismo. Tenemos abiertas ampliamente las puertas del caos. No es cosa rara, en la historia, el colapso definitivo y permanente de un régimen institucional.

Pero nos queda abierto otro camino, el que va hacia arriba y conduce a las montañas: Nuestro trabajo hará que allí florezca, sobre las ruinas del presente, una vida superior. Contamos con una gran parte del bagaje necesario para esta marcha. Contamos con un pueblo joven y digno que quiere vivir, que quiere superarse. Contamos también, con una generación de hombres y mujeres justos y honestos.

El pueblo que siente y el estudioso que piensa, se encontraron juntos, durmiendo sobre las mismas rocas, en las filas del ejército libertador. También ambos pelearon juntos, de este lado del frente, donde no se tenia la suerte de empuñar las armas, pero sí el coraje para obstaculizar los movimientos del Gobierno usurpador.

Unos y otros, intelectuales y trabajadores, recibieron injurias y culatazos, y presenciaron la destrucción de sus hogares, y vieron llorar de indignación a sus madres. Unos y otros han alcanzado la victoria, en toda la extensión del territorio nacional.

Con esos elementos contamos de seguro, para emprender el camino de la dignidad en esta crisis. Pero hay algo que nos falta. Lo que falta es la fe. La fe del pueblo en la clase dirigente, cuyos exponentes son los hombres de negocios y los políticos. Dentro de su grupo, dentro de su familia, se encuentran los hombres y mujeres, que son indispensables, para una nueva organización eficiente de la sociedad. Esa clase social tiene todo: educación, riqueza, experiencia. Sólo le falta la fe. La fe en si mismo, la fe en que tienen mucho que dar al mundo. Les pido que abandonen la mentalidad politiquera y mercantil, y que se entreguen con desinterés a la causa de la paz, como, al fin, decidieron entregarse a la causa de la guerra.

Repito que Costa Rica cuenta en este momento con el pueblo y con los pensadores. Un pueblo que piensa con mayor conciencia aún de su dignidad. Si. la clase dirigente da su aporte, se habrán solucionado de una vez muchos problemas. Lo que hay que hacer a un lado no es a los hombres, sino a los sistemas. Esos mismos hombres de las clases privilegiadas, en lo económico y en lo político, si en vez de tejer telarañas mentales, si en vez de planear negocitos y consorcios, más o menos confesables, se dedican todos con el aporte de sus facultades innegables, a la obra de la reconstrucción nacional, se encontrarán con que no sólo se rehace en poco tiempo el daño de los últimos ocho años, sino que de una vez, se afrontará para siempre, el problema más grande del siglo XX, que es la lucha de clases.

La guerra que acaba de pasar, es casi inexplicable dentro del orden de los acontecimientos humanos comunes. Había una fuerza divina que lo guiaba todo, como si estuvieran siendo escuchadas las plegarias de ochocientos mil costarricenses.

Hombres modestos y desconocedores de las armas bélicas, planeábamos las operaciones. Oficiales en su gran mayoría improvisados, dirigían los pelotones. Soldados que llevaban en las manos las huellas frescas de la macana o de la pluma de fuente, tras una preparación rapidísima, se convertían en guerreros acertados y valientes. Los planes se ejecutaban con precisión aritmética. Las victorias se alcanzaban casi sin bajas, de parte nuestra. Cada vez que necesitábamos ocultarnos a las miradas del enemigo, las nubes nos cubrían. Mientras tanto esas mismas fuerzas sobrehumanas que dirigían la guerra, inspiraban nuestros planes para la paz. Una profunda transformación se efectuaba en nosotros. Todos sabíamos teóricamente, que un régimen político sin una filosofía, es como un puente sin diseño. Sabíamos que en nuestro país, se había venido gestando, con la contribución de muchos, una filosofía política y social transformadora. Pero en aquellas noches estrelladas, en que el silencio parecía más profundo, porque habían dejado de rugir las ametralladoras, nosotros sentíamos que la ideología se estaba transformando en vida. Que la guerra era el parto doloroso. Que nuestra misión era garantizar

une el pueblo, ante América y ante el mundo, que ese niño crecería digno de tan gloriosa gestación.

Por eso consideramos ahora que nuestra misión no ha iniciado. Habrá un período de transición, en que el país sea rígido por una junta de hombres, que garanticen el respeto a todos los los ciudadanos, dentro del espíritu de las Constitución, democráticas modernas, sin los escollos legales de una constitución anticuada.

Durante ese periodo de reajuste administrativo, debe redactarse una nueva Constitución para Costa Rica. Los costarricenses de hoy, tenemos derecho de darnos la Carta Fundamental que nos parezca más de acuerdo, con las necesidades jurídicas y reales del presente y del futuro. Por eso pensamos llamar oportunamente al pueblo, para que, por medio de una constituyente, que sea lo más perfectamente posible, representativa de los intereses nacionales, adopte los rumbos de una nueva vida institucional. Esa será, la Constitución de la Segunda República. Cuando la tengamos lista, los hombres que en ese momento ejerzan el poder en forma transitoria y de~emergencia, lo traspasarán a quien la nueva Constitución señale en la forma, y en el día legalmente prescritos.

Los hombres que integren esa junta provisional, que se llamará, ***Junta Fundadora de la Segunda República****, no tienen que ser necesariamente los soldados de la guerra pasada. Hay en el país ciudadanos de grandes capacidades, y de gran representación política, cuyo deber es darnos su aporte a esta gran tarea. Lo importante es que ese período de transición, sea bien aprovechado, si el país nos otorga su confianza y nos di su apoyo. Ahora, como en la guerra, para que el desarrollo de programas económicos, sociales, agrícolas, industriales, de salud y educación, que vamos a presentar, sea una labor de todos los costarricenses, y nos permita entregar al nuevo gobierno, el carro de la nación marchando hacia adelante.*

En nombre de los soldados combatientes, en nombre de los muertos, en nombre de los huérfanos, en nombre de todos los héroes que sufrieron de este lado de la línea de fuego, que son los más, nosotros pedimos al pueblo de Costa Rica, un amplio voto de confianza. No podemos hacerlo todo en un día, por más previsto que lo tengamos, no podemos hacer nada con sólo nuestras débiles fuerzas, pero sí lo podemos hacer todo, con el aporte desinteresado de quienes puedan darlo. Nosotros solamente somos los humildes portadores de un mensaje, que viene de las montañas de Santa María de Dota, para el pueblo de Costa Rica y tal vez, para el de América. No pudiendo escribir este mensaje en el cielo, lo grabd mos aquí en el alma nacional. El mensaje dice asi: ***Con la ayuda de todos se ganó la guerra, y con la ayuda de todos se ganará la paz. Con la ayuda de todos, es decir, con la ayuda de usted, que me escucha o lee. Con la ayuda de todos, es decir, con la ayuda de Dios.***

ENTRADA DEL EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL A SAN JOSE. A partir del 20 de abril de 1948, fueron saliendo rápidamente los decretos que ponían en manos de nuestros amigos, las Comandancias, los Cuarteles, la Fuerza Armada y las Fuerzas de Policía. Los decretos estaban firmalos por Santos León Herrera y por don Miguel Brenes, o por mi, actuando en calidad de Secretario de Estado, en el despacio de Seguridad Pública.

El 24 de abril, casi al romper el alba, me trasladé con grandes contingentes del Ejército de Liberación Nacional, de Cartago a San José. Al llegar a la capital, me dirigí al Cuartel Bellavista. Allí se acomodó gran parte de mis tropas. Sentí gran emoción al contemplar, desde la terraza del cuartel, la capital liberada. Percibí la responsabilidad histórica que tenía mi mis manos.

A la entrada del cuartel, Carmen Granados, esa artista y encarnación del alma nacional, me encendió el alma con su corrido:

Allá en La Lucha y en San Cristóbal,
Un estandarte yo vi flotar:
El estandarte Pepe Figueres,
Que no ha caído y nunca caerá.

¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!
Todos muchachos de gran valor.
Vivan glostoras y medallitas
Que por la Patria saben luchar.

Bajo la sombra siempre querida
De aquel simbólico Guayacán,
De triunfo en triunfo fueron las armas
Hasta alcanzarnos la libertad.

¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!
Todos muchachos de gran valor...
Viva el valiente Pepe Figueres
Nuestro gallardo libertador.

El Guayacán del que habla la canción, es nada menos que don León Cortés. Los glostoras y los medallitas, fueron los nombres que los caldero-comunistas, daban a la juventud estudiosa, que valientemente se les enfrentaba en cualquier terreno.

Esa canción hacía vibrar el alma de nuestros combatientes, y de toda la población, que se había enfrentado al régimen vencido. Vino a ser La Marsellesa, o canto de guerra y triunfo del Ejército de Liberación Nacional. Luego la adoptó el movimiento político-social, que se derivó de la gesta de Liberación, hasta que algunos dirigentes del mismo partido, por acentuada miopía histórica y

extraños complejos, decidieron acallarlo.

INTRIGAS POLITIQUERAS. Aún antes de dejar Cartago, para trasladarme a San José y vencidas ya las acechanzas de la guerra, percibí las intrigas politiqueras, de quienes por servir a sus intereses momentáneos, no les importaba desgarrar la unidad del espíritu victorioso.

Se abría otra batalla, que casi no ha podido conocer fin... Es otra lucha sin fin.

Aún con el eco de los últimos disparos flotando en el aire, llegaron a visitarme a Cartago, representantes del periódico La Nación es decir, de los intereses conservadores y reaccionarios del país. Don Ricardo Castro Beeche, Lic. Francisco Jiménez, don Fernando Lara Bustamante y don Sergio Car bailo, que ya partieron de este mundo, llegaban a saludar al soldado victorioso.

Entonces, envuelta en frases equívocas y sibilinas, me hicieron una propuesta, que en el fondo era muy simple: que eliminara las Garantías Sociales, el Código de Trabajo y el Seguro Social. Llegaron hasta a decirme, sin ambages, que comprendían que en nuestra propaganda de guerra, hubiéramos estado mintiendo, en cuanto al mantenimiento de las llamadas conquistas sociales. Pero que ahora, ganada la guerra, debiéramos tener en cuenta que la guerra se había hecho para eliminar todas esas leyes sociales. Las fuerzas que ellos representaban, me darían todo el apoyo que podría suministrar el gran capital y la prensa, para que me quedara con la Presidencia de la República, desconociendo la elección de don Otilio Ulate.

Con firmeza rechacé como antipatrióticas las proposiciones que me hacían, como si yo fuera un politiquero dominado por la lascivia del poder. Les manifesté que yo tenía ya en mente los mecanismos por los cuales iba a proponer al país, la transición necesaria del régimen caldero-comunista un gobierno institucional, presidido a su hora, por quien el sufragio libre había escogido como gobernante: don Otilio Ulate.

Como lo había anunciado en el discurso antes transcrito, yo tenía la intención de retener por un tiempo indispensable, el poder, como parte del proceso revolucionario, cuya fase militar, aunque había terminado, exigía todavía un finiquito de grandes proporciones.

Los políticos prudentes trataron de enfrentarme a don Otilio Ulate, en lo que pretendieron, sería una lucha a muerte, para quedarse ellos solos en el campo. Don Otilio sabía tener gestos elegantes. Tampoco él permitió a los politiqueros que lo manipularan en su intento de aprovecharse de los dividendos de una gesta heroica. En las páginas que siguen, voy a relatar dos

acontecimientos, que dieron gloria a nuestra patria e hicieron resaltar la calidad cívica de don Otilio Ulate y mis nobles propósitos patrióticos.

DESFILE DE LA VICTORIA. El primer acontecimiento fue el Desfile de la Victoria. El 25 de abril de 1948, en una radiante mañana, tuvo lugar un desfile que partió de Plaza González Víquez, siguió por el Paseo de los Estudiantes, luego por la Avenida Central y el Paseo Colón, para rematar frente al edificio del entonces Aeropuerto Internacional en La Sabana.

Las banderas victoriosas flotaron al paso alegre de la paz.

Desfilaron los veteranos de los diferentes batallones, cada uno con un nombre que honraba a un prócer nacional o un lugar de lucha. Iban, los veteranos de El Empalme, vestidos con sacos de gangoche y tocados con la cachucha del combatiente revolucionario, o de los luchadores de la resistencia. Los otros Batallones con uniformes kaky y cachucha. Al lado de los veteranos, también desfilaron jóvenes y adultos que a última hora se habían alistado en nuestro ejército, ya victorioso, en Cartago. Algunos de estos vestían *jacket kaky* y llevaban la cachucha de militante.

Las multitudes irradiaban entusiasmo; se respiraba un aire de unidad nacional. Los rifles de los soldados coronaban su cañón con el botón de una flor. Sus *jeeps* estaban adornados con guirnaldas y banderolas tricolores. Desde los balcones las mujeres aplaudiendo, lanzaban flores a través de la ruta del desfile. Las Mujeres del dos de Agosto, no habían sufrido en vano...

Yo, de pie en un *jeep*, de kaky y sin medallas, también tenía mi cabeza cubierta con la cachucha revolucionaria y saludaba a todos con satisfacción. Mi sonrisa no podía ocultar el íntimo sentimiento de pena, por el recuerdo de las duras batallas y de los muertos amados. Estaba plenamente consciente, en aquel momento de gloria, de que mi cita con la historia apenas comenzaba. Me vino a la mente en esos momentos, la estrofa de Darío:

Ya viene el cortejo,
ya viene el cortejo.
Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo...

Realizábamos nuestra propia Marcha Triunfal. Desde las aceras y los balcones, desde las tapias chos, las gentes aplaudían a los bravos:

Al que ha desafiado, ceñido el acero
y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,

la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte,
por ser, por la Patria, inmortal,
saludan con voces de bronce,
las trompas de guerra que entonan
la Marcha Triunfal.

Darío, quien, a finales del siglo anterior, había convivido con nosotros en Costa Rica, me parecía que escribió esos versos para mis muchachos... ¡Para los bravos costarricenses del Ejército de Liberación Nacional!

En el edificio del Aeropuerto, en medio de un mar humano, nos presentamos hermanados, Ulate y yo, en un rito de unidad nacional. Le habíamos pedido a Ulate que ostentara también la cachucha de guerrillero.

Con voz vibrante don Otilio declaró lleno de entusiasmo:

En este momento contemplo el alma nacional emocionada. Rinde homenaje merecido, a quienes honor merecen.

De este jefe, don José Figueres y de esos soldados, debe sentirse orgulloso el país. Cuando la multitud lo aclama, yo no tengo, por ahora sino tres palabras que decir: ***Viva José Figueres****.*

Rindo gracias a Dios por la vuelta a la paz, gracias a mis conciudadanos por la resolución y el coraje con que, en las ciudades y en los campos, han contribuido a la victoria.

LA ESTRELLA DEL FUTURO. Yo me dirigí a la multitud y al país entero en los siguientes términos:

En nombre de los soldados del Ejército de Liberación Nacional, saludo al pueblo de Costa Rica. También en nombre de todos los combatientes que a este lado de las líneas de fuego, nos prestaron ayuda material y espiritual, en toda la extensión de Costa Rica.

Rindamos ante todo un homenaje a los dos muertos más ilustres de la presente epopeya nacional: don León Cortés Castro y el doctor Carlos Luis Valverde. Un homenaje también a todos aquellos muertos de la primera etapa de la contienda, como los de Llano Grande de Cartago y Sabanilla de Alajuela. Esos son muertos de una batalla librada durante varios años, durante los cuales, el pueblo de Costa Rica no había podido responder adecuadamente, a pesar de que la guerra le había sido declarada por los usurpadores. Un homenaje a los caídos de nuestro lado, durante la última intensa campaña, ya fueran soldados del ejército de Liberación o voluntarios heroicos, que en todo el país, se batían. Un homenaje también a los pobres mariachis, que fueron víctimas de una dirección

monstruosamente irresponsable.

Yo quiero elogiar una vez más, ante los oficiales y soldados del Ejército Nacional, las cualidades de disciplina y austeridad, que mil veces les recomendé en la campaña y que tanto contribuyeron a darnos la victoria.

Soldados: nada nuevo hemos hecho. Nada verdaderamente nuevo se puede hacer en el mundo. Estamos siguiendo un camino trillado, tal vez de siglo en siglo, por todos los fundadores de las naciones. Tampoco podemos decir nada nuevo. Por eso pido que hagamos nuestra, una máxima ya conocida como uno de los axiomas de América: ***Las armas os han dado la victoria; las leyes os darán la libertad.***

Por eso considero que es providencial para Costa Rica en este momento, en una función o en otra, pero siempre actuando como manto protector sobre la patria, la presencia de don Otilio Ulate. No suelo hablar sin fundamento. Soy el peor político que existe. La presencia de don Otilio Ulate representa en este momento, para los costarricenses, una doble garantía: primera, porque él es un digno representante de la República de don Cleto, de la Primera República. Segundo, porque su juventud física y mental y su cultura, son una promesa de que en este momento de honda transformación nacional, no van a detener lo inatajable en Costa Rica y en el mundo: el carro del progreso.

En primer lugar nosotros debemos ver que no se sacrifique nada, en la Segunda República, de lo mucho bueno que tuvo la primera. Muy en especial, debemos heredar dos joyas preciosas, que fueron pulidas con paciencia y con el tiempo, mediante el trabajo sapientísimo, de varones ilustres. Ambas joyas son de igual valor, aunque se menciona más a menudo una que la otra.

Me refiero, costarricenses, al derecho del sufragio electoral y a la independencia del Poder Judicial. Esas dos prendas, tienen entre sí la relación curiosa, de que cuando un país se degenera, la del sufragio es la primera que se pierde. La otra, la majestad de la justicia, tras un largo proceso de derrumbe de valores, viene a ser la última perdida. En Costa Rica la descomposición ya estaba llegando a esta etapa final, cuando vino la guerra salvadora.

En cuanto al carro del progreso, debo advertir que tiene un parecido notable con la campaña guerrera que acabamos de librar. Todos mis compañeros recuerdan que hubo un factor que siempre les recomendé, y que todos me ayudaron ton la mayor comprensión a realizar. Ese factor decisivo en las empresas de los hombres, es sencillamente, el cuidadoso planeamiento.

En la guerra, ese planeamiento es relativamente sencillo. Teníamos

una meta general que iluminaba toda la estrategia y que nos guiaba en todo. Ese objetivo general era doble: Primero, alcanzar la victoria total en vez de sólo pequeños triunfos aislados, como algunos insistentemente me recomendaban.

Segundo, reducir al mínimo posible el número de bajas nuestras. Dentro de esa orientación integral, cada operación se hacia objeto de un plan y de muchos subplanes. No se daba la batalla, sino después de una intensa deliberación, cuando todo estaba madurado y listo.

En la reconstrucción nacional, que ha de conducir a la fundación de la Segunda República, el problema es mucho complejo. Debe haber, en primer término, una filosofía que sea la que ilumine el camino. Luego deben venir los planes técnicos, en todas las ramas de la administración, guiados todos por una idea central y por el más elevado espíritu patriótico. Esos planes deben ser un poco más ambiciosos de lo que podemos alcanzar.

Todos sabemos que las estrellas no se alcanzan con la mano, pero todos debemos convenir en que los hombres y las naciones, necesitan saber con exactitud, a cuál estrella llevan enganchado su carro, para poder discernir en las encrucijadas del camino, cuáles sendas conducen adelante, cuáles son simplemente desviaciones y cuáles los arrastran hacia atrás.

Yo deseo decir a los costarricenses cuál es, en el sentir de los soldados que hoy bajamos de la montaña, la estrella luminosa que debe guiar en adelante nuestro carro: la estrella de la Segunda República. Voy a expresar el pensamiento en una frase final. Esa frase carece de toda hermosura literaria, tal vez yo podría, bajo el influjo inspirador de los héroes aquí reunidos, encontrar en mi alma una lira y arrancarle una nota de poesía que fuera digna de la grandeza del momento. Peto en vez de una frase, que deleite el espíritu de Costa Rica, les voy a entregar unas palabras que pongan ese espíritu a pensar. Ojalá, que ustedes se vayan de aquí pensando. Ojalá que algún día, lleguen a la conclusión, de que esa modesta sentencia, compensa con su grandeza su carencia de hermosura. El nombre de la estrella que nos guie, debe ser costarricenses: ***El Bienestar del Mayor Número****.*

La multitud se retiró llena de esperanza. La noche había quedado atrás. Había llegado la madrugada. En Costa Rica empezaba a amanecer.

Para muchos que habían librado las batallas de Liberación Nacional, bien en el frente militar o el de la resistencia interna, existía una preocupación dominante: si se le iba entregar o no, el poder a don Otilio Ulate.

No era fácil que comprendieran que toda revolución, o

derrocamiento violento de un Gobierno, a base de una prolongada lucha, exige un proceso de transición. Ese proceso debe ser definido en su alcance político y en su duración, tomando en cuenta muchos factores reales, que intervienen en la contienda. En todo caso, debe siempre desenvolverse dentro de la juridicidad y respeto al sufragio popular.

EL PACTO ULATE-FIGUERES. Ya me referiré en las próximas páginas a este tema, al explicar por qué creímos conveniente para el país, establecer un gobierno de fado, al final del cual y con los instrumentos institucionales bien establecidos, se le entregaría el poder a quien el pueblo había elegido, con un sufragio mayoritario, escamoteado por el régimen caldero-comunista.

Cuando hicimos nuestra primera propuesta al Cuerpo Diplomático, auspiciando un Triunvirato que se hiciera cargo del gobierno al derrumbarse el de Teodoro Picado, sólo teníamos en mente, proporcionar un mecanismo de poder, que evitara el vacío de autoridad subsiguiente y que, como parte del cese de hostilidades, tuviera tiempo para proponerle al país, un arreglo civilizado. Preparar así, la transición de una etapa de caos y desgarramiento nacional, a un gobierno constitucional, presidido por don Otilio Ulate.

Estos arreglos no se hacen en la calle, con multitudes movidas emocionalmente ante una idea fija. Hubo manifestaciones públicas, promovidas por personas de gran espíritu cívico y posiblemente bien intencionadas. Entre ellas estaba la distinguida profesora Emma Gamboa Alvarado, quien con sus colaboradores, había convocado a una manifestación pública, para el 2 de mayo de 1948, a fin de, según decían sus promotores, forzarnos a entregar inmediatamente el poder a don Otilio Ulate. Eso posiblemente, hubiera sido muy elegante, pero no sería lo más conveniente para los intereses de la República. Así lo dije, en público, reiteradamente. Entre lo elegante y lo conveniente, nos quedamos con lo conveniente. Eso lo dije también en varios discursos a lo largo de esos días...

La opinión pública se agitaba. Esto era en esos momentos, muy peligroso. Llevaba agua al molino de los derrotados, creando enfrentamientos entre nosotros. Como salvador del momento, surgió la figura de un joven brillante, empresario adinerado, en quien competían la cultura y el patriotismo: el Lic. Jaime Solera Bennet.

Don Jaime propuso que nos reuniéramos, en su casa, Ulate y yo, para que con la mirada puesta en los intereses de la República, arribáramos a un acuerdo. El 30 de abril de 1948, en horas de la noche, reflexionando hasta la madrugada, llegamos a ese convenio don Otilio y yo, en la casa de don Jaime.

Afuera había cabildeos, entre quienes querían indisponernos. Adentro el patriotismo de don Jaime, la civilidad de Ulate y mi devoción a la Patria.

En la madrugada, amaneciendo el lo. de mayo de 1948, a los noventa y dos años de la rendición de William Walker; inspirados por la grandeza de Juan Rafael Mora, llegamos a un acuerdo don Otilio y yo. En realidad, en mi espíritu nunca existieron desacuerdos. Nunca quise quedarme con el poder, como suelen hacer en América, quienes tienen las armas en sus manos.

El documento que suscribimos en esa madrugada, es conocido como el Pacto Ulate-Figueres. Alguien observó en voz alta: ¡Ha llegado la hora en que los pactos políticos se suscriben para ser cumplidos. Ha llegado la hora de la decencia política!

El texto del pacto es el siguiente:

1. La Junta Revolucionaria gobernará el país sin Congreso, durante un período de dieciocho meses, a partir del 8 de mayo en curso. Expirando dicho término, podrá solicitar a la Asamblea Constituyente, una prórroga de seis meses, si lo considera necesario para sus labores.
2. La Junta Revolucionaria convocará al pueblo, a elecciones para escoger representantes a una Constituyente. Dichas elecciones se verificarán el día ocho de diciembre del corriente año. La Asamblea se instalará el día quince del mes de enero del siguiente año.
3. La Junta Revolucionaria designará inmediatamente una comisión que redacte un proyecto de Constitución, para serle sometido a la Constituyente.
4. La Junta reconocerá y declarará inmediatamente, que el ocho de febrero último, fue legítimamente electo Presidente de Costa Rica, don Otilio Ulate Blanco.
5. La Junta pedirá a la Asamblea Constituyente, que ratifique la elección de don Otilio Ulate Blanco, para que ejerza el poder, en el primer período constitucional de la Segunda República, que en ese caso concreto, no excederá de cuatro años.
6. La Junta integrará el Tribunal Nacional Electoral, con los señores Lic. Víctor Guardia Quirós y Lic. don José María Vargas Pacheco. Como suplente, el Lic. don Jaime Solera Bennet.
7. Ambas partes signatarias de este acuerdo, se comprometen formalmente, a que no se ejerzan en el país, actividades de carácter político electoral, durante un período de seis meses a partir de esta fecha.

San José, lo. de mayo de 1948

OTILIO ULATE B. JOSE FIGUERES F.

Quienes buscaban el zafarrancho, se quedaron frustrados. Los señores prudentes, rabiaban de cólera. Había prevalecido la cordura patriótica, por encima de la pasión. La intervención de don Jaime Solera Bennet en esos momentos graves para el país, es digna de encomio. Me complazco, tantos años después, en reconocerlo para la posteridad. Al cabo de algún tiempo, hubo necesidad de pedirle a don Jaime, otro servicio de gran valor. En un momento dado, yo tuve la intuición de que el gobierno de Somoza, preparaba una invasión del territorio costarricense. Pensé que la persona indicada para constatar la veracidad de esta idea o de esta intuición, era precisamente, don Jaime. Le pedí que fuera a Nicaragua y tratara de confirmarlo. Don Jaime regresó con la convicción de que mi pensamiento era correcto. Somoza y Calderón preparaban otro golpe a Costa Rica. En consecuencia, nosotros debíamos prepararnos también, para rechazar el golpe y, en su hora, lo rechazamos.

LOS DE CASA VOLVIERON TODOS. Termino este relato de las negociaciones, para poner fin a las hostilidades, recordando una conversación que tuve con una campesina, residente en la zona donde se hizo la guerra. Me hizo pensar en que ese era el protocolo de la paz que dictaba el alma campesina, la más limpia protagonista de la gesta heroica.

Recién pasada la guerra, llegué a caballo al bajo de La Lucha. Encontré que me esperaba una señora de campo con un niño en brazos. Me entregó un papelito, que era un recibo emitido por el capitán Carlos Gamboa, con la siguiente leyenda:

Batallón de la Roca. Recibí del señor fulano de tal, siete cajuelas de de maíz, para alimentación de la tropa, (firmado) Carlos Gamboa.

Le dije a la señora:

Con mucho gusto se le pagará este maíz a su esposo. Dígame no ms, cómo podemos encontrarlo.

La señora contestó:

No, don Pepe, no es que queramos que nos paguen el maíz. Mi esposo no acepta de ninguna manera. Fue que... los de casa volvieron todos.

¿Y los que no volvieron? ¡Cuántas madres tuvieron que restar asientos en la mesa, al servir la comida en sus hogares!

Al precio de sus preciosas vidas, rescatamos la dignidad de Costa Rica.

CAPITULO XI

LOS DEBERES DE MI DESTINO

Al mediodía del 8 de mayo de 1948 dejó de existir el Gobierno Constitucional, presidido, durante sus últimos dieciocho días, por el ingeniero Santos León Herrera. El régimen de los ocho años se extinguía.

En la Casa Amarilla, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, estaba reunido, a esa hora, el Cuerpo Diplomático, convocado para el acto de traspaso de poder, por el Gobierno Constitucional ante el cual estaba acreditado.

Se encontraban también presentes, miembros de la Jerarquía Eclesiástica, encabezados por el Arzobispo de San José, Monseñor Víctor Sanabria, quien había jugado un importante papel moderador durante el pasado conflicto. A él lo recuerdan todos los participantes de la tragedia nacional, por el espíritu cristiano de serenidad y concordia, que sembraba en medio de las pasiones exaltadas.

La presencia del Cuerpo Diplomático en aquel acto de traspaso de poder, tras una seria crisis institucional, aseguraba para los nuevos depositarios de la soberanía, el reconocimiento automático de sus gobiernos. No era necesario recabar un reconocimiento específico para el nuevo régimen que se establecería.

El presidente provisional, don Santos León Herrera, explicó al país durante la ceremonia, la situación anormal tanto jurídica como política, ante la cual se encontraba él, aquel mediodía del 8 de mayo de 1948, en que debería hacer el traspaso de la Primera Magistratura de la Nación a alguien sin que lo hubieran designado sucesor ni las Juntas Populares ni el Gobierno Constitucional.

No estaba en lo cierto don Santos, al negar que las Juntas Populares no le habían señalado sucesor. Para ser exacto, las Juntas Populares sí habían designado Presidente a don Otilio mate, en las elecciones celebradas tres meses antes. El ejército de Liberación Nacional había peleado, rescatado y reconocido su elección. Tenía razón don Santos en cuanto a que ningún órgano constitucional había consagrado jurídicamente esa elección popular. Por el contrario, el Congreso que debió hacerlo, la había anulado. Agregaba don Santos que tampoco la Constitución de la República, le había dado atribuciones, para testar el depósito que la nación y las circunstancias, habían puesto en sus manos. Había declarado enfáticamente también, que de ninguna manera aceptaría

el constituirse en gobernante de facto. La misma afirmación había hecho don Otilio Ulate.

Don Santos anunció que él había decidido entregar el Poder Público que ahora tenía en sus manos, como él decía, a los miembros de su actual Gabinete, para que ellos busquen y encuentren al camino que rehaga la vida institucional de la República. Señalaba asimismo, que había otro hecho consumado y tangible: el movimiento revolucionario que se inició en los primeros días del mes de marzo, triunfó ampliamente y obligó la caída del Gobierno. Concluía con convencimiento:

Natural es que sea, pues, a la revolución triunfante, a quien deba entregar el poder que puso en mis manos la representación nacional.

No tengo nada que agregar a este razonamiento de don Santos, prudente como era y animado como estaba de un gran sentido de responsabilidad.

Don Otilio Ulate y yo acabábamos de firmar un pacto (El Pacto Ulate-Figueres) que íbamos a cumplir en todos sus extremos, pues ahora, restablecida la moralidad nacional, los pactos se firmaban para ser cumplidos. En ausencia de normas jurídicas apropiadas, ese pacto señalaba los límites a los cuales debía ajustarse el gobierno de facto y los objetivos institucionales que debía llenar. Yo debía establecer, a partir de aquel mediodía, la suprema autoridad política, al cesar la Constitución de 1871, a fin de que no se produjera un vacío do poder.

Al mediodía del 8 de mayo de 1948, asumió el poder un grupo de ciudadanos que bajo el nombre que yo inventé también de *Junta Fundadora de la Segunda República* conduciría al país con carácter de gobierno de facto.

La Junta Fundadora de la Segunda República estaba integrada de esta forma:

José Figueres Ferrer	Presidente de la Junta
Fenando Valverde Vega	Vice Presidente de la Junta, Ministro de Gobernación y Policía
Benjamín Odio Odio	Ministro de Relaciones Exteriores y Culto
Uladislao Gámez Solano	Ministro de Educación Pública
Bruce Masis Dibiasi	Ministro de Agricultura e Industrias
Benjamin Núñez Vargas	Ministro de Trabajo
Gonzalo Facio Segreda	Ministro de Justicia y Gracia
Alberto Marten Chavarria	Ministro de Hacienda, Economía y Comercio
Francisco J. Orlich B.	Ministro de Obras Públicas
Raúl Blanco Cervantes	Ministro de Salubridad Pública

Edgar Cardona Quirós Ministro de Seguridad Pública

Como secretario de esta Junta, fungió primero el Lic. Gonzalo Solórzano González, por un breve tiempo y, luego, el Lic. Daniel Oduber Quirós hasta el final de nuestro mandato.

Refiriéndose a ese grupo de hombres, don Santos dijo, en un gesto de sinceridad patriótica:

Vuelvo los ojos a todos lados y no encuentro otro hombre o grupo de ciudadanos, que en los momentos actuales, tengan mayores credenciales que las que tiene el grupo revolucionario, que es a la vez, dueño de las fuerzas que pueden mantener el orden y restablecer la paz.

COMPROMISOS Y MISTICA. En el acto mismo de la inauguración yo formulé solemnemente mis primeros compromisos con la nación: las garantías individuales y sociales establecidas por la Constitución de 1871 que nos había estado rigiendo, retenían todo su vigor. El Poder Judicial gozaría de independencia absoluta, con respecto del gobierno de fado, el cual lo respetaría celosamente. La opinión pública debería ejercer una severa vigilancia sobre los actos de una Junta de Gobierno con poderes ilimitados. La prensa, con las únicas limitaciones que le imponían la verdad y el interés de la patria, debería realizar su tarea de contralor de nuestras funciones (por cierto, algunos periódicos me hicieron tanto caso, que algunas veces, de contralores, pasaron a ser verdugos).

Reinaba en el país, excepto entre los grupos conectados con los que habían huido al exterior, una gran esperanza de restauración nacional, un afán muy generoso de ayudar a la Junta y una gran mística inspirada en las horas épicas de la guerra civil.

Vivió Costa Rica una experiencia insólita: los ciudadanos recogieron contribuciones voluntarias para ayudar al Gobierno. Gentes de todos los grupos sociales entregaron contribuciones en efectivo o en mercadería, para ayudarnos a salir de la adversa situación fiscal, que habían dejado los gobernantes salientes. Ciudadanos que tenían sus impuestos atrasados, se apresuraron a cancelarlos. Digno de recuerdo es por ejemplo el gesto de los empleados de la *Canada Dry Bottling Co.*, que acordaron dar cada uno el producto de un día de trabajo, a favor de nuestro régimen. Ya mencioné el gesto noble de aquella mujer campesina, cuya familia rehusaba cobrar un vale, alegando:

¡Es que los de casa volvieron todos!

¡Ese era el espíritu del 48!

Yo estuve hospedado con mi familia, por unos días, en la casa del

empresario don Alex Murray, (donde luego se ubicaría la representación de la Colonia China). En esa casa tuvo su primera sede la Junta. Luego me trasladé a vivir a la propiedad de la familia André, cien varas al Sur de la entrada al Parque Bolívar. Durante ese tiempo, las reuniones de la Junta se celebraban en un salón de la Casa Amarilla o alternativamente en la vieja Casa Presidencial. Ahí estaban las oficinas de la Presidencia de la Junta.

Antes de proseguir con estos recuerdos, creo conveniente dejar constancia de un gesto mío que, aunque no llegó a concretarse, revela el empeño que yo tenía por encontrar una salida a la situación política, que mereciera el mayor consentimiento nacional posible. En una entrevista que tuve con don Otilio Ulate en la casa de don Juan Dent, el mismo día del arribo del Ejército de Liberación Nacional a San José, le propuse que presidiera la Junta Fundadora de la Segunda República. La entrevista se prolongó desde las siete hasta las diez de la noche. Don Otilio tenía una mentalidad muy apegada a la juridicidad formal y una muy definida concepción constitucionalista del Estado. Esta actitud le impidió aceptar mi propuesta, aparte de otras consideraciones políticas que él anida en su espíritu. El nunca se mostró muy inclinado a aprobar la acción armada. Fue, más bien, nuestro elocuente caudillo en la lucha civil.

ORIENTACION POLITICA. Desde mi Segunda Proclama de Santa María, en todos los subsiguientes mensajes al país, fui exponiendo las orientaciones cardinales que inspirarían la acción del Gobierno Provisional. Pensaba entonces y pienso ahora, que esas orientaciones cardinales, no sólo deberían servir para normar la acción del Gobierno Provisional, sino también la de los gobiernos futuros.

Ya había dicho en el primer discurso que pronuncié después de tomar Cartago, que el anhelo que orientaría nuestra acción de gobierno, se podría resumir en estas palabras:

El bienestar del mayor número.

Años más tarde, en 1951, el movimiento social que organicé, en su Carta Fundamental, retomó mi aspiración por el bienestar del mayor número, llamándola, con mayor propiedad filosófica, el bien común. En dicha Carta se definía el bien común de la siguiente forma:

Entendemos por bien común, condiciones de vida que garanticen el desarrollo integral del hombre, en el ejercicio de sus derechos y una distribución del producto de la actividad económica que proporcione a todos y a cada uno, las normas de vida más elevadas que permita la productividad del grupo social.

Este enunciado expresa con mayor exactitud una parte muy esencial de mi pensamiento político y económico. El primer concepto de bienestar del mayor número me lo había suministrado la ilustración inglesa; el segundo concepto de bien común, lo aprendí en la filosofía social-cristiana. Por más que les duela, en el uso de tan rico concepto, nos adelantamos en muchos años a quienes entre nosotros esgrimen hoy el concepto social cristiano.

Cuando relataba mis primeras experiencias de niño, dije que me he rebelado siempre contra todo tipo de dogmatismos, o verdades absolutas, que generalmente terminan por engendrar fanatismos, sectarismos y hasta hogueras.

Cuando en el exilio escribí mi primer ensayo *Palabras Gastadas*, me esforcé por demostrar la incapacidad de las palabras para expresar, con precisión unívoca, los pensamiento:; y sentimientos del ser humano. Esas palabras al pasar de boca en boca, suelen perder el valor específico de su significado original. No deseaba que mi pensamiento ni el del Gobierno que yo presidiera, ni el Movimiento Social que fundara, se encajonase bajo ningún membrete gastado.

Mi pensamiento político, aceptado y robustecido en la Junta Fundadora, no tiene una fuente única. Es la confluencia de varias corrientes y la influencia de gran variedad de hechos históricos. Así lo afirmé en una alocución a mediados de 1949, explicando la orientación política de la Junta Fundadora de la Segunda República. Advertí entonces que el país no podría sustraerse a los grandes procesos y hechos del resto del mundo, ni siquiera de su mundo lejano. Nuestro pensamiento estaba condicionado por grandes corrientes del pensamiento universal, cuyas raíces se hundían en la profundidad de siglos y milenios, que me venían a través de interminables lecturas. Admití que nosotros no estábamos inventando nada.

Las ideas y acciones de la Revolución Francesa, la Revolución Inglesa, la Revolución Americana y las más recientes revoluciones sociales, se habían colado en la forja de nuestro pensamiento costarricense.

Anteriormente, a principios de los años 40, un grupo de ciudadanos, bajo la dirección de don Angel Coronas Guardia, había hecho un inventario de los problemas de país y de sus aspiraciones. Ese inventario se publicó con el significativo nombre de Ideario Costarricense. Luego el Centro para Estudios de los Problemas Nacionales y el partido Acción Demócrata, se constituyeron en laboratorios que trabajaban febrilmente en la tarea de estructurar un pensamiento costarricense, alimentado en las más nobles aspiraciones de las corrientes históricas. Se trataba de plasmar un planteamiento político transformador, para detener el derrumbe de una democracia carcomida, hasta su médula,

por la politiquería.

Para estos grupos de estudio y para mí, tuvieron gran significado los planteamientos del laborismo inglés y el Nuevo Trato americano. Pesaban sobre nosotros las consecuencias de la guerra. No podíamos sustraernos a la agonía que para entonces sufría el mundo con esa Segunda Guerra Mundial. El mundo estaba en trance de alumbramiento. Nosotros compartíamos su dolor y nos entusiasmábamos con su aspiración por un futuro mejor. Sobre mi espíritu tuvo una gran repercusión la declaratoria de las cuatro libertades, hecha por Roosevelt y Churchill en su Carta del Atlántico, a una humanidad llena de esperanza. Sus enunciados de libertad del terror y libertad de la miseria, comprendían problemas a los que yo había dedicado mucha reflexión. A la miseria sólo había una forma de responder: con la producción para la abundancia.

La Legislación Social por sí y sin el complemento de la producción, es y fue, en manos demagógicas, un simple esquema para distribuir miseria. Yo aceptaba esa legislación como un marco jurídico necesario, pero nunca como sustituto del esfuerzo productivo.

En ese discurso al que aludo, hablé de la Revolución Política, que había proclamado las garantías individuales, los derechos básicos del ser humano, la soberanía del pueblo y el sufragio universal. Me referí también a la Revolución Industrial, que había abierto al hombre horizontes de esperanza, por la aplicación de la ciencia y el desarrollo de la tecnología, buscando la producción en abundancia. Exalté la Revolución Económica, que había sacudido y roto cadenas mentales y se proponía echar abajo los arreglos artificiales de sistemas monetarios, que levantaban barreras y barrotes entre el hombre y el pan. Ya lo había dicho yo en la Segunda Proclama de Santa María de Dota:

El hombre tiene ya medios de producción capaces de colocar en un plano elevado, material y espiritual, a todos los miembros de la comunidad. Los economistas de la Segunda República, en colaboración con todos los costarricenses de buena intención, sabrán aplicar los medios para que desaparezca el espectáculo de las grandes mayorías empobrecidas por la ineficiencia y por el privilegio.

Mi propósito era y sigue siendo, que la democracia funcione en Costa Rica, como democracia política, como democracia social y como democracia económica participativa. Porque esto quería y quiero, me constituí en incansable promotor de la aplicación de la ciencia y de la tecnología, de la organización social racional y de la disciplina de trabajo.

Esta posición había sido llamada *desarrollismo*. Analistas sociales

consideran que el *desarrollismo* y la justicia social, constituyen las características esenciales de la Costa Rica surgida en la Segunda República. Sé que hay teorizantes y politólogos que han querido levantar esquemas teóricos sobre estas orientaciones cardinales que yo procuré imprimirle a la Segunda República. No me importan las elucubraciones académicas estériles que algunas veces se emplean para condenar mi pensamiento político. Me importaba, como lo dije en aquel entonces y lo repito ahora, que todos los integrantes de la sociedad humana, nos compenetremos de un nuevo espíritu, elevado y puro. Que estemos dispuestos, cuando alguien impresionado por nuestros esfuerzos por producir abundantemente nos pregunte:

¿Abundancia para quién?

Podamos contestarle:

No te preocupes en averiguarlo. ¡Abundancia para todos!

¿Qué es esto? ¿socialismo?, ¿cristianismo social?, ¿democracia social?, ¿democracia cristiana?, ¿comunismo?, liberalismo?, ¿anarquismo?, ¿trotskismo?, ¿corporativismo? |Qué me importa! Averigüenlo otros. ¡Yo quise y quiero trabajar!

Me importa que la organización de la sociedad, la relación del hombre con los bienes de la tierra, el sistema de producción, la organización del poder político, el funcionamiento de los partidos, las asociaciones humanas, bajo el espíritu solidario, produzcan el bienestar del mayor número. Aseguren el bienestar para todos, el bien común. ¿Cómo se llama eso? ¡No me importa! Que lo averigüen los ideólogos cavilosos. A mí me basta con que la democracia llene sus más amplias funciones.

TRES TAREAS DE LA JUNTA. La Junta Fundadora de la Segunda República se encontró con tres tareas esenciales:

Primera:
Afianzar el triunfo militar. Para eso teníamos que devolver la seguridad a todos los habitantes del país. Reprimir la vindicta pública por propia mano. Sancionar a los delincuentes que bajo el régimen derrocado hubieran cometido cualquier clase de crimen, o deshonestidad administrativa.

Segunda:
Preparar el advenimiento de un nuevo orden jurídico que garantizara la vida institucional y las libertades. Muy especialmente la del sufragio.

Tercera:
Promover, con orientaciones audaces e instituciones eficientes, el bienestar del mayor número, con base en una producción para la

abundancia dentro del espíritu solidario de la justicia social.

El cumplimiento de estas tres tareas, me iba a producir tanta amargura, que ese año y medio de gobierno de la Junta Fundadora de la Segunda República, constituyó el tiempo más penoso de mi vida. Ya no fueron balas lo que tuve que encarar sino, incomprensión, mala fe, perfidia y politiquería. Dije entonces algo muy gráfico que fue una gran verdad:

Nos piden barrer la casa y se nos paran en la escoba.

Varias veces yo, un agricultor a quien el destino improvisó soldado y lo forzó a la política, sentí el impulso de mandar todo a la porra y retirarme al campo. Pensaba una y otra vez con envidia en Cincinato, quien cumplida su tarea de salvar a Roma, se volvió a sus viñedos. Pero ni yo era Cincinato, ni estábamos en Roma. ¡En Roma no había mariachis! Ni había políticos cuyas posiciones habíamos defendido y se convertían ahora en nuestros pérfidos detractores.

A continuación, me propongo tratar con algún detalle, las medidas que fueron necesarias para cumplir con esas tres tareas.

PRIMERA TAREA: FINIQUITO DE LA GUERRA. La primera tarea, o sea afianzar el triunfo militar, era en verdad una continuación de la lucha armada. Lamentablemente su cumplimiento incluiría algunos matices de violencia que hubiéramos querido ver terminada con el cese de las hostilidades. Exigió tomar medidas que repugnaban a mi espíritu, pero que eran inevitables para liquidar las consecuencias del régimen caldero-comunista, que había desatado la violencia física y moral en el país. Era en cierto sentido el finiquito de la acción armada.

El 7 de julio de 1948, la Junta emitió un decreto-ley, prohibiendo cualquier partido político que por su ideología atente contra el régimen democrático. La proscripción estaba evidentemente dirigida contra cualquier agrupación comunista, llevara o no explícita esa connotación. Estaba dirigida directamente contra el Partido Vanguardia Popular.

La Asamblea Constituyente, a su hora, procedió a incluir una proscripción en la Carta Magna de 1949.

Al tomar esta grave decisión que aparentemente limitaba ni derecho de libre asociación, no hice sino responder a un sentir nacional mayoritario. A un compromiso de la lucha armada, pues se consideraba al comunismo como intrínsecamente anti-democrático. Además la población en su gran mayoría, le cobraba a Vanguardia Popular su apoyo vigoroso y combativo al régimen corrupto de Calderón Guardia, al grado de que se le identificaba como el

régimen caldero-comunista, apoyando la violación criminal del sufragio electoral. Se sabía que las brigadas de choque que tan cruelmente habían tratado a la población, estaban integradas mayoritariamente por comunistas, quienes las organizaron a partir de 1942.

No puede desconocerse además, el impacto que ejercía, en el clima político nacional, la guerra fría en el mundo. En un momento de duda, yo dije:

Reconozco que algunas de estas medidas son inquisitoriales, pero de momento, son indispensables.

Advierto en todo caso, que esa proscripción que podía ser discutida en el campo doctrinario de la democracia, no constituyó ninguna violación por mi parte, a ninguna promesa formulada por mí al Partido Vanguardia Popular o a sus dirigentes. Ni en Ochomogo, ni en la Embajada de México, ni en ningún otro lugar, me comprometí yo o se comprometió el Ejército de Liberación Nacional, con ninguna promesa política con los comunistas. La opinión pública, como el eco de un sentimiento generalizado en el país, pedía entonces sanciones tanto contra los comunistas, como contra los seguidores de Calderón Guardia. El público demandaba dos cosas: castigo para quienes habían atropellado a los ciudadanos y sanción para quienes habían cometido peculado. El castigo a los funcionarios y simpatizantes del régimen a quienes sus conciudadanos señalaban como autores de atropellos morales y físicos, cometidos contra los que no compartían su filiación política.

Desde el primer año de la administración de Calderón Guardia, los ciudadanos, en privado y en público y por la prensa, repudiaban la deshonestidad administrativa y el enriquecimiento indebido a que se dedicaron los funcionarios calderonistas, sus parientes y amigos, desde el Presidente de la República, hasta esferas más modestas de la administración. Se llegó a acuñar en el lenguaje popular, un verbo: calderoniar, como sinónimo de robar. A mi me calderoniaron un caballo, por ejemplo. Era muy fuerte la demanda de un castigo de estos actos. Con los años se dijo que ni el doctor Calderón ni su familia cercana se habían enriquecido en el Poder. Es probable que tras numerosas derrotas políticas, esa apología sea aceptable. Sin embargo, como dice el refrán:

Cuando el río suena, piedras trae.

No corresponde a este relato, describir los hechos que dieron pie a esas dos demandas. Eso es parte de la historia conocida. Básteme apelar a la memoria de los sobrevivientes de esa época. Pedir a las nuevas generaciones que pregunten a sus mayores o repasen la prensa de esos años, para que se enteren de una realidad bochornosa que sólo habiéndola vivido, se puede creer fuera

realidad en nuestro civilizado país. Desde un principio el calderonismo pretendió usar la inaceptable excusa de que, si otros roban, ¿por qué yo no?

En cuanto a la primera demanda o sea castigar a quienes habían irrespetado y atropellado a los ciudadanos, he de reconocer que a la hora del triunfo de la revolución, se llegó a un comprensible desborde de pasiones. La gente pedía mano libre para actos de venganza personal. En esos momentos de turbulencias no siempre pudimos impedir, oportunamente, las revanchas personales. Algunas autoridades, en ciertas ocasiones, rebasaron sus funciones. Todo eso lo condené y me apresuré a detenerlo cuando era todavía tiempo, con indignación y energía. Lo que más me entristecía era que las actuaciones drásticas, contaban con la aprobación de una opinión pública apasionada. La gente llamaba cobardes a los funcionarios que no se prestaban a tolerar venganza. ¡Amárrense los pantalones!, nos gritaban.

Para frenar pasiones, para encauzar los enjuiciamientos populares y para castigar delitos que realmente se hubieran cometido, creamos los Tribunales de Sanciones Inmediatas. La jurisdicción especial y extraordinaria de esos tribunales, Fue puesta en manos de hombres probos y serenos, con experiencia en los procedimientos tradicionales de la justicia. Sin embargo, estos tribunales fueron severamente criticados. Se les acusaba de violar el llamado Pacto de la Embajada de México. Se les acusaba de pertenecer a épocas ya superadas en el ejercicio de la justicia. La verdad es que con su establecimiento no estábamos irrespetando vidas. Estábamos dándole a los ciudadanos acusados por el sentir público, una oportunidad para que, ante hombres probos y justicieros, respondieran a acusaciones que exigían pronto enjuiciamiento. Los Tribunales Especiales, fueron el valladar entre la ira popular desbordada y el ciudadano acorralado. Ante ellos, el acusado podía presentar descargos y probar su inocencia. La acción tenía que ser inmediata. Repetidamente hicimos ver que enviar esas querellas populares a los tribunales ordinarios, era prolongar un estado de indignación colectiva, que hubiera durado años. Había que liquidar cuanto antes esta situación para apaciguar al querellante apasionado y proteger a quien hubiera sido acusado injustamente. Por eso se usó el nombre de *Tribunales de Sanciones Inmediatas*.

En todo caso, eran cuentas pendientes que un pueblo tenía con quienes lo habían atropellado. La impunidad en tales circunstancias, sólo sirve para alentar la delincuencia futura. El afán de concordia y de conciliación, no debe llevarse a cabo si al pueblo no se le asegura que se castigará el delito, como punto de partida, para abrazar al delincuente en un afán de conciliación nacional.

No tengo que pedir perdón a la historia por la creación de los *Tribunales de Sanciones Inmediatas*.

La segunda demanda del pueblo, se refería al enjuiciamiento de quienes se habían aprovechado indebidamente de los bienes públicos y a la recuperación de esos bienes en beneficio del patrimonio nacional. Respondimos a esa demanda popular creando un *Tribunal de Probidad*, cuya atención fue confiada a personas de alta calidad moral, de pericia en la administración de bienes y de un gran sentido de justicia. Ante él, debían comparecer las personas que, a través de ocho años, según apreciación generalizada, se habían enriquecido indebidamente a costa de los bienes de la nación. Esas personas fueron incluidas en una Lista de Intervenidos. Para administrar esos bienes se creó la Oficina de la Propiedad Intervenida.

Ya indiqué, cuando me referí a las negociaciones para el cese de hostilidades, que yo había dado instrucciones precisas al Padre Núñez, en su calidad de negociador, para que cuando se hablara de protección de bienes, insistiera en agregar bien habidos. Infortunadamente, los diplomáticos presentes y garantes de las negociaciones, declararon que la frase "bien habidos", no era necesaria, pues en la práctica diplomática, cuando se hablaba de bienes, sólo podían entenderse bienes que hubieran sido bien habidos. Yo acepté ese razonamiento por respeto a los señores diplomáticos, pero nunca lo entendí bien...

Se me acusa de haber violado, con la creación de ese Tribunal, el *Pacto de la Embajada de México*. Pero ante la acusación, que se hacía contra muchas personas, de haberse apropiado de bienes del patrimonio nacional, creí conveniente establecer un cuerpo de alta responsabilidad, que juzgara los méritos de las acusaciones. Los bienes que fueran bien habidos, serían celosamente protegidos para su legítimo propietario.

Estoy consciente de que, en la elaboración de las listas, pudieron haberse cometido, algunas veces, injusticias que redundaron en desprestigio temporal, para algunas personas. En tales casos, siento que todavía es tiempo para presentarles mis disculpas. Cosas como éstas, pueden suceder y suceden, en la vorágine de una acción revolucionaria.

Me consuela pensar que, aún en la historia reciente, se registran casos de ejércitos victoriosos, que recurrieron a tribunales de jurisdicción especial, para juzgar los delitos y forzaron, a quienes habían provocado el proceso bélico, a pagar con sus bienes los costos de la acción.

Quienes me acusan de que, con esas acciones yo impedía la conciliación nacional, deben preguntarse en su conciencia, si era cierta o no, la acusación que el pueblo hacía contra ellos y si, en caso afirmativo, era lícito construir la armonía nacional sobre la impunidad de quienes habían saqueado los bienes del Erario

Público.

Después de tantos años corren ahora nuevos rumores de corrupción en nuestro ambiente, señalando a personas del partido que surgió de aquella gesta. Una vez más insto a los ciudadanos que tengan conocimiento de actos delictivos, a que los denuncien responsablemente, sin importar su filiación política, ante los tribunales competentes. Así lo exige el Espíritu del 48. Reto a los detractores a que señalen una sola oportunidad en la que una acusación formal ante los tribunales, contra los personeros de nuestros gobiernos, haya ido silenciada por influencias políticas. Distintos miembros del Partido Liberación Nacional han sido sometidos a juicios y a la jurisdicción del Tribunal de Ética de nuestro Partido.

PRIMERA INVASION CALDERO-COMUNISTA. Los personeros del régimen derrocado, desde los aleros que les había brindado Somoza o desde la misma Costa Rica, protestaron contra las medidas que habíamos tomado para consolidar los objetivos de la revolución.

Desde el primer día, esos personeros habían quebrantado las previsiones más elementales del Acuerdo Preliminar que sirvió para su rendición. Se incautaron o se llevaron armas que debían haber rendido. El Arreglo Preliminar tenía carácter provisional y preveía un arreglo definitivo. Al huir del país llevándose armas, los personeros del caldero-comunismo no sólo quebrantaron el arreglo sino que, no dejaron a nadie con quién negociar o firmar el arreglo final. Por eso, la Junta Fundadora de la Segunda República, por decreto del 22 de junio de 1948, denunció el Arreglo Preliminar, mal llamado Pacto de la Embajada de México.

Teníamos razón. Los dirigentes responsables del régimen derrocado, no habían depuesto las armas ni cesado la guerra que habían declarado al pueblo. Los arreglos de la Embajada de México, sólo fueron para ellos una tregua, en su plan de futuras aventuras armadas. En vez de un proceso de armonía, se dedicaron a planear una acción de revancha, inútil y estéril, pero sangrienta, desde el día en que huyeron, llevándose armas o escondiéndolas en el país.

El 11 de diciembre de 1948, mientras el país celebraba la elección, que había hecho tres días antes, de una Asamblea Constituyente, en las primeras elecciones honestas efectuadas en muchos años, como parte del proceso de consolidación democrática, Calderón Guardia, con sus más enardecidos militantes y con el apoyo total de Somoza, invadió nuestro territorio. Esa era la navidad de 1948, que Rafael Angel Calderón Guardia quería ofrecerle al pueblo costarricense... Se llamó la primera invasión o contra-revolución.

Por encima de las divergencias políticas que habían surgido entre los grupos de la antigua oposición anti calderonista, los costarricenses de nuevo se pusieron en marcha patriótica a encarar la agresión. Todos querían ir al frente.

Recuerdo que tuve que ordenar que sacaran de las filas de combate, a un joven constituyente: Luis Alberto Monge que, lleno de fervor patriótico, apareció entre los soldados con un rifle. Su puesto estaba en la Asamblea Constituyente, dentro de la cual debería librar las batallas del idealismo.

Las fuerzas encabezadas por Calderón Guardia fueron rechazadas, cayendo sobre él el anatema de Traidor a la Patria. (Años después, la Asamblea Legislativa lo hizo Benemérito de la Patria en una combinación politiquera). Había cubierto otra vez de sangre nuestros campos. Menciono entre los nobles costarricenses que, allá en Guanacaste, entregaron su vida heroicamente en esa ocasión, al Lic. Eloy Morúa, el doctor Bernal Vargas Facio, Efraín Roldán Pérez, Víctor Ml. Víquez Arguedas y a los miembros de la Cruz Roja, Ing. Jaime Gutiérrez Braun, el Padre Jorge Quesada y el Dr. Antonio Facio, Lic. Oscar Mainieri Ibarra, Jorge Ml. Delgado Flores y Edgar Ardón Brenes. Con razón Monseñor Sanabría, al enterarse de la alevosía de Calderón Guardia, lo llamó maldito.

A pesar de todo esto, los calderonistas con gran dosis de cinismo, seguían reclamando perdón y olvido.

En enero de 1955, los hermanos Calderón Guardia, apoyados por Somoza, Trujillo, Pérez Jiménez y varios otros dictadores del Caribe, realizaron su segunda invasión a nuestra patria, derramando de nuevo la sangre de sus hijos. Ese doloroso episodio de nuestra historia fue posterior al objetivo de este relato. Ojalá que haya quien asuma, con honestidad, su descripción y análisis.

Dos años después de ese nuevo intento, yo como Presidente Constitucional, dicté la amnistía general para quienes habían seguido en sus aventuras sangrientas, a tan siniestros líderes.

LIQUIDANDO COMPROMISOS DEL PACTO DEL CARIBE. El cumplimiento de la primera tarea de la Junta Fundadora, o sea, el finiquito de la revolución nos obligó a organizar una operación muy delicada, con el afán de cumplir nuestras obligaciones contraídas con aquellos que nos habían ayudado en nuestra acción armada. En cierto sentido, teníamos que desandar, sin cometer deslealtades, los caminos que habíamos recorrido en la consecución de las armas necesarias para el derrocamiento del régimen caldero-comunista.

Tuvimos que cumplir esa tarea, en un clima de recriminaciones e incomprensiones politiqueras.

Nuestros adversarios y sus historiadores, sostienen que yo no podía volver la espalda a quienes desde otras latitudes habían apoyado nuestra revolución, especialmente con las armas que tan útiles habían sido. Que las fuerzas que derrocaron a Calderón Guardia, estaban predominantemente integradas por extranjeros. Esa es una falsedad como lo he demostrado tantas veces. Nuevamente afirmo que el número de idealistas caribeanos que nos acompañaron en la lucha armada, como asesores y, cuando el caso lo exigió, como combatientes, nunca pasó de dieciocho personas. A lo largo de mi relato he venido mencionando sus nombres. A todos ellos de nuevo, rindo homenaje en la persona del General Miguel Angel Ramírez Alcántara, fallecido en Santo Domingo, República Dominicana, en los días en que yo escribía este libro. Es cierto que, una vez derrocado el régimen calderonista, llegaron a Costa Rica varios grupos de centroamericanos, que buscaban, de acuerdo con el Pacto del Caribe, un santuario para preparar la lucha contra sus respectivos tiranos.

Con plena responsabilidad, dejo aquí constancia de que el gobierno caldero-comunista, sí contó con fuerzas mercenarias, sobre todo de nicaragüenses somocistas, para avasallar a nuestro pueblo. Ya mucho antes, durante el gran escarnio electoral del 13 de febrero de 1944, estuvieron acantonados en el cuartel de Cartago, 40 miembros de la Guardia Nacional de Somoza, dispuestos a defender por la fuerza, el fraude electoral. Un distinguido ciudadano, don Alfredo Volio Mata, que luego fue Vice Presidente de la República, sufrió la cincha de esos sicarios somocistas. Durante la guerra de Liberación, nuestros combatientes tuvieron que enfrentarse a tropas de Somoza en varios frentes, especialmente en la batalla de El Tejar y de San Isidro de El General. En Villa Quesada fueron esos soldados nicas los que abofetearon a la patria. El nicaragüense Modesto Soto, en San Ramón, estaba acompañado de tropas somocistas. Tijerino comandó el ataque a San Isidro. Tavío, con rango militar del ejército de Picado, avasalló a los ciudadanos, incluyendo mujeres, en San José. En las Gacetas de esos años, constan varios nombramientos y asignaciones de rangos militares para, por lo menos, doce extranjeros. Días antes de la caída definitiva del régimen, fue nombrado, para vergüenza de nuestra nacionalidad, el nicaragüense Abelardo Cuadra, Jefe del Estado Mayor del Ejército de la República, según él mismo lo cuenta en su libro *El Hombre del Caribe*, años después.

Todo esto lo callan los simpatizantes de Calderón Guardia, en sus escritos que pretenden pasar por historia. Tratan de robarle a los costarricenses, de legítima raigambre patria, el honor de haber sido ellos quienes formaron los batallones que derrocaron al gobierno mariachi. Nunca en toda nuestra lucha, en nuestras filas, pelearon mercenarios. Hubo 18 idealistas que nos acompañaron en distintos momentos de nuestra revolución, cuando cumplíamos nuestra tarea que era de costarricenses, al servicio de Costa Rica

y de la democracia de América. De todas maneras, éstas, ahora, son discusiones bizantinas...

Después de alcanzar la victoria y tener el poder en mis manos, facilité un cuartel al General Ramírez y varios compañeros del general Juan Rodríguez, para que allí, ellos velaran las armas que nos habían prestado, hasta ponerlas en manos de quienes las podrían esgrimir contra la Internacional de las Espadas. Entonces numerosos soldados de la libertad en el Caribe, fueron arribando a nuestro suelo, poniéndose así a salvo de sus verdugos, esperando el momento de liberar sus patrias oprimidas. Ofrecí a uno de esos grupos, un campo apropiado en la finca Río Conejo, para vivir allí y alistarse en su lucha.

Todo esto era una consecuencia de aquella acción armada que nos propuso la ambición de Calderón Guardia. Teníamos deudas de gratitud y solidaridad. Teníamos también deudas afectivas, derivadas de la lucha misma o de las situaciones surgidas de ella. Tuvimos que establecer fondos que fueron administrados por el Lic. Daniel Oduber, a fin de hacerle frente a todas esas obligaciones y cubrir indemnizaciones por daños causados en la guerra, o por desmanes del gobierno derrocado. Don Daniel dio cuenta cabal de esos fondos. Hubo dos informes de Contadores Públicos. El primero sobre el Decreto 80, fue presentado a la Junta el 26 de junio de 1948, por el Lic. Mario Jiménez R. En las Gacetas del primer semestre de 1949, se publicaron esos resultados. El segundo, fue presentado a la Junta y luego publicado en La Gaceta del 6 de mayo de 1949, por el tesorero general del Ejército de Liberación Nacional.

EL DILEMA ANGUSTIOSO. No podíamos dejar abandonados a los luchadores por la libertad, a aquellos que, solidarizándose con nuestra causa, nos habían prestado sus armas. No podíamos cerrarles las puertas de nuestra nación, aunque conociéramos sus designios revolucionarios, contra otros gobiernos despóticos del área. Yo estaba plenamente consciente de que, a pesar de mi condición de gobernante, me convertía en cómplice de acciones subversivas contra gobiernos tiranos. Sí. Me acuso. Yo era cómplice y además compañero, ¿y qué? Yo sé cumplir mi palabra. Además, simpatizo con la libertad de todos los pueblos.

Pero llegó la angustia a mi espíritu, en la medida en que me iba percatando de que, por cumplir esa palabra, ponía en riesgo la paz y la seguridad de mi propio país.

Entonces empezó a agitarse en el área, un fantasma utilizado, característicamente por los politiqueros: la Legión del Caribe.

Ese fue el nombre que, en su oportunidad, se le dio al grupo de nuestros bravos muchachos, que tomaron Limón; sesenta y cuatro

ticos, un dominicano: Horacio Ornes y un hondureño: Marcos Ortega. Cumplida su heroica misión, ese nombre sólo sirvió para desfilar el Día de la Victoria y, como recuerdo de orgullo para ellos y sus familias. Más tarde, ya pasada la guerra, uno de esos grupos se apropió ese nombre de Legión Caribe para diferenciarse de entre sus compañeros de otras nacionalidades, estacionados entre nosotros. Eso era en realidad la Legión Caribe: un pequeño grupo de dominicanos que se consagraron a liberar a su país. Todo lo demás que ha llenado las páginas de los periódicos y de los libros, es simplemente el fantasma. Yo siempre dije que la Legión del Caribe, sólo existía, como El Coco, en la conciencia sucia de los tiranos.

Les era importante crear el fantasma. Lo crearon Somo-za, Trujillo y Pérez Jiménez. Lo crearon los políticos pusilánimes y las fuerzas conservadoras del área. Nuestros politiqueros y ciertos periódicos lo usaron con su mala fe característica. A ellos les servía todo lo que pudiera desprestigiar al movimiento reformador de Costa Rica. Incluso según algunos, la Legión Caribe era una conspiración comunista. Para nosotros era un timbre de orgullo.

En Costa Rica nuestros huéspedes revolucionarios, como frecuentemente sucede en estas circunstancias, se dedicaron a pelear entre sí. Competían por todo y sobre todo: por el liderazgo de la empresa, la prioridad de las acciones, el control de las armas y hasta por mi favor. Su conducta no siempre fue ejemplar, creando irritaciones en la población civil.

Había que comprender esa impaciencia dentro del marco de su inseguridad en el presente y su incertidumbre para el futuro. Yo, paternalmente, los comprendía.

Se generalizaba cada vez más, entre todos los sectores, incluso entre aquellos afines a nosotros, la impresión de que u presencia en Costa Rica, podría traernos grandes males. Lo más grave, era que, aún mis compañeros de guerra y algunos de mis colaboradores en el Gobierno, se dejaban influir por esa propaganda.

El dilema era cada día más apremiante para mí: entre mi palabra empeñada y la tranquilidad y seguridad de mi país.

Me decidí a apegarme a uno de los términos del dilema: al de mi palabra empeñada. Un día, antes del alba, acompañado de mi comprensiva esposa Henrietta, me presenté a la casa del Padre Núñez. Le pedí que comunicara a los demás miembros de la Junta que, ese día, renunciaría a la Presidencia. Me marcharía a pelear a las montañas de Nicaragua, con aquellos valientes, que mis compañeros rechazaban como un peligro para Costa Rica.

Siguieron horas de laboriosas deliberaciones. A veces de acerbas recriminaciones. Pero encontramos fórmulas de arreglos que nos

permitiera, por lo menos, un compás de espera para resolver los problemas sin precipitaciones y sin lastimar innecesariamente a quienes, al lado de sus debilidades humanas, vivían entre nosotros, animados de un noble propósito.

En esas circunstancias, recibí del General Juan Rodríguez García, presidente de la Alianza del Caribe, una nota generosa, no solicitada, en la que me liberaba de todo compromiso derivado del Pacto del Caribe, en vista de las graves tensiones de la opinión pública y la reacción sentimental a la que me veía sometido en mi país, por guardar mi lealtad a la palabra empeñada y a la gran cruzada de liberación del Caribe.

La nota, fechada 24 de agosto de 1948 y dirigida a mí, dice:

> *En mi condición de Jefe Supremo del Ejército Libertador del Caribe, comprendiendo la difícil situación porque, en estos momentos atraviesa Costa Rica, de común acuerdo con otros compañeros de lucha, hemos decidido relevarlo del compromiso adquirido por usted, a nombre de Costa Rica, en diciembre último. En la esperanza de que, superada la crisis momentánea, pueda, si a bien lo tiene, darnos alguna colaboración, lo saluda:*
>
> (firma) Juan Rodríguez García.

Gradualmente fueron retiradas de Costa Rica las armas que nos habían servido para nuestra liberación. Por cierto que, en vista del saqueo que los calderonistas habían hecho de nuestros arsenales, esas armas prestadas hubo necesidad de usarlas otra vez en manos de nuestra policía, para resguardar a los ciudadanos. Los luchadores por la libertad fueron, cada uno por su sendero, a buscar las trincheras desde donde pelearían por libertar a sus patrias. Algunos fueron a morir en Luperón, enfrentados a Rafael Leónidas Trujillo; bastantes perecieron enfrentados a los Somoza; muchos se pudrieron en las cárceles de los dictadores; otros se desvanecieron, frustrados, en sus vidas privadas, en las que algunos aún viven todavía, recordando sus sueños heroicos.

Nos consuela a todos que hoy no queda ninguno de aquellos tiranos contra los cuales luchamos y que nosotros hemos recibido en muchas ocasiones, la aprobación del electorado costarricense.

Como lo dije, acaba de morir en República Dominicana, el valeroso General Miguel Angel Ramírez Alcántara, con quien, pena me da decirlo, se portaron mejor los gobiernos de su propia patria, que los de Costa Rica. Aquí mi propio partido, no le rindió siquiera el homenaje de publicarle una esquela. Esto me recuerda que una vez, cuando visité Santo Domingo, algunos estudiantes, que seguro militaban en otras filas políticas, vinieron amistosamente a reclamarme:

Don Pepe: ¿Por qué usted nos hizo el daño de elevar al rango de General al Coronel Ramírez?

Yo les contesté sencillamente:

Porque nadie me pidió que lo hiciera arzobispo.

Costa Rica había quedado liberada. Yo, José Figueres, atado únicamente por mi idealismo, seguí haciendo cuantas maniobras podía, por ayudar a cualquier intento de derrocar las dictaduras. Por cierto, que mucho tiempo después, unas pocas armas que retenía en mi poder, cruzaron la frontera del Norte, para ayudar a darle la puntilla final ala dictadura de Somoza.

SE SUPRIME EL EJERCITO. El primero de diciembre de 1948, di unos mazazos sobre un muro del cuartel Bellavista, para simbolizar así la eliminación del vestigio del espíritu militar de Costa Rica en otro tiempo. Entregué el edificio para sede de un museo de antropología que hoy sigue irradiando cultura. En ese mismo día del mazaso, reafírmela disolución y proscripción del ejército de Costa Rica, lo que, legalmente había hecho el 8 de mayo anterior al abolir la constitución de 1871, que nos regía y en la que el ejército estaba consagrada como una institución de derecho.

Hacía verdad mis palabras que parafraseaban unas de Santander y que yo he usado en otras partes:

Colombianos: Las armas os han dado la independencia. Las leyes os darán la libertad.

La nuestra sería una patria de leyes y una tierra de hombres libres.

Más adelante desde la Junta Fundadora, propuse a la Asamblea Constituyente, que incluyera en nuestra Carta Fundamental, la prohibición como institución permanente, del ejército de nuestra nación. ¡Así se hizo! ¡Costa Rica es hoy el único país en el mundo donde las fuerzas militares están constitucionalmente proscritas!

SEGUNDA TAREA. UN NUEVO ORDEN JURIDICO. La segunda tarea de la Junta Fundadora, el advenimiento de un nuevo orden jurídico que garantizara la vida institucional y las libertades, nos llevó a dar los siguientes pasos:

Convocar al pueblo a elecciones, para elegir una Asamblea Constituyente; extenderle a esa Constituyente toda clase de garantías para su libre funcionamiento hasta darle al país una nueva Carta Fundamental; convocar, dentro de los términos de la nueva Constitución, a elecciones para el Congreso de la República,

que de allí en adelante es llamado Asamblea Legislativa. El proceso hacia un nuevo orden jurídico, culminaría con la entrega del poder al Presidente Constitucional, don Otilio Ulate Blanco, una vez que sus credenciales, a solicitud del propio Ulate, fueran reafirmadas por la Asamblea Constituyente y en la fecha, que la misma Asamblea fijara.

Lo primero que hicimos, como lo dije antes, fue proclamar, desde el primer momento en que asumimos el poder, la absoluta independencia del Poder Judicial, robusteciéndolo con magistrados de intachable probidad. Los resentimientos de algunos magistrados removidos, posiblemente tienen justificación. En la renovación del personal del Poder Judicial, bien pudimos cometer el error de no hacer una justa apreciación de persona por persona. Nunca es tarde para rectificar un error y dar una explicación. Yo lamento sinceramente lo que pueda haber pasado. Con todo, el concepto de la independencia del Poder Judicial, quedó plasmado en la autonomía que le dimos, incluyendo la autonomía económica, mediante un porcentaje fijo del presupuesto nacional.

El 3 de setiembre de 1948, la Junta Fundadora convocó a elecciones de diputados para la Asamblea Constituyente. La Junta mantuvo absoluta neutralidad en el proceso electoral. Afirmé, entonces, que mi único interés, era que fueran elegidos hombres sobresalientes y dignos. Las primeras elecciones después de la Guerra Civil, tenían que ser absolutamente libres, como todas las demás que han seguido. Por eso logré que ningún grupo político amigo mío, participara en esa elección. Eso dio pie a afirmaciones de característica mala fe, repitiendo que:

La Junta no tenia respaldo electoral.

En contraste con lo que se había hecho en los ocho años del régimen derrocado, ninguno de los miembros de la Junta, ni ningún funcionario público ni yo, tomamos parte, ni como candidato ni como militante de ninguna de las agrupaciones políticas que entraron en contienda. Es cierto que el partido Social Demócrata, representaba mejor nuestros puntos de vista y entre ellos, teníamos nuestros mejores aliados.

El día de las elecciones, yo pasé dedicado a actividades agrícolas, para simbolizar mi absoluto despego al proceso electoral que se celebraba.

La elección para la Constituyente se celebró el 8 de diciembre de 1948. La Asamblea fue instalada el 16 de enero de 1949.

A una comisión técnica, integrada por hombres de reconocida moralidad, capacidad jurídica y espíritu social, habíamos confiado la delicada tarea de preparar un proyecto de Constitución de la Segunda República. Los integrantes de esa comisión, tuvieron la

precaución de consultar cuanto organismo o persona juzgaron capacitados para emitir opinión en tan difíciles materias.

Quisimos con eso emular el ejemplo de Puerto Rico, cuyos dirigentes, inspirados amigos míos, habían llamado a juristas expertos en Derecho Constitucional de la Universidad de Harvard, para redactar su proyecto de Carta Magna.

Pero, sobre todo, ellos y nosotros tratamos de auscultar los anhelos de nuestros pueblos, las corrientes de pensamiento y de progreso humano que estaban en el ambiente. Interpretando una inspiración jurídica y social que alentaba en la mayoría de los costarricenses, decidimos sustituir integralmente la Constitución, que nos venía rigiendo desde 1871, por una nueva en la que, se pudieran conjugar los principios esenciales de nuestra vida política, con las modernas corrientes del pensamiento constitucional.

Deseábamos dotar al país de una Carta Política que recogiera anhelos que, aunque considerados revolucionarios, no eran sino los propios del progreso humano en esa época, aplicados a la organización jurídica y social de los Estados. A mi entender, ésta hubiera sido la obra esencial de fundar una Segunda República. Las aspiraciones comunes al pueblo de

Costa Rica, de libertad individual, de justicia social y bienestar económico para todos, deberían haberse cristalizado, con postulados muy precisos, en esa nueva plataforma de la vida jurídica nacional.

Desafortunadamente, nuestro proyecto para una constitución, que respondiera a la gesta nacional y que afirmara ante la historia que los muertos no habían muerto en vano, cayó en un matorral de intrigas personales y de juegos politiqueros, que le impidió convertirse en Carta Magna de la Segunda República.

Mi tristeza fue grande, cuando me di cuenta de que fue rechazado nuestro proyecto de Constitución, el cual había sido el resultado de una confrontación noble de principios y de conceptos, que debieron triunfar por su valor intrínseco. El proyecto fue derrotado, en las últimas horas antes de que se votara. £1 partido mayoritario, el Unión Nacional, según nos lo había prometido su secretario general, Lic. Mario Echan di Jiménez, lo iba a aprobar. Pero un día, nos negamos a nombrarle a un favorecido suyo al puesto de Director General de la Policía Nacional. En revancha, su partido retiró su apoyo a nuestro proyecto.

Por el no nombramiento de un policía, se frustró una aspiración popular y se amarró la historia.

En aquellos tiempos, uno de los políticos que más me mortificaron

fue el Lic. Mario Echandi Jiménez, que llegó a ser Presidente de la República. Varios años después nos encontramos, por casualidad, en el aeropuerto de México, para tomar el avión a Costa Rica. Hubo unos minutos de intento de acercamiento físico del uno al otro. Por fin yo rompí el hielo y vine a saludarlo. Don Mario mostró gran alegría. Juntos en el avión, durante varias horas, tal vez cambiamos de criterio. Desde entonces hemos sido buenos amigos personales y, como el voto es secreto, tal vez hasta políticos.

Me abstuve de cobrarle que yo había sido buen partidario político de su padre, don Alberto Echandi Montero, cuando fue candidato a la presidencia. En ocasión de un fraude electoral contra su candidatura, cuando sus amigos tratamos de carbonearle, don Alberto proclamó:

"*Una presidencia no vale la gota de sangre de un sólo costarricense*". Hermosa la frase, desgraciadamente a veces el camino de la libertad política, hay que regarlo con sangre.

Para continuar el proceso de creación de un nuevo orden jurídico, la Junta, el 7 de julio de 1949, pidió al Tribunal Supremo de Elecciones, que convocara a comicios populares para la designación de una Asamblea Legislativa, dentro de las especificaciones de la nueva Carta Magna. El Tribunal convocó el 12 de julio de 1949 a elecciones, para elegir diputados y dos vice presidentes. El 20 de octubre de 1949 se celebraron esos comicios. Sólo el partido Unión Nacional presentó candidatos para las vice presidencias. Fueron elegidos el Dr. Alberto Oreamuno Flores y el Ing. Alfredo Volio Mata, como Primer y Segundo Vicepresidente, respectivamente.

Alguien hizo ver públicamente que, a Costa Rica había llegado la hora en que los pactos políticos se cumplieran. Tengo presente el orgullo legítimo con que don Fernando Valverde Vega comentaba esas realizaciones.

Así cumplimos nuestra segunda tarea de darle a Costa Rica un nuevo orden jurídico constitucional.

RELACIONES CON LA AUTORIDAD ECLESIASTICA. Voy a comentar dos episodios ocurridos en el periodo del gobierno de la Junta Fundadora, por su significación en el proceso político que estábamos viviendo y, por las interpretaciones, no siempre correctas o bien intencionadas, que, en aquel entonces y luego, se le han dado. El primero se refiere al discurso de Monseñor Alfredo Hidalgo, Vicario General de la Arquidiócesis de San José y el otro, se conoce con el nombre de El Cardonazo.

El día que se inauguró la Asamblea Constituyente, el 16 de enero de 1949, los miembros de la Junta Fundadora y los señores Constituyentes, asistimos a la celebración de un *Te Deum*, o acto

de Acción de Gracias, en la Catedral Metropolitana. Fuimos a ese acto correspondiendo al sentimiento religioso nacional, e impulsados por nuestros propios reconocimientos a la Divina Providencia, por su asistencia en la lucha al devolverle a Costa Rica liberada, sus instituciones públicas.

En esa oportunidad, el Vicario General, Monseñor Hidalgo, de reconocida simpatía hacía el régimen derrocado, pronunció una alocución, en la cual, al lado de consideraciones espirituales muy valiosas, enderezó una áspera y gratuita agresión al proceso revolucionario y a la Junta de Gobierno.

Por las condiciones de acústica del lugar donde estaba el asiento presidencial que yo ocupaba, en verdad no pude escuchar todas las sentencias de su discurso. Fue para mí un rato de meditación dentro del ambiente místico del templo. Los asistentes al acto sí los percibieron en su totalidad: con sorpresa, indignación y protesta, mucha gente se salió del templo en muestra de repudio. El primero en ausentarse, en protesta, fue el Lic. Benjamín Odio Odio, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto.

La Junta Fundadora, dirigió una respetuosa pero firme nota al Arzobispo, pidiendo públicas explicaciones y sanciones para Monseñor Hidalgo. La Junta hacía tal pedimento a Monseñor Sanabria por el irrespeto y profundo agravio inferido a la sociedad costarricense y ala Junta de Gobierno, por Monseñor Alfredo Hidalgo.

El arzobispo Sanabria, invocó una figura de derecho canónico por la cual, el Arzobispo y su Vicario General, forman una persona moral. Por tanto, sancionar a su Vicario, sería sancionarse a sí mismo, lo cual, no respondía al espíritu de derecho canónico.

El arzobispo ofreció una alternativa, sugiriéndole a la Junta que elevara la exposición del caso ante la Santa Sede.

Decidimos hacerlo, no para plantear ninguna acusación contra él, que nos merecía todo el respeto por su valor personal y por su alta representación de la conciencia católica, queríamos más bien, iniciar negociaciones tendientes a establecer un Concordato, que la Iglesia hacía tiempo deseaba. Se trataba de las relaciones entre el Gobierno Civil y la Iglesia. Semejantes concordatos se habían celebrado ya por otros países. El representante de la Santa Sede, Monseñor Luigi Centoz, acogió con interés nuestra iniciativa y le dio curso acelerado, pues conforme él lo dijo, la Santa Sede tenía mucho interés en celebrar convenios de esa naturaleza, con el mayor número de gobiernos posible. Nunca estuvo en nuestro animo como falsamente se dijo, remover a Monseñor Sanabria, de su sede arzobispal que ocupaba con notables cualidades morales e intelectuales.

Es cierto que hubo un sacerdote, el Dr. José Vicente Salazar, de gran prestigio en el ambiente nacional que, por motivos muy personales, quiso aprovecharse de nuestro sano intento de normar, en un convenio solemne, nuestras relaciones con la Santa Sede, para tratar de inferirle grave perjuicio a Monseñor Sanabria. Hubo también un político, don Otilio mate, quien se propuso montar un escándalo, explotando las legítimas aprensiones del Arzobispo, para inferirle daño a la Junta.

Pocos días antes de terminar nuestra gestión de gobierno, Monseñor Sanabria nos reunió en su casa, junto a don Otilio Ulate, donde hizo gala de un gran señorío y de su vasta capacidad de armonía.

EL CARDONAZO. Don Guillermo Villegas H. ha publicado un estudio del otro episodio a que me referí antes: El Cardonazo, designación que se dio a una cuartelada que llevó a cabo contra la Junta, su propio ministro de Seguridad Pública don Edgar Cardona Quirós, el 2 de abril de 1949. Lo acompañaron algunos oficiales de alta graduación de nuestra fuerza pública y antiguos compañeros, que habían hecho grandes méritos durante la gesta libertadora.

Los autores de este desafortunado movimiento militar, habían manifestado una mentalidad conservadora, con relación a nuestras medidas reformistas de carácter social o económico. Por eso plantearon su querella exigiendo cuatro cosas: nulidad del Decreto-ley que estableció la nacionalización bancaria; supresión del impuesto del 10% sobre el capital, que la Junta había emitido; destitución del Padre Benjamín Núñez como Ministro de Trabajo, a quien se señalaba como a una persona con mentalidad peligrosamente izquierdizante y hasta comunizante y destitución del Lic. Alberto Martén, como Ministro de Economía y Hacienda y Comercio, por sus ideas audaces sobre la organización de la economía nacional, hoy en plena vigencia bajo el nombre de Movimiento Solidarista.

Yo respeté siempre los criterios de mis compañeros sobre asuntos de nuestra política de gobierno, hasta un punto donde yo tuviera que ceder a mis propias convicciones políticas. El Padre Benjamín Núñez y Alberto Martén, manifestaron su deseo de no ser excusa para que se interrumpiera el curso normal de nuestro gobierno. Yo les exigí mantenerse en sus puestos. A ellos y a los autores del alzamiento, les dije:

No: en Costa Rica, después de la guerra de Liberación Nacional, no se hacen así las cosas. No es el poder de las armas el que gobierna en nuestro país.

Con el concurso de otros de los compañeros de nuestra gesta libertadora y con el apoyo de la opinión pública, fue dominado el alzamiento. Don Otilio Ulate, se portó en esta ocasión, a la altura de su gran sentido de civilidad.

Al declararse el alzamiento, yo pedí a don Luis Alberto Monge, joven constiuyente de gran proyección, que se instalara en la oficina central de teléfonos, para controlar desde allí, las conexiones telefónicas que tuvieran los alzados. Allí estuvo cumpliendo su tarea durante muchas horas del día y de la noche. Pasada la peligrosa situación, me informó Luis Alberto, que durante las horas que duró el alzamiento, había existido una constante comunicación entre el Cuartel de la Artillería donde estaba Edgar Cardona y su Estado Mayor, con el Club Unión, que era cuartel general de las fuerzas reaccionarias del país, esto me dio la clave: la cuartelada era un acto más, desesperado, de las fuerzas oligárquicas, por detener el progreso social de Costa Rica. Mis compañeros fueron víctimas de ese intento.

A ellos les he guardado la estima que conquistaron por sus valientes actitudes anteriores, al lado mío, en la larga lucha contra el régimen caldero comunista. Algunos de ellos como don Max Cortes González, sobrino de don León Cortés, han demostrado desde entonces una inquebrantable lealtad con sus compañeros y a las instituciones democráticas.

TERCERA TAREA DE LA JUNTA: EL BIENESTAR DEL MAYOR NUMERO. La tercera tarea de la Junta de Gobierno, era promover con orientaciones audaces y por medio de instituciones eficientes, el bienestar del mayor número. Procurar una producción para la abundancia, dentro del espíritu solidario de la justicia social.

Cuando escribo estas líneas, aquí, en la tranquilidad de mi casa campestre, enclavadas en las faldas del Ochomogo, treinta y ocho años después de que las armas devolvieron la dignidad de esta nación, pienso que la mayor parte de sus hijos jóvenes, ignoran cuáles fueron nuestras intenciones al establecer la Junta Fundadora de la Segunda República. Para ellos escribo especialmente.

La concepción de esa Segunda República, es una cosa muy sencilla, al alcance de todas las mentes de buena voluntad. Se la comprende con sólo reflexionar sobre las cuatro orientaciones que la inspiraron, tal como dije en mi mensaje a la Asamblea Nacional Constituyente el 16 de enero de 1949.

Primera: Restablecimiento de la moral.

Segunda: Introducción de la técnica en la Administración y eliminación de la politiquería.

Tercera: Progreso social sin comunismo, es decir, justicia social con libertad; desarrollo económico con justicia social.

Cuarta: Mayor conciencia de solidaridad con los otros pueblos del mundo especialmente de América. En las líneas siguientes, trataré de explicar cada una de esas orientaciones.

PRIMERA ORIENTACION DE LA JUNTA: LA MORAL. La primera orientación, restablecimiento de la moral, nos exigía ser radicales. Así lo fuimos. Demasiado tiempo habían sufrido nuestras instituciones el irrespeto por parte de los funcionarios públicos, la negación del derecho electoral, cuyo .ejercicio solía convertirse en una farsa, la imperfecta aplicación de la independencia judicial, con mengua de los fundamentos de la sociedad.

Cuando se trata de estos principios, hay que ser irreductible.

Ni una sonrisa de condescendencia hacia la deshonestidad administrativa; ni un centavo mal habido; ni un voto burlado; ni la sombra de una insinuación a un juez, por parte del Poder Ejecutivo.

Esto lo repito con vehemencia, a quienes hoy se ufanan de militar bajo las banderas políticas de la Junta Fundadora de la Segunda República. Que honren siempre el Espíritu del 48...

SEGUNDA ORIENTACION: ADMINISTRACION CON TECNICA. La segunda orientación: Administración pública técnica y honrada. El establecimiento de criterios técnicos en la Administración Pública, estaba contrapuesto a las prácticas puramente politiqueras. Tuve la suerte de encontrar una generación joven, amante del estudio y dispuesta a asumir responsabilidades. Ingenieros, economistas, médicos, abogados, especialistas en varias ramas de la técnica de la organización, fueron llenando los puestos de la Administración Pública. Asumían sus tareas no como simples modos de vida, sino como servicio respetuoso y eficiente a los ciudadanos y a la nación. Este fenómeno se está acentuando ahora, al tiempo de escribir este libro en 1987.

Había en 1948 inopia de eficientes técnicos para realizar la tarea de reconstrucción nacional. Recurrimos en parte a personas de madurez y experiencia que estaban fungiendo en cargos públicos o se encontraban retirados de ellos aunque fueran simpatizantes de otras agrupaciones políticas, y que se hubieran conservado libres de la contaminación de los politiqueros de muchas décadas en el país. Recuerdo que terminado el gobierno de la Junta, visité el naciente Estado de Israel. Me maravillé al encontrar aquella superproducción de gentes capaces. Yo solía decir que para organizar un buen gobierno en Costa Rica, se necesitaban por lo menos cien personas preparadas. En Israel en cambio las había por millares. Cuando tomé un taxi en Jerusalén, el chófer me preguntó:

¿Prefiere usar lenguas orientales u occidentales?

Aclaro, con vehemencia, que no es cierto que arrojáramos de sus puestos, indiscriminadamente, a todos los calderonistas. Se conservaron los eficientes, con tal de que hubieran procedido con honestidad cívica y administrativa. Un ex funcionario de Hacienda, del régimen caído me entregó treinta mil colones en billetes, que había encontrado en una gaveta de escritorio durante el zafarrancho de la huida. Desearía yo ahora, que ese caballero se me identificara o sus hijos que estén enterados, se me identificaran para repetirles mi agradecimiento.

Recuerdo haber hecho mención públicamente de aquel gesto.

PROGRESO SOCIAL Y ECONOMICO. La tercera orientación de la Segunda República era promover el progreso social, fundamentado en un genuino adelanto económico. Esas dos conquistas deberían conseguirse en una progresión simultánea: a mayor progreso económico, mayor progreso social. A una economía más robusta, una distribución más justa. Producir, no para provecho de unos privilegiados, sino para el bienestar del mayor número, sin causar injusticia a nadie.

Necesariamente estábamos rompiendo un pensamiento económico, alimentado en los resabios del liberalismo manchesteriano.

Reconozco la fuerza que puede legítimamente ejercer en el hombre, el afán de lucro individual, cuando ese estímulo, como los otros instintos del hombre, se sujeta a normas-éticas de solidaridad. Pero, desenfrenado, el instinto del lucro individual, puede constituirse en la ley de la selva. Familiarizado como estoy con una concepción científica del universo, reconozco la existencia de fuerzas y leyes naturales, que rigen los fenómenos de la economía, que no se pueden burlar impunemente. Pero cuando la economía se abandona a sus fuerzas naturales, sin consideración del bien común, se producen los mismos desastres que causan los ríos cuando abandonan su cauce sin la intervención de la ingeniería.

Este instinto de lucro desenfrenado, esas fuerzas naturales de una economía sin ética, eran ni más ni menos, las características del sistema llamado liberal. Ese sistema, que hoy levanta otra vez cabeza en el mundo, había sido ya golpeado por el establecimiento de la Legislación Social y fue, precisamente, derrotado por el Presidente Roosevelt y los hombres de su Nuevo Trato.

La ciencia moderna de la economía, en cuyas fuentes yo bebía asiduamente, me había enseñado que el trabajo de las naciones, puede producir suficiente bienestar para todos sus habitantes, si la producción se planea con objetivos generales, tomando como meta el bien común. En eso me metí de lleno.

Consideré que esa tendencia socialista, al disminuir la miseria y aumentar el bienestar de todos, coincidía con el espíritu cristiano de amor al prójimo y con el postulado democrático de enaltecer la dignidad humana.

La Junta Fundadora proclamó, a riesgo de ser acusada torpemente, como lo fue, de comunizante, la necesidad de una sana intervención del Estado, ya no solo, en las relaciones obrero-patronales, sino también en el campo de la economía. No para anular sus leyes naturales, sino, precisamente, para servirse de ellas, encauzándolas a producir el bienestar del mayor número.

Los reformistas del siglo XIX y muchos pensadores como Lord Maynard Keynes en el siglo XX, contribuyeron a que forjáramos ese pensamiento económico en Costa Rica. Rodrigo Facio sobresalió, con su robusto pensamiento y fue secundado por muchos otros jóvenes estudiosos, en el esfuerzo por aplicar ese planteamiento transformador a nuestro desarrollo político social.

Planeamiento, planificación, había sido la clave de la victoria armada. Debía ser también la clave de la construcción de la Segunda República. En nuestras mentes la guerra y la postguerra, fueron inseparables. No se podía ensangrentar al país, sino para darle a su pueblo una vida nueva y mejor, en cantidad y calidad. Las victorias militares valen peco. Lo que sobre ellas se construye, es lo importante.

¡Era el Espíritu del 48!

IMPUESTO DEL 10% SOBRE EL PATRIMONIO. Un análisis de nuestra economía, en aquellos días, nos reveló que había fuerzas económicas que debían encauzarse hacia una mayor producción y al ahorro nacional, capaces de generar eventualmente, el bien común.

Ante todo, era necesario que el país se recuperara de la devastación que había sufrido especialmente en sus equipos de trabajo y en las reservas de los fondos públicos para que el Estado cumpliera sus funciones tradicionales. Antes de la guerra de Liberación Nacional y durante su curso, las clases acaudaladas habían expresado que estaban dispuestas a entregar hasta la mitad de sus fortunas, con tal de verse liberadas de los desmanes del régimen caldero-comunista.

Decidimos pedirles a los pudientes, un diez por ciento de su patrimonio, cuando este fuera superior a los cincuenta mil colones, pagadero en cinco años, precisamente para garantizarle la estabilidad del noventa por ciento restante. Algunas personas adineradas, sobre todo al principio, aceptaron patrióticamente la medida y como lo hizo un tío mío, don Alvaro Terán Seco, pagaron

por adelantado sus contribuciones de cinco años. Igual hicieron las relativamente endebles empresas que manejaba yo mismo. Pero, luego, se produjo una reacción negativa entre ciertos sectores. Reacción que llevó agua a los molinos antipatrióticos de los políticos de oficio. La Junta, en verdad, recolectó muy poco de esos impuestos. Algunos ricos hicieron todo lo posible para evadirlos, con declaraciones falsas y hasta con boicot. Don Otilio Ulate lo atacó fuertemente. Estaba en su juego político. Cuando llegó a la presidencia, estuvo cobrando ese impuesto hasta el último día, aprovechando ese ingreso público para su gobierno. Por cierto que lo derogó en vísperas de entregarme el mando en 1953, cuando aún faltaba una cuota por cobrar.

NACIONALIZACION BANCARIA. La primera fuerza o energía, que debía encauzar hacia el desarrollo económico y el bienestar general, eran los recursos de los depositantes. Hasta entonces, esos recursos eran manejados por los bancos privados en beneficio de una minoría que eran sus propietarios.

Procedimos a nacionalizar los bancos. Eso quiere decir que sólo los bancos del Estado, podrían recibir los depósitos del público. Contrario a lo que han dicho nuestros adversarios, se pagó cuidadosamente a los propietarios el valor de sus acciones tasadas liberalmente, con base en el valor del mercado del momento. La banca nacionalizada conservó prácticamente intacto el personal técnico y la organización eficiente de los servicios que ya existían. Sólo que en adelante, los bancos debían funcionar con un nuevo espíritu de servicio, que ponía el crédito a promover la reconstrucción y desarrollo económico de la nación. Muchos de estos ideales fueron saboteados desde el principio por los politiqueros y los mercaderes. Una vez, años más tarde, contrataron a una firma de propaganda norteamericana-salvadoreña, e iniciaron lo que llamaban su batalla final.

Mi partido desafió a varias controversias públicas y salió victorioso de todas ellas. Por supuesto el periódico La Nación, fue el principal portaestandarte de la causa antipatriótica.

Rindo homenaje al Lic. Rafael Alberto Zúñiga Tristán,de altas cualidades morales y profesionales, por haber puesto su talento en la difícil tarea de estructurar la banca nacionalizada, dotándola de reglamentos e instructivos apropiados para su recto funcionamiento. El ideó las fórmulas más liberales posibles para compensar a los antiguos accionistas. Los bonos que se les dieron se cotizaron en el mercado a más del 100% hasta su extinción. Caso único. De eso no hablan los enemigos de la nacionalización bancaria.

Esta medida de transformación profunda de nuestra economía, sometió a la Junta a una campaña virulenta de nuestros

adversarios, donde bailaban, al mismo son, los mariachis derrotados y los ricos amargados.

La medida transformadora recibió entusiasta apoyo de la población, en general, sobre todo por parte de los productores agrícolas y los hombres de negocio visionarios, que querían participar, con el apoyo de los bancos, en los procesos de desarrollo, cuyos rumbos la Junta estaba abriendo.

Fue altamente indicativo que, años más tarde, una dama calderonista, doña Graciela Echeverría de Morales, como diputada, con su voto impidiera que los enemigos de la banca nacionalizada la derrotaran.

Muchos estudios serios de nuestros economistas se han hecho en defensa de la nacionalización bancaria. Han señalado sus beneficios y han hecho sugerencias atinadas para su mejor funcionamiento. A ellos remito a mis apreciables lectores. Con ellos reconozco que la institución ha tenido sus defectos, que, nunca son mayores que los de la banca privada. Pero la banca privada no podrá nunca mostrar, los logros que la banca nacionalizada en Costa Rica, ha conseguido en la promoción del bienestar general.

NACIONALIZACION ELECTRICA. Teníamos que aumentar para el progreso del país, la energía eléctrica generada. Este servicio había sido explotado hasta entonces, por consorcios extranjeros, con mentalidad mercantilista. Cuando llegamos al gobierno, el país estaba a oscuras prácticamente. No había energía bastante para el funcionamiento de la naciente industria. A los bombillos eléctricos encendidos pálidamente, se les decía *cincos de achiote*. En épocas anteriores ilustres ciudadanos como don Omar Dengo, el Dr. Ricardo Moreno Cañas y don Viriato Espinach, habían peleado por la nacionalización de la energía eléctrica. Nosotros la realizamos.

Ni nos incautamos de los bienes extranjeros, ni los pagamos a los precios caprichosos que sus accionistas pretendían. Fue necesaria la sabiduría del Ing. don Jorge Manuel Dengo Obregón, hoy Vice-presidente de la República, quien ideó las fórmulas de expropiación y de oportuna recompensa a los propietarios. Tomamos el sendero heroico. Rindo homenaje a dos distinguidos ciudadanos: don Alex Murray McNair, que tanto nos había ayudado en la guerra y, don Elias Quirós Salazar, banquero visionario. Ellos dos, junto con don Jorge Manuel Dengo, deben de ser considerados como forjadores de nuestro sistema eléctrico nacional.

Años después, nuestra empresa eléctrica fue asumiendo, a instancias mías, poco a poco, pero con creciente eficiencia, el servicio de teléfonos que también estaba en manos de una firma

privada extranjera. Tanto fue nuestro éxito en la electrificación, que el país pudo más adelante, comprar las instalaciones de la *Electric Bond and Share Co*. y llevar a feliz término una aspiración tan valientemente promovida en el pasado, por grandes costarricenses. Con placer dejo constancia de que en esas negociaciones de compra de los activos de la *Electric Bond and Share Co.*, su gerente, el señor August Gehrels y un alto funcionario costarricense, nuestro compañero, don Claudio Alpízar Vargas, nos dieron su colaboración. Algunas personas creían que don Claudio era "imperialista" y resultaron completamente equivocados. Don Claudio demostró un grandísimo fervor patriótico, al poner al servicio del país sus vastos conocimientos empresariales. Ocupó luego altas posiciones como Ministro de Hacienda, mostrando un grado excepcional de honestidad y patriotismo.

Hoy tenemos iluminados los senderos del progreso y sus máquinas funcionando. Hay energía para la industria y hay luz para la cultura. Mis travesuras de chiquillo en San Ramón, con aparatos eléctricos rudimentarios, habían alcanzado la realización de un sueño de mi vida.

ETICA DE LAS INVERSIONES EXTRANJERAS. Dentro del espíritu de un sano nacionalismo, dejamos sentadas las bases honestas para la aceptación de la inversión extranjera, un un clima de cooperación y beneficio mutuo.

Fue una fortuna para el país, que se encontrara, como gerente, al frente de la Compañía Bananera, el señor Walter Hammer, quien abrió las posibilidades de las conversaciones, que emprendimos para rectificar, en beneficio de Costa Rica, los contratos bananeros a los cuales les quedaban aún teóricamente 36 años de vida.

Ya desde la Junta, yo, comencé la batalla, todavía sin fin, por la reciprocidad en el comercio internacional, buscando la equidad entre los precios de nuestros productos y los de las naciones industrializadas.

Lo más importante fue que los costarricenses dejamos montadas las bases de una ética del comercio entre países productores de materias primas y los países industrializados. Esta lucha tuvo sus antecedentes en los propios Estados Unidos, con la política del Nuevo Trato del Presidente Roosevelt.

También proclamamos ciertos principios éticos en las relaciones comerciales entre las naciones ricas y pobres, contribuyendo así, a la gran batalla, que los países pobres ha venido librando por la justicia económica internacional. Todavía hoy en 1987, algunos banqueros internacionales se oponen al establecimiento de la

justicia en esas relaciones. En esa lucha conté, por consejo del presidente Rómulo Betancourt, con el apoyo moral de un economista venezolano, del ingeniero Pérez Alonso, quien fue uno de los cerebros mayores en la lucha por los intereses legítimos de los países petroleros. A él se debe en gran parte el establecimiento de la OPEP.

Es cierto que la OPEP representa los intereses de los productores de petróleo y que nuestro país, Costa Rica, más bien se perjudica con los precios altos de los hidrocarburos. ¡Pero justicia... es justicia! Yo defiendo a la OPEP, como un paso adelante en la lucha por la equidad internacional.

Seguí entusiasmado en los esfuerzos, que desde 1949, impulsaron algunos dirigentes esclarecidos de naciones, ricas y pobres, hasta lograr en 1964, como parte de las Naciones Unidas, la creación de la UNCTAD (*United Nations Commerce Trade and Development*). Esta organización y de la cual me considero miembro fundador, se ocupa de regular el comercio entre los países ricos y los pobres nació bajo el liderazgo del doctor Raúl Presbish, uno de mis mentores en economía. El doctor Raúl Presbish, falleció recientemente.

CUARTA ORIENTACION: INCORPORARSE AL MUNDO. La cuarta orientación de la Junta Fundadora de la Segunda República, fue el ensanche de los círculos de relación de nuestro pequeño país, con el resto de América y del mundo. Para ese tiempo todavía los medios de comunicación no habían alcanzado la eficiencia y universalidad que tienen hoy. Pero con los que existían y con los que se podían prever, era necesario romper audazmente, el aislamiento que hasta entonces había vivido nuestro país. Cualquier tendencia al aislamiento, debía de ser superada.

Dentro de ese espíritu, me dediqué a robustecer la conciencia de solidaridad internacional. Busqué establecer lazos con los otros pueblos del mundo, precisamente cuando sólo hacía tres años, en 1945, que se había constituido ese prometedor sistema de convivencia mundial, de la Organización de las Naciones Unidas, la cual iba a proliferar en una feliz galaxia de organismos especializados al servicio de la humanidad.

Evidentemente la solidaridad tenía que ser de dos vías: de nosotros hacia los pueblos y naciones del mundo y de esos pueblos y naciones hacia nosotros.

Compartíamos las justas aspiraciones de otros pueblos, para darles nuestro apoyo; sus movimientos de progreso social y, en algunos casos, de liberación y de descolonización, merecían nuestra simpatía y nuestro apoyo moral y jurídico. Sus corrientes de pensamiento y sus movimientos políticos, en lo que tuvieran de verdadera liberación del hombre, serían lecciones para nosotros y

contarían con nuestro aplauso. Así comenzó por ejemplo, nuestra solidaridad con la creación del Estado de Israel. Dos amigos no judíos, durante varios años, se repartieron el territorio de los Estados Unidos para hacer giras promoviendo la venta de bonos de Israel: éramos Nelson Rokefeller y yo. A veces viajábamos en los aviones de la firma Rockefeller.

Los delegados de Costa Rica con las mejores credenciales personales, estarían, en adelante, presentes en los foros internacionales, levantando las banderas de justicia y libertad, que nosotros, desde este pequeño país, enarbolaríamos ante la faz de los pueblos. Esta lucha se ha debilitado debido-a las limitaciones de ciertos funcionarios nuestros y a la miopía de los representantes de grandes intereses mundiales.

Si en algo se puede aplicar literalmente la idea central de John Maynard Keynes, de aumentar los ingresos de los débiles, con el propósito de mejorar los negocios de los fuertes, es precisamente, en esta lucha por la justicia en el comercio internacional.

Hay seres humanos que, al alejarse de la sombra del campanario de su pueblito, se aterran ante los fantasmas del mundo. Comenzaron a acusarnos los periódicos reaccionarios le fomentar "aventuras internacionales". Resucitaron el fantasma de la Legión Caribe, para paralizar nuestra inserción en el mundo.

No querían que nosotros, sin arriesgar la seguridad pacífica de la República, ni quebrantar el principio de no intervención, consideráramos como hermanos a quienes, en el Caribe o en el mundo, luchaban por conquistar la libertad y el progreso de sus pueblos. Con expedientes politiqueros de baja ley, trataron insistentemente, de detener la realización de esta cuarta aspiración de la Junta Fundadora.

Lo quisieran o no, nuestra guerra de Liberación Nacional y nuestros planteamientos político-sociales, habían llamado la atención de muchos pensadores y dirigentes de otras naciones. Los círculos intelectuales y sindicalistas de los Estados Unidos, mostraban interés por lo que pasaba en Costa Rica.

Entre los movimientos democráticos con orientación reformista o revolucionaria de América Latina y más especialmente, del Caribe, se consolidó una corriente de simpatía y solidaridad hacia nosotros. Se fue despertando la conciencia internacional de que aquí se estaba llevando a cabo un movimiento interesante, aunque se le juzgara en las más diversas maneras, según las informaciones de que se dispusiera o la propaganda a que estaba sujeta.

Crecía en muchos sectores de opinión pública, sobre todo los más esclarecidos, la convicción de que un país pequeño, como el nuestro, estaba contribuyendo con ejemplos morales, a la causa del

mejoramiento de las sociedades humanas.

Me sentí comprendido y apoyado por ilustres dirigentes políticos que, en sus respectivos países, estaban promoviendo hondas transformaciones. Estábamos unidos en los mismos ideales. Como consecuencia, vinieron a constituirse en mis amigos y compañeros, Rómulo Betancourt, líder ,del partido Acción Democrática de Venezuela; Luis Muñoz Marín, guía del Partido Popular de Puerto Rico; Víctor Raúl Haya de la Torre, mente y corazón del APRA en Perú; José Batlle Berres, reformador social de Uruguay. Más adelante, establecí una estrecha amistad, en mutuo intercambio de ideas y aspiraciones, con el Dr. Rafael Caldera y el Dr. Eduardo Frei Montalvo, líderes del pensamiento social-cristiano en Sur América. Caldera, máximo dirigente del partido COPEI en Venezuela y Frei, líder del partido Social Cristiano, en Chile.

Cuando el esclarecido presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, concibió el plan de la *Alianza para el Progreso*, lleno de esperanzas de una era nueva en el hemisferio, tuvo en mente y se refirió concretamente a nuestros ideales de progreso con justicia y libertad, en su discurso inaugural, que, el periódico La Nación, de Costa Rica, ignoró deliberadamente.

Los grupos conservadores en nuestro país no comprendieron y, por el contrario, repudiaron o desacreditaron nuestro propósito de estar presente donde quiera que el hombre librara la batalla contra las fuerzas retrógradas que querían impedir su desarrollo.

Esos grupos encontraron apoyo en los dictadores de América, sobre todo los del Caribe y en los círculos reaccionarios norteamericanos. La "Internacional de las Espadas" y la Internacional del Dinero, nos querían cerrar el encuentro con nuestros hermanos. Pero pasamos sobre esos sables y sobre esos barrotes dorados, para encontrar los brazos de los luchadores por la libertad y la justicia, en todo lo ancho y lo largo de esta América y más allá en la misma Europa.

Partidos políticos de la más pura cepa democrática y revolucionaria y movimientos intelectuales y sindicalistas; grandes dirigentes políticos del continente, estrecharon filas al lado nuestro. Costa Rica, para su desarrollo económico y social, ha contado con el apoyo del mundo y el mundo nos ha tenido a su lado, en todos sus esfuerzos por el progreso de la humanidad. Así se pudo constatar las dos veces que el general Somoza, a instancias del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia propició invasiones a nuestro país.

A propósito, cuando comenzaron a llegar a la Meseta Central, los cadáveres que venían de Guanacaste, yo di orden de que fusilaran al Dr. Calderón Guardia si lo apresaban. Me oyó decir eso el Vicepresidente Dr. Raúl Blanco Cervantes y lo objetó fuertemente.

Raúl, hombre de cultura alemana, era uno de los hombres más serenos que he conocido. Gracias a él nuestro grupo cortó errores y realizó grandes aciertos.

Me confieso culpable de haber contribuido a ensanchar los horizontes de mi patria y establecido el internacionalismo de la libertad, de la fraternidad y del progreso humano.

¿REVOLUCION O NO? Hay quienes, a falta de cosas más importantes en que ocuparse, se dedican a discutir si lo que hicimos en 1948, desde la gesta armada, hasta el gobierno de la Junta Fundadora, fue o no fue una revolución. Todo depende de cómo se defina la palabra revolución. Hay ideólogos que, para analizar las realidades sociales, parten de una definición dada de alguno de sus fenómenos y, luego, fuerzan la realidad para que se ajuste a esa definición. Por eso difícil contestar esa cuestión en forma que plazca a todos los gustos y todas las ideologías.

Sin entrar en especulaciones teóricas y siguiendo el sentido común, considero que una revolución consiste en cualquier transformación profunda de una sociedad, realizada en un tiempo relativamente corto y como resultado de algunos hechos importantes, que sirven de causa eficiente, para iniciar ese proceso de cambio con carácter perdurable.

Opino que los sucesos de 1948 y su consecuencia: gobierno de la Junta Fundadora de la Segunda República constituyeron un punto de partida y una causa eficiente par la profunda transformación que desde ese tiempo, ha venido ocurriendo en la sociedad costarricense. Más aún, pienso que este juicio lo compartiría cualquier persona seria, que desapasionadamente, analizara la situación de Costa Rica antes y después de 1948, empleando, para la comparación cualquiera de los indicadores que, para esos análisis, emplean las ciencias sociales.

Reconozco que esos hechos no sucedieron en un vacío de tiempo o espacio. Desde 1940, se dieron factores tanto externos como internos, que fueron creando las circunstancias favorables, para que los hechos del 48 pudieran constituir un punto de arranque, de cambios profundos en la vida de nuestra nación. Esos cambios pueden ser considerados una verdadera revolución, cualquiera sea el criterio que se tenga de su base filosófica.

La Costa Rica de antes de 1940, era una sociedad patriarcal, de relaciones obrero-patronales paternalistas, de carácter eminentemente rural, casi exclusivamente agraria y comunitaria, con poco espacio para la clase media y de limitadas perspectivas para el ascenso social de los individuos. La Costa Rica que surge, a partir de 1948, es un país donde las relaciones humanas y, más concretamente, de trabajo, quedan regidas más y más por normas jurídicas y técnicas, con una organización racional burocrática, y

una alta movilidad social ascendente, que da lugar a la expansión de la clase media. A una mayor conciencia de clases entre los trabajadores. De creciente industrialización, con una perspectiva más universalista, que la hace más abierta, a un mayor número de estímulos, para su modernización.

Muy deliberadamente escogimos el título de Segunda República, para designar el tipo de sociedad, cuya formación queríamos promover. Cuidadosamente recogíamos los valores permanentes y los principios éticos que, los costarricenses, bajo la inspiración de cultos dirigentes, habían ido formando y viviendo durante la Primera República o sea el período de vida política independiente, que se vivió antes de 1940. Sobre toda esa herencia espiritual, material y cívica, nosotros recogimos nuevas corrientes del pensamiento humano. Hemos impulsado el desarrollo de nuestra sociedad, tan profundo y diversificado, que nos produjo ese espectáculo halagador que presenta hoy nuestro país. Bien sabemos que falta todavía mucho por llegar a las máximas consecuencias de los ideales que le inspiramos. Infortunadamente, al recibir el Gobierno don Otilio Ulate en 1949, suprimió la frase Segunda República y con esto buena parte de la mística que ella nos inspiraba. Por gestos así, que no eran normales en él, su prestigio político menguó.

Atrás quedó aquella Costa Rica que yo llamé reiteradamente de hombres descalzos y caminos de tierra. Con necesidad de muchas escuelas. Con sólo siete colegios de enseñanza media. Con una universidad embrionaria. Con noches sembradas de oscuridad y una industria anémica por falta de energía. Con unos pocos bancos en manos de una minoría de espaldas al desarrollo económico. Con una seguridad social, apenas recién nacida y dominada por el interés politiquero. Con una administración pública ineficiente y a veces deshonesta.

En 1948, yo mandé a realizar un censo de la población descalza de Costa Rica. La Avenida Central de San José resultó contener un 50% de gentes sin zapatos. En el total del país los descalzos eran un 80%. De esto hace menos de cuarenta años.

¡Eso quedó atrás!

Invito a mis lectores a pasear su mirada sobre una Costa Rica que multiplicó sus escuelas; tiene en cada cantón un colegio y abre a la juventud cuatro centros universitarios estatales, de plena autonomía cada uno, con sus centros regionales florecientes, además de varias universidades privadas. Mirarán un país con una Administración Pública inspirada en principios de racionalidad y eficiencias y con instituciones autónomas diseñadas para contrarrestar la excesiva falta de continuidad en nuestro Gobierno. Los costarricenses temíamos la continuidad que en algunos países latinoamericanos conducía a dictaduras militares.

Verán un país que cuenta hoy con la energía eléctrica para mover las ruedas de una industria pujante, energía que compartimos con nuestros países vecinos. Admirarán una red de carreteras que une todos los puntos del país, en constante interestimulación para su progreso. Se encontrarán con una población que goza de sistemas unlversalizados de seguridad social. Admirarán una red de servicios telefónicos eficiente, que llega a los más apartados pueblos y que permiten a cualquier costarricense, llamar desde el rincón más alejado del país, a Roma, Londres, Nueva York. Encontrarán también acueductos hasta en los más pequeños caseríos.

Mirarán un pueblo con un mínimo de desnutrición infantil. Un pueblo alfabeto, educado, con salud y nutrición eficientes.

¡Esta es la nueva Costa Rica, la que surgió de la Segunda República!

La crisis que hoy aflige al mundo, nos ha retrasado en ese camino de progreso, ya vendrán tiempos mejores.

Me regatearán mis adversarios, con mezquindad y egoísmo, el mérito de esta nueva Costa Rica. Dirán que todo hubiera sucedido sin necesidad de que existiera José Figueres Ferrer y los hombres que con él realizaron la gesta del 48 y pusieron a andar la "Segunda República". Afortunadamente nadie querrá ahora hacer la prueba.

Yo no sembré todo el bosque. Desde el amanecer, como el sembrador, salí por las tierras de mi patria a plantar ideas, inspiración, ideales y mística. Las hicieron germinar el alma noble de esta patria y el suelo puro de este pueblo.

Esa fue una revolución: ¡Ese es el Espíritu del 48!

GLORIOSA VICTORIA FINAL. ¡Llegó, por fin, el 8 de noviembre de 1949!

En aquella gloriosa mañana, ante un pueblo delirante de gozo y con la presencia de honorables misiones de muchos países, la Junta Fundadora de la Segunda República entregó el poder al ciudadano, a quien el pueblo había consagrado tiempo antes, como su Presidente y la honorable Asamblea Legislativa Nacional, electa en recientes comicios, se instalaba para darle al país caminos de legalidad.

¡Era el triunfo del ejército de Liberación Nacional y era la gloria de la Junta Fundadora de la Segunda República!

A través de nuestra larga lucha, habíamos aprendido a responder siempre, a las dudas y a la incomprensión, al escepticismo y las injusticias, con el claro lenguaje de los hechos.

A los que dudaban de que cumpliéramos un compromiso honorable, de entregar a quienes el pueblo había señalado como sus elegidos, esa mañana les estábamos contestando con el claro lenguaje de los hechos.

A quienes nos habían acusado de estar sedientos de mando y de no tener intención sincera de restituir el orden constitucional, les estábamos contestando con el claro lenguaje de los hechos.

A quienes temían y aseguraban que pretendíamos imponer en Costa Rica un régimen militar, de corte totalitario, les estábamos respondiendo con el claro lenguaje de los hechos.

El ejército de Liberación Nacional y la Junta Fundadora de la Segunda República, cumplían esa mañana con el compromiso que, firmado con sangre de héroes, les había impuesto la historia y, mejor aún, el Señor de la Historia.

Repito ahora, a los años de distancia, el himno que pronuncié en honor del Ejército de Liberación Nacional esa mañana:

¡Ejército de Liberación Nacional!

¡Jamás un grupo humano blandió la espada con más brillo, en defensa de las instituciones cívicas!

¡Jamás un ejército vencedor se disolvió con mayor rapidez, después de cumplir con el deber, para retirarse a la vida civil. ¡Honor a los oficiales y soldados!

¡Honor a los muertos! ¡Honor a las madres!

¡Honor a las viudas! ¡Honor a los huérfanos!

¡Honor a quienes muerte encontraron por mano asesina!

Como aquella mañana, hoy, pasados cuatro decenios, convoco a los costarricenses a volver al Espíritu del 48. Sin campos de combates sangrientos, pero en campos de trabajo fecundos. Sin odio ni rencores, sino con el noble espíritu de solidaridad humana consagrado a la justicia y a la libertad.

El 48 pertenece ya a la Historia Patria, como el 56. Pero, el Espíritu del 48, como el Espíritu del 56, deben ser antorcha que iluminen hoy los senderos por donde ha de transitar la nación, hasta su pleno crecimiento como sociedad más libre, más próspera, más justa y más culta.

La revolución no ha terminado. Es la revolución constructiva que no se hace con frases rígidas de ideologías. Se hace con ideas que

generan planes de progreso real, por modestos que sean; con el libro bajo el brazo, con la herramienta en la mano y con la inspiradora mística en el corazón. Es la revolución en forma ordenada, sin las convulsiones que estallan cuando el régimen político y las instituciones patrias, se quedan atrás de las aspiraciones populares.

El 48 queda atrás, pero no su mística. ¡Resplandezca de nuevo el Espíritu del 48!

La historia podrá olvidar los errores de los políticos que llevaron al país a la guerra y recordará con veneración el espectáculo grandioso de un pueblo, cuyos hijos interrumpieron su paz tradicional y fueron a la guerra. Unos por defender la soberanía popular expresada en el sufragio y otros creyendo que defendían la justicia social aunque fuera usada por algunos con fines maléficos.

La renuncia de todas las pequeñeces de la política; la consagración a todos los ideales más nobles; la mística patriótica, ¡ese es el Espíritu del 48!

Llamo, dentro de ese espíritu, a las clases dirigentes, las privilegiadas en fortuna o en talento y pido a esa clase media, forjada en nuestras universidades, a unir sus talentos y sus nobles ambiciones con las clases trabajadoras, para que todas juntas, continúen realizando la revolución constructiva, que anuncié en mi Segunda Proclama de Santa Liaría de Dota...

La nueva mística debe de ser: producir con mayor eficiencia; repartir con mayor justicia y mantener, con mayor ahínco, la libertad, la soberanía y la paz.

Si triunfa esa mística, no habrán muerto en vano los muertos del 48.

Si triunfa esa mística, viviré serenamente el tiempo que me resta de mi vida, acompañado de los espíritus nobles, que en las horas de sacrificio, sufrieron conmigo y en las horas de ii ninfo, sonrieron conmigo.

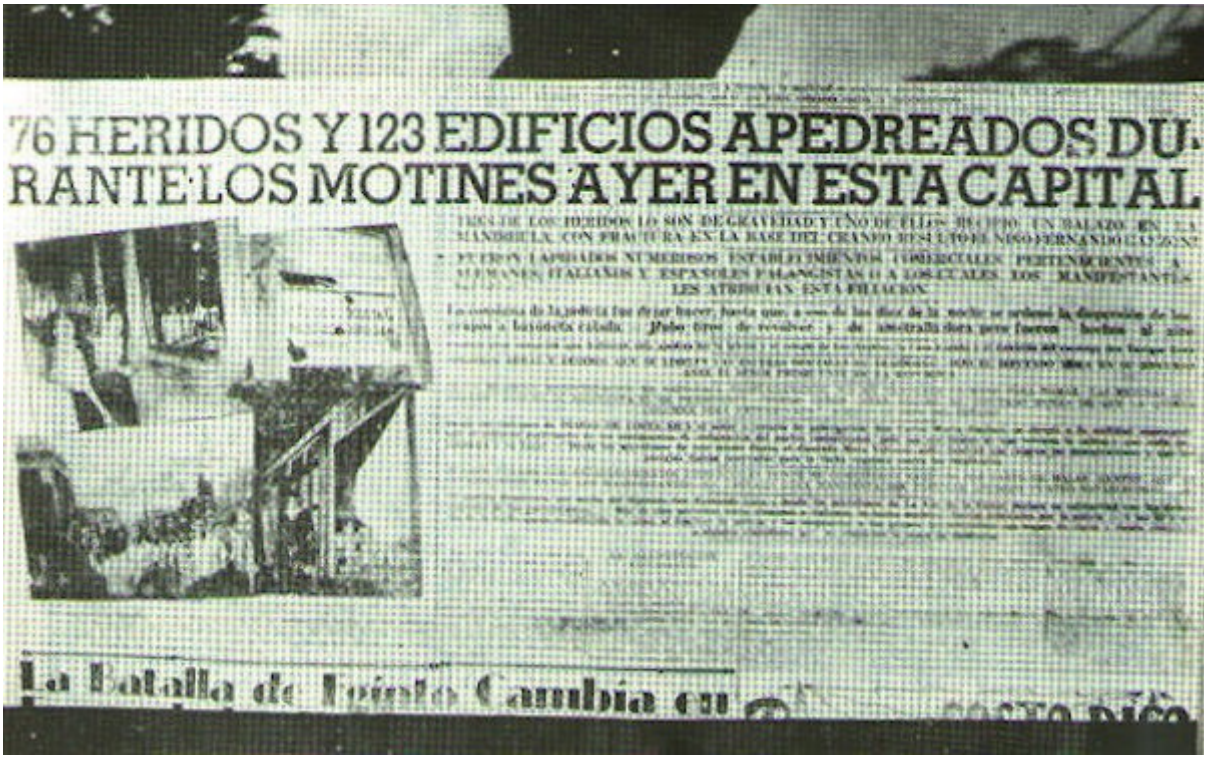
Termino mis recuerdos del lejano 48, con las palabras que terminé mi alocución en aquella mañana radiante del 9 de noviembre de 1949, cuando en el Estadio de La Sabana, me dirigí a los ahí presentes y hablé para la Historia:

> *Excelentísimo señor Presidente de Costa Rica, señores Ministros del Gabinete, honorable Asamblea Legislativa: La Junta Fundadora de la Segunda República, recibió el poder de manos del Histórico Ejército de Liberación Nacional. El Ejército lo había alcanzado al costo de sangrientos*

sacrificios. La Junta os lo entrega sin ningún ligamento.

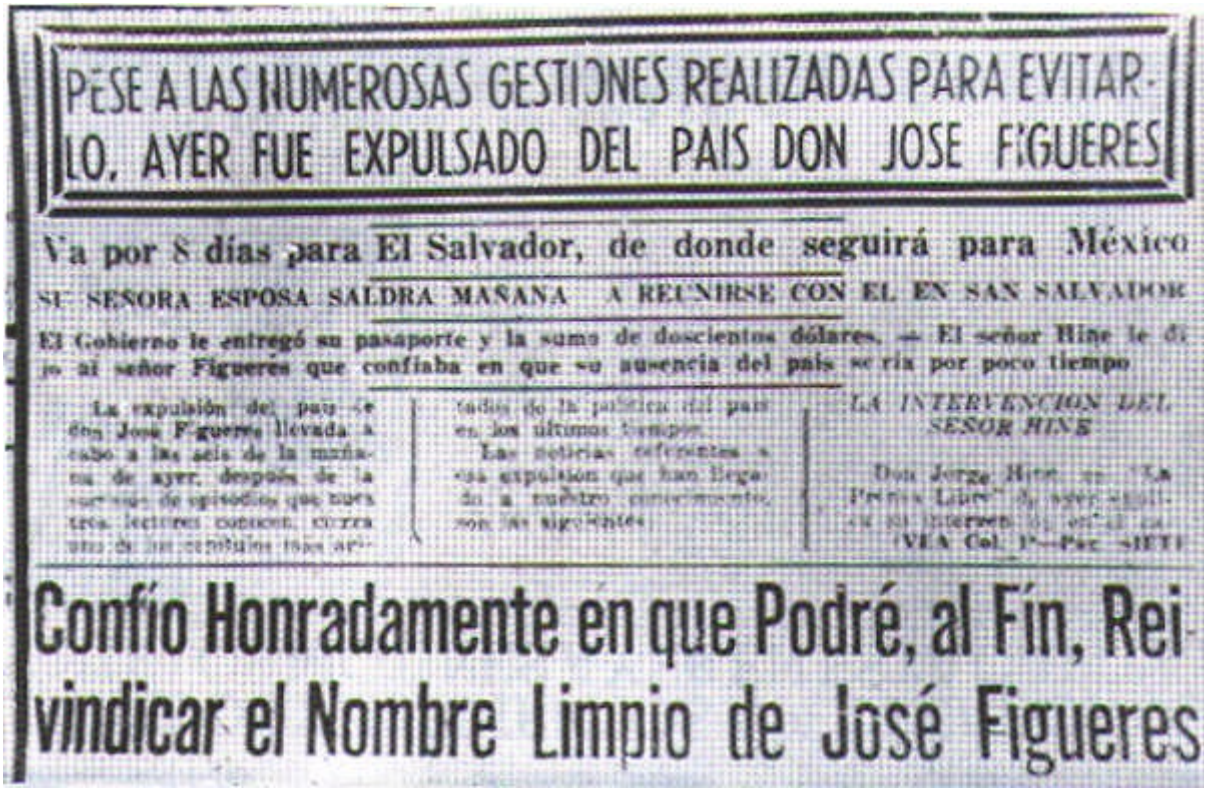
Solamente os pedimos que veléis por la estabilidad de nuestras instituciones, ahora redimidas, vitalizadas y aumentadas, por el incremento de la riqueza y la propagación de la cultura, con miras al bienestar del mayor número. Que prestéis vuestro aporte a América y al Mundo, dentro de la gran causa de la humanidad entera. Al salir nosotros, vemos con satisfacción, que Dios y la ciudadanía le dan a la nave pilotos mejores. Sólo os deseamos el éxito en vuestra noble y grande misión. El Ejército de Liberación Nacional, la Junta Fundadora y el pueblo de Costa Rica, se sentirán compensados por todos sus desvelos, cuando vuestros aciertos corrijan nuestros yerros, cuando vuestros triunfos sobrepasen nuestros triunfos, cuando vuestra gloria eclipse nuestra gloria.

Las fotografías que ilustran este libro,
fueron reproducidas por el fotógrafo señor
José Antonio Venegas Cordero.



76 HERIDOS Y 123 EDIFICIOS APEDREADOS DU-
RANTE LOS MOTINES AYER EN ESTA CAPITAL

Asi informó Diario de Costa Rica sobre los hechos de la noche del 4 de julio de 1942.



PESE A LAS NUMEROSAS GESTIONES REALIZADAS PARA EVITAR-
LO. AYER FUE EXPULSADO DEL PAIS DON JOSE FIGUERES

Va por 8 días para El Salvador, de donde seguirá para México

SU SEÑORA ESPOSA SALDRA MAÑANA A REUNIRSE CON EL EN SAN SALVADOR

El Gobierno le entregó su pasaporte y la suma de doscientos dólares. — El señor Hine le dijo al señor Figueres que confiaba en que su ausencia del país sería por poco tiempo

LA INTERVENCION DEL SEÑOR HINE

Confío Honradamente en que Podré, al Fín, Reivindicar el Nombre Limpio de José Figueres

El país, a través de la prensa, fue notificado de la expulsión de don José Figueres por su discurso condenando los desmanes del 4 de julio de 1942.

En mayo de 1944, tras casi dos años de exilio, don José Figueres Ferrer regresa a Costa Rica. Lo reciben el Lic. don León Cortés Castro, don Antonio Figueres Ferrer, el Lic. Alberto Martén Chavarría, don Francisco José Orlich Bolmarcich y, como se ve, cientos de personas más.

La amistad del Presidente Calderón Guardia y el General Anastasio Somoza García, dictador de Nicaragua fue íntima. En la fotografía un detalle de la visita de Calderón Guardia a Managua.

Diario de COSTA RICA

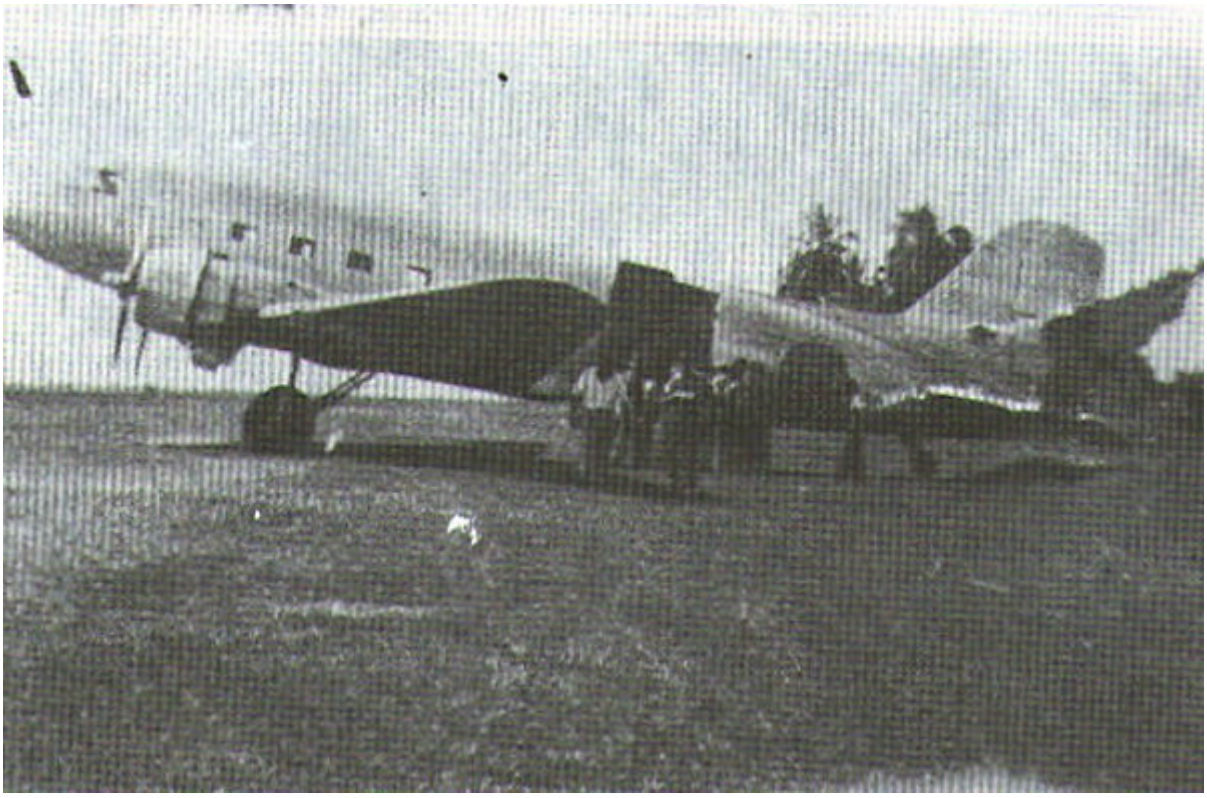
AMETRALLADOS EL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS, LA LEGACION DE COLOMBIA Y EL CLUB UNION

Nuestra Actitud

IMPONENTE MANIFESTACION DE DUELO NACIONAL POR LA MUERTE DEL DR. VALVERDE

OTROS TRES DIAS DE CIERRE GENERAL DE BANCOS

El ambiente era de guerra en todo el país. Al borde de la tragedia las autoridades del caldero-comunismo llegaron hasta ametrallar al Hospital San Juan de Dios.



Uno de los aviones de la empresa TACA, capturado en San Isidro del General el día 12 de marzo de 1948, empleados para el transporte de armas de Guatemala a nuestro país.

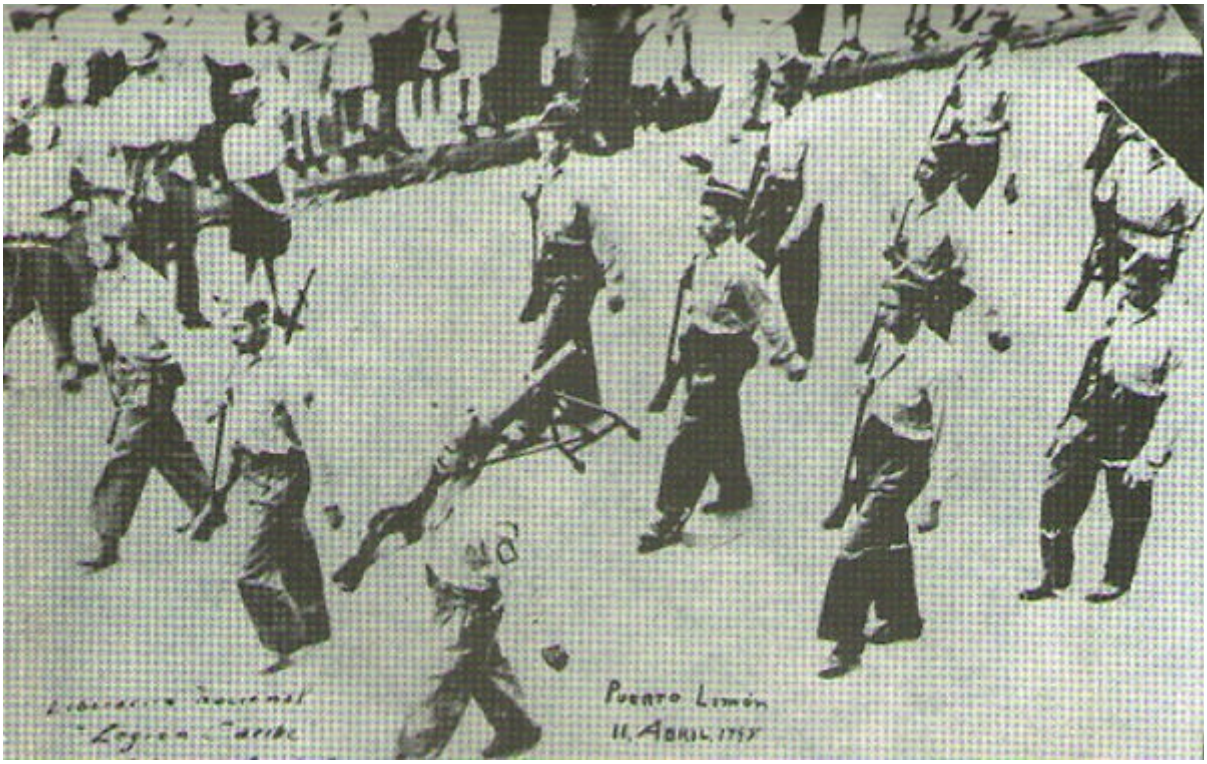
Esta es la última fotografía de las instalaciones de La Lucha como eran antes del 12 de marzo de 1948. Todo fue destruido por las tropas gobiernistas en el curso de la Guerra de Liberación Nacional.

En pleno combate en El Empalme, punto clave del triunfo de la revolución.

Las tropas toman un descanso antes de partir hacia la Marcha Fantasma. Fue tomada en el llamado Bosque de Gamboa, en La Roca de San Marcos. Se la empleó en un estampilla emitida en 1948.

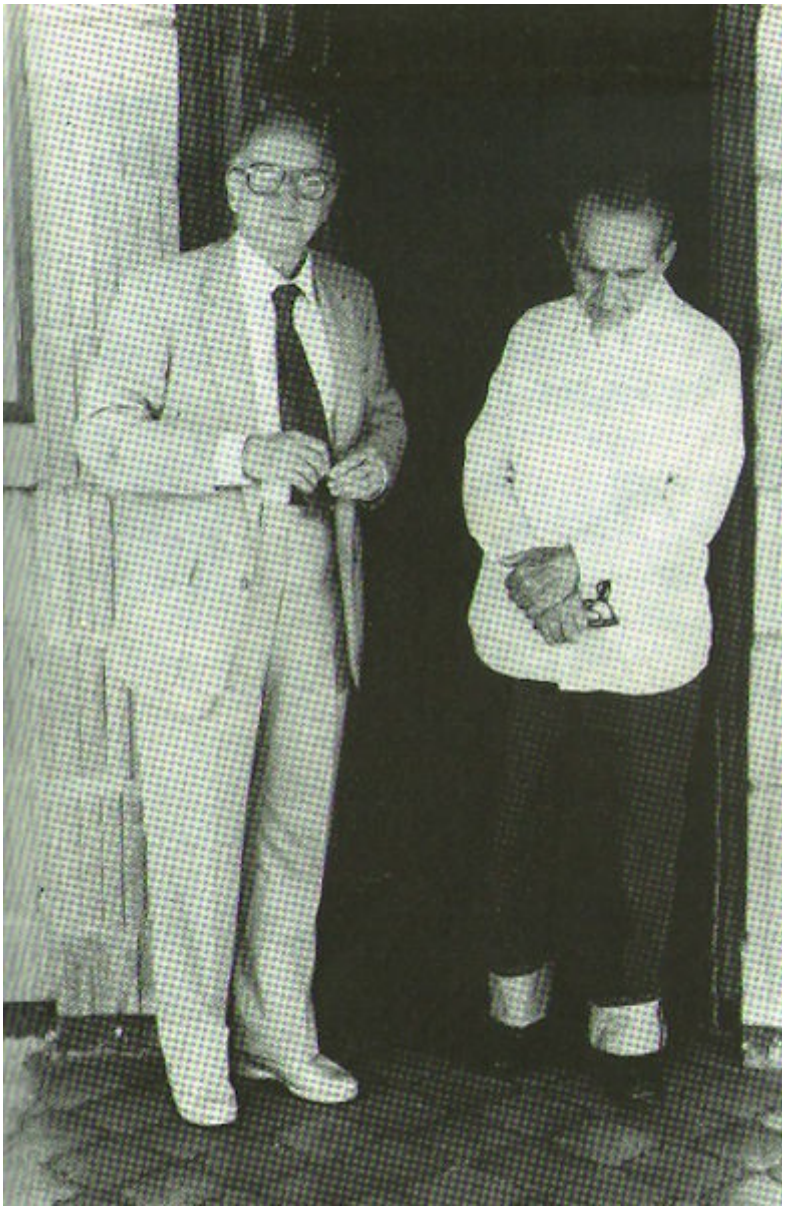
Dona Perfecta (PETA) Granados a cuyo cargo estuvo la atención del grupo de soldados del Ejército de Liberación Nacional destacados en El Jardín de Do la. Su ejemplo debe constar para la historia patria.

E| Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, General José Figueres Ferrer visita a su Legión Caribe en Limón. Entre otros, con don Pepe se ve a Ludwig (Vico) Starke y a Carlos María Jiménez G.



La Legión Caribe, desfila en Limón. El grupo en la fotografía es el pelotón Rolando Aguirre Lobo, soldado caído en la toma de Limón, principal puerto costarricense en el Atlántico.

El Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, don José Figueres Ferrer, recibe, del Rev. Dr. Benjamín Núñez Vargas, el borrador de EL ESPIRITU DEL 48. Asiste al acto Guillermo Villegas H.



Esta fotografía hecha el 10 de agosto de 1986 en la puerta de la residencia del Ex Presidente don José Figueres, lo muestra a él, Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, acompañado del Segundo Jefe del citado ejercito Lic. Alberto Martén Chavarria.

Don José Figueres Ferrer. a los treinta y nueve años del inicio de la Guerra de Liberación Nacional, posa al lado del sobrio monumento que se yergue en las instalaciones de su finca "La Lucha Sin Fin" en homenaje a "los caídos de ambos bandos".

Don José Figueres Ferrer, don Otilio Ulate Blanco y el Reverendo Benjamín Núnez Vargas, tres de los más destacados personajes de la lucha por el Derecho al Sufragio. (Foto Mario Roa).

Don José Figueres Ferrer golpeando los muros del Cuartel Bellavista el 1 de diciembre de 1948 en celebración de la Abolición del Ejército Nacional. (Foto Mario Roa).

Señora Francisca Ferrer Minguela de Figueres, madre de don José Figueres Ferrer.

Doctor Mariano Figueres Forges y su hijo don José Figueres Ferrer, frente a la Tranquera de la Finca La Lucha Sin Fin. (Foto Mario Roa).